

NOE CASADO
SEGUIRÉ SIN TI



D.J.57

 **esencia**

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1. Genoveva

Capítulo 2. Mario

Capítulo 3. Genoveva

Capítulo 4. Mario

Capítulo 5. Genoveva

Capítulo 6. Mario

Capítulo 7. Genoveva

Capítulo 8. Mario

Capítulo 9. Genoveva

Capítulo 10. Mario

Capítulo 11. Genoveva

Capítulo 12. Mario

Capítulo 13. Genoveva

Capítulo 14. Mario

Capítulo 15. Genoveva

Capítulo 16. Mario

Capítulo 17. Genoveva

Capítulo 18. Mario

Capítulo 19. Genoveva

Capítulo 20. Mario

Capítulo 21. Genoveva

Capítulo 22. Mario

Capítulo 23. Genoveva

Capítulo 24. Mario

Capítulo 25. Genoveva

Capítulo 26. Mario
Capítulo 27. Genoveva
Capítulo 28. Mario
Capítulo 29. Genoveva
Capítulo 30. Mario
Capítulo 31. Genoveva
Capítulo 32. Mario
Capítulo 33. Genoveva
Capítulo 34. Mario
Capítulo 35. Genoveva
Capítulo 36. Mario
Capítulo 37. Genoveva
Capítulo 38. Mario
Capítulo 39. Genoveva
Capítulo 40. Mario
Capítulo 41. Genoveva
Capítulo 42. Mario
Referencias a las canciones
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuando hacen rellenar el absurdo test de orientación profesional en el instituto, todo el mundo elige profesiones elegantes, bien remuneradas y con reconocimiento social. Yo dejé la casilla en blanco, pues todavía no había decidido qué carrera universitaria quería cursar.

Al final acabé con una licenciatura en bioquímica alimentaria y un novio dispuesto a casarse conmigo en cuanto lográramos un buen puesto de trabajo. Solo conseguí una de las dos cosas.

Sigo soltera. Y no he sentido en ningún momento la tentación de establecer una relación convencional porque no he tenido ni tiempo ni ganas. Ese es el motivo por el que desde hace ya unos años concierdo citas a través de una web de contactos exclusiva.

Solo momentos íntimos. Sexo. Nada más. No siempre se logra conectar, aunque admito que he conocido a muchos hombres interesantes con los que quizás, al no sentir la presión de una cita tradicional, me he permitido pasar momentos intensos y agradables.

¿Es mucho pedir un poco de sexo decente sin compromiso?

SEGUIRÉ SIN TI

Noe Casado

Esencia/Planeta

Capítulo 1

Genoveva

Cuando a una le preguntan en el colegio qué quiere ser de mayor, dice muchas cosas, pero nunca estarán en la *maravillosa* e *ingenua* lista: cajera de supermercado, barrendera o conserje. Todo el mundo elige profesiones elegantes, bien remuneradas y con reconocimiento social. También hay quienes no quieren dar un palo al agua y ponen «tertuliano televisivo». Pues bien, yo nunca respondí enfermera, diseñadora de moda, veterinaria... yo dejé la casilla en blanco en el absurdo test de orientación profesional, porque en el instituto aún no había decidido qué carrera universitaria cursar. Todo dependía de las calificaciones. Al final terminé con una licenciatura en bioquímica alimentaria y un novio dispuesto a casarse conmigo en cuanto ambos lográramos un buen puesto de trabajo.

Sólo conseguí una de las dos cosas.

Sigo soltera.

Y en estos momentos estoy en un taxi camino del restaurante donde he quedado con el que podría llamar novio, no porque me guste, sino porque no hay una definición mejor.

También podría denominarlo error, pues conocí a Diego hace siete meses, en una de esas fiestas que organiza mi empresa para lanzar algún producto nuevo o por el simple hecho de aparecer en los medios.

Yo no tenía intención de ir en serio con nadie, pues hacía tiempo que mi vida sentimental discurría de otra forma. Desde hacía ya cuatro años establecía contactos con hombres a través de una web muy exclusiva. Para personas que, como yo, no tenían ganas ni tiempo para entablar relaciones, sólo momentos íntimos. Sexo. Nada más. Discreción absoluta, hoteles elegantes, alguna cena y

adiós. Sólo había que inscribirse, pagar una cuota anual y después buscar entre las fichas de los socios hasta elegir alguno que te llamase la atención. O esperar a que alguien se pusiera en contacto contigo. Rápido, sin complicaciones.

Al principio me resultó difícil, me moría de vergüenza, eso de quedar en un hotel con un desconocido y acostarse con él no era muy convencional. Sin embargo, poco a poco me fui acostumbrando. Por mi trabajo me era imposible mantener una relación monógama, por no mencionar que tampoco deseaba preocuparme, así que la web de contactos fue la solución perfecta.

Puede que visto desde fuera parezca algo impersonal, frío, desapasionado. Pero no, más bien todo lo contrario. Admito que a algunos nunca los volvería a llamar, y viceversa, no siempre se logra conectar; no obstante, he conocido a muchos hombres interesantes y quizá, al no tener la presión de una cita convencional, eso me ha permitido vivir momentos intensos y agradables y, por supuesto, hacer hasta amigos. Sí, amigos, por extraño que parezca.

Aunque quede grosero decirlo, a la hora de elegir es como ir a un restaurante de cinco tenedores. Y no me refiero sólo al aspecto físico, sino al de los gustos. Se da por hecho que todos los inscritos en la web, además de alto poder adquisitivo, son educados (hasta que se les pide que dejen de serlo) y, por supuesto, discretos.

Al principio quedaba con tipos de gustos muy conservadores, sexo convencional, algo seguro. Todo funcionaba más o menos bien y me dio por pensar si, ya puesta, me atrevería a dar un paso más. Podía hacerlo, nadie me juzgaría, y me lancé. Probé a quedar con hombres que solicitaban sin ambages un poco más de dureza. Fui progresiva, no me tiré de cabeza a la piscina sin comprobar antes la profundidad y para mi más absoluta perplejidad, me di cuenta de que sí, que en efecto, disfrutaba con la agresividad, pero no como sumisa, sino con hombres a los que les gustaba serlo y con los que pude sacar mi lado más dominante.

En mi trabajo tengo que enfrentarme a subordinados que por el simple hecho de ser mujer me cuestionan el doble y a los que les dejo muy claro que no voy a permitir ni una réplica ni un conato de rebeldía y del mismo modo me comporto con los hombres con los que accedo a quedar.

Y con ellos he disfrutado como nunca.

Lástima que desde hace más de medio año he aparcado esos encuentros por Diego. ¿Por qué? Pues ni yo misma me lo explico.

Puede que me hayan bajado de defensas. O que, tras pasarme dos años fuera de casa por cuestiones laborables, estuviese de nuevo en Madrid. El caso es que Diego estaba invitado al evento de mi empresa, pues trabajaba como asesor de un partido político. Un buen sueldo por no hacer nada, como él mismo me confesó entre risas una noche. Físicamente no estaba nada mal y no parecía importarle que yo fuera cinco años mayor. Él está a punto de cumplir los cuarenta, está divorciado y tiene dos niños, con lo que el tema de la paternidad lo tiene superado.

La noche de la fiesta congeniamos y al fin de semana siguiente nos acostamos. Fue interesante, dejémoslo ahí.

Yo tenía que irme a Hong Kong, pues allí me habían trasladado, pero a él le pareció bien vernos una vez al mes, cuando nuestras ocupaciones nos lo permitieran. Y, bueno, lo dejé estar, porque tampoco me agobiaba.

Siete meses después he vuelto a casa sólo durante treinta días, pues, tras trabajar duro los últimos años, he logrado por fin un puesto en la sede central de Zúrich y me conceden esos días para hacer el traslado. Soy la primera mujer que logra formar parte del consejo de dirección. No ha sido un camino de rosas.

—Estás impresionante, como siempre —me saluda Diego cuando me bajo del taxi.

—Gracias —murmuro y me da un beso rápido en los labios.

Se dispone a pagar la carrera, algo innecesario, pues ya lo he hecho yo; sin embargo, a él le gustan esos detalles, y, como ya tiene la cartera en la mano, le da una buena propina al taxista.

Entramos en el restaurante y, al hacerlo, el personal lo saluda como a un cliente habitual, hecho que Diego me confirma en voz baja, pues su partido organiza comidas de trabajo con asiduidad en ese establecimiento.

Lo cierto es que el sitio es elegante y, a juzgar por la carta, la cocina es excelente, claro que los precios van en consonancia. A pesar de que pagar una

cena no me supone ahora ningún problema, no puedo evitar pensar en mis comienzos, cuando el dinero escaseaba.

—¿Pedimos el menú degustación? —sugiere Diego sonriente.

Asiento, pues tampoco tengo ganas de elegir.

En cuanto el camarero nos sirve el vino, se lanza a contarme sus progresos. Por lo visto va a dejar de ser un asesor más para ir en las listas de su partido, lo más curioso es que se presenta por una circunscripción con la que no tiene nada que ver, pero es una especie de premio por su dedicación al partido.

—¿Y los votantes no se preguntarán quién eres? —inquiero con lógica.

Diego se ríe.

—Joder, qué ilusa eres. La gente vota unas siglas. Nadie lee las listas ni el programa electoral —me aclara un tanto pedante.

«Así nos va», pienso, aunque no lo digo. He aprendido a no hablar de ciertos temas, como la política, y menos con un hombre que no oculta su verdadera motivación: medrar sin dar un palo al agua.

—Por eso quería hablarte de nosotros...

Esa frase no encierra nada bueno. Mantengo la calma.

—Nosotros —murmuro.

—En efecto, nosotros. Sé que te han dado un puesto importantísimo.

—No me lo han dado, me lo he ganado —lo corrijo, pues da la impresión de que me haya comprado un décimo de lotería y me haya tocado el gordo.

—Sí, lo sé —dice en un tono condescendiente que no me gusta nada—. Pero te seré sincero, Genoveva, me gustas mucho y creo que deberíamos dar un paso más en nuestra relación.

Un paso más significa peligro, es la primera palabra que se me viene a la cabeza.

—Un paso más... —repito, esperando que desarrolle la idea.

—Sí, eso he dicho. Vaya por delante que respeto mucho tu trabajo, tu dedicación; no obstante, eso de que estés fuera tanto tiempo... —niega con la cabeza—, no facilita las cosas, pues una vez que sea elegido, me gustaría que nuestra relación se formalizase.

—Das por descontado que así será —comento, sin entender cómo puede estar

tan seguro.

—Es una circunscripción segura, no te preocupes. Seré elegido senador — afirma con rotundidad—. Una vez tome posesión, mis ingresos serán fijos, así que tú puedes dejar de trabajar.

Parpadeo. ¿He oído bien?

—¿Perdón?

—Bueno, si quieres estar ocupada, puedo buscarte un puesto cómodo, con un buen sueldo y sin complicaciones, por eso no te preocupes.

—¿Hablas en serio? —pregunto, tras beber un sorbo de vino, pues lo que estoy oyendo es como una pesadilla. Cree que lo de estar ocupada es para entretenerme. Idiota.

—Claro que sí, cariño —me confirma, estirando el brazo para darme un apretón en la mano y, no contento con ello, añade—: Por eso he pensado que lo mejor es casarnos.

Intento disimular; sin embargo, me da la impresión de que mi cara lo dice todo. A Diego se le ha borrado la sonrisa y yo no salgo de mi estupor.

—Casarnos —repito, recuperándome a duras penas de la impresión.

—Sí, es lo más acertado. Llevamos un tiempo saliendo, congeniamos. Eres una mujer culta, con buena presencia, bien relacionada. Ya no quieres hijos, lo que nos quita de un plumazo unos cuantos problemas. Son todo ventajas.

Suelta esa retahíla de estupideces y se queda tan pancho.

Levantarme y echarle el carísimo vino sobre la inmaculada camisa azul es tentador, pero ya no soy una veinteañera impulsiva que monta escándalos. Sé muy bien cómo deshacerme de él sin armar jaleo.

—Parece que lo tienes todo previsto —le digo, alabándolo, porque es lo que le gusta y así se confía. Dejo a un lado la copa de vino y vuelvo al agua con gas.

Diego sonrío con aire satisfecho.

—Admito que es una decisión meditada. Ahora que voy a pasar a la primera línea de la política, comprenderás que he de ser cauto.

—No sé si sentirme ofendida o halagada —comento con sorna y Diego vuelve a apretarme la mano.

—Genoveva, tenemos un futuro juntos —aduce y adopta un tono seductor—.

Disfrutemos de la cena y después...

Después me invento un terrible dolor de cabeza y, a pesar de que Diego me ruega y me intenta convencer, pues ha reservado un apartamento de lujo para pasar el fin de semana, no cedo. Si ya la idea de acostarme con él no me apetecía demasiado, tras escuchar su proposición es impensable aceptar.

Por más que insiste, sigo negándome, eso sí, con diplomacia, y le prometo pensar en lo de casarnos. Si hago esa promesa es para quitármelo de encima, pues tengo muy clara la respuesta. Ni loca voy a renunciar por un hombre a lo que tanto me ha costado.

Lo curioso es que no es la primera vez que me veo en una situación similar.

Por desgracia me ocurrió lo mismo antes de cumplir los treinta.

Nada más acabar la carrera, mi novio de entonces, Víctor, se presentó a la misma entrevista que yo para hacer las prácticas en Caprice Food International. Los dos superamos las pruebas y empezamos como becarios. Hasta ahí todo normal. Eran dos años. Una excelente oportunidad para rellenar el currículum, aunque mucho mejor si pasado el tiempo de la beca lograbas quedarte. Nos esforzamos ambos, con la idea de poder seguir en la empresa; sin embargo, sólo yo lo logré.

Víctor consiguió otro empleo, aunque en el fondo sentía cierto resquemor, y, a pesar de que se callaba, yo intuía que me lo echaría en cara cuando discutiéramos.

Como ocurre siempre, estas cosas se cuecen a fuego lento. Muy lento.

Nuestra relación se volvió cómoda y, por tanto, anodina, carente de chispa y de emoción. Víctor cambió varias veces de trabajo, pues no lograba encajar del todo, mientras yo continuaba consolidando mi puesto en Caprice Food International. Eso suponía demasiadas horas fuera de casa y que ganara más dinero que él. Los dos ingredientes perfectos para que empezara a mostrarse receloso y a echarme en cara que sólo me preocupaba de mí misma.

Y como pasa siempre, llegó el ultimátum. Pero nada de hacerlo de forma directa, Víctor fue más sutil. Me pidió que me casara con él, algo a priori muy emocionante y romántico; no obstante, encerraba una trampa. Casarme

significaba renunciar a mi puesto, pues estaban a punto de trasladarme a la sede de Roma.

Estuve a punto de ceder, de mandar mi carrera a la mierda por un hombre.

No lo hice.

Y nunca me he arrepentido de haber roto con Víctor.

Puede que sea difícil de entender. Trabajos hay muchos; hombres que te quieran, pocos.

Menuda mentira.

Si de verdad Víctor me hubiera querido, jamás me hubiera puesto en la disyuntiva de elegir. Para empezar, un hombre que dice quererte se alegra de tus éxitos, te apoya y no se comporta como un crío envidioso sólo porque a él no le salgan bien los proyectos.

Y Víctor nunca se mostró muy contento cuando yo prosperaba dentro de la empresa y a él lo echaban de un trabajo tras otro.

Visto en perspectiva, creo que hasta estoy en deuda con él, pues tras quedarme compuesta y sin novio me volqué en mi carrera profesional y, tras sortear unos cuantos baches (más de los habituales y todo por ser mujer), he logrado mi objetivo. Ahora por fin estaré en el consejo de dirección.

Años viajando, cambiando de casa cada pocos meses, horas extras, desplantes por no tener polla, miradas por encima del hombro de mis compañeros varones, rumores malintencionados. Un sinfín de cosas. Sin embargo, una hoja de servicios impecable lo ha hecho posible.

Pero ahora no quiero pensar en el trabajo, para eso tengo un mes libre, para organizar mi traslado, buscarme una vivienda y dejar mi hasta ahora puesto en condiciones para que mi sustituto no tenga mayores problemas para seguir.

Todo eso ya está listo.

Ya dispongo de un precioso apartamento en un barrio residencial de Zúrich y he contratado a un matrimonio para que se ocupe de su mantenimiento. Ni que decir tiene que a mi secretario, Maurice, me lo llevo. Cuando le hice la propuesta aceptó sin dudarle, pues él también estaba hasta las narices de Hong Kong.

He dejado toda la oficina organizada; quien me sustituya sólo deberá sentarse en el que ha sido mi despacho y, con tranquilidad, ponerse al día.

La mudanza tampoco ha supuesto mayor problema, pues hace ya días que todo está en mi nueva casa. Sólo faltan dos maletas que tengo conmigo y que llevaré en persona.

¿Cómo es eso posible?

Muy sencillo, porque semanas antes de que mi nombramiento se hiciera oficial, yo, pecando de arrogancia, empecé a planearlo todo. Ciertamente que podía haberme quedado con cara de gilipollas si al final no ocurría nada; sin embargo, era tal mi confianza en mí misma que no dudé y di instrucciones precisas.

Así que ahora tengo un mes de vacaciones para descansar. O también puedo visitar a mi familia; no obstante, creo que me limitaré a hacerles una llamada a mis padres para decirles que todo está bien. Mi relación con ellos es distante, casi inexistente. Ambas partes somos culpables: yo empecé a viajar por trabajo y ellos a centrarse más en mi hermano y sus hijos. No pasa nada, no hay rencor, sólo indiferencia.

Con todo organizado y un novio al que rechazaré la semana que viene, me siento y cojo el móvil. Quiero revisar el correo electrónico, seguro que puedo adelantar trabajo y, total, hoy no tengo planes. Por muy hotel de lujo que sea donde me alojo, todas las habitaciones me parecen iguales y prefiero entretenerme con algo.

Reviso los correos corporativos: nada importante. Por si acaso, se los reenvío a Maurice, pues nunca se sabe si puede haber algo relevante.

Después abro mi cuenta de correo personal: publicidad, facturas y dos de la web de contactos. Sonrío, algunos no han debido de leer que de momento no estoy disponible, pero me puede la curiosidad y abro los mensajes.

El primero es de un tipo con el que tuve una cita hace un año y, la verdad, estuvo bien, aunque no me quedé con ganas de repetir. Por eso es mejor ser diplomática y mentir. Podría coger un avión y pasar tres días en Londres; sin embargo, le respondo que me es imposible. Los rechazos en esta web no se toman como tales. Todo el mundo está ocupado y siempre se reacciona con deportividad.

El segundo me hace parpadear y lo leo tres veces. Un tipo más de quince años menor que yo y de profesión músico.

—Vaya... —murmuro, estudiando la foto.

Me propone un encuentro dentro de tres días, aquí, en Madrid. Él se encarga de todo, incluso me invita a su próximo concierto. Si acepto tendré un pase vip.

Mi primera reacción es rechazarlo con educación. ¿Adónde voy yo con un yogurín como éste? Le empiezo a escribir una respuesta simpática, aunque negativa.

Sólo quedo con hombres de mi edad, año arriba año abajo, nunca con chicos que no han cumplido los treinta.

No son prejuicios, es una costumbre.

Capítulo 2

Mario

Desde que recuerdo, siempre he querido ser periodista. Y me dediqué a ello en cuerpo y alma. Por eso, cuando enseño ahora mi pase de prensa al vigilante que custodia la puerta de acceso a la zona vip se me revuelve el estómago.

Tengo que entrevistar a un cantante que, por lo visto, «lo está petando», como dicen ahora, con su último disco. El mismo que he tenido la desgracia de escuchar de camino al recinto donde se celebra el concierto, cortesía de la casa discográfica. Lo chocante no es que sea una música de mierda, lo que me deja perplejo es que, uno, haya quien lo compre y, dos, que además llene un pabellón con gente dispuesta a que le torturen los oídos durante noventa minutos y, encima, a pagar por ello.

Un sinsentido.

Recorro el pasillo, en el que tres chicas jóvenes se ríen mirando la pantalla del móvil. Salta a la vista que son las afortunadas que más tarde conocerán en persona a su ídolo, aunque es evidente que tendrán que esperar fuera del camerino y que no les van a dar ni un botellín de agua.

Avanzo un poco más, un nuevo machaca al que mostrarle el pase de prensa y entro sin mayor problema. Se debe de notar en mi cara la poca gracia que me hace estar aquí. Ni me molesto en disimular.

Repaso mentalmente los datos; el niño que baila y canta en el escenario es JR. Juan Rodríguez, pero, claro, su nombre no vende, así que, sin saber que su nombre artístico fue el de un famoso personaje de televisión de los años ochenta, el chaval encandila a las niñas adolescentes con unas letras que, si de mí dependiera, estarían prohibidas. Ya sé que tiene guasa que sea yo, precisamente

un periodista, el que abogue por la censura, pero a veces es necesaria. Joder, es que es demencial, y encima que sus principales fans sean chicas.

Desde el escenario llega el sonido del que parece ser su último éxito, *Arrodíllate*. La letra es, como poco, ridícula y de verdad no sé cómo he llegado hasta aquí. ¿Cómo es posible que una aberración como ésta haya llegado a las listas de ventas?

Bueno, sí lo sé. Ahora cualquier mindundi se graba con un móvil, da igual si canta bien o berrea, lo sube a YouTube o a cualquier otra plataforma y un montón de gente aburrida empieza a darle al «me gusta» y luego, por desgracia, los demás debemos aguantar a un niño y a la corte de niñas que lo rodean.

¡Cómo han cambiado las cosas! Antes se iba poco a poco, llamando a muchas puertas. Unas se abrían, pero la mayoría no, de ahí que cualquier mínimo apoyo sirviera para seguir adelante y se aprovechara sin dudar. Aunque también estaban quienes, en vez de esforzarse, se arribaban a alguien con influencias, al más puro estilo garrapata, y chupaban la sangre de su víctima. Prefiero que mis pensamientos no sigan por estos derroteros, pues no quiero cabrearme más de lo normal pensando en cierta hija de la gran puta, la misma que me arruinó no sólo la vida, sino también mi carrera profesional.

Y ahora, gracias a Volker Maihart, un amigo periodista, tengo un empleo en una agencia de noticias y comunicación europea, Ausdrücken; no es de las más famosas, aunque sí influyentes. Algo que me trae sin cuidado, por lo menos me tiene ocupado. Mi colega, al que conocí en una de esas fiestas a las que siempre me invitaban cuando estaba en lo más alto de mi carrera, montó esta agencia porque se aburría, sí, tal como suena. Heredero de una ingente fortuna y con demasiado tiempo libre, Volker decidió que si no invertía el dinero acabaría fundiéndoselo todo en fiestas y divorcios, así que creó Ausdrücken sólo para no malgastar dinero y divertirse. Y para dar trabajo a un periodista caído en desgracia como yo.

Entro en lo que parece ser el camerino, donde un montón de personas gorronean en el bufet. Más chicas, todas muy monas, bailando y cotorreando. Dos gorilas comiéndoselas con los ojos, porque piensan que al final de la noche, cuando el niño del escenario elija, podrán quedarse con los descartes. Un tipo

hablando por teléfono con toda la pinta de ser el representante y que, al verme, me hace un gesto. Sin duda querrá estar presente en la entrevista para que no haga preguntas inteligentes, sólo las que interesan para vender más discos. Me da igual, yo sólo voy a hacer lo mínimo para cubrir el evento.

Me acerco a la mesa de las bebidas y echo un vistazo. Cojo una cerveza y busco un sitio donde esperar sentado a que el representante acabe de ladrar órdenes por teléfono. Las chicas siguen bailoteando y, por extraño que parezca, ver a veinteañeras contoneándose no me entusiasma. Sí, están muy buenas, pero nada más, no me dicen nada.

Cuando doy el primer sorbo a la cerveza sin alcohol (un asco, pero he de conducir) me fijo en que en el sillón de al lado hay una mujer sentada de manera elegante y discreta, leyendo la prensa. No una revista de cotilleos o la sección de sociedad de un periódico. Por las hojas color sepia sé que es el suplemento de economía y, la verdad, desentona en este ambiente.

No es ninguna jovencita, podría ser la madre del artista; no obstante, no tiene los rasgos latinos de JR. Puede que sea una ejecutiva discográfica que está aquí para vigilar la inversión y que el chaval no se meta en más líos de los necesarios, pero me da que tampoco.

—Buenas noches —la saludo educado.

Ella levanta la vista despacio, no muestra emoción ninguna, pese a que le he interrumpido la lectura.

—Buenas noches —murmura con una voz bien modulada y esboza una media sonrisa cortés. Después vuelve a su lectura.

Miro de reojo al representante, ya me está dando mucho por el culo, que mi tiempo también vale dinero. Me vuelve a hacer un gesto para que tenga paciencia, así que bebo mi cerveza y observo a la mujer.

Va vestida de manera informal y clásica. Su maquillaje es también muy discreto. Zapato plano, nada que ver con las plataformas deformapiés de las veinteañeras que ahora están haciéndose selfis con los gorilas, lo que confirma mi teoría de que esta noche esos mastodontes follan.

Ella sigue ajena al jolgorio y a la música. No canturrea, no mueve el pie al ritmo del jodido reguetón, o como cojones se diga. Lleva vaqueros rectos y una

sencilla americana azul marino.

No lo niego, me intriga. Debe de ser de mi edad, lo cual es más extraño aún en este ambiente.

—Siento la espera, señor Brinell. Siempre hay imprevistos de última hora — me saluda por fin el representante.

Me pongo en pie y nos damos un apretón de manos cordial.

—Buenas noches —respondo serio.

—Si quiere, puedo entregarle un dossier de prensa, así puede ir conociendo los detalles de la gira...

Dejo que continúe hablando, pues me da la impresión de que ésta no va a ser una entrevista al uso, sino un publrreportaje. No es la primera vez que Ausdrücken acepta intercambios de este tipo. La discográfica paga un buen pellizco y la agencia distribuye el contenido, aunque me temo que en el mercado europeo va a ser difícil vender una entrevista de este tipo.

Pero yo no cuestiono las decisiones de Volker, me paga y punto. Bueno, sí le cuestiono esta mierda de encargo, aunque me da igual, pues al final he de hacerlo.

Por fin deja de sonar el zumbido machacón y sólo se oyen los gritos del público pidiendo otra. No, por favor, que no cante más. Eso ha debido de pensar también la mujer misteriosa, porque hasta ha suspirado, sin duda tan aliviada como yo. Quienes desde luego están ahora más inquietas son las veinteañeras, pues saben que su ídolo está a puntito de aparecer, todo sudoroso, para elegir quién será la afortunada que podrá acostarse con él.

Joder, no lo culpo, en otro tiempo yo hacía lo mismo.

Y por fin aparece el chaval, JR, limpiándose el sudor con una toalla mientras un asistente le quita la petaca de sonido.

Se desata la tormenta en el camerino, las chicas (creo que hay seis) se abalanzan sobre él, eso sí, mostrándose sugerentes y mimosas. JR las mira y sonrío, pero no parece decidirse. Se hace fotos con ellas.

—Chicas, chicas, esperad unos minutos a que se cambie —interviene el representante.

«Qué gilipollas es, lo que quieren éstas es la ropa sudada del crío», pienso.

Las veinteañeras se retiran a regañadientes y para mi más absoluta perplejidad, él se acerca a uno de los gorilas y le dice que se deshaga de ellas. El tipo asiente y las echa fuera del camerino. Aunque apuesto cualquier cosa a que no las echa, les cuenta una milonga para llevárselas luego al huerto; éstos no desaprovechan una ocasión para echar un polvo gratis.

Ellas le gritan a JR que le quieren, que le esperan y que van a pasarlo bien. Pero él, en vez de elegir una de esas jovencitas, como cabría imaginar, se acerca a la mujer misteriosa y, con toda la elegancia del mundo, ésta se pone en pie. Entonces JR le susurra algo al oído y ella asiente.

Joder, ¿qué pasa aquí?

No tengo tiempo de averiguarlo, pues me indican que tome asiento junto a JR y comience la entrevista. Ni siquiera he leído el dossier de prensa, no me hace falta. Me trae sin cuidado lo que diga un maldito dossier. Pienso preguntar lo que me dé la puta gana. Luego, que alguno de los empleados de Volker lo adorne como quiera.

—¿Has escrito tú la letra de *Arrodíllate*?

Con la primera pregunta me gano una mirada de advertencia de su representante. Lo siento, no he podido resistirme.

—Sí, claro que sí —responde risueño, tras un gesto de conformidad del otro hombre—. Está siendo un bombazo.

—Ya me he dado cuenta —murmuro, disimulando más bien poco mi desagrado.

Como tampoco tengo ganas de discutir y que el niño presente una queja, sigo el protocolo y me limito a formular las preguntas que sé que gustan para hacer publicidad, así que venga a darle jabón al chaval.

Él se esmera en sonreír, en pecar de modesto, mientras yo miro el pendiente que lleva en la oreja y que debe de costar un buen pico. Lo mismo que la ropa, que puede que sea horrorosa, pero seguro que vale una pasta, o puede que no le haya costado nada, porque a veces las marcas regalan a horteras como éste lo que en las tiendas no se vende, para que los niños dispuestos a seguir a su ídolo vacíen las estanterías; no se entiende de otro modo.

Doy por finalizada la entrevista. Me invitan a tomar algo y yo rechazo la

invitación. Veo cómo el JR de las narices se acerca a la mujer misteriosa y de nuevo le susurra algo al oído. Y no sólo eso, también le rodea la cintura con un brazo. Ella no se muestra entusiasmada y se aparta de forma sutil, para no ofenderle.

«Demasiado íntimo», pienso, muerto de curiosidad.

Finalmente acepto la bebida, me gustaría acercarme y escuchar, pero el niño se despide con una sonrisa de la mujer y ésta le sonrío cariñosamente. Joder, ¿qué está pasando?

Puedo inventar una excusa de última hora y seguir aquí; sin embargo, el gorila ya me está mirando mal. Mientras apuro el botellín de cerveza, oigo que el segurata habla por teléfono para decir que preparen la limusina, que JR y su amiga se marcharán en breve.

Joder, joder, joder, esto sí que sería interesante para un reportaje, aunque intuyo que quieren deshacerse de mí. Lo que no quiere decir que no pueda despedirme con educación, no de los vigilantes, que son dos imbéciles, sino de la mujer, que, tras marcharse JR, se ha servido un agua mineral y ha vuelto a sentarse para leer. No parece muy dispuesta a hablar, pero aun así me acerco.

—En fin, creo que ya he acabado con mi trabajo—digo y le tiendo la mano—. Encantado.

Ella deja bien doblado el periódico y, haciendo gala una vez más de sus modales, se pone en pie y me estrecha la mano.

—Una entrevista muy... original —comenta y noto su sarcasmo.

—Seré sincero... —empiezo y creo que ella es lo suficientemente adulta como para comportarse—, me horroriza esta música, la letra es cuestionable y tampoco había mucho más que contar.

—Agradezco la franqueza —dice, sonriendo un poco—. Guardaré el secreto.

Está claro que da por finalizada la breve conversación.

Me despido de ella.

Mientras conduzco de regreso a casa, admito que esa mujer me ha provocado cierta inquietud, cierta curiosidad. Qué coño, que me ha puesto cachondo, no sé por qué doy rodeos. A las cosas hay que llamarlas por su nombre, joder, que ya no soy un chaval como el cantamañanas ese.

Cuando llego a mi apartamento, me siento delante del ordenador y redacto la entrevista para enviarla a la agencia. Una mierda de artículo, eso es lo que es; sin embargo, no puedo hacer más. Ni siquiera lo reviso, lo envío tal cual.

Ahora que estoy en casa puedo servirme algo más contundente que una cerveza sin alcohol, de modo que voy a la cocina, busco hielo y me preparo una copa en condiciones. Nada mejor que un gin-tonic de los de toda la vida, sin esa mierda de pepino y demás frutas que ahora le echan en los bares, mientras me relajo en el sillón, con buena música de fondo. Un disco de Queen.

Oh, sí.

Saco el papel de fumar y, con tranquilidad, me lío un porro. Uno de los pocos vicios que mantengo y que, si bien es censurable, me resbala, porque no hago daño a nadie y me relaja. Joder, que hay que dar explicaciones de todo lo que uno hace.

Estiro las piernas y echo la cabeza hacia atrás.

«Esto es vida», pienso, tras dar la primera calada. Aunque sea un don nadie, aunque ahora no me abran la puerta en muchos despachos y aunque no me quite de encima el sambenito de periodista acabado tras un escándalo, puedo al menos disfrutar de pequeños placeres como éstos.

Y, como siempre, algo o alguien jode el momento, en este caso es mi portátil, que emite un maldito pitido: tengo un correo nuevo. Será el controlador de Volker; puede que finja despreocupación, pero le gusta dejarlo todo bien atado. Como no quiero que me dé la murga por teléfono, prefiero responderle.

Me coloco el portátil sobre las rodillas y abro el correo. No, no es de Volker, sino de la hija de la gran puta de mi ex. ¿Qué cojones querrá ahora?

Leo y me quedo perplejo ante el morro que tiene. Ha encontrado compradores para el ático que yo pagué y que ella decoró con mi dinero. Lleva casi tres años en venta, desde que el juez ordenó que nos repartiéramos el dinero. Yo me obstiné en poner un precio excesivo, más del doble de su valor de mercado, para que ella se jodiera, pues ya me arruinó la vida vilipendiándome y quedándose con la mitad de mis ahorros como para encima tenerle que soltar más pasta. Yo sé que anda tiesa, no trabaja y nadie va a contratar a una guionista mediocre que si alguna vez tuvo un trabajo de presentadora fue porque yo se lo conseguí.

No voy a responderle. Ni hablar, que se joda. Ya conoce mis condiciones, sólo firmaré si se conforma con un cinco por ciento. De momento, yo, que no he despilfarrado una fortuna, la misma que gané hace tiempo, haré una oferta al alza a la inmobiliaria a través de Volker, para que el comprador se retire. Luego me echaré atrás. Justo lo que he venido haciendo estos tres últimos años. Por último, volveré a subir el precio.

Le escribo un correo a Volker para que haga lo que necesito y otro a mi abogado, reenviándole el original de esa asquerosa de Vanesa para que lo archive, pues mi ex luego niega la evidencia y dice que soy yo quien se pone en contacto con ella.

«Maldita hija de puta...», me digo y sé que si empiezo a recordar terminaré con ardor de estómago. Joder y todo por echar un polvo con quien no debía, mejor dicho, por echar unos cuantos.

Mira que hay mujeres disponibles, pues voy yo y me tiro a la más cabrona y vengativa. Y si sólo hubiera sido una vez, a lo mejor todo se hubiera quedado en el enfado de una tía despechada.

El disco de Queen sigue sonando de fondo. Vanesa no va a estropear me la noche, así que, ya que tengo el portátil en las rodillas, reviso el resto de los correos y veo que me han llegado dos de la web de contactos.

Sonrío sin ganas, qué oportunos, justo lo que necesito. Un encuentro sin compromisos, como vengo haciendo desde hace casi dos años y me va de puta madre. Puede que algunas mujeres no sean lo que yo esperaba, aun así, el saldo es positivo.

Leo los mensajes y tuerzo el gesto.

La primera me parece demasiado joven, treinta años. No sé, no me convence. Cierto que, como a cualquier tipo, siempre se me levanta el ánimo, y otras cosas, cuando una mujer joven me tira los trastos; no obstante, a estas alturas no quiero experimentos. Prefiero algo más acorde con mi edad. Le respondo de forma educada, como es costumbre en la web, que no me es posible y listo.

El segundo mensaje es mucho más interesante. Una mujer afroamericana. Cuarenta, estará de paso por negocios en Madrid dentro de quince días. Podría quedar con ella...

—¡Mierda! —mascullo, pues no voy a poder. El tonto de los cojones de Volker nos ha convocado a todos en la sede de Zúrich para una de esas reuniones de empresa que no sirven para nada, pero como es con los gastos pagados, iré.

Le escribo lamentando que no coincidamos. Y de verdad que lo siento, pues me había parecido muy interesante. Mucho.

Ya que estoy con los contactos de la web y se me ha despertado el gusanillo de tener un encuentro interesante y sexual, por supuesto, continúo e introduzco los criterios de búsqueda, es decir, mis preferencias.

Ya no me entretengo, como al principio, en mirar aquí y allá, ahora voy a tiro hecho.

El buscador de la web muestra quince resultados. Tuerzo el gesto de nuevo, pues no necesito tanta oferta. Añado «en los próximos siete días» para acotar la búsqueda y el resultado es el mismo, quince contactos femeninos. Bueno, me digo, habrá que perder unos minutos.

Mentiría si dijera que no me fijo primero en la fotografía. De acuerdo, una persona puede tener un rostro seductor y luego resultar un fiasco en las distancias cortas, esto es, en la cama; sin embargo, para hacer una primera selección me sirve. Así del tirón elimino a seis, todas rubias (de bote), no sé, me recuerdan demasiado a la hija de puta de Vanesa. Vamos a por el resto.

—No... ésta tampoco, no me pone, fuera...

Ya sólo que quedan dos. Confío en encontrar una que me resulte un poco seductora, pues mi listón ha bajado un poco esta noche.

—¡Joder! —exclamo, al reconocer a la primera de las dos—. Vaya, vaya, qué interesante...

Capítulo 3

Genoveva

Durante el trayecto en limusina al apartamento de JR me he planteado al menos cuatro veces si de verdad voy a seguir adelante con este chaval. Lo cierto es que se ha comportado con educación y se ha mostrado atento, así que al final lo acompaño.

—No hace ni un mes que he estrenado este ático —me comenta orgulloso, nada más cerrar la puerta tras de sí.

Me hace un gesto para que lo siga y accedemos a un enorme salón en el que destaca una hortera barra de bar, comentario que me abstengo de hacer.

JR se acerca a mí para cogerme la chaqueta y el bolso, que deja sobre uno de los sillones de piel estampados (otro horror) y después me sonrío, un tanto tímido, la verdad.

—¿Quieres tomar algo?

—Agua con gas, por favor —respondo; él arquea una ceja, pues en ese bar debe de haber de todo y lo más probable es que esperase una petición más sofisticada; sin embargo, soy partidaria de no beber ni una gota de alcohol cuando me cito con alguien.

—Marchando... —canturrea.

Lo observo a placer mientras me da la espalda, desde luego, tiene un cuerpo de escándalo y comprendo bien a las chicas que pululaban por la sala vip durante el concierto. Su cara de decepción lo decía todo al marcharnos. Si las miradas matasen...

JR regresa con la copa de agua y me la entrega. Se ha duchado y se ha cambiado de ropa. Ya no lleva un vaquero tan apretado ni una camiseta desgastada. Ahora ya no parece tan crío, con esa camisa gris y el pantalón negro.

Levanta su copa y brindamos.

—Sé lo que estás pensando —murmura—. No me ves capaz de satisfacerte.

Sonrío, porque sí, se me ha pasado por la cabeza; no obstante, dudo que un veinteañero tenga problemas de erección, otra cosa muy distinta es que después sepa usarla.

—Puede, pero ahora lo que me intriga es saber hasta dónde baja ese tatuaje que te asoma por el cuello —digo para cambiar de tema.

JR sonrío y se desabotona la camisa, quedándose frente a mí para que lo examine a placer.

—¿Por qué te los haces? —pregunto, recorriendo su piel y deteniéndome en la cinturilla de los pantalones. Una buena forma de crear expectación.

Se encoge de hombros.

—Quedan bien y van con el personaje —aduce.

—¿Y el día que ya no te gusten?

—Pues me los quito y listo —contesta tan pancho.

A mí, que ya me da pánico el hecho de que pudieran tatuarme, no me quiero ni imaginar cómo sería borraréme, así que ni me acerco a un tatuador.

Nos miramos, mejor dicho, nos evaluamos. Él parece otro tipo muy distinto del que cantaba en el escenario. Ni rastro de la agresividad y del despliegue de mal gusto con la letra de sus canciones.

—No da la sensación de que estés muy animada —comenta, cerca de mí.

—Quítate la camisa —replico, y él obedece.

Entonces yo me sitúo a su espalda y me pongo de puntillas para darle un beso en la nuca, al tiempo que recorro con la yema del dedo el tatuaje en forma de flor que lleva en la espalda. Él inspira hondo, yo continúo.

—En el culo también tengo un tatuaje —susurra.

—Me lo temía —musito sonriendo, aunque él no puede verme.

Seguimos en silencio, podría haberle pedido que pusiera música, pero lo cierto es que me da cierto miedo, pues a saber qué gustos musicales tiene. Así que sólo se oyen nuestras respiraciones, la de JR más fuerte que la mía.

—¿Estás nervioso?

—Sí —admite.

—¿Por qué contactaste conmigo? —indago, pues mi curiosidad es muy fuerte.

—Te puede parecer una tontería —responde en voz baja y se vuelve despacio para mirarme—. Estoy cansado de chicas complacientes. Sólo se acuestan conmigo para ir corriendo a contarlo en las redes sociales. Nunca se niegan a nada; sin embargo, han dejado de ponérmela dura. Algunas sólo quieren la foto, son unas inútiles en la cama y piensan que yo tengo que hacerlo todo y ellas, abrirse de piernas. Incluso me dicen que no hace falta condón... ¡Joder! Pero ¿es que están mal de la cabeza?

Me alejo unos pasos para dejar mi copa de agua con gas en la barra del bar y vuelvo junto a él.

—¿Y por qué yo? —insisto.

—Mírate, vas vestida de forma discreta. No vas provocando a los tíos.

—Ése es un comentario muy machista —lo regaño y él se encoge de hombros, algo típico de los hombres, no lo entienden,

—El caso es que al principio me hacía gracia eso de tirarme cada día a una, incluso a dos si me apetecía; no obstante...

JR baja la cabeza, quizá le dé cierta vergüenza admitir en voz alta los verdaderos motivos por los que ha contactado conmigo. Yo deseo saberlos y voy a insistir, pero preguntar abiertamente puede ser la mejor forma de no obtener una respuesta, así que busco una alternativa.

—La letra de *Arrodíllate* es muy explícita.

—«Arrodíllate, soy tu dueño. Arrodíllate, me perteneces, arrodíllate y pídemme perdón. No quiero que nadie te mire como lo hago yo» —entona JR y me doy cuenta de que, a lo mejor, si dedicara sus habilidades musicales a otro género, hasta podría gustarme—. La escribí pensando en una tía que me volvía loco y a las chicas les gusta ese rollo del amo y señor.

Lo peor de todo ese mensaje es que se lo cree. Tampoco voy a sacarlo yo de su error. No estoy aquí para eso.

—Y tú ¿cuándo te arrodillas?

Permanece frente a mí, quieto, desnudo de cintura para arriba, mostrándome orgulloso sus abdominales. No se puede pasar por alto que el chico se cuida.

Cantando será cuestionable, pero su físico es otra cosa.

—Cuando una mujer como tú me lo pide —responde en voz baja.

Y con rapidez se deja caer ante mí con los brazos abiertos. Un tanto teatral, esperando sin duda que yo tome las decisiones. Eso deja muy claro que de cara al público, en el escenario, da una imagen típica de gallito, aunque luego no lo es ni por asomo. Alza la mirada en mi dirección y observo que se ha sonrojado ligeramente.

—Yo... a lo mejor te parece una estupidez, pero he descubierto que me excita ser controlado, obligado, y tú tienes pinta de ser una mujer de armas tomar. En tu perfil ponía «ejecutiva» y eso me hizo decidirme.

—Pues siento decepcionarte, no me he traído el látigo —bromeo—. Ponte de pie, por favor.

JR obedece sin rechistar. Es bastante más alto que yo; sin embargo, no aprovecha la ventaja física.

—¿Vas a quedarte esta noche? —inquire esperanzado.

Poso las manos sobre su pecho y cuando llego a sus tetillas, aprieto lo justo y él jadea.

—Sí.

Me tiende la mano para conducirme hasta su dormitorio. Al igual que el resto de la casa es un ejemplo de derroche y mal gusto. Eso sí, la cama es enorme. Sábanas negras. Creo que lo ha preparado, pues nadie duerme habitualmente con esa ropa de cama.

Me siento en el borde y él se sitúa frente a mí. Pongo las manos sobre la hebilla de su cinturón y se lo suelto despacio. Se ha empalmado y aún no le he sobado ni siquiera un poco el paquete.

—¿Me dirás si algo no te gusta? —pregunta en voz baja.

—Por supuesto —le confirmo y le abro los pantalones.

Entonces veo el principio del tatuaje en el muslo, un dragón (qué original) escupiendo fuego; lo que decora sus pectorales, es la cola, que va subiendo haciendo tirabuzones. Creo que es más sugerente ver sólo una parte, ayuda a disparar la imaginación.

Le hago un gesto y JR se desprende de los pantalones. Lo hace con rapidez

hasta quedarse desnudo. Su erección queda a la altura de mi boca, sólo he de inclinarme para poder besarle la punta. Sin embargo, me mantengo recta, con la ropa puesta. Reconozco que es difícil controlarse con semejante cuerpo a pocos centímetros. Siento cómo el hormigueo comienza a crecer entre mis piernas. Me humedezco los labios y él, despacio, sin dejar de mirarme, se va agachando hasta quedar a mi disposición.

—Quiero tocarte —musita y me percató del tono suplicante.

Asiento y coloca ambas manos sobre mis rodillas, aún cubiertas por los pantalones. En este momento pienso que debería haberme puesto falda. No importa, todo tiene remedio.

—Hazlo —le indico y me pongo de pie.

JR parece encantado y, con una delicadeza que me sorprende, me quita los pantalones y las bragas. La camisa es cosa mía.

Una vez desnuda, sus manos comienzan a recorrer mis muslos. El contraste entre su piel morena y la palidez de la mía resulta de lo más morboso. Lo hace despacio, arriba y abajo. Siento un pequeño escalofrío cuando me sonrío. No me extraña que, a pesar de las canciones tan cuestionables de su repertorio, miles de chicas se derritan al verle. Y por una noche es sólo para mí.

Le paso una mano por el pelo, se lo revuelvo como si fuera un niño pequeño y vuelvo a sentarme. JR entiende a la perfección qué deseo y comienza a besarme las piernas, comenzando desde abajo, levantándose un pie, que coloca sobre su hombro. Despacio, va ascendiendo y yo me dejo caer hacia atrás. Jadeo cuando se mete el dedo gordo del pie en la boca y succiona.

—Quiero ofrecerte una noche única —murmura con los labios pegados a mi piel.

—Lo sé —convengo en voz baja.

Su boca ya está cerca de mi sexo y yo permanezco con las piernas abiertas, expuesta. Él, no obstante, prefiere esperar a que le dé instrucciones. No hace falta hablar. Le hago un gesto con el dedo para que se acueste encima y él, sin dudar, gatea hasta que quedamos cara a cara. Entonces le acaricio la mejilla y alzo la cabeza hasta poder morderle el labio inferior.

—Eres mala —me dice excitado.

—Un poco —musito.

—Y me encanta —añade, antes de besarme.

Que tome la iniciativa no me disgusta. Besa bien, un tanto cauteloso. Disfruto del contacto casi total entre nuestros cuerpos. Noto su polla pidiendo paso entre mis muslos; con todo, creo que aún es un poco precipitado permitir que me folle. Pero no voy a esperar más y meto la mano hasta agarrarlo. Cierro con fuerza el puño alrededor de su erección y JR jadea sorprendido por mi repentina agresividad. Me mira a los ojos y, por su expresión, deduzco que le encanta y por eso aprieto un poco más.

—Joder... —gruñe—. Cómo me pone esto.

—¿Y qué más te excita?

—Correrme entre tus tetas —responde con la mandíbula tensa, pues mi mano no se está quieta, sino que sigo masturbándolo de manera brusca, con sacudidas y apretones.

—Mmmm —ronroneo, mientras él, lejos de apartarse, cambia ligeramente de postura para darme mejor acceso—. Puede que hoy sea tu noche de suerte.

JR cada vez jadea con más fuerza, su respiración es elocuente, mi mano no se detiene. Está a punto, tan excitado que no aguantará mucho, por eso me detengo y aflojo la presión.

—Eres la hostia —comenta entre jadeos y se incorpora sobre sus brazos para mirar hacia abajo—. Antes de correrme me gustaría chuparte las tetas.

—Hazlo —exijo arqueándome.

JR primero me da un beso profundo, metiéndome la lengua, ahora mucho más desesperado. Después se desliza hacia abajo y comienza a succionar mis pezones con verdaderas ganas.

—No te contengas —le indico, para que lo haga tal como lo desea.

Y de verdad que tiene una boca increíble. Utiliza los dientes de forma precisa, me araña y me tensa para unos segundos después ser delicado y sólo con la lengua calmarme. Yo también estoy muy excitada y todavía no me ha tocado entre las piernas.

Muchos hombres no mostrarían tanta paciencia, irían directos a mi coño. Que sí, es efectivo, aunque por desgracia previsible; de ahí que me guste llevar la

batuta. Por eso hace mucho que busco hombres como JR, que quieren explorar caminos diferentes. De acuerdo, es sexo, vamos a follar, no obstante, siempre es más placentero ser diferentes o al menos intentarlo.

—No aguanto más —anuncia—, me tienes tan cachondo que voy a correrme sin haber podido meter la lengua en tu coño.

—Sigue con mis pezones —le ordeno, contraviniendo sus deseos.

Gruñe, claro, porque esperaba mi consentimiento. Podría ser compasiva y concederle lo que quiere, pero para que vea quién manda aquí, meto una mano entre mis piernas y, mientras él sigue chupándome los pezones, comienzo a masturbarme. Jadeo, me retuerzo y JR emite algún que otro lamento, pues no ve el momento correrse.

—Eres muy mala —me reprende.

—No te despistes —le replico, arqueándome al sentir bajo mis propios dedos la humedad y la tensión. Yo estoy a punto de correrme y él lo intuye.

Se vuelve más agresivo, me muerde, gime y yo aprieto los muslos. Mis dedos se vuelven más rápidos. Cierro los ojos y lo consigo.

—Joder... qué pasada —exclama.

—Ahora es tu turno —indico y, para que no albergue dudas, agarro mis senos y los junto para que pueda cumplir sus deseos.

Con rapidez se coloca a horcajadas sobre mí y se agarra la polla. Comienza a frotarse entre mis pechos. Coloca sus manos sobre las mías para ejercer mayor presión. Observo su rostro, está tenso y aprieta los dientes. Jadea, embiste como un poseso, me aprieta...

Y, como es lógico, no aguanta más. Se corre sobre mi pecho y, nada más hacerlo, se retira, liberándome de su peso. Agarra la colcha y me limpia con ella.

—No te avergüences —le digo—. No me molesta lo más mínimo.

—Gracias —contesta y se inclina para darme un beso—. Había comprado un montón de condones...

—Tranquilo, nunca vienen mal.

—¿Sabes? Yo esperaba lo de siempre, magreo, enfundarme, empujar y correrme —explica mientras me acaricia el estómago.

Yo permanezco tumbada boca arriba, muy relajada. En estos encuentros no

tiene por qué haber confidencias; sin embargo, resulta agradable conversar un poco, no tiene que ser nada trascendental.

—Y por eso estoy hasta las narices de las tías que se acercan a mí, no ofrecen nada nuevo, es mecánico.

—No todos los hombres admiten algo así —murmuro y me doy cuenta de que hasta hace no mucho yo era igual que esas mujeres a las que se refiere. Nunca me había detenido a pensar que existían otras formas de placer, que además de meter y sacar se puede disfrutar recurriendo a otras alternativas y que sólo hace falta ser un poco curiosa y experimentar sin miedo.

—Si quieres, preparo un baño —propone. Yo asiento.

* * *

—¿Ya te marchas? —pregunta somnoliento.

Son las nueve de la mañana y prefiero volver pronto a mi apartamento, ese que he pensado en vender, pero que por razones nostálgicas aún conservo. Fue lo primero que compré cuando por fin tuve un contrato fijo y un sueldo decente, aunque apenas lo he disfrutado, con mis constantes viajes.

—Sí, es lo mejor —respondo, mientras termino de abrocharme la blusa.

JR sigue acostado en la cama y se pasa una mano por la cara en un intento de despejarse, es evidente que quiere seguir durmiendo. Me acerco, le doy un beso en la mejilla y le susurro que se vuelva a dormir, que no se preocupe por mí.

—Espera, me encargaré de que te preparen el coche... Es lo menos que puedo hacer, ya que no puedo desayunar contigo.

Corregirle y decirle que es innecesario carece de sentido, así que acepto. JR estira la mano, agarra su móvil y molesta a alguno de sus lacayos para que lo dispongan todo. Yo acabo de vestirme y él, en vez de quedarse en la cama, acaba por levantarse. Se pone ropa deportiva y me acompaña hasta la puerta.

—Me gustaría verte otra vez —dice cohibido—, aunque dentro de una semana empiezo la gira y cruzaré el charco. No tengo previsto regresar antes de tres meses.

—Entonces hablaremos dentro de tres meses —replico con amabilidad, pues

en ese plazo de tiempo no sé qué ocurrirá.

—Gracias por todo —musita y se inclina para darme un beso en los labios al que yo correspondo—. Creo que escribiré una canción para ti.

—No, por favor...

—Ya sé que te horroriza mi música, no hace falta que disimules, pero te prometo hacer algo especial.

Me despido y camino con tranquilidad hacia el ascensor. Al llegar a la planta baja, me aborda el portero de la finca; sin duda le han llegado las órdenes de JR. Una limusina me parece excesivo, sin embargo, me encojo de hombros, dispuesta a disfrutar del breve trayecto hasta mi apartamento.

—¿Genoveva?

Al oír mi nombre me detengo cuando estoy a punto de subir al vehículo. Me vuelvo y me encuentro con Diego, acompañado de otro tipo al que no conozco.

—Buenos días —contesto con naturalidad.

—Buenos días, ¿qué haces tú en este barrio?

A ver qué le respondo yo para que me deje en paz, pero cualquier idea se va a pique cuando veo aparecer a JR, que, despeinado y con una sonrisa de niño travieso, se acerca a mí para entregarme un CD.

—Toma, firmado —me indica orgulloso.

—Gracias —digo, aceptando el regalo.

Diego no pierde ripio, lo que es sin duda un contratiempo, pues querrá respuestas.

—Ya sé que no vas a escucharlo, pero me ha parecido un detalle después de esta noche.

Maldita sea...

JR se marcha dejándome en un compromiso ante Diego, que me mira entrecerrando los ojos. Y el chófer continúa esperando con la puerta abierta que suba a la limusina.

—¿Y bien? —reclama Diego impertinente.

—He venido a visitar a un amigo —expongo con calma—. Y ahora, si me disculpas...

—Genoveva, joder, que no soy tonto —me interrumpe, sujetándome del

brazo.

—¿Y qué haces tú a estas horas por aquí? —contraataco.

—Un desayuno de trabajo —responde, señalando la cafetería de enfrente.

—Adiós, Diego —me despido, subiéndome a la limusina con rapidez; no quiero discutir con él y menos en la calle.

Capítulo 4

Mario

No me hace mucha gracia reunirme con el cabrón de mi abogado. Hacerlo significa que tengo problemas; sin embargo, Héctor ha insistido, tras leer el correo de Vanesa que le reenvió.

En los peores momentos, Héctor estuvo a mi lado, pero no por convicción, sino por la pasta que significaba tenerme como cliente. Va a lo suyo, y no lo culpo, aunque podría disimular un poco. Me salvó el culo, cierto, pero sólo porque la puta casualidad se puso de mi lado.

—Tienes mala cara —me dice tras sentarme.

Nos hemos reunido en su despacho a primera hora de la tarde y ahora me pondrá la cabeza como un bombo intentando convencerme para que haga las cosas bien, no dé pasos en falso y cierre de una vez ese capítulo de mi vida. A veces pienso que Vanesa y él se han liado y me quieren joder en estéreo.

—Creo que deberías aceptar la oferta. Joder, Mario, es una pasta. Ese ático te costó la mitad. Recuperarías la inversión y además cortarías cualquier lazo con tu ex.

—Sabía que ibas a decir eso —mascullo, mirándolo con mala cara—. Ya sabes cuáles son mis condiciones. No pienso ceder —insisto.

Héctor las conoce muy bien, las redactó a petición mía, eso sí, a regañadientes.

—Mario, haz el favor de reconsiderarlo.

—¿Te has follado a mi ex? —le espeto sin miramientos, porque cada vez me parece más probable.

—No digas chorradas —replica y mira hacia otro lado.

«No sé, no sé...»

—Pues entonces haz lo que te digo.

—Al final te vas a ganar una demanda y ella se quedará con todo, si continúas maquinando para no cumplir la sentencia de divorcio...

—Ahórrate el discurso —lo corto, porque me lo sé de memoria—. No voy a pasar por el aro.

—Mira, Mario, aparte de tu abogado, soy tu amigo. —Yo resoplo—. Ya sé que Vanesa te causó muchos daños.

—No me jodas. Hablas como si me hubiera rayado el coche en el garaje o roto la vajilla de la abuela —le espeto, controlándome para no elevar la voz—. ¡Seis putos meses! ¡Seis, me tiré entre rejas por su culpa! Y eso no se lo perdono ni a mi padre.

—Mario...

—Ni Mario ni hostias. ¡Me acusó de maltrato, joder! Se inventó una película digna de cuatro Óscar, porque todo el mundo la creyó.

—Pero al final todo se solucionó y ella tuvo que pedirte disculpas públicamente —me recuerda y eso me enerva aún más.

Cómo se nota que Héctor, por muy amigo que diga ser, no pasó por aquel infierno. De la noche a la mañana mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Era el presentador estrella. Todas las cadenas me ofrecían cheques en blanco para trabajar. Empecé en los informativos, con veinticuatro años, como redactor de apoyo, al lado de grandes periodistas a los que escuchaba atento para no perderme ni un detalle sobre su forma de trabajar. Fueron dos años tragándome muchos sapos y haciendo las tareas que nadie quería, hasta que me hicieron fijo y desde entonces pude avanzar en mi carrera. Después, poco a poco, sin dejar de trabajar, renunciando a vacaciones, logré dar el salto. Aparecí en pantalla antes de cumplir los treinta, como locutor suplente durante la baja del titular y de ahí ya no me movió nadie hasta que tuve mi propio programa de entrevistas y debate. Acababa de cumplir treinta y cuatro. Mi sueldo era de muchos ceros al año y nadie me cuestionaba.

Entonces conocí a Vanesa. Trabajaba como guionista (becaria) en el programa de entrevistas que yo conducía en horario de máxima audiencia. Era mona y me hizo gracia. Una cosa llevó a la otra y acabamos follando en mi camerino.

Nada reseñable, no había sido la primera ni sería la última. Pero no sé por qué, repetimos. No tenía que ser nada más, un polvo como otro cualquiera. O una sucesión de polvos en cualquier caso. Sin embargo, empezamos a salir. Vanesa me gustaba, estaba buena y con veinticinco años quería medrar. Me resultaba cómodo tener siempre a alguien disponible. No pensé. Si lo llego a hacer, me hubiera salido más baratoirme de putas, porque, joder...

Me gustase o no, como era mi pareja y yo tenía éxito, quedaba un poco feo que ella continuara siendo sólo una becaria, así que me convenció a base de zalamerías y alguna que otra mamada (todo hay que decirlo) para que intercediera por ella ante los directivos de la cadena.

No me negaban nada con tal de mantenerme en nómina y que mi programa de entrevistas, con unos datos espectaculares de audiencia, no decayera, así que propusieron que Vanesa se incorporase como tertuliana en un espacio de sobremesa para ir soltándose ante las cámaras.

Lo hizo de pena. Hasta yo me di cuenta de que no sabía hablar en público, no lograba compenetrarse con sus compañeros ni ganarse a la audiencia. Ése fue el primer aviso que ignoré. Ella no se dio por vencida. Como cualquier persona mediocre, en vez de asumir sus limitaciones, echó balones fuera e insistió y al final logré que le dieran una pequeña sección dentro de mi programa, para que, aprovechando mi éxito, ella pudiera lucirse. Otro fracaso. Los datos de audiencia fueron determinantes y como yo no quería echarlo todo a perder y que ella se enfurruñara, pedí de nuevo favores. Visto que no lograba funcionar como colaboradora, le dieron un programa para ella sola.

Aquello fue un fracaso desde el primer día. Vanesa, lejos de aceptar las recomendaciones de su equipo, mucho más profesional que ella, adoptó una actitud de diva y dio por el culo a todo el mundo. Resultado: dos meses en antena y un desastre.

Los directivos, ante aquellos datos, se negaron en redondo a seguir probando con Vanesa y así me lo hicieron saber. Se arriesgaban a que me enfadase y aceptase una de las increíbles ofertas de la competencia. Uno podía estar encoñado, pero, como ya se habían pasado los primeros meses en los que todo es

de color de rosa y ya habíamos tenido alguna que otra discusión, me negué a seguir intercediendo ante mis jefes.

Mi carrera empezó a verse afectada. Los rumores se dispararon y yo no podía permitir que sus nulas capacidades como comunicadora terminaran pasándome factura. Aunque al final me vi perjudicado.

Vanesa no aceptó aquella situación y se puso hecha una fiera. Me amenazó con dejarme, con dar entrevistas para contar mis intimidades. Me puso en el disparadero y la mandé a la mierda. Me tendría que haber marchado del apartamento; no obstante, continué viviendo en el ático que yo había pagado, soportando sus tonterías, manteniéndola, y encima sin follar. No tardé mucho en encontrar una sustituta y tampoco me esforcé por ocultárselo. Eso hizo que saliera su lado más vengativo y cruel.

Me denunció por maltrato y acabé detenido.

Y comenzó mi declive.

La cadena me despidió de inmediato, no podía mantener en nómina a un trabajador acusado de violencia de género. Los medios se cebaron conmigo, mis competidores aprovecharon para hacer leña del árbol caído.

Pasé a disposición judicial y Héctor no logró que saliera bajo fianza. Me explicó que cuando hay un famoso involucrado, siempre es más complicado, pues de cara a la opinión pública resulta ejemplarizante que las leyes se apliquen de forma escrupulosa. Resultado: seis meses de prisión preventiva, una carrera destrozada, un juicio paralelo en los medios, ser señalado como un maltratador. Hubo incluso mofas, pues yo había hablado del tema, presentando casos reales, en mi programa.

Acababa de cumplir los cuarenta.

Héctor logró, tras mucho insistir y recurrir a todas las triquiñuelas legales, sacarme tras pagar una fianza. Por supuesto, yo no podía poner un pie en el ático, pues allí seguía Vanesa, así que tuve que alquilarme un piso, económico, dado que tenía las cuentas bloqueadas por orden judicial, ya que la hija de puta de mi ex había presentado la demanda de divorcio.

Yo, con una cuenta corriente saneada, tuve que vivir en un piso de mala muerte, cutre a rabiar, y con el dinero justo para mis necesidades más básicas.

Héctor se iba a encargar de la defensa y me propuso que aceptara un buen trato, nada de oponerme. Como era lógico, a mí me sentó como una patada en los huevos, porque sabía que la muy zorra mentía; sin embargo, incluso llegué a planteármelo, pues todo estaba en mi contra.

Faltaba menos de un mes para el juicio, yo tenía una orden de alejamiento que cumplía a rajatabla, ni loco iba a acercarme a ella. Continué en el piso de mierda alquilado y un buen día recibí una notificación de la DGT en la que me comunicaban el embargo de la cuenta, así como la retirada de tres puntos del carnet de conducir por circular a ciento sesenta kilómetros por hora en una vía limitada a cien.

Era para mear y no echar gota, todo se me juntaba. El dinero me resbalaba, pues la cuenta ya estaba intervenida, lo que me daba por el culo era que justo en aquel momento, cuando me enfrentaba a un juicio tan importante, me llegara aquella multa. A la que encima, por no haber identificado al conductor y no haber pagado a tiempo, le habían sumado gastos.

Como suele decirse, al perro flaco, todo son pulgas.

El conductor era yo, el propietario del Jaguar XF que aparecía en la denuncia, así que me tocaba apechugar. Le llevé la notificación a Héctor para que hiciera los trámites, le pidiera al juez que autorizase el pago y no generase más gastos.

Entonces, él, aparte de poner cara de circunstancias, como buen abogado quisquilloso, leyó la letra pequeña por si encontraba algún resquicio que me permitiera recurrirla, pero no fue posible, puesto que habían mandado diferentes avisos a mi dirección habitual y Vanesa, en vez de comunicármelo, los había tirado a la basura.

Entonces, Héctor, que podía ser un cabrón interesado, pero muy listo, se dio cuenta de que la fecha en la que me había cazado el radar de tráfico coincidía con la del parte médico en el que supuestamente se detallaban los daños físicos que le había infligido a Vanesa. Y yo no podía conducir por una carretera a trescientos kilómetros de casa y al mismo tiempo darle una paliza a mi mujer.

Recuerdo haber leído una y otra vez aquella maldita comunicación de la DGT. Incluso lloré como un niño cuando vi que no era producto de mi imaginación.

Nunca una multa de tráfico fue tan bien recibida. Examinamos la foto, pedimos a la Guardia Civil que nos lo confirmara todo, algo que les extrañó, pues por lo general los conductores intentaban buscar excusas para librarse de la sanción. Yo no, estaba dispuesto a pagar el doble, con recargos y todo, si verificaban la multa.

Y lo hicieron. Héctor logró que nos mandasen una foto mejor, en la que se me veía al volante: era la prueba definitiva de que Vanesa mentía.

Una vez más, Héctor me recomendó utilizar una vía sensata, es decir, presentar ante el juez la prueba que me libraba de todo y evitar el juicio. Pero yo me negué, joder, por supuesto que me negué. Le obligué a guardar la sanción, incluso no la pagué para que el procedimiento de embargo siguiera su curso, y el día del juicio aguanté estoicamente mientras Vanesa mentía con descaro, narrando un sinfín de barbaridades. La muy guarra incluso lloraba, como si sus mentiras fueran verdad. De nuevo pasé por todo el calvario de los medios de comunicación, que reavivaron sus editoriales machacándome.

Mi abogado se desesperaba, pues según él era innecesario aguantar aquel proceso cuando teníamos en nuestra mano la posibilidad de acabar con todo; no obstante, yo quería que ella misma se pusiera la soga al cuello.

Y lo hizo. Había que verla, llorando a moco tendido. Involucró incluso a dos asociaciones de mujeres maltratadas, que acudieron al juicio a arroparla. Asociaciones con las que yo pensaba colaborar una vez que acabara aquella locura, pues por culpa de una zorra vengativa no iba a dejar de apoyar a quienes sí necesitan ayuda.

Y por fin llegó mi turno.

Era como estar de nuevo delante de miles de espectadores. Mi momento, mi oportunidad. Joder, fue como un auténtico chute de la sustancia más adictiva.

Hubiera querido mirarla a los ojos mientras declaraba, pero la asquerosa de Vanesa pidió no estar presente, porque dijo que no soportaría estar delante de su agresor. Una pena. Me conformé con su abogada y fui a por ella.

Me gané tres o más amonestaciones del juez por mi vehemencia, pero me dio igual, pagaría con gusto las multas o un día de prisión.

La prueba de que Vanesa mentía fue demoledora. Su abogada no sabía dónde

meterse. Las mujeres de la asociación presentes en la sala se quedaron lívidas al escucharme; sin duda, muchas sí habían sufrido maltrato y no entendían cómo una zorra había sido capaz de jugar con algo así.

Exigí, a través de Héctor, que mi ex estuviera presente para la sentencia. No tuve suerte y no pudieron comunicarle directamente a Vanesa que sobreseían el caso. Yo no estaba dispuesto a conformarme con eso y de nuevo discutí con mi abogado, pues decidí presentar una demanda por difamación exigiendo una reparación pública para desmentir toda aquella farsa.

Vanesa tuvo que hacerlo, delante de las cámaras. Los medios de comunicación llamaron a mi puerta; sin embargo, no era para ofrecerme trabajo sino para que hablara, querían entrevistarme. Buitres, los mandé a paseo, por supuesto.

No pedí compensación económica, aunque no tenía ni un céntimo, ya me cobraría de otro modo aquella cabronada.

Mi ex desapareció y, por mucho que hubiera rectificado, aún había quien me creía culpable, que sólo me había librado por fallos del sistema; de ahí que, pese a ser inocente, no pudiese recuperar mi vida anterior.

Finalmente tuve acceso al cincuenta por ciento de mi dinero, el otro cincuenta por ciento se lo llevó Vanesa cuando firmamos el divorcio. Me jodió, y mucho, tener que repartir mis ahorros con ella, cuando encima un juez la había condenado a indemnizarme por daños y perjuicios por haberme difamado. Me pagó con mi propio dinero, aunque desde luego la cantidad fue irrisoria.

Y la conclusión deprimente: difamar salía barato.

Mira que durante mi trayectoria como entrevistador había tenido cuidado a la hora de hacer reportajes, prefería guardarme información si no era capaz de contrastarla. Eso me granjeó una reputación y el público me respetaba.

Nada de eso me sirvió para volver. Nadie se acordaba de aquel trabajo minucioso, ahora sólo querían conocer datos, y a ser posible morbosos, de mi vida privada.

Y Vanesa se aprovechó de ello. Puede que quedara en entredicho como mujer; aun así, hizo caja hablando de mis intimidades, hasta que pude pararle los pies.

Siendo un hombre libre y con dinero, pasé por la inevitable fase de

descontrol. Fiestas, mujeres, mucho alcohol, coqueteo con drogas y a saber qué más hice, pues estuve dos años de aquí para allá hasta que sufrí un accidente de tráfico y recapacité. Por obligación, claro, pues tuve que pasar tres meses recuperándome.

Entonces Volker vino a verme. Lo había conocido en una de esas fiestas alocadas y me contó que había montado una agencia de noticias y que quería contar conmigo en Ausdrücken. Y, bueno, yo tampoco tenía nada mejor que hacer, así que acepté. Entrevistar a niños que tienen poco o nada que ofrecer, pero que son famosos. Hacer reportajes para multinacionales que quieren dar una imagen perfecta o redactar comunicados de prensa para disimular alguna que otra indiscreción, éstos son mis cometidos ahora.

Cojonudo, lo que siempre quise hacer.

—¿Mario?

Parpadeo, mi abogado debe de llevar un buen rato soltándome un discurso y yo no le he hecho ni puto caso.

—No insistas —digo, porque lo más probable es que haya intentado convencerme para que pase página de una vez, como él llama a ceder en lo de la venta del ático.

—Al final se va a volver en tu contra, ya lo verás.

—Eres mi abogado, arréglatelas para que todo parezca legal —le exijo, porque a veces parece que no esté de mi parte, sino de la de Vanesa.

—He recibido una nota de su abogada diciendo que no puede pagar su parte de los gastos de mantenimiento de la propiedad —me explica y creo que quiere que sienta pena. Pues va listo.

—Perfecto, vendemos, ella se lleva su cinco por ciento y se libera de una obligación —propongo ocultando mi satisfacción, pues era algo con lo que ya contaba.

El mantenimiento del ático supone setecientos euros al mes y Vanesa, que ya se ha fundido la pasta que me sacó en el divorcio, no puede hacer frente a su parte.

—Mario, sabes que lo del cinco por ciento es muy poco... —murmura Héctor negando con la cabeza, adoptando un tonito cercano a la compasión que me

enerva.

—¡No, si encima de puta, voy a tener que poner la cama! —exclamo y como no quiero acabar a voces, respiro hondo para no terminar discutiendo.

—¿Qué te cuesta ceder un poco? ¿No te joroba seguir teniendo algo a medias con ella?

—No sigas por ese camino —le advierto—. No voy a ceder.

Me despido de Héctor, por más que insista, yo erre que erre. Claro que me jode pagar los gastos de una propiedad que no puedo disfrutar, pero prefiero hacerlo con tal de que Vanesa las pase putas para llegar a fin de mes.

Quiero hablar con Volker y comprobar si ha seguido mis instrucciones. Mi jefe puede ser como un grano en el culo; sin embargo, cuando se le pide ayuda, suele echar un cable. Ahora bien, sé que luego se lo cobrará enviándome a alguna «misión periodística de riesgo», como lo de entrevistar al niño ese, JR, pero bueno, tendré que pagar el precio; con tal de joder a Vanesa, cualquier cosa.

—¿A ver, con quién te has enfadado hoy? —me pregunta Volker nada más responder al teléfono.

—De momento, contigo, cabrón. ¿Te has ocupado de contactar con la inmobiliaria? —replico, riéndome ante su tono sarcástico—. Para ser suizo, bromeas más de la cuenta.

—Es lo que tiene pasar los veranos en la Costa del Sol —dice riéndose—. Y quédate tranquilo, mi oferta ya la tienen sobre la mesa.

Respiro aliviado.

—Gracias, te debo una.

—Me debes unas cuantas, Mario. Y me las pienso cobrar todas —alega guasón, aunque yo sé que lo hará, joder, claro que lo hará—. Y ya sabes que tienes que estar en Zúrich para la fiesta de empresa y esta vez no admito excusas, mi periodista estrella no puede faltar.

—¿Periodista estrella? —le espeto—. ¡Los cojones!

—Venga, Mario, deja de dar por el culo. Si al final lo pasarás bien, ya lo verás. Ah, y ya he visto la mierda de artículo que has escrito sobre el concierto de RJ.

—JR —lo corrijo y me río, porque es evidente que tampoco él tiene ni puta

idea de quién es el niño—. Te mandaré el CD que me dieron de promoción, para que se lo regales a alguna de tus ex.

—Oye, la discográfica nos pagó mucho dinero, ya le podías dar una vuelta a la entrevista y...

—Y decir que JR canta como los ángeles —remato yo por él.

—¡Me has leído el pensamiento!

—Ni lo sueñes.

—Hablaré entonces con Liese —contesta resignado.

Capítulo 5

Genoveva

Diego, como ya intuía, no ha dejado de llamar y de insistir para que nos veamos.

No sabría decir por qué, pero lo noto más nervioso de lo habitual. Cierto que siempre va un poco acelerado, como si no pudiera tomarse un minuto para relajarse. Puede que se deba a la proximidad de las elecciones, aunque no sé a qué viene tanta angustia, pues se suponía que lo tenía todo arreglado para resultar elegido.

Buscar excusas para no verlo me agota, así que termino por aceptar su invitación para comer. Decir que no me apetece es quedarse corta; no obstante, he de pasar por este trance con tal de quitármelo de encima.

Él ha insistido en venir a recogerme, pero me he negado, así que me dirijo al restaurante confiando en que la comida sea aceptable y la conversación breve. No tengo ganas de enzarzarme en una discusión sin sentido.

Diego ya está sentado cuando llego. Tiene mala cara, aunque va tan pulcro como siempre. Se levanta al verme y yo vuelvo la cara y le ofrezco la mejilla cuando pretende darme un beso en los labios. No me molesta especialmente, aunque prefiero mantener las distancias para que no se anime.

Rechacé su propuesta de matrimonio y le sentó fatal. Así que lo mejor es intentar ser cordial, aunque firme, no quiero que vuelva a proponérmelo.

—Te veo animada —comenta con retintín.

—¿Te parece mal? —replico sin mirarlo, concentrada en el menú.

—No, por supuesto que no, sin embargo...

No me gusta ese tono un tanto inquisitorial. Intuyo que se muere de ganas de preguntarme la verdadera razón por la que coincidimos a las nueve de la mañana en un edificio de apartamentos de lujo bastante alejado del mío.

—Sin embargo... —lo animo, cuanto antes haga las preguntas, antes lo puedo mandar a paseo.

—Me han llegado rumores —afirma y mantengo una expresión neutra—. De que últimamente frecuentas compañías... extrañas.

—Define «extrañas» —lo provoco, sabiendo muy bien adónde quiere llegar.

—Ahora te juntas con niños.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Maldita sea, Genoveva, tú no eres así, tienes más clase. Además, si me apuras, podría ser tu hijo.

Me atraganto con el agua, porque el comentario, aparte de mal gusto, es una estupidez. Una majadería propia de Diego. A veces es un gilipollas, un esnob. Cierto que yo tampoco soy una admiradora del reguetón, pero hay que respetar a las personas. Y JR se portó conmigo de forma encantadora, así que a Diego que le den, a él y a sus bobadas.

—¿Para esto querías verme? —le pregunto, procurando no sonar muy molesta.

—No, entiendo que todos cometemos errores.

Sonrío sin ganas. Su tono condescendiente es insufrible.

—Sí, todos cometemos errores —murmuro, porque enfrente tengo la prueba palpable.

—En todo caso —prosigue sin captar el sarcasmo—, con tal de que no se repita, por mí perfecto.

—No necesito tu beneplácito, Diego —le recuerdo, por si acaso se cree con derecho a condicionar mis decisiones. Va listo, es algo que no he permitido nunca y no voy a hacerlo ahora.

—No adoptes ese tonito feminista, tú no eres de esas.

Parpadeo, lo que me faltaba por oír.

Llamo la atención de uno de los camareros y cuando se acerca le pido la cuenta. Algo que sé que molestará a Diego, pues odia que le lleven la delantera.

—¿Qué narices haces? —sisea cabreado.

Yo sonrío y abro mi bolso para sacar la tarjeta de crédito.

El camarero se acerca con el datáfono y Diego da un manotazo para que se

aparte. Un ejemplo de su falta de delicadeza. Yo, que no soy tan melodramática, quizá porque no tengo polla, ayudo al empleado a recoger y de nuevo intento pagar.

—Deja de hacer el imbécil —le ordeno muy seria.

—Y tú de tocarme la moral —masculla tenso.

El camarero desaparece, previendo sin duda un enfrentamiento de pareja.

—Si tienes algo interesante que decir, hazlo ya; de lo contrario, me marchó. Tengo infinidad de asuntos mucho más interesantes en los que perder el tiempo —le espeto, hastiada del numerito de novio controlador.

—Ya sé que te gusta jugar a la ejecutiva, pero conmigo no hace falta, Genoveva. Puedes dejar de fingir y ser una mujer normal.

—¿Perdona?

No contento con insultar mi inteligencia y menospreciar mi trabajo, el muy inútil encima se cree superior.

—Venga, va, no te pongas así y vamos a arreglarlo —comenta sonriendo, lo cual me molesta más aún si cabe, pues cree que con cuatro zalamerías voy a claudicar.

Me levanto porque no aguanto más estupideces. Al final voy a terminar con dolor de cabeza, así que lo mejor es salir de aquí escopetada. No merece la pena discutir con Diego. Pero él se las apaña para sujetarme de la muñeca. Empezamos a ser el centro de atención en el restaurante.

—Diego, me marchó —le digo sin levantar la voz.

—Te vas a sentar, vamos a acabarnos esta comida y me vas a escuchar —me contradice.

Obedezco a desgana para no montar el espectáculo. De nuevo Diego sonrío, creyéndose victorioso. Qué poco me conoce si piensa que voy a ceder.

—¿Se me permite ir al aseo? —pregunto con retintín.

—En cuanto arreglemos esto. Soy un tipo moderno y por eso quiero que lleguemos a un acuerdo. Entiendo que no quieras casarte, al fin y al cabo no nos conocemos desde hace tanto, aunque eso no quita para que nos comprometamos.

—¿Y por qué te empeñas tanto?

—Ya sabes que me presento a las elecciones y tener a mi lado a una mujer

como tú hará que quede mejor ante la opinión pública.

Me echo a reír, porque hay que ver qué estupideces suelta Diego. Él frunce el cejo, no se esperaba esta reacción.

—Estás siendo de lo más ridículo. Esto no es la política norteamericana de familia feliz —replico con guasa, porque la tiene—. Además, ¿no se supone que el puesto es seguro?

—Sí, claro que lo es; sin embargo, nunca está de más hacer las cosas bien y tú eres, todos los asesores así lo creen, la mejor. Tienes éxito, te conservas bien y das imagen de mujer moderna.

—Y te quedas tan a gusto diciéndome algo así.

Diego se encoge de hombros.

—Aunque me joda reconocerlo, debo ir con los tiempos y ahora hay que tener cerca a mujeres independientes.

—Sólo como adorno —añado, riéndome por no llorar.

Desde luego, lo que tiene que oír una por tener oídos.

—Más o menos —admite—. Por supuesto, tu colaboración tendrá recompensa.

—Esto se pone interesante —murmuro, porque ahora viene el soborno.

Me hago una ligera idea de a qué se refiere cuando dice «recompensa»; no obstante, prefiero que sea él quien lo diga, no voy a estropearle la sorpresa. Y justo en ese instante aparece un tipo sonriente y se detiene junto a nuestra mesa. Debe de tratarse de algún conocido, porque Diego enseguida se levanta para saludarlo con entusiasmo.

—Te presento a Rubén, nuestro asesor de imagen —dice Diego.

—Encantada —murmuro y le estrecho la mano con educación, tal como hago con la infinidad de hombres con los que tengo que hablar por cuestiones de trabajo.

El recién llegado me mira, mejor dicho, me examina. Intuyo que Diego ya le ha hablado de mí.

—Lo mismo digo —contesta Rubén, sin dejar de mirarme a los ojos. Quizá pretende intimidarme. Da igual, no va a lograrlo.

Está claro que es un profesional. Debe de rondar los cuarenta y su aspecto es

impecable, lo mismo que sus modales. Aparta la silla sin hacer ruido y se sienta a la mesa.

—Se queda a comer con nosotros, tenemos mucho de que hablar —explica Diego de forma innecesaria, pues por los movimientos de Rubén ya lo había deducido, pero le gusta demasiado creer que sin sus indicaciones estaría perdida.

—Entonces os dejaré tranquilos...

—No, Genoveva, quiero que te quedes —me interrumpe el aspirante a político—. Nuestra charla te incumbe.

Mantengo una expresión neutra, aunque desearía largarme de allí. Sé cómo funciona esto, Diego quiere manejar la situación y que los demás bailemos a su son; pues bien, no hay mejor estrategia que concederle su deseo, de ese modo él solito meterá la pata. Es el punto débil de los arrogantes.

Diego sonrío, como no podía ser de otro modo, y con la ayuda de Rubén me explican su plan. Por lo visto, hoy en día hay que incluir a mujeres en las listas para que nadie saque el tema de la discriminación, y cuando el candidato es un hombre, hay que procurar que tenga al lado una mujer con ideas propias, independiente y que haya triunfado por sí misma; así se aleja el fantasma de la chica tonta a la que darle un puesto a dedo.

—A ver si lo he entendido bien —comento, controlando mi lado más sarcástico para que no se ofendan, aunque me temo que me va a resultar difícil—. Soy la candidata ideal porque da la casualidad de que tengo una carrera profesional intachable, que me he labrado a base de esfuerzo.

—Eso es —me confirma Rubén.

—Carrera profesional que debo mandar al garete para hacer de mujer florero —prosigo y hago una pausa para beber un sorbo de mi agua con gas—, y todo porque hay que dar una imagen de igualdad, cuando en el fondo buscáis lo de siempre, un títere, pero con un currículum envidiable.

—Genoveva, por favor, no hace falta ser tan quisquillosa —se queja Diego.

—Ella tiene toda la razón —lo corrige el asesor, mucho más perspicaz—. No tenemos por qué mentirle, debe ser consciente de todo, es más, diría que es recomendable.

—Y, de cara a la opinión pública, al tener un trabajo respetable queda

descartado que quiera un puesto a dedo —continúo—; sin embargo, como recompensa a mis digamos sacrificios, me lo daréis de todas formas y, para justificarlo, nada mejor que mostrar mi currículum y decir que soy la más indicada para el cargo. —Los miro a ambos.

Diego disimula su malestar, no así el asesor, que mantiene su expresión serena.

—Has resumido perfectamente la situación —dice Rubén y detecto un cierto tono de admiración por no haber tenido que repetirme su plan.

—Señores, creo que he oído bastantes tonterías por hoy —suelto poniéndome en pie.

—¡Genoveva, por favor! —exclama Diego, irritado.

—Permitidme que os invite —agrego y, ahora sí, soy todo lo irónica que quiero—. Podéis considerarlo mi contribución.

—Déjala.

—Adiós, señores.

Él intenta detenerme, pero Rubén lo sujeta para que se quede sentado. Yo voy directa en busca de un camarero y le digo que me cargue el importe de la comida en mi tarjeta de crédito. Por supuesto, pienso conservar el resguardo del datáfono junto con la factura del restaurante. Sé que eso a Diego le sentará como una patada en los huevos... Lástima, haber elegido a otra para jugar a los políticos.

Salgo del restaurante con la convicción de que ha sido premeditado, es decir, que Diego me buscó, o simplemente yo me crucé en su camino, ahorrándole parte del trabajo. Sea como sea, he aprendido la lección, así que nada mejor que volver a mi rutina en cuanto a los hombres. Una rutina que no da dolores de cabeza ni me obliga a escuchar discursos estúpidos.

Me planteo parar un taxi para regresar a mi apartamento, pero, a pesar de que empieza a refrescar, sigo caminando. Los zapatos planos son un lujo que pocas veces puedo permitirme y aprovecho el momento.

Llevo un buen rato paseando con tranquilidad, sin un rumbo concreto, hasta que hay algo que me llama la atención: el escaparate de una librería. Me quedo observando el estante central, en el que un gran expositor ocupa casi todo el espacio. Sonrío, pues conozco al autor. Y no lo digo en el sentido habitual, como

una lectora más. He leído sus anteriores novelas, pero después de haber estado con él, de quedar a través de la web de contactos.

Fue muy importante para mí, pues acababa de comenzar en ese mundillo; de hecho, era mi segunda cita. En aquellos tiempos no me comportaba ni de lejos con la seguridad y el aplomo de ahora y por supuesto nada de ser exigente y dominante. En aquellos encuentros mi actitud era cauta, desconfiada y también tímida. Por eso recuerdo con cariño a Ignacio, pues se mostró paciente y me animó a ser atrevida. Desde entonces he ido adquiriendo la confianza necesaria para quedar con hombres, no sentirme jamás culpable y decir abiertamente qué o cómo quiero que sucedan las cosas.

Sigo delante del escaparate de la librería y me percató de un detalle que me encanta: la presentación del nuevo libro de Ignacio es hoy. Miro el reloj, aún falta una hora para que dé comienzo el acto. Me encojo de hombros. No tengo nada mejor que hacer y me apetece mucho entrar en una librería. No sé si me será posible hablar con él; sin embargo, después del repulsivo encuentro con Diego, nada mejor que una tarde literaria para sentirme mejor.

Por desgracia, no dispongo de todo el tiempo que desearía para leer. Me paso el día entre informes y, por ello, mi concentración al llegar a casa no es muy grande. Por lo general entonces me apetece descansar, relajar la mente.

Deambulo por la librería. Me fijo en los libros apilados y me doy cuenta de que estoy un poco perdida, pues, al haber vivido en Hong Kong, apenas he tenido contacto con el mercado literario.

—¿Curioseando? —pregunta una voz masculina a mi espalda.

Me doy la vuelta y me encuentro con una cara conocida, amable y una sonrisa cariñosa.

—Un poco sí —respondo.

—¿Y has encontrado algo interesante?

—Tú eres el experto, ¿qué me recomiendas?

—¿Nadie te ha puesto al corriente de lo arriesgado que es preguntarle a un autor eso?

Niego con la cabeza.

—Confío en ti.

Nos miramos. Supongo que a él le ocurre lo mismo que a mí, duda entre darme un abrazo y un par de besos como buenos amigos o limitarse a un saludo más formal con un apretón de manos. Son sólo unos segundos; no obstante, parecemos dos panolis en medio de la librería, hasta que una señora con un carrito de niño nos pide que la dejemos pasar.

Ignacio coge un ejemplar de su último libro y va hasta el mostrador de caja para pagarlo, luego regresa con él y me lo entrega.

—Gracias —murmuro.

—¿Te quedas a la presentación?

—Por supuesto —le contesto y le pido que me lo firme.

—Me alegro mucho de verte, ¿tienes tiempo para un café?

—Eres la estrella, ¿no deberías preparar la presentación?

Niega con la cabeza y juntos salimos en busca de una cafetería. Cuando nos sentamos delante de un buen café, nos ponemos al día sobre nuestras cosas, Es increíble lo sencillo que me resulta hablar con él y más teniendo en cuenta que disfrutamos tan sólo de dos encuentros. Con todo, eso quedó en el pasado, como un buen recuerdo, ahora lo importante es poder charlar amigablemente.

Me felicita por mis logros laborales y yo hago lo propio por sus éxitos literarios, incluso me cuenta que van a adaptar una novela suya al cine. Lo menciona con una humildad muy poco habitual.

El tiempo se nos echa encima y no podemos seguir hablando, pues debe acudir a la presentación. En todo momento se muestra como un caballero y se ocupa de que pueda sentarme en primera fila. Incluso me guiña un ojo, cómplice, cuando comienza el acto.

Por desgracia, tiene que atender a los lectores y a la prensa, por lo que me es imposible despedirme de él. Así que abandono la librería, aunque en el último segundo se me acerca una mujer, se presenta como la editora de Ignacio y me pide que lo espere, ya que desea invitarme a cenar.

Acepto, faltaría más.

Capítulo 6

Mario

Hay personas que destacan sobre el resto y no se sabe muy bien el motivo. Pasa tanto con hombres como con mujeres. Uno intenta explicarse por qué, pues no se trata de una belleza deslumbrante, un aspecto llamativo o una inteligencia por encima de la media, es algo mucho más sutil, o quizá la mezcla de varios aspectos. El caso es que mi cita de esta noche es una persona por la que me sentí atraído la primera vez que la vi en el concierto de reguetón más horroroso de la historia (bueno, eso si existe alguno que no lo sea) y terminé de decidirme llevado por la curiosidad, pues encontrármela por segunda vez en pocos días y en un acto tan diferente como la presentación de un libro era, cuando menos, intrigante.

Si a eso le añadía que aparecía en la web de contactos, estaba claro que tenía que quedar con ella. Ahora sólo faltaba que aceptara y lo había hecho, para mi sorpresa, pues no confiaba mucho en ello.

Me miro en el espejo antes de salir de casa con tiempo suficiente para llegar a la hora prevista. Odio ser impuntual. ¿Qué sentido tiene establecer una hora si después no se va a respetar?

He reservado mesa en mi local favorito de sushi, porque, aparte de apetecerme, en la misma calle se ubica un coqueto hotel y de ese modo, si surge la oportunidad, podemos pasar la noche juntos. Al principio no me mostraba tan cauto, iba a tiro hecho, quedaba con la mujer en cuestión, una copa, cuatro frases y a follar, ¿para qué más? Pero eso ocurrió durante mi etapa de desfase tras el divorcio y el proceso judicial, cuando no estaba para demasiadas sutilezas. Sin embargo, a medida que me fui relajando, tomé conciencia de que ése no era el mejor camino, pues me encontraba con cada loro... Y uno tiene ya la edad

suficiente para ser un poco más selectivo. De ahí que ahora sólo concierte citas con mujeres que me despierten no sólo el deseo de tirármelas, tiene que haber algo más.

He dejado el Jaguar en el garaje y he ido en taxi hasta el restaurante. Al llegar me doy cuenta de que faltan diez minutos para la hora. Cuando pago la carrera y me dirijo a la entrada, se detiene otro taxi y la veo apearse. Por lo visto es tan puntual como yo. Me acerco a ella y espero a que pague.

—Hola —dice en tono educado.

Las presentaciones están de más.

—Buenas noches —respondo y me inclino para darle dos besos; de esa forma tengo la oportunidad de olerla.

Sí, eso hago, pues no soporto las colonias fuertes. Por suerte, ella desprende un aroma suave, sutil. Algo floral, de los que puedo soportar. Odiaría recorrer su nuca con los labios y en vez de disfrutar del tacto y el sabor propios de la piel femenina, acabar con un regusto químico en la boca. No sé cómo venden algo semejante y lo llaman perfume.

—¿Entramos? —propongo, señalándole el restaurante.

Ella asiente con delicadeza. Todos sus gestos son pausados, elegantes.

Puede que algunos piensen que está pasado de moda ceder el paso o abrirle la puerta a una dama. O algunas creen que es un gesto machista, pues no, es educación, simple y llanamente, y yo voy a seguir haciéndolo. A mi cita no parece molestarle y hasta esboza una media sonrisa y susurra un educado gracias.

Como he dicho, tengo mesa reservada, así que pasamos con rapidez al comedor. Soy un cliente habitual y nos dan una mesa apartada, nada de estar en el meollo, rodeados de comensales con sus charlas intrascendentes o sus dudas sobre lo que van a pedir, porque sólo vienen a un restaurante japonés para tirarse el rollo. O porque sale en las páginas de gastronomía de algún periódico. O porque lo recomienda un famoso de tres al cuarto.

—Confío en que te guste este tipo de comida —comento cuando nos entregan la carta.

Lo reconozco, soy un poco cabrón, pues aparte de disfrutar del sushi, que me

apasiona, es una excelente prueba para ver cómo reacciona. Algunas, con tal de no quedar en evidencia, mienten como bellacas, primero diciéndome que les encanta y luego pidiendo sin ton ni son. Mi cita de hoy no tiene pinta de fingir, confío en que la intuición no me falle.

—He vivido varios años en Hong Kong —dice mirándome a los ojos.

No da más explicaciones, quiere que saque mis propias conclusiones. Me gusta, no es de las que te cuentan su vida y milagros con tal de parlotear.

—¿Por trabajo? —inquiero y aunque sé que es una pregunta de lo más manida, también es una forma como otra cualquiera de iniciar una conversación, que espero que resulte entretenida. Odiaría tener que buscar una excusa para no ir con ella al hotel tras la cena.

—¿Has estado en Hong Kong?

—Sí, un par de veces —respondo.

La primera fue por trabajo, respecto a la segunda tengo una especie de laguna mental.

—¿Crees que alguien viviría allí por placer?

Sonrío y niego con la cabeza.

—Tienes razón, es la ciudad más desesperante del planeta —convengo.

La intuición no me falla, esta mujer sabe elegir. Es bastante contenida, incluso con la bebida, pues pide un agua con gas.

Nos miramos, nos estamos evaluando con la mirada. Me inquieta, pero me excita. Buena señal, pues por lo general antes del café ya he decidido si quiero seguir adelante y tirármela o si le pago el taxi y la mando a casa. Disfruto siendo examinado por una mujer, sobre todo si da muestras de ser inteligente. Habla despacio y si formula una pregunta espera a que yo acabe, no me interrumpe. Cada vez que un camarero nos sirve algún plato, da las gracias.

No voy a negar que por un lado me apetece mucho llevármela a la cama, aunque poco a poco nos hemos ido animando y la conversación es cada vez más fluida. Por sus comentarios deduzco que ha vivido bastante tiempo fuera del país y que viaja a menudo. Puede que por ese motivo no me reconozca o también que sea muy buena disimulando. Da igual, agradezco no tener que hablar de mi etapa

como presentador estrella y mi caída en desgracia. Sí le menciono a qué me dedico y sonrío. Salta a la vista que recuerda dónde nos hemos visto antes.

Me he dado cuenta de que no ha tomado ni una gota de alcohol.

No sé qué pensar al respecto.

Cuando llega el momento de abonar la cuenta, ella dice:

—Espero que no te importe.

—No, por supuesto que no, ¿por qué me iba a importar?

Pone cara de circunstancias, eso sólo puede significar una cosa: que se ha topado con un millar de gilipollas a los que no les gusta que una dama pague la cuenta, aunque muchos, por hacer un alarde de bonanza económica, tiemblen cuanto pasan la tarjeta, pues a lo mejor se la deniegan.

En las citas de este tipo se da por hecho que cada parte dispone de recursos y, puesto que yo me he encargado del hotel, no hay por qué hablar de dinero.

Cuando abandonamos el restaurante, caminamos en dirección al hotel, no hace falta decir más. Genoveva va a mi lado y no nos tocamos a pesar de ir juntos. Ambos conocemos el procedimiento.

Podía haberse negado y yo aceptarlo sin hacerle preguntas, no sería la primera vez que ocurre. Alguna que otra ha quedado conmigo por el simple hecho de conocerme y cumplir una especie de fantasía atrasada, pues yo ya no gozo de popularidad, o, lo que es peor, cuando una mujer se siente engañada por su pareja y sólo quiere pagarle con la misma moneda. Si detecto alguna de estas circunstancias, me despido de ellas y no me molesto ni en pagarles el taxi.

No pasamos por recepción y subimos directamente. Se trata de un hotel cómodo, elegante, sin excesivos lujos, que a mi juicio son innecesarios y sólo sirven para justificar un precio exagerado. Y lo mejor de todo, es discreto.

Un detalle que aprendí muy bien durante mi etapa televisiva, dado que en más de una ocasión tuve que soportar el acoso de los medios cuando algún empleado, ansioso por ganarse un dinero extra, se chivaba de mi presencia.

Cierto que ahora podría salir desnudo a la calle y a lo mejor lo único que pescaba era un resfriado; no obstante, prefiero ser cauto. E intuyo que a ella también le parece bien.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunto al llegar a la habitación.

—Agua con gas, por favor —responde y camina despacio hasta la mesita que hay junto a la ventana.

Mientras le sirvo lo que me ha pedido, la observo dejar la chaqueta y el bolso bien colocados. También tengo el placer de contemplarla sin barreras de por medio. Lleva zapatos planos, pantalones clásicos de vestir negros y una blusa beige. No destaca por nada en especial y, sin embargo, me siento atraído por ella. Yo también me ocupo de dejar la chaqueta, eso sí, no soy tan delicado.

—¿Ocurre algo? —pregunta, pues me he quedado con su copa de agua en la mano y en silencio.

—Depende de cómo se mire —murmuro con un toque de ambigüedad.

Me acerco a ella y le entrego su bebida. Yo no me he servido nada, prefiero tener las manos libres. Ella da un sorbo y la deja sobre la mesa. Se queda frente a mí, me mira... Me pone nervioso, lo cual es absurdo, ¡joder, a estas alturas!

Sin que tenga tiempo de reaccionar, alza las manos y comienza a desabotonarme la camisa. Me encanta, por supuesto.

—De alguna manera tendremos que empezar —susurra con una seguridad aplastante.

Yo permanezco quieto, con los brazos colgando a los lados, permitiendo que Genoveva lleve las riendas, algo que siempre me ha excitado y que, por desgracia, pocas mujeres hacen. Inspiro hondo cuando desliza una mano por mi pecho, de forma lenta, muy sugerente. Entonces me inclino despacio hacia ella, aunque me detengo en el último segundo, pues tengo una duda.

—¿Puedo besarte en la boca? —inquiero.

Ella parpadea y adopta una expresión a medio camino entre la burla y la perplejidad, pero yo sé por qué formulo la cuestión. Y no, no es mi faceta de periodista la que ha tomado el control.

—Me da la impresión de que vamos a hacer mucho más que besarnos —dice sonriendo.

—Ya lo sé, no obstante, he tenido digamos alguna que otra sorpresa, pues a muchas les parece un gesto demasiado íntimo y prefieren dejar los besos para sus encuentros románticos.

—Ah —exclama, como si la explicación no fuera con ella—. No había

sopesado esa posibilidad...

Creo que se está haciendo la tonta.

—¿Entonces...?

De nuevo toma la iniciativa, agarra los bordes de mi camisa abierta, me atrae hacia ella y me besa. Tantea con la lengua y no me cuesta nada complacerla. Una de mis manos deja de comportarse como si estuviera muerta y va directa a su trasero. Puede que a muchas esto de la fase magreo no les guste; por el contrario, a Genoveva no parece importarle que le sobe el culo de forma un tanto grosera. Quiero ponerla en el disparadero, incitarla a que se muestre tal como es: odio los fingimientos.

Noto su mano acercarse al cinturón, me lo suelta con habilidad y confío en que no se conforme con eso y meta la mano dentro de mis pantalones. Pero no actúa como deseo y juguetea por encima de la bragueta. Sin duda quiere crear expectación. Yo me entretengo sobándole el culo, lo cual es insuficiente.

—Pongámonos más cómodos, ¿te parece? —propongo, empujándola con la intención de llegar a la cama.

La habitación no es muy grande, así que en cuatro pasos llegamos, sin embargo, Genoveva debe de tener otros planes porque no se mueve.

—De acuerdo —dice, aunque por sus gestos nadie lo diría.

Ahora soy quien la besa, primero en la boca y desde allí voy desplazándome por su cuello. Da gusto encontrar piel limpia y suave. Utilizo incluso los dientes para mordisquearla y enseguida oigo el primer gemido. Joder, yo también me estoy poniendo como una moto.

Da un paso atrás y me mira con aire travieso. Yo tengo los pantalones y la camisa desabrochados, ella ni se ha despeinado. Me agarra del cinturón y tira de mí hasta conducirme a la cama.

—Desnúdate —exige.

Joder, joder, joder, una orden que cumplir. Un tono imperativo. Me encanta.

Lo hago despacio, pues intuyo que quiere recrearse la vista. Muy bien. Puede que a mis cuarenta y cinco años ya no esté igual que un veinteañero de gimnasio; no obstante, me cuido y todavía no me asoma la barriga cervecera. Cuando me

ducho, miro hacia abajo; el día que la tripa no me deje ver la polla, empezaré a preocuparme.

Ella permanece atenta a todos mis movimientos. Yo dejo caer las prendas al suelo y por fin me quedo sin nada encima y con una erección digna de ser atendida.

Estoy tentado de agarrármela y comenzar a acariciarme, pero intuyo que no es lo que quiere.

—Siéntate.

Obedezco, por supuesto.

Genoveva se sitúa entre mis piernas y mira de reojo mi polla, mientras comienza a abrirse la blusa. Deja a la vista un sujetador sencillo y unas tetas de lo más normales, algo que por supuesto no mencionaré. Como tampoco haré comentario alguno sobre la necesidad de tener los condones a mano, así que me agacho y los saco del bolsillo trasero de mi pantalón.

—Optimista, por lo que veo —comenta al ver la tira de seis unidades—. O puede que lleves mucho sin follar y se te acumulen en la cartera.

Me echo a reír. Ha sido ocurrente.

—¿Tú que crees? —replico ante sus palabras sin sentirme ofendido. Sólo un imbécil que, en efecto, follase poco y mal se sentiría molesto.

No me responde; en cambio acaba de desnudarse y se sienta a horcajadas sobre mí. La muy cabrona sabe muy bien lo que hace. Me clava las uñas en los hombros y la presión de su cuerpo sobre mi polla resulta excitante.

Comienza a restregarse y se inclina para besarme. Lo hace con precisión, mordiéndome incluso el labio inferior.

Hacía tanto que una mujer no me manoseaba de esta manera...

Pero no es el momento de ponerme a filosofar, maldita sea, que estoy a punto de meterla. Estiro el brazo y busco a tientas los condones que he dejado sobre la cama y los cojo, mientras ella continúa torturándome con sus labios. La ha emprendido con la sensible piel de mi garganta y, por supuesto, sin dejar de contonearse y de atrapar mi erección entre sus muslos.

—¿Tienes intención de follarme o sólo de restregarte un buen rato?

—¿Te molesta? —replica altanera.

Me agarra de la barbilla y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. Clava sus ojos en mí. Sé que está tan excitada como yo y la idea de que juegue conmigo me la pone todavía más dura.

Aún no la he tocado entre las piernas, no por falta de ganas; sin embargo, noto su humedad al estar en contacto conmigo.

—No, pero digo yo que en algún momento pasaremos a mayores.

—¿Y si mi intención es correrme así? —inquieta y se frota con mayor precisión.

Jadeo, pues la continua fricción de su sexo me vuelve loco. Ella es muy consciente y no duda en sacar provecho. Joder, ya ni me acuerdo de la última vez que estuve tan cachondo.

—Nadie te lo impediría, aunque... —replico y, para que no albergue dudas sobre mi predisposición, embisto hacia arriba— yo también tengo algo que decir.

—Te veo impaciente por usar esos condones, ¿van a caducar en breve?

—Sí —asiento sólo para provocarla.

Genoveva me besa, otra vez devora mi boca, pillándome un tanto desprevenido. Enreda una mano en mi pelo, tira de él, incluso llega a hacerme daño. Algo de lo que no soy muy partidario, aunque, sin terminar de entenderlo, me gusta.

—Ponte uno —ordena—. ¿O prefieres que lo haga yo?

—Con tal de sentir tus manos sobre mi polla...

Me sonrío y, con cierta parsimonia, arranco un preservativo de la tira de seis y se lo entrego. Ella lo abre con los dientes y yo aprovecho para sobarle un poco las tetas. Nada más tocárselas, noto que son naturales y suaves. Me gustaría chuparle los pezones, pero en esta posición me es imposible, tengo que conformarme con el tacto.

Se pone en pie, lo que me da la oportunidad de observarla a placer. Abre el envoltorio y extrae el condón con tranquilidad. Me agarra la polla y me la acaricia despacio antes de inclinarse y colocarme el jodido preservativo.

—¿Y si me lo pones con la boca? —sugiero y entonces me coge de los huevos y me da un apretón que me hace sisear—. Ponlo como te dé la puta gana —me corrijo.

Enfundado y listo para la acción, la ayudo a colocarse encima y la sujeto de las caderas, pero ella cambia de parecer en el último segundo y me da la espalda. No me importa si quiere follar así. Yo cierro los ojos a medida que se va dejando caer. Tan jodidamente despacio que me desespera, o al menos así me lo parece. Por fin se la he metido, o, mejor dicho, ha dejado que se la meta, y no me voy a quedar de brazos cruzados. Agarrándola con fuerza de la cintura, comienzo a empujar desde abajo, aunque enseguida me doy cuenta de que mi esfuerzo es en vano, pues ella se encarga de moverse con un delicioso vaivén.

Mantengo una mano alrededor de su cintura y con la otra aprovecho para apretarle un pezón. Ahora es mi turno de manosear y lo hago a conciencia. Ella sube y baja sobre mi erección, se recuesta en mi hombro y yo me uno a sus gemidos, mientras todo empieza a descontrolarse.

Noto la tensión de sus músculos internos, los cada vez más altos gemidos y, por supuesto, el perverso vaivén del cuerpo femenino montándome sin descanso. Ella se acaricia entre las piernas y de paso roza mis testículos. Es demasiado bueno como para soportarlo, hasta que ocurre lo inevitable, me corro y, joder, lanzo un gruñido de satisfacción que hasta a mí mismo me sorprende.

Genoveva se tensa, jadea y me aprieta los huevos antes de quedarse laxa sobre mí. Yo la abrazo y de verdad que quiero ser más atento; sin embargo, es tanta la sensación de placer, que me dejo caer hacia atrás, arrastrándola conmigo, aunque de una forma poco elegante.

Ella se aparta y se mueve hasta quedar tumbada a mi lado, también boca arriba. La miro un instante antes de cerrar los ojos. Sé que debo de estar ridículo, con los pies colgando y la chorra ya flácida con el condón de cualquier manera. Supongo que son los efectos colaterales del sexo y a mi edad ya no estoy para sutilezas. Intuyo que ella tampoco.

* * *

—¿Te marchas? —pregunto y me froto la cara, pues me he quedado dormido. Miro el reloj y veo que ha sido un sueñecito de tres cuartos de hora. Joder, he quedado de puta madre con ella.

—Sí, prefiero regresar a casa pronto —responde en voz baja, mientras continúa abrochándose la blusa.

Me incorporo en la cama. Sé que es el procedimiento habitual, no dar explicaciones. Despedidas educadas y se acabó. Pero por alguna extraña razón me apetece charlar un rato. No sé, dar por finalizado el encuentro se me antoja absurdo, y no sólo por la idea de volver a echar un polvo, no, podría llegar a prescindir de eso por una buena velada.

—¿Te apetece salir a tomar una copa?

—No bebo —me dice un tanto cortante.

Ha recuperado por completo el aspecto pulcro y frío. No queda nada de la mujer desinhibida de hace dos horas.

Me levanto de la cama y recojo mi ropa del suelo para empezar a vestirme.

—Como quieras, yo también me marchó, no tiene sentido pasar aquí la noche —comento y adopto también un tono desabrido, como si me diera igual, tal como hace ella.

Podríamos salir cada uno por su lado; no obstante, acepta que lo hagamos juntos. Me ofrezco incluso a hacerle compañía en la calle hasta que llegue el taxi que ha pedido y ella acepta. Permanecemos uno al lado del otro, en silencio.

Cuando se detiene uno, la acompaño e incluso le sujeto la puerta. Genoveva se despide de mí con un beso en la mejilla, media sonrisa y un escueto «Ha sido un placer».

Me quedo observando cómo se marcha el vehículo, sintiéndome un poco gilipollas, pues hasta la fecha siempre me ha dado igual la actitud de mis citas tras follar, y así debería seguir siendo.

Llega otro taxi y me aproximo a él, entonces oigo algo a mi espalda, me doy la vuelta y me encuentro con un imbécil haciéndome fotos con el móvil. Qué puta casualidad, alguien ha tenido que reconocermé de madrugada. No merece la pena partírlé la cara, así que le doy la espalda.

Ya es hora de volver a casa.

Capítulo 7

Genoveva

—¿Qué te parece tu nuevo despacho, jefa? —pregunta Maurice, cerrando la puerta tras de sí.

Le sonrío y después lo observo todo a mi alrededor. Un despacho de ochenta metros cuadrados, dividido en zona de trabajo, donde destaca una enorme mesa de cristal y acero. En un lateral, junto a la enorme ventana, una mesa de reuniones con capacidad para diez personas. También dispongo de una sala de estar equipada con equipo de audio y vídeo, mueble bar y biblioteca.

—Y mira esto —dice mi secretario, situándose junto a un enorme panel de vidrio esmerilado.

Me acerco y veo que, oculto a la vista de cualquiera, dispongo de un coqueto estudio con dormitorio, cocina y cuarto de baño.

—No me puedo quejar —comento, contemplando todo ese derroche.

Y pensar que en mi primer trabajo sólo disponía de una mesa y una silla en un cubículo minúsculo... Dice el tango que veinte años no son nada, pues bien, en mi caso sí, pues ante mí la diferencia salta a la vista.

—Qué modesta eres, querida —bromea Maurice, abriendo el enorme armario, aún vacío, en el que se supone guardaré parte de mis trajes de diseño, por si acaso. Vestidos de cóctel para una invitación de última hora y otros artículos personales que pueda necesitar—. Sólo el despacho del director general es más grande.

—¿Y el tuyo?

—Bah, una oficina sin pretensiones junto a la tuya —responde, haciéndome reír con su habitual tono despreocupado, pues yo sé que será acorde con la mía.

Maurice lleva conmigo casi tres años. Lo destinaron, igual que a mí, a Hong

Kong. No sé si debido a las mismas razones. En mi caso, era la candidata perfecta, pero no únicamente por mi currículum, sino por no tener cargas familiares. En el caso de mi secretario, lo pidió él, pues, para escapar de un lío de faldas, nada mejor que poner tierra de por medio.

Aunque a mí y a mucha otra gente nos cueste creerlo, en efecto, Maurice es heterosexual. Al principio hubiera puesto la mano en el fuego por lo contrario; sin embargo, a pesar de todos los indicios, no es gay. Lo descubrí de una forma curiosa, en una fiesta navideña de la empresa. Mientras casi todo el mundo intentaba pasarlo bien, él se escabulló con una camarera y bueno... llegó el momento del discursito de rigor y cuando se apagó la música, los gemidos de la parejita, que se lo estaba montando en el aseo, fueron la comidilla.

Después, sin mucho pudor, Maurice regresó a la fiesta y, lejos de mostrarse abochornado, bailó, bebió y disfrutó como el que más. Desde entonces me ha puesto más o menos al corriente de sus correrías. Él también utiliza la web de contactos para sus citas.

Reconozco que me dejé patidifusa cuando supe que personas de alto poder adquisitivo contactaban con otras por el simple hecho de mantener relaciones sexuales. Visto desde fuera, resultaba difícil de entender, pero luego, cuando lo reflexioné, me di cuenta de lo lógico que era, porque, al igual que me ocurría a mí, el trabajo nos exigía demasiado como para disponer de tiempo para una relación. Sin olvidar que (y la experiencia lo corrobora) siempre es difícil encontrar un hombre que admita y asuma que una mujer gane más que él. Así que, a pesar de mis reticencias y, por qué no reconocerlo, vergüenza por si me reconocían, me inscribí.

—¿Un café? —me propone Maurice, siempre atento a mis necesidades. Aunque no sea su cometido, se agradece.

—Sí, ¿por qué no?

—Aún no han llenado los armarios, por lo que veo. Me ocuparé en persona de que tengas tus cápsulas favoritas. Trabajamos en una empresa de alimentación, qué menos.

Me deja a solas y salgo del estudio para sentarme por primera vez a mi mesa de trabajo. Cierro los ojos y recorro con las manos la fría superficie de cristal. Sé

que me lo merezco, que nadie me ha regalado nada, como también sé que para llegar hasta aquí, aparte de sacrificios, me he ganado la enemistad de algún que otro compañero, o, mejor dicho, de alguien que me tiene en el punto de mira, pues se opuso a mi nombramiento desde el principio: Baltasar Meier, sobrino de Rudolf Meier, el dueño de Caprice Food International.

Pretendía colocar en el consejo a un buen amigo, en suma, a alguien a quien mangonear, pero Rudolf me propuso a mí.

—Parece como si no te lo creyeras —comenta Maurice mientras sirve, cual mayordomo entrenado, las tazas.

No me hace falta preguntar, seguro que ya se ha encargado de que una selección de mis cafés y tés favoritos esté disponible.

—Lo cierto es que va a ser un cambio radical —contesto, degustando el excelente café.

—Pues ya puedes ir adaptándote con rapidez, pues en hora y media tienes tu primer consejo de administración —me informa.

—¡Nadie me ha dicho nada! —exclamo enfadada, odio que me intenten pillar fuera de juego.

—Ha sido idea de tu gran «amigo» Baltasar, para darte la bienvenida —dice con sarcasmo—. Es un cabrón y va a por ti.

No me sorprende, es su modus operandi: siempre intenta descolocar a su oponente, en especial cuando se siente en desventaja.

—Yo no lo hubiera dicho mejor —corroboro frotándome las sienes, no es así como había imaginado mis primeros días.

Pero ese niño va listo si piensa que me va a amedrentar con su apellido y aires de grandeza. Él ocupa un asiento por ser familia, yo por habérmelo ganado, así que estoy mucho más acostumbrada a trabajar.

—Sólo pretende acojonarte, que pierdas los papeles y dejarte en evidencia delante del resto de los consejeros.

—Dime algo que no sepa —refunfuño.

Me pongo en pie y miro de reojo mi ropa. Hoy he elegido un traje sencillo, azul marino, discreto y anodino. Sé que es injusto, pero aun así no puedo obviar que a nosotras se nos juzga por el aspecto antes que por nuestros logros. Como

hace tiempo que aprendí la lección, me pongo en pie y miro fijamente a Maurice:

—Necesito cambiarme.

No hacen falta más explicaciones. Se sienta en mi sillón ergonómico y levanta en teléfono. Me cruzo de brazos y sonrío. Así da gusto.

Una hora más tarde, me miro en el espejo. Mi traje azul marino está colgado en el armario y el vestido granate, recto, de manga francesa y una pequeña abertura en el muslo me da justo ese toque de sofisticación que necesito para enfrentarme al consejo de administración, en el que, aparte de mí, no hay ni una sola mujer.

Maurice sonrío detrás de mí. Me toca, aunque yo sé que es sin ninguna connotación sexual, y me alisa de forma innecesaria el tejido alrededor de las caderas.

—Sé que va a sonar machista, pero son hombres, así que lo mejor es que te miren el culo mientras tú te haces con el mando.

—Sí, ha sonado muy machista —convengo torciendo el gesto, pues por desgracia tiene toda la razón del mundo.

—Creerán que te están haciendo un favor, incluso se mostrarán comprensivos, condescendientes y todo para que te confíes, pero tú aprovecharás para marcar tu territorio.

Suspiro, todo me repatea.

—Maurice, a veces tengo la sensación de que... —Hago una mueca, porque, a pesar de que he luchado por llegar hasta aquí, siempre surge alguna inseguridad de última hora, que, si bien sé que no me hará mella, sí logra jorobarme un poco.

—Ni se te ocurra decirlo —me advierte—. Sólo debes tapparle la boca al gilipollas de Baltasar y los demás comerán de tu mano, ya lo verás.

Beso a Maurice en la mejilla y me dirijo a la sala de juntas. Camino despacio. Algunos de los empleados me miran con curiosidad, supongo que en una semana mi secretario me contará la vida y milagros de cada uno.

Cuando accedo a la sala, todos están de pie, hablando entre ellos. Somos seis consejeros más el presidente, que se vuelve para saludarme. Se acerca y me tiende la mano.

—Bienvenida.

El apretón de manos es firme y rápido.

Rudolf Meier es, a primera vista, un sexagenario inofensivo. Tiene aspecto de abuelo simpático que lleva a sus nietos al parque; no obstante, mucho cuidado, pues su actitud educada no es sino un arma de doble filo para que una se confíe. Es parco en palabras, consciente de que eso pone nervioso al contrario, y muy detallista. No se le escapa una.

—Gracias, señor Meier —digo, con la cortesía debida.

—Caballeros, ella es Genoveva Balaguer, nuestra más reciente incorporación a este pequeño círculo —me presenta Rudolf y yo miro al resto de los presentes.

Dos sonrían, porque les trae sin cuidado quién se siente junto a ellos con tal de cobrar su sustancioso sueldo cada año por no hacer nada. Un tercero me mira de arriba abajo, evaluando mi aspecto. Sé lo que piensa, que me he tirado a varios para estar aquí y que él será el siguiente si quiero mantener el puesto. Otros dos sonrían, creo que con sinceridad, pues votaron a mi favor creyendo que así tendrían a una aliada incondicional, algo que no ocurrirá, porque no pienso tomar decisiones basándome en favores. Y por último Baltasar, el que más sonrío, el que se muestra más entusiasmado y el que primero se acerca para darme la bienvenida.

¡Qué bien interpreta su papel! Todo hay que decirlo.

—Sentémonos, por favor —indica Rudolf.

Como era de prever, me toca el sillón más alejado de la cabecera, algo con lo que ya contaba. Una forma sutil de dejarme en evidencia, una maniobra para minarme la moral y que sepa a las claras que soy la última en llegar. Me dirijo a mi asiento sin titubear, pues poco importa si he sido la última, lo relevante es que estoy aquí para quedarme.

Aunque la reunión es un mero trámite, Rudolf comienza a hablar sobre el próximo desafío de Caprice Food International. Y para ello menciona algunos de los logros de la empresa desde sus inicios, allá por 1946, haciendo especial hincapié en esos comienzos, cuando el fundador, su abuelo, llevó adelante el proyecto en medio de una crisis atroz.

Ahora, tras varios años consolidada en el mercado, la empresa va a afrontar

un nuevo reto: crear una división específica de alimentación deportiva. Llevamos tiempo introduciendo algunos productos, con bastante éxito; de ahí que, en vista de los resultados, y tras los pertinentes estudios de mercado, el consejo haya aceptado crear una sección específica.

La decisión se tomó en el anterior consejo, por lo que mi voto carece de relevancia; no obstante, Baltasar, con unas ganas locas de ver cómo hago el ridículo, me mira con una media sonrisa burlona y, cuando su tío acaba su perorata, me pregunta mi opinión.

Yo he trabajado en todos los sectores de la empresa, a diferencia de él, que no ha dado, ni dará, un palo al agua. Además, sé, porque me los he leído todos, que los informes avalan la propuesta. Y no sólo los he leído, también he redactado alguno.

Me pongo en pie, pues sé muy bien que para dar énfasis y credibilidad al discurso siempre es mejor hacerlo de este modo. Miro a cada uno de los presentes a los ojos, me aclaro la voz y bebo un vaso de agua.

Hablo sin titubear, no fuerzo la sonrisa. Primero miro a Rudolf. Podría darle las gracias por estar aquí, pero no lo hago. Después, sin dejar de exponer mi opinión, dedico una fugaz mirada al resto y, de forma deliberada, acabo en Baltasar, que no deja de sonreír.

Soy breve y cuando acabo me siento con tranquilidad. El señor Meier me da las gracias por mi exposición y hace un gesto, muy característico de él, un pequeño asentimiento cuando piensa que alguien ha cumplido.

Durante el resto de la reunión me mantengo en silencio, observando y consciente en todo momento de cómo me mira Baltasar. Es un gilipollas, no cabe duda, y hace gala de ello, pero no por eso paso por alto que es atractivo. Tiene diez años menos que yo y, por lo que su rumoreo, no tiene problemas para buscar compañía. No lo culpo por ello, aunque cuando pone esa cara de presumido prepotente, pierde bastante.

Por fin, Rudolf acaba y todos nos ponemos en pie. Nos indica que hay preparado un refrigerio en la sala adjunta y nos dirigimos allí. Y justo cuando voy a servirme un agua con gas, el dueño me hace una seña para que nos retiremos a un lado.

—Señorita Balaguer, ¿qué le ha parecido su primera reunión?

«Innecesaria», pienso, aunque digo:

—Interesante...

Rudolf esboza una media sonrisa, intuye que estoy siendo educada.

—Señorita Balaguer, puede que delante de ellos sea preciso portarse según se espera, pero no la he recomendado para este puesto esperando que me diga sólo lo que quiero oír, para eso ya pago a mi sobrino.

—Lo siento, señor Meier, debe comprender que, siendo mi primera toma de contacto con el consejo, actúe con prudencia.

—Quiero sinceridad, señorita Balaguer —me advierte en tono amable, aunque sé que es un aviso en toda regla y no creo que haya más de este tipo.

Ambos nos percatamos de que Baltasar no nos quita ojo, sin duda intentando averiguar el motivo de la conversación.

—La tendrá —respondo.

—Confío en ello. Y, si me permite el consejo, tenga cuidado con mi sobrino; va a por usted.

Semejante advertencia era lo último que esperaba.

—¿Se trata de alguna prueba para novatos? —pregunto y procuro que mi voz suene sincera, pues es lo que me ha pedido.

—¿Usted qué cree? —replica como el zorro astuto que es—. Mi sobrino no es tonto y sabe que su puesto en el consejo lo tiene por su apellido, pues por desgracia mi hermano falleció, y, aunque él no es ni la sombra de lo que fue su padre, no puedo echarlo.

—Gracias por el consejo —digo y sonrío débilmente, porque cualquier cosa que jorobe a Baltasar siempre me reconforta.

—Y ahora, relájese, señorita Balaguer. Por hoy no la expondré más a los leones.

Con esta última frase, un tanto preocupante, se despide de mí. Enseguida se le acerca su sobrino, está claro que quiere enterarse de los pormenores, aunque me da la sensación de que el señor Meier no va a decir nada. O sí, porque no me fío de él, quizá me esté poniendo a prueba, al fin y al cabo, Baltasar es de su familia.

Pero en una cosa tiene razón: por hoy no tengo por qué preocuparme más.

Regreso a mi despacho, quiero comprobar si Maurice ya ha logrado que traigan mis archivos y demás cosas personales. Y, en efecto, ya hay varias cajas de documentos, que ordenaré en persona, pues así podré conocer bien su ubicación para cuando los necesite. No veo a mi secretario por ninguna parte, sólo una nota suya junto al monitor, en la que me indica que ya están cargados los archivos digitales y que mi clave sigue siendo la de siempre. También veo una caja, envuelta en un llamativo papel plateado de regalo, con una pequeña tarjeta.

—«Un pequeño obsequio de bienvenida, atentamente...» —leo en voz alta y por la firma deduzco que se trata de Baltasar.

Un impresionante móvil de carcasa dorada, en la que han serigrafiado mis iniciales junto al logotipo de la empresa. No me hacía falta ninguno, pues el que utilizo tiene apenas medio año. Estoy segura de que no lo ha pagado de su bolsillo, aunque no se lo devolveré, porque eso es lo que espera. Me limitaré a guardarlo en el despacho.

Lo dejo sobre la mesa y pienso que quizá tantos lujos no sean necesarios y menos aún cuando siempre, en las reuniones de producción, se analizan al detalle los porcentajes de beneficios; unas décimas pueden suponer la diferencia entre un ejercicio rentable y uno muy rentable. Desconozco el valor exacto del móvil, pero seguro que es el sueldo mensual de un becario; me joroba bastante recibir regalos envenenados como éste.

Lo guardo todo en su envoltorio original. No es un regalo, es un insulto, sólo a alguien tan retorcido como Baltasar se le ocurriría algo así.

Reclinada en mi sillón, pienso en cómo responderle, porque es la oportunidad perfecta para dejarle muy claro que conmigo no va a poder y menos si utiliza sus impecables modales de niño rico con dinero para gastar. Dinero que no es suyo, no hay que olvidarlo.

Saco mi móvil del bolso, dispuesta a buscar yo también el «regalo» perfecto, búsqueda que por supuesto no haré a través del ordenador corporativo, y veo que tengo un par de correos en mi bandeja de entrada personal.

Uno es de publicidad y lo borro sin contemplaciones; el otro es de JR.

Sin poder evitarlo, inspiro al recordarle. Fue un encanto.

Me dice que está teniendo mucho éxito en su gira latinoamericana y que en un mes más o menos hará un descanso de quince días en los que, si quiero, podemos quedar. Tiene previsto regresar a Madrid. También cuenta que está componiendo una canción para dedicármela. Es un halago, no lo dudo; sin embargo, me da la impresión de que una canción de reguetón no será lo más acertado.

Le respondo de inmediato, explicándole que será improbable que podamos coincidir, pues yo no tengo previsto viajar, aunque podría hacerlo, dato que por supuesto omito. Le deseo lo mejor y le miento al decirle que escuché su último disco con interés, algo que un día haré, sin duda cuando me exceda con el alcohol.

Entonces se me enciende una especie de luz: ya sé lo que voy a regalarle al sobrino del jefe.

Me voy directa a una web de compras y encargo el disco de JR, ni loca me voy a deshacer de mi copia firmada y dedicada. Al realizar el encargo me aparece un anuncio de floristerías y, por una vez, creo en el karma o en la energía cósmica. Hay una teoría, nada demostrada, pero que mucha gente sigue, que consiste en poner un cactus junto al ordenador para que absorba las radiaciones. Muy bien, algo así creo que sería lo más acertado para Baltasar Meier. Un regalo nada ostentoso, con múltiples interpretaciones.

Incluida la de que tengo un gusto musical pésimo.

Capítulo 8

Mario

Podría decirse que mi presencia en la fiesta de Volker es obligada; sin embargo, no es del todo cierto. Mi amigo y jefe ha insistido hasta resultar cansino en que debía venir, así que, puesto que no tenía nada mejor que hacer, salvo ver a mi ex morderse la lengua y refunfuñar al darse cuenta de que de nuevo la posible venta del ático se iba a pique, gracias a mis tejemanejes con Volker, he decidido asistir a la fiesta y, de paso, ahorrarme una de las charlas de mi amigo sobre la conveniencia de relacionarse, hacer contactos y escuchar cotilleos, tanto personales como de otra índole, que puedan ser útiles más adelante.

Volker disfruta con eso, yo no.

He llegado tarde, a propósito, por descontado, pese a que soy una especie de talibana de la puntualidad. El motivo no es otro que ahorrarme las presentaciones, porque mi amigo siempre sabe a quién invitar a sus fiestas para hacer contactos o mantenerlos. Y de paso involucrarme, algo que me repatea.

Mientras me abrocho los pantalones, miro una última vez a la rubia que acaba de chupármela, bastante mal por cierto, y me pregunto por qué he aceptado ir a una habitación con ella si tampoco estaba muy animado. La mujer en cuestión es una agente de policía, conocida de Volker (puede que hasta examante, no lo culpo, pues está muy buena), que le pasa información o lo avisa antes que al resto de las agencias sobre alguna primicia.

Puede, y es una explicación muy peregrina, que haya aceptado irme con ella al saber su profesión, porque me ponen, y mucho, las mujeres con autoridad y cuando mi jefe me la ha presentado, me he venido arriba. Un error, pues la mujer en cuestión es simpática y complaciente, pero sosa de cojones.

—¿Te marchas? —me pregunta en tono servicial y yo asiento—. Pensaba

que...

«Has pensado que iba a echarle un polvo porque seguramente Volker te lo ha dicho —pienso—, sin embargo, como no te ha dado toda la información sobre mis gustos, ahora te enfadarás cuando me marche, por eso opto por la mentira más universal y eficaz.»

—Mira, me estoy separando y me encuentro en un momento extraño. —Ella me mira y noto que su actitud cambia hacia la compasión. Perfecto—. Vanesa —no me importa utilizar el nombre de mi ex, porque si en una mentira cueles alguna verdad, siempre será más verosímil, y si se le escapa algo delante de Volker, éste intuirá por dónde van los tiros—, me está agobiando un poco.

—Ah, vale, gracias por ser sincero —murmura ella con afecto.

Finjo la sonrisa de presentador estrella que tanta audiencia conquistó en su momento y pienso que si Vanesa sólo me hubiera agobiado un poco, como cualquier ex que se precie, mi vida ahora sería mucho mejor.

—Suerte, de verdad —le digo y me inclino para darle un beso rápido en los labios antes de abandonar el dormitorio.

En la planta principal del casoplón de mi jefe hay todavía mucha gente bebiendo, hablando, luciéndose y hasta metiéndose coca. También muchos de los invitados han optado por salir a la piscina cubierta. Espero que Volker tenga un buen seguro de responsabilidad civil por si alguno se cae.

—¿Qué tal con la agente de la ley? —me pregunta el anfitrión con sarcasmo, llegando hasta mí.

—Sin comentarios —contesto sin comprometerme.

—¡Qué cabrón!

—Me encanta tu manejo del castellano —replico y cojo una copa de la bandeja que pasa a mi lado. Doy un sorbo y pongo mala cara—. ¿Qué mierda es ésta?

Volker le hace un gesto a uno de los camareros y cuando uno se acerca le pide una cerveza para mí.

—¿Sabes cuál es el propósito de fiestas como ésta?

—Gastar parte de tu abultada fortuna sin que se resienta —respondo burlándome sin piedad, algo que me puedo permitir, ya que conozco muy bien el

origen de su dinero.

—No lo niego —admite riéndose y señala con su copa a una invitada—. ¿Ves a esa mujer?

Dirijo la mirada a donde me indica y sí, una dama de buen ver, con un vestido granate discreto, charla con un tipo, aunque manteniendo las distancias.

—La veo.

—¿La conoces?

—Ve al grano.

—Es una eurodiputada encargada de la comisión sobre la nueva ley de prensa.

—Comprendo...

—Y el imbécil que está a su lado es su marido.

—¿Y?

—Ella quiere divorciarse, aunque no lo hace, pero de vez en cuando busca sus desahogos por ahí. No la culpo, pero, eso sí, han de ser discretos. ¿Me sigues?

Claro que le sigo, no soy tonto, aunque prefiero mostrar indiferencia para que no se venga arriba y me aburra.

—Repito, ¿y?

—Joder, Mario, que te acerques, la saludes y te diviertas un poco, que todo hay que decírtelo.

Me acabo la cerveza y parpadeo, porque, de verdad, hay veces que Volker me supera.

—Esta noche ya he entretenido a alguien; además, si quieres hacerle un favor, mándale al marido a alguna de tus amiguitas, y luego que un fotógrafo los pille en plena acción y así ella podrá separarse sin problemas.

—¡Qué antiguo eres! —se queja mi amigo, negando con la cabeza—. Él ya tiene amiguitas, ella lo sabe y le trae sin cuidado. Además, las cosas han cambiado, mujeres como ésta, que tienen poder, son a las que debemos considerar y, por supuesto, atender. Por no mencionar que siempre es mucho más divertido.

—No te sigo... —digo, aunque lo cierto es que sí.

Hay quienes no lo reconocen porque les escuece; no obstante, en puestos

clave hay cada vez más mujeres a las que no les tiembla el pulso cuando deben tomar decisiones y que no se avergüenzan de aceptar sus deseos. Se acabó lo de ir detrás de tipos barrigones a los que agasajar con putas y cenas caras. Volker lo sabe y yo también, aunque sólo por jorobar un poco a mi jefe me haga el tonto.

—Nos conviene ser amables con ella.

—¿Y por qué no te encargas tú en persona? —le espeto, mirando con curiosidad a la dama en cuestión, cada vez más interesado en al menos hablar con ella, pues a buen seguro no será una cabeza hueca con la que mantener una conversación insustancial.

—Porque yo he quedado con una secretaria de organización. —Me señala a una rubia más bien normalita—. Estudiamos juntos y, bueno, ya sabes...

—Vale, lo capto. No me des detalles, por favor.

Volker me acompaña hasta donde está la eurodiputada, hace las presentaciones y, como buen estratega que es, se queda un rato charlando con nosotros; de esa forma no resulta tan evidente su maniobra.

Lo cierto es que me resulta agradable hablar con la mujer. Como ha dicho mi jefe, su marido es un imbécil redomado que se escabulle en cuanto hablamos de política. Mejor. Tan entretenido estoy con ella que ni siquiera advierto la marcha de Volker, así que el muy zorro se ha salido con la suya.

Irenka, que así se llama, es eurodiputada desde hace dos años. De Polonia y muy interesante. La fiesta, como pasa siempre, se va apagando, aunque algunos borrachos meten bulla desde la piscina. Ella me invita a ir a su hotel y yo no pregunto dónde va a dormir su marido.

Es una mujer previsora, pienso, pues tiene reservadas tres suites en el hotel; explica que prefiere dormir sola, ya que su marido ronca. Bueno, es una excusa tan buena como otra cualquiera.

Los dos hemos tomado las suficientes copas como para saltarnos esa fase, así que una vez parapetados tras la puerta de la habitación y con tan sólo la luz de emergencia, porque Irenka ha insistido en ello, me acerco y me quedo a su espalda, a la espera de saber qué tipo de mujer es en lo concerniente al sexo.

—No necesitas autorización para tocarme —susurra y se aparta el pelo para que yo le baje la cremallera del vestido.

No recuerdo haberme tirado a alguien más dedicado a la política, pero como para todo hay una primera vez, tampoco es que me preocupe.

Cuando el vestido cae a sus pies, se vuelve y me mira humedeciéndose los labios. Va maquillada; sin embargo, se le aprecian algunas arrugas, por lo que me aventuraría a calcularle cincuenta, aunque, como es obvio, no lo preguntaré.

Recorro el borde de su sujetador con la yema del dedo y ella, que parece tener prisa, se lo quita sin contemplaciones. Bueno, por lo visto está cachonda. Perfecto, no me voy a quejar.

Comienzo a desnudarme y ella sigue mis movimientos, se encarga de dejar un condón a la vista y un frasquito. Sé lo que es y también sé que hay múltiples formas de usarlo sin que por ello se sienta incómoda.

Irenka camina hacia la cama y se sienta a la espera de que me una a ella.

—Deberías haberte dejado puestos los tacones —murmuro sonriéndole.

—Tengo los pies molidos —dice y alza una mano que va directa a mi polla, que todavía no muestra todo el entusiasmo del que es capaz. Supongo que la mamada de la agente de policía tiene mucho que ver.

Pero como yo no tengo veinte años ni unas ganas locas de meterla en cualquier agujero, me recuesto sobre ella con el frasco de lubricante bien cerca, y comienzo a jugar entre sus piernas, lubricándola con el producto, mientras me empalmo por completo.

Ella gime y comienza a susurrar palabras en polaco que presupongo que son guarradas. Y si no lo son poco importa, ya me hago una idea. Se lo pregunto y ella me las va traduciendo, al tiempo que me hace reír y, mira por dónde, a pesar de que no me mostraba yo muy proclive a follar, ahora termina apeteciéndome.

* * *

A pesar de que su ofrecimiento de que me quede a desayunar resultar tentador, me despido de Irenka a primera hora de la mañana. Ha resultado increíble, directa, atrevida y sobre todo con sentido del humor. Combinación difícil de conseguir en una mujer joven, o al menos en las jóvenes de ahora.

Dejarle buen sabor de boca a una amante es primordial, de ahí que, si bien no me comprometo, al menos acepto volver a verla si surge la ocasión.

Un toque perfecto que he aprendido con la experiencia: dejarlo todo en manos del destino, pero como el destino es un cabrón, yo lo evito y listo.

Paso por mi hotel y me cambio de ropa para acudir al despacho de Volker, también llamado celestino, porque anoche me buscó no una, sino dos citas. ¡Como si yo no fuera capaz de apañármelas por mi cuenta!

Me lo encuentro tranquilo, desayunando en su despacho hecho un pincel y con media sonrisa bobalicona. Tiene delante varios documentos, lo que quiere decir que alguna exclusiva ha llegado a su mesa y que va a sacar una buena tajada de ella. O también puede que, de repente, hayan bajado los impuestos y sus propiedades tributen aún menos.

—Pareces el gato que se ha comido al ratón —comento sentándome frente a él.

Su secretaria me acerca una taza de café y, como me conoce, me la sirve sin preguntar cómo lo quiero. Y con la misma discreción nos deja a solas.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —inquire Volker con recochineo.

—Todo lo bien que he podido. ¿Por qué?

—Anoche no abandonaste mi casa solo —dice y sé que quiere los detalles—. ¿Hiciste nuevas amistades internacionales?

—Depende de cómo se mire —respondo mirando la bandeja de fruta y pinchando un trozo de piña—. Esto es una pijada, ¿dónde están los churros de toda la vida para acompañar el café?

—Esa guarrada grasienta jamás estará en mi mesa de desayuno —me advierte, dejando patente el asco que le dan los churros.

—Eso es porque no conoces la expresión «mojar el churro». —Volker arquea una ceja y yo sonrío y añado con malicia—: Otro día te lo explico.

—Lo buscaré en Google —contesta, siempre tan pragmático—. Y ahora dame detalles, no los íntimos, éstos ahórratelos, quiero saber si nuestra querida eurodiputada Irenka ha quedado, digamos... contenta con nuestra agencia.

—Me haces sentir como un gigoló del tres al cuarto —me quejo y apuro mi café—. Pero como estoy en deuda contigo...

—Joder, que no te estoy pidiendo que sacrifiques a tu primogénito —replica sonriente—. Doy por hecho entonces que quedó satisfecha.

—La duda ofende. ¿Algo más?

—Pues sí, un nuevo encargo y esta vez de los buenos.

Lo conozco y sé que miente como un bellaco. Cuando él dice que es de los buenos, se refiere únicamente al aspecto económico, no al informativo.

Así pues, me quedo sentado y aguardo a que me ponga al día de ese «maravilloso» proyecto periodístico que tanto dinero le va a reportar a la agencia Ausdrücken y que tanto me va a dar por el culo a mí, seguro.

—Toma, lee esto —me indica, entregándome su tableta.

—¿Dónde está el clásico dossier encuadernado de toda la vida? —planteo con guasa, pues por mucho que inventen programas de edición, a mí me gusta tomar notas con un boli rojo, tipo profesor antiguo.

Volker arquea una ceja y dice lo de siempre:

—Ahorro en papel. Lee y calla.

No estoy por la labor, pero es trabajo y como de momento no voy a poder realizar esa gran exclusiva que me devuelva el prestigio periodístico, empiezo a leer, eso sí, de forma somera, sin esforzarme. Mi amigo lo sabe y es tontería disimular.

Por la poca atención que presto, entiendo que Ausdrücken va a encargarse de realizar una campaña corporativa para modernizar la imagen de una empresa de solera y, aparte del aspecto audiovisual, del que se encargará el departamento correspondiente, quieren hacer un reportaje con entrevistas a los directivos.

Traducido, una mierda publicitaria.

—¿Y bien? —me pregunta cuando dejo la tableta sobre la mesa.

—¿Puedo oponer resistencia?

—Sabes que no —repite riéndose—. Yo te salvo el culo con tu ex y tú te encargas de cumplir los encargos con profesionalidad.

—No me digas... —le espeto con sarcasmo y sigo picoteando del cuenco de fruta.

—Vas a hacerlo —insiste Volker todo ufano, sabiendo que me reconcome por dentro aceptar estos encargos.

Como si a la mejor soprano del mundo la contrataran para cantar el cumpleaños feliz en la fiesta de un niño.

—Soy periodista, joder, no un puto redactor de anuncios —le recuerdo por enésima vez, aunque sé que servirá de bien poco.

—Hay mucho dinero de por medio, esa gente quiere conseguir una imagen impoluta —continúa explicando mi colega, no para convencerse, sino porque le gusta hablar y justificarse.

—Cojonudo...

—Y además te pillas cerca, pues la sede central está aquí mismo, en Zúrich — agrega y adopta la actitud típica de quien sabe que tiene las de ganar—. Ya me he ocupado de que trasladen tus cosas a mi residencia, ¿para qué vivir en un hotel?

—Porque así no me controlas —replico—. Y tenía intención de regresar a Madrid, me gusta más el clima y los churros del desayuno.

El muy cabrón se echa a reír a carcajadas, pero no cede, así que no me queda otra opción que aceptar el jodido trabajo.

—No te quejes tanto.

—Supongo que trasladarme a tu casa implica utilizar los coches de tu garaje... empezando por el Aston Martin. —Se le borra la sonrisa de la cara en el acto y tuerce el gesto—. Me lo tomaré como un sí.

Capítulo 9

Genoveva

A veces tengo la impresión que en Caprice Food International hay más jefes que indios. Demasiados empleados que cobran sueldos muy generosos y que aún no sé cuál es el cometido que desempeñan. Gente en oficinas, sentados delante de un ordenador, que justifican su sueldo acudiendo a reuniones y presentando algún que otro power point muy mono, pero innecesario. De momento no voy a averiguarlo, pues acabo de llegar y si decido preguntar a qué se dedican sólo me ganaré enemigos.

Aunque a quienes trabajan directamente para mí sí los voy a entrevistar, pues quiero conocer al detalle su cometido. A nadie se le escapa que más de un puesto en la empresa se debe a un favor o a una recomendación y, como suele pasar cuando te han dado el trabajo a dedo, piensas más en devolverle el favor a tu benefactor que en la compañía.

Llevo una semana en mi nuevo despacho y no he tenido tiempo ni de respirar. La ayuda de mi secretario ha sido inestimable, pero, aun así, he tenido que revisarlo todo y quedarme hasta tarde. Algunos subordinados se han acercado a saludarme y otros... otros creo que se han asomado a mi despacho para tantear el terreno y ver de qué pie cojeo. Miro de reojo el cactus que alguien me hizo llegar sin nota ni nada. Sospecho quién es el remitente, pero a pesar de ello no he dicho nada, ni siquiera a Maurice, que quiere tirarlo a la basura pues, según él, desentona. No le falta razón, con ese horrible tiesto fucsia llama la atención en un ambiente dominado por el blanco, el cristal y el acero.

No pienso quitarlo, se lo he repetido ya diez veces; es un excelente recordatorio de a quién debo tener controlado.

—Acaban de llamar del despacho de Meier, quiere que acudas a verlo cuanto

antes —me interrumpe mi secretario, dejando sobre mi mesa la bandeja del café.

—Muy bien —digo suspirando y me pongo la chaqueta del traje. No me apetece reunirme, otra vez... Con tanta reunión no puedo concentrarme en el trabajo; sin embargo, cuando es Meier quien solicita nuestra presencia, es imperativo asistir.

—Me quedaré aquí terminando de organizar tu guardarropa, hoy llegan los artículos de deporte.

Lo miro, porque a veces me sorprende con sus tareas. Es verdad que es mi secretario y que tiene que ocuparse de todo; no obstante, me parece excesivo que también me elija la ropa de deporte. Pero le apasiona darme lecciones de moda y todo porque antes de entrar en Caprice Food International hizo prácticas en un *atelier* de moda en París y, claro, aparte de aprender, se contagió de los aspectos más irritantes a mi entender de la apariencia y demás chorradas de imagen pública. Así que Maurice se ocupa de que mi vestuario sea siempre el adecuado para cada ocasión y, como tiene contactos por todo el mundo, logra que algunas de las más importantes marcas de moda le envíen prendas a precios reducidos o bien que se las presten para eventos.

Lo descubrí cuando vi que uno de los trajes que me había seleccionado para una recepción aún tenía la etiqueta con el precio. No sólo me sorprendió el elevadísimo coste, aunque me lo podía permitir, dado mi sueldo, sino también que mi secretario tuviese un armario digno de un multimillonario. Me habló entonces de las amistades que había hecho mientras trabajaba en el *atelier* y que mantenía a pesar de los años. Unas amistades que a mí me venían de perlas.

—Odio la ropa de deporte —comento mientras recojo mi tableta. Puede que sea una reunión informal, pero aun así prefiero ir preparada.

—Lo sé, pero creo que ésta te encantará. ¿Cenamos esta noche?

Cualquiera pensaría, al escuchar semejante propuesta, que tengo un lío con Maurice. No me importaría, la verdad; no obstante, durante nuestra estancia en Hong Kong nos dimos cuenta de que no existía entre ambos la menor química sexual y decidimos comportarnos como buenos colegas. Y ahora que los dos nos encontramos en una ciudad nueva, en la que aún no hemos tenido la oportunidad de hacer amigos, pasamos tiempo juntos fuera de la oficina, porque no es bueno

que al acabar la jornada nos encerremos solos, cada uno en su casa, sin más contacto con el exterior.

—De acuerdo. Organiza algo sencillo, por favor —le pido antes de marcharme.

El despacho de Rudolf se encuentra en la última planta, donde no hay ninguno más. Dispone de dos secretarias, la que lleva las relaciones públicas y su amante. Cuando la primera me ve salir del ascensor, se levanta de su escritorio para abrirme la puerta.

—El señor Meier la está esperando, pase, por favor —me dice, con toda la fría cortesía del mundo.

No la culpo, debe de llevar más de treinta años en el mismo puesto, aguantando al mismo jefe, sin posibilidad de ascender y siendo la segundona.

Paso al despacho principal. Es la segunda vez que pongo un pie aquí, es tan impersonal y moderno como el mío.

—Adelante, señorita Balaguer, la estábamos esperando —me indica Rudolf desde uno de los cómodos sillones, y avanzo hasta allí; doy por hecho que Baltasar andará cerca.

En efecto, se pone en pie para estrecharme la mano. Será un cabrón, pero sus modales siempre son impecables.

—Buenas tardes —saludo, y me señala el sofá de piel, por lo que deduzco que se trata de una reunión informal.

Entonces me doy cuenta de que hay alguien más en el despacho.

Un hombre que había permanecido de espaldas se da la vuelta y se queda tan sorprendido al verme como yo a él.

Inspiro y mantengo la compostura. Bajo ningún concepto voy a darle a Baltasar o, ya puestos, a mi jefe, la oportunidad de que me pillen con el pie cambiado, porque, maldita sea, es la primera vez que me encuentro en una situación como ésta.

¿Cuántas posibilidades existen de encontrarte en tu trabajo con un hombre con el que has tenido una cita sin compromiso?

Rudolf, que por suerte no se ha percatado de la reacción de ambos, realiza las presentaciones pertinentes. Así que Mario, el señor Brinell, el mismo tipo con el

que me acosté en Madrid justo dos días antes de venir aquí, es periodista y se va a encargar del nuevo proyecto audiovisual de la empresa.

Un proyecto audiovisual que a mi modo de ver resulta innecesario, ya que nuestra inversión anual en publicidad cubre todos los frentes; sin embargo, Baltasar ha convencido a su tío y a parte del consejo de administración de que es imprescindible gastar una fortuna encargándole a una agencia de comunicación una serie de reportajes sobre la empresa. Historia, avances, personas relevantes...

Y yo, al ser la novata, tengo que supervisar todo.

Baltasar sigue hablando de su portentosa idea, algo que me aburre. Intento concentrarme; a pesar de ello, con ese tipo tan cerca no me es sencillo. Él también me observa y, por suerte o por prudencia, parece que le conviene tanto como a mí fingir que no nos hemos visto nunca o puede que, sencillamente, éste sea el comportamiento habitual cuando por una jugarreta del destino se coincide con uno de los contactos de la web.

—La señorita Balaguer tiene plenos poderes a la hora de supervisar todo el proceso —explica Rudolf con su tono más amable, sin que por ello pierda autoridad—. Sólo cuando esté todo terminado, el consejo visionará el material antes de dar la aprobación definitiva.

—¿También los textos? —dice el periodista.

Por cómo formula la pregunta, percibo cierto desapego, como si le diera igual. Puede que sólo sean imaginaciones mías.

—Sí, el proceso será el mismo —le confirma Baltasar—. Señorita Balaguer, ¿tiene alguna pregunta?

«Un millón», pienso, empezando por la más simple: ¿por qué gastamos tanto dinero en una estupidez semejante?

—No, de momento no —respondo, con la esperanza de dar por terminada la reunión.

Aunque la suerte no me sonrío, pues Rudolf quiere, de repente, aportar un montón de ideas que, por cierto, el señor Brinell ni siquiera se molesta en apuntar.

O tiene una memoria prodigiosa, o mi impresión es la acertada y le importa un pimiento este encargo. Algo que me cabrea, pues yo, a pesar de estar en

desacuerdo, procuro implicarme en cada trabajo.

Baltasar, como ideólogo, vuelve a tomar la palabra; le presto atención a medias, porque me doy cuenta de que el tipo me está mirando sin pestañear, con una media sonrisa en la boca. Sonrisa que por otro lado no sé cómo interpretar.

Quizá le resulta divertida esta situación; en cambio, a mí me molesta, pues no quiero que de ninguna manera se cruce mi vida privada con la laboral. Es una mezcla que siempre resulta peligrosa y deprimente.

—Entonces, de momento todo queda en sus manos, señor Brinell, y espero empezar a ver pronto sus progresos —declara Rudolf, dando por finalizada la reunión. Una vez que todos nos hemos puesto en pie, se dirige a mí—: ¿Sería tan amable de acompañarle?

—Por supuesto —convengo y creo que mi tono de voz ha sonado tan impersonal como el que he procurado mantener durante la reunión.

Mario se despide de jefe y sobrino con un apretón de manos y poco más. No habla mucho, quizá ese detalle sea una ventaja. Camina a mi lado en dirección al ascensor.

—¿Así que eres ejecutiva de verdad? —comenta cuando ya estamos a salvo de oídos, que no de miradas, indiscretos.

—Sí —murmuro cortante, pero me pica la curiosidad, porque lo ha dicho con un aire un tanto escéptico—. ¿Pensabas acaso que mentía?

—Todas lo hacen —responde sin dudar.

—¿Todas? Querrás decir alguna. —Hablamos en femenino, pues sé muy bien por dónde van los tiros.

—No conozco a ninguna mujer que no mienta —remata, y como tampoco voy a ponerme ahora a defender a las de mi sexo, me limito a cerrar el pico. Además, me importa más bien poco a qué se debe semejante apreciación.

Entramos en el ascensor y, cuando voy a pulsar el botón de la planta baja, él me detiene. Frunzo el cejo, mi idea era acompañarlo hasta el vestíbulo principal.

—Vamos a tu despacho —me pide serio.

Podría inventarme una buena excusa y mandarlo a paseo, que deba colaborar con él no significa hacerlo ya mismo; no obstante, pulso el botón de mi planta.

Él, a pesar de haberse salido con la suya, no sonrío, como haría cualquier otro. Cada vez estoy más convencida de que este encargo no le hace mucha gracia.

—¿Qué tal todo? —me pregunta Maurice con una sonrisa amable al verme aparecer y entonces se da cuenta de que vengo acompañada.

Hago las presentaciones sin mucho interés. Mi secretario le pregunta si desea tomar algo y ni se inmuta cuando Mario se pide una cerveza bien fría.

Tomo asiento tras mi escritorio y él, en vez de hacerlo frente a mí, como correspondería, comienza a pasearse por mi despacho, con las manos en los bolsillos. Eso me da la oportunidad de observarlo en silencio. Va vestido de forma impecable, ese traje cuesta al menos mil euros, y él lo sabe, pues camina manteniendo los hombros derechos para no arruinar el efecto de una buena confección. Ha prescindido de la corbata, con lo que da una imagen más moderna. A diferencia del día de la cita, que eligió un atuendo más de sport. Se ha cortado el pelo desde el último día que lo vi, le da un aire más juvenil, aunque alguna que otra cana delata que hace ya algún que otro año que entró en la cuarentena.

—Ejecutiva y de las buenas —comenta sin mirarme junto a la ventana.

Creo que no voy a entrar en su juego y, por suerte, Maurice regresa con el encargo y me mira a los ojos esperando una explicación, porque no es muy corriente que una visita esté de pie.

—Déjanos solos, por favor —le pido.

Él arquea una ceja y me hace un gesto, indicándome que después hablamos.

Mario sigue mirando por la ventana, mantiene las distancias y yo no pienso acercarle su bebida ni moverme de mi asiento, pero tampoco me voy a quedar de brazos cruzados esperando que hable.

—¿Y bien? —lo apremio.

Se da la vuelta despacio, con una actitud un tanto chulesca, muy diferente de la que mantuvo el día de nuestro único encuentro.

—Voy a serte sincero... —Asiento, porque desde luego lo prefiero y él añade —: Este encargo me parece una mierda.

Doy un pequeño respingo.

—No esperaba tanta sinceridad.

—Ni yo encontrarme contigo otra vez —replica con rapidez y sonríe de medio lado. Yo no, a mí no me hace mucha gracia—. Sin embargo, tu empresa se va a gastar una cantidad indecente de dinero con Ausdrücken, así que fingiré que me encanta realizar reportajes corporativos y entrevistar a ejecutivos.

No dice ejecutivos pedantes y con un palo metido en el culo, aunque lo piensa.

Y yo opino lo mismo.

—Yo tampoco comparto la idea, sobre el reportaje —le aclaro por si acaso—; no obstante, hay que desarrollarla lo mejor posible.

—Déjate de bobadas —me interrumpe, se acerca hasta mi mesa y bebe un buen sorbo de cerveza antes de continuar—. Tu cara en la reunión lo decía todo y la del imbécil de Meier también.

—Había dos Meier en la reunión —apunto, aunque intuyo a quién se refiere.

—Al que quiere follarte, por supuesto.

Niego con la cabeza, sí, se refiere a Baltasar.

—No niego que quiera joderme, pero no en la acepción del término que tú crees —admito y me doy cuenta de que revelar mis pensamientos a un tipo que no deja de ser un desconocido es arriesgarse demasiado. Debo reconducir esta conversación hacia temas más seguros.

Mario sonríe, ahora de forma más abierta. Creo que me ha puesto a prueba. Muy bien, yo también sé jugar a esto.

—¿Qué ideas tienes para el reportaje?

—Ninguna. Ya te lo he dicho, no quiero hacerlo y no encuentro ningún estímulo adecuado.

—Búscalos —alego mirándolo a la cara y sin sentirme en ningún momento molesta por su sinceridad.

—Cena conmigo.

—Tengo planes.

—¿Con tu secretario?

—Qué perspicaz.

—Soy periodista.

El intercambio de réplicas rápidas y cortas es excitante, no puedo negarlo.

—Otro día.

—Esta noche.

—No.

—Tienes que colaborar.

Sonrío y arqueo una ceja.

—No me apetece una cena de negocios.

—Te prometo hablar de todo menos de negocios.

No respondo, sino que cojo mi móvil y le envío un mensaje a Maurice para que no cuente conmigo. Podía ser mala y pedirle que se uniera a nosotros; con todo, este rifirrafe me ha resultado revelador.

Y, por qué no decirlo, perturbador.

Ha despertado mi impulso de ejercer el poder.

¿Me voy a quedar con las ganas?

—Y, ya puestos, si quieres que haga un trabajo decente, necesito los estímulos adecuados —añade como si tal cosa.

Capítulo 10

Mario

Cometer estupideces con las mujeres no es mi especialidad, después de tener el «privilegio» de aprender muy bien que uno no debe dejarse llevar; sin embargo, cuando he visto a Genoveva entrar en el despacho del señor Meier me he quedado tan descolocado como el primer día que la vi en el concierto del niño aquel.

La reunión se presentaba a priori como un trámite más de un desagradable encargo a cumplir por exigencias de Volker, no por iniciativa mía, de ahí que me haya presentado sin siquiera un bloc para tomar notas. Por suerte, esos dos imbéciles son tan pedantes y yo tan profesional que sólo he tenido que aguantar su charla improductiva y mirarle las piernas de ella, preguntándome cómo unos pantalones de vestir tan clásicos podían entusiasmarme.

Así que, como de repente la tarde se ha animado, no puedo dejar pasar la oportunidad de averiguar más cosas sobre Genoveva.

No voy a mentir, cierto que pasamos una noche increíble, excitante, breve y completa, aun así, tampoco me he obsesionado ni pensado más en ella, sobre todo porque he tenido motivos femeninos suficientes como para no hacerlo.

He pasado por casa de Volker, aún no me he trasladado, y le he birlado el Aston Martin nuevecito que le entregaron hace una semana. Es una pasada, aunque dudo mucho que impresione a una mujer como Genoveva, pues si quisiera disfrutar de un lujo similar, lo conseguiría por sí misma.

Quizá por eso ha despertado mi interés más allá de echar un polvo. No sé, algo ha ocurrido y me molesta no saber el qué, quizá por eso estoy ahora aquí, esperándola en un restaurante, uno que me ha recomendado Volker, porque yo no tenía mucha idea de a cuál llevarla. Si de mí hubiera dependido, cenaríamos en

mi hotel; no obstante, a Genoveva no le iba a hacer mucha gracia, pues podría pensar que sólo quería verla desnuda otra vez.

Veo detenerse un taxi junto a la puerta y miro el reloj, cinco minutos antes de la hora prevista. Eso me gusta. Podría acercarme hasta ella, pero no lo hago y permanezco de pie junto a la entrada, contemplándola. No se ha cambiado de ropa, lleva el mismo traje soso y gris de esta tarde. Eso, si no me equivoco, sólo puede significar una cosa: que para ella esta cita es un mero trámite de compromiso, porque, si la intuición masculina (basada en la experiencia) no me falla, de haber querido algo más, desde luego su aspecto sería muy diferente. El maquillaje, los tacones y la sonrisa ensayada la acompañarían.

—Gracias por venir —digo, entrando con ella en el restaurante.

—¿Tenía alternativa? —replica maliciosa.

—Sí, siempre hay otra opción —murmuro.

Sé que me está evaluando. Lógico, mis revelaciones han sido excesivamente sinceras. He dado la impresión de ser un tipo al que le resbalan muchas cosas, entre ellas el trabajo. Justo lo que deseaba, prefiero evitar desilusiones posteriores y, si tienen alguna queja, que se la hagan llegar a Volker, a ver si con un poco de suerte busca a otro.

—Así que periodista... —comenta, fijando la mirada en la carta y no en mí.

—Eso parece.

—Pues jamás lo habría imaginado —agrega con un aire que roza la burla.

Sonrío, esto prometo. Cierro la carta, ya sé lo que quiero y no está en el menú. Respecto a la comida, le pediré al camarero que me recomiende algo y listo.

—¿Por qué? ¿A qué creías que me dedicaba?

—A trabajar duro desde luego que no, eso ha quedado patente, y por lo poco que sé, los periodistas son tipos que se dejan la piel, no tienen horarios.

—Has visto demasiadas películas.

—No voy al cine.

Otra vez un combate verbal. Joder, esto me excita, porque además sé cómo es en las distancias cortas y cada vez me va apeteciendo más olvidarme de la cena.

—¿Ya han decidido qué van a tomar? —nos interrumpe el camarero.

Ella pide algo ligero y yo, como no he leído ni la primera página del menú, le

digo a Genoveva que escoja por mí.

Esa petición parece descolocarla un poco, justo lo que yo esperaba. Es raro que un hombre ceda el poder de decisión, por simple que ésta sea. Quiero que le quede muy claro que, si lo desea, esta noche puede poner en práctica conmigo sus dotes de mando.

—Lo mismo que yo para el caballero —le indica al camarero.

—Yo no tomaré agua con gas —me adelanto, pues prefiero una cerveza.

—Has dicho que no iba a ser una cena de negocios; sin embargo, podíamos aprovechar para...

—No —la interrumpo. Me inclino hacia delante para poder hablarle en susurros—. ¿De verdad es lo que quieres hacer conmigo?

—¿Y qué otra cosa podría hacer?

—Si tengo que darte ideas... —Nos miramos fijamente, ella no se arredra, ve un reto y quiere entrar al trapo; no obstante, se queda callada, por mí perfecto—. Te lo explicaré aquí mismo. Con todo lujo de detalles.

Genoveva se echa hacia atrás y cruza los brazos; no se rinde, sólo intenta ganar tiempo. Y yo no quiero perderlo, así que he de forzar un poco la situación para acabar cuanto antes con la cena e ir directos a lo bueno.

Juego con la copa de cristal, aún vacía, pues no nos han servido las bebidas, y la miro a los ojos, intentando no parpadear. Y ella aguanta. Bien, eso me pone mucho más.

—Puede que no quieras hacerlo, sin embargo, deseas hacerlo.

—Es una frase demasiado profunda para poder analizarla a estas horas, así que hazme un favor: dejemos a un lado las palabras enrevesadas y dime de una vez qué te propones —me exige seria, sin rastro del buen tono que hemos mantenido hasta ahora.

¿He errado a la hora de evaluar la situación?

—Me propongo pasarlo bien, a ser posible aplicando la ley del mínimo esfuerzo —respondo, achicando la mirada.

—Entonces no me interesa —repite y justo aparece un camarero para servirnos las bebidas.

Ella murmura gracias con su tono más neutral y educado.

Lo último que ha dicho tiene múltiples interpretaciones, me desconcierta.

Está claro que en el juego del gato y el ratón es muy hábil, yo también; pese a todo, me apetece dejarme de sutilezas y opto por ser directo.

—Quiero repetir y quiero que sea esta noche.

—Repetir...

—Pasar la noche juntos, en mi hotel o donde quieras —añado, porque me he cansado de los dobles sentidos.

—Por fin pones las cartas sobre la mesa.

—Yo pensaba que tu inteligencia interpretaría correctamente las señales.

Genoveva se echa a reír y me contagia. Joder, esta mujer posee la capacidad de desesperarme y de excitarme al mismo tiempo y no veo el momento de desnudarme ante ella para que haga conmigo cuanto le venga en gana.

—Ahora vuelvo —me dice poniéndose en pie. No me sonrío, sólo coge su bolso y se marcha.

Bueno, si quiere ir al aseo, por mí perfecto. Aprovecho que estoy solo para echar un vistazo al móvil. Dos mensajes de WhatsApp. El primero de Volker.

Como le pase algo a mi Aston Martin, te corto los huevos.

Semejante amenaza se merece unas palabras adecuadas, para que se quede tranquilo.

Follar en el coche es una actividad normal
y segura, no le pasará nada.

No está en línea así que, cuando lea, a lo mejor ya es demasiado tarde.

Vamos a ver de quién es el segundo mensaje. No conozco el número, así que a saber. Apenas hace un minuto que ha llegado.

He pagado la cuenta, te espero fuera.

Parpadeo, porque o se trata de una broma o joder, joder, joder, al final va a ser mi noche de suerte. Después de todo, Volker a veces hasta tiene buenas ideas. Quizá el trabajo siga siendo una mierda, pero eso sí, es entretenido.

Me levanto de la mesa y salgo a la calle con las llaves del coche en la mano. Allí está ella, esperándome. Apuesta fuerte, excelente.

Le indico que tengo el coche en un aparcamiento cercano y caminamos despacio, a pesar de que me mata la impaciencia. No hablamos, pero mantenemos contacto visual casi todo el tiempo.

—No pensaba que fueras uno de esos tipos... —murmura con aire guasón al detenernos junto al Aston Martin.

—¿Qué tipos?

—De los que esconden sus carencias tras un vehículo de alta gama.

—El coche no es mío —replico sonriendo y le abro la puerta del acompañante.

Genoveva pasa tan cerca que reacciono de forma instantánea, acorralándola contra la carrocería. Ella mantiene la barbilla alta, no se siente intimidada. Los tiene bien puestos y a mí eso en una mujer me vuelve loco. Creo que lo sabe, o al menos le he dado las suficientes muestras de ello como para que lo perciba.

Al estar tan pegado a ella, puedo sentirla, olerla y, de paso, tocarla. Y no voy a contenerme. Coloco una mano en su cadera y la desplazo hasta agarrarle el culo. Mi comportamiento es zafio y dominante, lo sé, por eso, cuando me muerde el labio inferior en respuesta, me empalmo del todo.

Darme el lote con mujeres en un aparcamiento no es habitual en mí, con los años me he vuelto más pragmático y me las llevo a la cama; sin embargo, cuando me saca la camisa de los pantalones, cuelga una mano por debajo y comienza a arañarme el torso, me doy cuenta de que estoy dispuesto a todo.

—¿Impaciente? —la provoco.

—No más que tú —contesta y se humedece los labios.

Me aparto de ella en un acto que podría denominarse heroico y rodeo el coche hasta llegar a la puerta del conductor. Me siento al volante, respiro y arranco. Van a ser los quince minutos más largos de mi vida.

Por fin llegamos a la suite y ni me molesto en encender las luces. Mi intención es llevarla al dormitorio. No obstante, ella no es una mujer que se deje manipular y me detiene junto a uno de los sofás del saloncito.

—Siéntate —ordena.

Se quita la chaqueta y la coloca sobre una de las sillas junto a su bolso. Regresa y se sienta a horcajadas sobre mí para comenzar a desabotonarse la

blusa.

—Haz algo más que mirar —musita exigente cuando me muestra su sujetador negro liso.

—He visto tetas mucho mejores, pero algo se podrá hacer —comento sólo para pincharla y, de inmediato, alzo las manos para tocárselas por encima del sostén.

Arquea la espalda y se agarra a mis hombros. Mi comentario no ha debido de molestarla, no era mi intención. Es demasiado inteligente.

Está excitada, con los pezones duros, quiero chupárselos, aunque primero voy a jugar un buen rato hasta que me pida que dé el siguiente paso. Gime bajito cuando aparto una de las copas y le pellizco un pezón. Levanto un instante la mirada, tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. La presión de su cuerpo sobre mi polla me recuerda que no me la he traído al hotel para jugar al parchís.

—¿Sólo quieres que te toque? —le planteo en voz baja, mientras llevo las manos a su espalda para desabrocharle el sujetador.

—Puede que mis tetas no sean espectaculares —dice y yo sonrío—, pero estoy segura de que si te esfuerzas y utilizas la boca, lo pasaré bien.

—Por supuesto.

Ella misma se encarga de quedarse desnuda de cintura para arriba. En cuanto mi boca atrapa un pezón, me tira del pelo. Es agresiva y me pide que yo lo sea también.

Chupo con ganas, muerdo, paso la lengua y ella jadea y me empuja hasta que me reclino sobre el sofá. Sigue tirándome del pelo, me tiene a su merced. Intento abrirme los pantalones y me lo impide. Entonces me aparta de sus pechos y se inclina para besarme, yo la rodeo con los brazos e intento acordarme de cuántos condones tengo.

Sus besos son pura maldad, me dejan intranquilo y, cuando se aparta, estoy a punto de lanzarme a por ella; sin embargo me paso la mano por el pelo y me muerdo el labio cuando comienza a desnudarse del todo delante de mis narices.

Ya la he visto desnuda, pero disfruto de las vistas y más aún cuando se arrodilla y va a por la hebilla de mi pantalón. No me deja hacer nada y yo

permanezco quieto, sentado e impaciente, hasta que mis pantalones son historia, lo mismo que el resto de mi ropa.

—Los condones están en mi bolsa de aseo —le indico con voz ronca debido a la excitación.

—Pues ve a por ellos.

Salto del sofá y tardo lo imprescindible en regresar con la caja en la mano. Se ha sentado, adoptando una postura sugerente, con las piernas cruzadas, y yo tiro la caja de preservativos a un lado para arrodillarme ante ella.

—Permíteme —musito, besándole las rodillas.

Despacio, muy despacio, abre las piernas. Me apetecería masturbarme mientras voy acercando mi boca a su coño, pero me controlo. Quiero escuchar de nuevo una orden para cumplirla cuanto antes.

Lentamente voy besando el interior de sus muslos, a ambos lados. Sus manos comienzan a enredarse en mi pelo. Inspiro, no hay nada como una mujer excitada. También le doy mordisquitos y poco a poco llego al meollo de la cuestión.

—Utiliza sólo la boca —me reta.

—Encantado —replico y mi lengua comienza a recorrer cada pliegue.

Cierro los ojos, joder qué sensación. Ella gime cada vez más alto y empieza a perder la contención, pues veo que no puede permanecer quieta; su cuerpo responde de forma increíble y yo me estoy volviendo loco. Me resulta imposible aguantar más por lo que, al tener las manos desocupadas, me agarro la polla y, sin perder un segundo, empiezo a meneármela.

Es mi turno de jadear, me la estoy sacudiendo con fuerza y todo sin dejar de lamerla con auténticas ganas. Genoveva murmura algo que no logro entender, pero noto su tensión.

—Lo necesito —jadea—, vaya si lo necesito —vuelve a jadear, retorciéndose, y agrega—: Deja de masturbarte.

—¿Por qué? —protesto—. Estás a punto de correrte, puedo hacer dos cosas a la vez.

—He dicho que no —insiste y de mala gana obedezco.

—Espero que me compenses —gruño y mi reacción parece divertirla, pues

me revuelve el pelo como a un niño travieso.

—Créeme, merecerá la pena —sentencia con un suspiro que me hace temblar.

Por extraño que parezca, confío en esas palabras y continúo jugando con mi lengua entre sus piernas. No me deja utilizar los dedos, así que debo esforzarme. Con la punta de la lengua presiono justo en su clítoris, una y otra vez, sin descanso, sin darle la oportunidad de que se relaje. Está empapada, va a manchar la tapicería. Y todo mi empeño al final da sus frutos. Genoveva jadea descontrolada hasta correrse.

Y aun así no me aparto; con más suavidad, espero a que su respiración vaya volviendo a la normalidad, sigo usando la lengua, aunque de modo más perezoso, hasta que ella me pide en un murmullo de lo más sensual que me aparte.

—Tráeme algo de beber —me dice.

Arqueo una ceja.

—Yo esperaba otro tipo de petición.

—Con hielo, por favor —añade, sin tener en cuenta mi estado.

Y como un lacayo servil, me incorporo y voy hasta el mueble bar. Sé que toma agua con gas, así que le sirvo una con rapidez y regreso junto a ella. Está jugando con uno de los condones, sin abrir, entre los dedos. Me mira con malicia, pero coge la copa y se limita a beber.

Yo sigo de pie ante ella, con la polla apuntándola y ni se inmuta. Me empiezo a poner nervioso. Da otro sorbo, juega con uno de los cubitos en la boca y, antes de que pueda entender bien qué quiere, se inclina hacia delante y rodea mi erección con los labios y el maldito hielo me hace dar un respingo.

—Necesitas enfriarte —ronronea, chupándomela de una forma perversa.

—Lo que necesito es... —Me callo, porque uno no se pone a discutir cuando le están haciendo una mamada, por extraña que ésta sea. No sólo es el contraste, un tanto perturbador, entre el hielo y el calor de su boca, sino cómo me aprieta los huevos o cómo se las ingenia para acercar un dedo a mi retaguardia.

De acuerdo, no supone ninguna novedad para mí, he tenido tiempo y ganas de probar muchas cosas, si bien Genoveva se las está apañando para combinarlo todo de una manera increíble.

—¿Continúo? —pregunta sugerente y yo la miro sin dar crédito.

—La respuesta es obvia, ¿no crees?

—Has traído condones, a lo mejor te gustaría utilizarlos —continúa provocándome y da un buen trago a su bebida para meterse otro cubito en la boca.

—Haz lo que te dé la puta gana —mascullo.

Y lo hace. Me olvido de los condones y hasta de mi nombre cuando vuelve a meterse mi miembro en la boca y, a partir de ese preciso instante, se muestra implacable. Yo no sé ni cómo soy capaz de mantenerme en pie, noto mis rodillas ceder a medida que mi cuerpo se prepara, joder, no recuerdo que me la hayan chupado así antes. Aprieto los dientes y me preparo, me tenso, adelanto las caderas y le sujeto la cabeza contra mi entrepierna porque voy a correrme de un momento a otro. Su mano aprieta fuerte, me hace daño, pero me encanta. Lo sabe y por eso no afloja.

—Joder... —grazno embistiendo—. Joder...

Aunque las piernas comienzan a fallarme, aguanto como un campeón y ella aprovecha para darme un buen azote en el culo al tiempo que me susurra que me corra con voz tan morbosa que hago lo que me pide entre gemidos y palabras de lo más explícitas.

Se aparta y recoge la copa que había dejado en el suelo. Bebe un sorbo y me mira mientras caigo de rodillas ante ella.

—¿Para pasar el mal trago? —pregunto, pues sé que a muchas no les gusta tragarse el semen.

—Para refrescarme —replica altiva y cruza las piernas en una elegante pose, dando a entender que no, no le da asco.

Miro de reojo los preservativos tirados sobre el sofá y arqueo una ceja.

—¿Das la noche por terminada?

—Todo depende de ti —dice y mira mi entrepierna.

Sonrío.

Capítulo 11

Genoveva

A veces tengo la sensación de que alguien le da a una tecla y todo empieza a ir de mal en peor. Al menos es lo que durante toda la mañana he pensado en la oficina, porque de otra forma no se explica la sucesión de hechos desfavorables.

A media mañana ha aparecido Baltasar, con su traje de corte impecable hecho a medida, su sonrisa falsa de tipo acostumbrado a levantar pasiones, aunque no tan falsa como la mía cuando me ha invitado a un almuerzo de última hora para discutir algunos aspectos de la nueva línea de alimentación deportiva que la empresa va a lanzar al mercado en breve.

Cierto que ambos debemos estar al tanto de todos los pormenores; sin embargo, en este caso creo que Baltasar sólo quiere ver de qué pie cojeo, pues él recibe los mismos informes que yo sobre todo, por lo que carece de sentido reunirnos y menos delante de un almuerzo, pero como no he logrado disuadirlo, me he visto obligada a compartir mesa y mantel con él.

Se ha mostrado más atento y amable que de costumbre, todo un caballero, y al final hemos hablado poco o nada de la empresa. Que me pregunte por mi vida fuera del trabajo podría considerarse un simple tema de conversación, si no fuera porque Baltasar es de los que están dispuestos a utilizar cualquier arma para quedar siempre por encima de los demás.

Lo que quizá me ha descolocado más han sido sus intentos de ¿seducirme? Ha habido momentos en los que me ha dado esa impresión. Aunque, de ser cierta mi intuición, no se trataría más que de otra estratagema.

Como las desgracias nunca vienen solas, he tenido que prescindir de Maurice, que me ha llamado a primera hora diciéndome que se sentía indispuesto por una intoxicación alimentaria. Me he ofrecido a cuidarlo, pues prefería estar con él,

aunque fuera enfermo, que comer con Baltasar; no obstante, mi secretario ha declinado la oferta, prometiéndome estar en dos días al pie del cañón.

Y como no hay dos sin tres, he recibido la llamada que menos esperaba, Diego. Me había hecho a la idea de que tras nuestro último encuentro no volvería a saber nada de él. Pues no, y me inquieta que quiera volver a verme.

Amparada por la distancia, he puesto mil excusas, pero para mi total sorpresa me ha dicho que está aquí, en Zúrich y que tiene algo muy importante que decirme. Teniendo en cuenta nuestro pasado en común, la palabra «importante» me parece exagerada; no obstante, he tenido que aceptar quedar con él, pues Diego es capaz de presentarse en mi despacho, algo que siempre he detestado.

Así que para no correr el riesgo de tenerlo aquí, he aceptado su invitación a cenar. Dos imbéciles en el mismo día, todo un récord. No es mi estilo llegar tarde a una cita, pero al salir de la oficina me he pasado por casa de Maurice. Él me recibe con cara de asombro, pues no se lo esperaba.

—Mal tienes que estar para pasar por aquí —me saluda y camino tras él.

—¿Es contagioso? —le pregunto y sonrío, porque incluso estando enfermo se lo ve elegante, con un pijama burdeos a juego con las zapatillas.

—Puede, pero para eso tendríamos que intercambiar fluidos y, la verdad, Genoveva, no me encuentro yo con muchos ánimos de echar un polvo.

—Lo correcto habría sido que dijeras: no deberíamos —lo corrijo y tuerzo gesto.

—Vale, como quieras —refunfuña—. ¿Qué ocurre para que te arriesgues a una gastroenteritis?

—Diego, mi ex, tengo que cenar con él esta noche.

—Vale, ve al dormitorio, haré un esfuerzo y te contagiaré —replica.

—No me lo digas dos veces —suspiro, frotándome las sienes—. Vaya día llevo.

Desahogarme con Maurice es desde luego mucho mejor que ir a un psicólogo.

Silba cuando le cuento mi almuerzo con Baltasar y llega a la misma conclusión que Mario: quiere llevarme a la cama. Algo que me descoloca. No sé, yo no lo veo, debe de ser un lenguaje que únicamente comprenden los hombres. Sea como sea, prefiero no averiguarlo.

—¿Quieres que te llame a una hora determinada y así dispones de una excusa para escabullirte?

—No es mala idea... —reflexiono en voz alta, aunque me percató de que no es la solución. Niego con la cabeza—. No, me temo que con Diego no funcionaría, cuando quiere algo es capaz de aburrir al más santo y si hoy le doy esquinazo volverá y hasta es posible que se presente en la oficina.

—Pues nada, que te sea leve —dice a modo de despedida y me marcho de su casa con la misma cara que pone cualquiera cuando le acaban de sacar una muela.

Me bajo del taxi y resoplo, no me lo puedo creer: ha elegido el mismo restaurante al que fui con Mario. Una forma asquerosa de estropearme un buen recuerdo. Diego tiene esa cuestionable capacidad.

Ha dicho que me esperaría en la barra. No tardo mucho en encontrarlo y, para rizar el rizo, veo que no está solo.

—Hola, Genoveva —me saluda, inclinándose para besarme. Por si acaso, vuelvo la cara y me da el beso en la mejilla.

—¿Una encerrona? —inquiero, señalando a su acompañante.

—Buenas noches, señorita Balaguer —dice Rubén en tono neutro.

—Procura no ponerte quisquillosa —me recomienda Diego—. Estoy seguro de que si te lo propones, serás razonable.

—Diego, al grano. Sabes que odio trasnochar en días laborables.

El muy idiota se ríe.

—Eres buena, lo reconozco —repite y mi intranquilidad aumenta.

Algo se trae entre manos y no me da buena espina.

Nos sentamos a la mesa y esperamos a que nos tomen nota de la comanda. Como no podía ser de otro modo, Diego pide lo más caro de la carta, no porque le guste, sino por aparentar. Yo me limito a un plato vegetariano y una copa de agua con gas. Rubén, también comedido, no hace ostentación.

—Vas a decirme ya el motivo de esta reunión.

—¡Qué suspicaz es! —bromea, mirando al asesor de imagen y se ríe.

Rubén no, es más inteligente, desde luego.

Y yo me pregunto por enésima vez, qué vi en Diego.

Tras nuestro primer encuentro, debí olvidarme de él.

—¿Puedes, por favor, no dar la nota? —le pido, pues empezamos a ser el centro de atención.

—Siempre tan discreta...

¿Su tono ha sido burlón o me lo ha parecido?

—Diego, vale ya de hacerme perder el tiempo —le advierto, porque estoy dispuesta a largarme de allí sin contemplaciones.

—¡Y tan pragmática! —agrega.

Entrecierro los ojos y Rubén se da cuenta de mi cabreo, así que le hace un gesto a Diego para que deje de dar por el saco.

—Señorita Balaguer, queríamos hablar con usted para ver si puede reconsiderar su decisión de no colaborar con nosotros.

—Así que todo este teatro es para que acepte ser un florero de diseño... qué interesante —ahora es mi turno de burlarme.

—Bueno, a ver si con esto cambias de idea —dice Diego y me muestra su móvil.

Contemplo una fotografía en la que aparezco junto a Mario. En Madrid, durante nuestro primer encuentro.

—Mira esta otra —continúa.

Los dos entrando en el hotel.

Diego está disfrutando, y sigue mostrándome fotos, la última en un aparcamiento, yo apoyada en la carrocería de un deportivo y Mario aplastándome.

—¿Y bien? —pregunto.

—Veo que te gustan los tipos, digamos... peligrosos, qué sorpresa y yo que pensaba que eras más modosita —se guasea y estoy a punto de darle un bofetón.

—¿Qué pretendes?

—Evitar un escándalo —contesta Rubén.

—¿Perdón?

—¿No sabes a quién te estás follando? —interviene mi ex, ansioso por hablar.

—Das por hechas demasiadas cosas —respondo, manteniendo la calma.

—Este tío que tanto te pone...

«Qué gilipollas es», pienso. Me he acostado dos veces con Mario y ha estado bien, aunque tampoco hay que exagerar. No han pasado de ser buenos momentos.

—Ha estado en la cárcel, Genoveva, ¿o es que ya no eres tan selectiva?

Inspiro.

—¿Adónde quieres llegar?

—Mario Brinell no es trigo limpio y me figuro que a tus jefes, a esos a los que tanto les lames el culo, no verán con buenos ojos que te folles a un tipo que ha caído en desgracia. Además tú que vas de liberal, de moderna...

Cada vez es más insufrible y el tonito de burla es para darle collejas hasta cansarse.

—¿Ahora te dedicas a espiarme? —pregunto, a ver si se le cae la cara de vergüenza.

—Es culpa tuya, primero por darme calabazas y después por no ser más cuidadosa.

—Deja ese aire condescendiente —exijo.

—El caso es que ese tipo no es bueno para tu carrera —añade, sonando a advertencia—. De ahí que te dé la oportunidad de volver al redil de la sensatez.

—Mi carrera —repito reflexiva, observándolos a los dos, ya que Diego por sí solo no habría sido capaz de organizar todo esto. Rubén calla, lo que significa que antes de venir lo ha aleccionado, pero está aquí por si mete la pata, que la va a meter.

—Siempre has sido discreta y trabajadora, por lo que dudo mucho que quieras echar todo ese esfuerzo a perder si se filtran a la prensa tus escauceos, porque... éste no ha sido el único, ¿me equivoco?

De nuevo busca fotos en su móvil que mostrarme. Ahí está mi perfil de la web, lo que significa que me ha investigado. También me muestra una instantánea con JR y caigo en la cuenta de que me la hizo el hombre con el que me topé cuando yo salía de casa del cantante.

—¿Y qué quieres que haga? —le pregunto de malos modos, aunque sé la respuesta, sólo quiero ganar tiempo, pues ni loca voy a ceder a su chantaje.

Antes de contestar, me muestra una última foto en la que aparezco junto a

Baltasar.

Menudo gilipollas.

—Teniendo en cuenta quién eres, no creo que a los otros consejeros les guste saber a qué dedicas el tiempo libre —prosigue Diego, sonriendo como un mal jugador de póquer, mostrando su jugada antes de tiempo.

—Señorita Balaguer, todo esto no tiene por qué salir de aquí si acepta mantener una relación, de cara a los medios, con Diego, hasta que se celebren las elecciones.

—Seis meses —puntualiza el idiota y el asesor lo mira pensando lo mismo que yo, donde no hay mata, no hay patata.

—Una vez que se celebren y Diego sea elegido, usted podrá regresar a su trabajo y le garantizamos que no volveremos a molestarla —apostilla Rubén.

Algo ocurre, pienso, pues no me cuadra que de repente estén tan interesados. Ciertamente que la imagen de un político siempre vende ante los votantes, aun así, algo esconden. Se presenta por una circunscripción secundaria, eso quiere decir que no va a estar en primera línea.

—Según tus palabras, lo tenías todo controlado, pues, cito textualmente: «La gente vota siglas» —le recuerdo.

—¿Ves por qué es la ideal? Lista, buena presencia y, sin ser despampanante, es lo que gusta ahora.

Darle collejas sería poco.

—Si no he entendido mal, queréis que renuncie a mi puesto en el consejo de administración de Caprice Food International para acompañar a Diego durante seis meses. ¿Y qué excusa les pongo para que toleren esa ausencia?

—Podemos hablar con ellos, seguro que entenderán que una mujer prefiera acompañar a su novio antes que jugar a las ejecutivas —contesta Diego tan ufano.

Sonrí, porque a cretino no lo gana nadie; sin embargo, sé que por desgracia su teoría es bien cierta y que Baltasar se mostraría encantado. Lo que no entiende, lo mismo que muchos otros, es que estar tiempo desconectado de la empresa significa que, al regresar, si es que se logra, uno se encontrará fuera de lugar, desfasado.

Ni hablar, este imbécil no se saldrá con la suya.

—¿Por qué es ahora tan importante mi presencia? —inquiero, pues voy a llegar hasta el fondo de la cuestión y como sé que lo mejor para ello es ceder, al menos en apariencia, ofrezco algo para que se confíe—. Lo pregunto porque, si voy a hacer un «trabajo» quiero tener toda la información, no quiero que nadie me pille fuera de juego.

Diego va a hablar, pero Rubén lo hace callar.

Eso significa que es serio.

—Han surgido algunos problemillas —explica finalmente Diego.

—¿Cuáles?

—Ya sabes que estos dos últimos años he trabajado como asesor en un ayuntamiento...

—Eso tenía entendido.

—Pues...

Sólo necesito sumar dos y dos. Oculto una sonrisa. Este idiota ha metido la mano en la caja, ha asignado contratas a dedo y ha cargado gastos personales a la corporación municipal.

Es decir, un completo.

—Sólo se trata de una auditoría —especifica Rubén, siempre tan correcto.

Ahora sólo necesito hacer unas llamadas, pero antes a este par de imbéciles tengo que quitármelos de encima. ¿Cómo?

En primer lugar, expongo:

—Tengo que pensármelo, es una decisión complicada.

—Lo entendemos —se apresura a decir Rubén.

—Ahora estaba trabajando en un proyecto importante y he de buscar un sustituto —añado, procurando mostrarme afectada y preocupada.

Ambos asienten.

Gilipollas.

—Valoramos mucho este gesto —declara Rubén.

A veces, que mantengan las formas da por el saco, porque si van a chantajearme, al menos podrían ser menos educados y comportarse como lo que

son, dos chulos dispuestos a todo, incluso a jorobarme la vida, con tal de salvar el culo.

—Me lo imagino —murmuro sarcástica.

No quiero seguir ahí, no tengo estómago para cenar, así que me marcho. Al parecer, tengo su permiso, pues no intentan detenerme. Sólo Diego, dando la nota como siempre, me acompaña a la salida y se ofrece a esperar mientras llega el taxi.

—Genoveva, de verdad, no haría esto si no me viera obligado...

—Ahórrate las disculpas —lo corto, no quiero escuchar una palabra más.

En cuanto llega el taxi, me subo y ni me despido. Quiero llegar a casa cuanto antes y llamar a Catherine, mi abogada.

Tengo que encontrar el modo de quitármelos de encima.

Capítulo 12

Mario

Volker me mira negando con la cabeza, pues se supone que tras quince días de trabajo, ya debería tener algo que mostrar y lo cierto es que no he escrito ni siquiera un borrador.

Bueno y tampoco he pensado ni un minuto en el encargo.

—Podrías hacer al menos el esfuerzo de mentirme y decir que estás con los preliminares —me regaña y yo, lejos de molestarme, me encojo de hombros.

—Para mí los preliminares son otra cosa bien distinta —contesto.

Él tuerce el gesto, que haga a primera hora de la mañana alusiones sexuales no le hace mucha gracia, pues bien, que se joda y no organice fiestas en su casa, porque la del fin de semana ha sido, incluso para él, excesiva.

—Tenías que decirlo, ¿me equivoco?

—Me lo has puesto a huevo —me justifico—. Y no sé por qué te muestras tan reservado ahora, no es la primera vez que te pillo follando.

—No es eso lo que me molesta y lo sabes —masculla y se sienta tras su escritorio para responder una llamada.

Yo permanezco de pie, mirando por la ventana, mientras Volker habla. Sé que le sentó como una patada en los cojones que yo, al llegar a su casa y encontrarme aquello en pleno apogeo, fuera buscándolo hasta encontrarlo en uno de los dormitorios de invitados (él jamás se folla a nadie en su cama, manías de ricachón que nunca entenderé), empujando como un campeón tras una espectacular modelo (en los últimos tiempos es lo único que se tira).

Lo lógico hubiera sido una retirada discreta y esperar (no mucho, pues los pillé a punto de caramelo) a que saliera de la habitación. Pues no, yo me quedé allí mirando, por una extraña y repentina afición voyeur. Y si sólo se hubiera

tratado de mirar... Pero no, la chica en cuestión me vio y me invitó a participar. Hasta ahí todo lo normal que uno quiera entender, a Volker tampoco le iba a sorprender, pues ya habíamos hecho tríos antes. Me animé, no mucho, y me acerqué a la cama. La modelo, jadeante, se humedeció los labios y yo lo interpreté de la única forma posible. Así que mi amigo redujo un poco el ritmo para darme tiempo y yo me coloqué frente a ella, que, a cuatro patas, esperaba ansiosa a que me desabrochara la bragueta.

No estaba todo lo estimulado que se esperaba, por lo que decidí calentarme un poco y comencé a acariciarle las tetas, algo que siempre viene bien. Aunque ella tenía otros planes y con la mano procuró acelerar el proceso.

Mi polla se animó, aunque no al ritmo esperado, pues si bien la chica era impresionante, no terminaba de excitarme. Volker seguía esperando a que yo me uniera al juego e incluso soltó alguna que otra orden y palabra explícita para meterme en el partido.

Cerré los ojos y procuré concentrarme cuando ella agarró mi erección y acercó la boca. Sabía chuparla, de eso no había duda, pero, aun así, yo no terminaba de disfrutarlo. Tonto no soy y, como cualquier hombre, reacciono ante ciertos estímulos; sin embargo, tras unos minutos dejando que la modelo se ocupara de mí y de que Volker siguiera follándosela, me aparté.

Lo lógico hubiese sido sonreír y marcharme, como si estuviera agradecido y punto, pero no, cuando mi colega me miró en busca de una explicación, le dije, de manera muy irónica, que la niñata la chupaba bien, pero que prefería una boca más experimentada para correrme.

Ella se sintió ofendida y me llamó gilipollas, Volker me fulminó con la mirada, mandándome a la mierda, y yo regresé a la fiesta, donde tomé un par de copas y charlé con algunos conocidos.

Cuando Volker, ya vestido, me localizó, lo primero que hizo fue pedirme que lo acompañara a un lado y así hablar. Yo iba algo bebido y fui borde, desconsiderado y hasta hiriente, porque no estaba de humor para explicaciones. Y él me insistió una vez más que, o me comportaba, o mis días es Ausdrücken estaban contados. Al parecer, la modelo en cuestión no era una niñata más, sino la hija de un conocido actor que quería destacar en las pasarelas, y si la chica se

enfurruñaba y se lo contaba a su padre, Volker estaría bien jodido; no por el hecho de tirársela (era mayor de edad y podía hacer lo que le viniera en gana), sino porque perderían un importante contrato.

Yo le recriminé que se acostara con veinteañeras, pasando por alto que él apenas les sacaba diez años, no como yo, que casi les doblaba la edad. Y entre una cosa y otra a los dos se nos calentó la boca y acabamos de malos modos.

Me jodía estar a malas con mi amigo, no por el trabajo, pues con los ahorros que había logrado mantener ocultos de Vanesa podía entregarme a la buena vida durante unos años sin dar un palo al agua, pero bien sabía que tanto tiempo ocioso sólo podía acabar mal.

—Bien, ahora que ya pareces más propenso a escuchar, ¿qué cojones te pasa últimamente? —me pregunta Volker y yo, la verdad, no sé qué responder a eso.

—Me estoy haciendo viejo.

—No me toques la moral, Mario —me advierte en tono severo, algo poco usual en él pues a pesar de ser mi jefe siempre prevalece nuestra amistad—. Sé que desprecias este trabajo, como muchos otros; con todo, deberías tener al menos la decencia de hacer algo, aunque sea una mierda.

—Para eso me pagas —añado yo y sé que el comentario ha sido desafortunado—. Lo siento, no tocaba decir eso.

—Pues ya puedes empezar a ponerte las pilas. Caprice Food International no es una empresa con la que se pueda jugar. Dentro de una semana he de presentarles un primer borrador, no tiene por qué ser perfecto ni definitivo, pero sí que justifique la cantidad de dinero que van a gastarse con nosotros.

—Está bien —murmuro, al percatarme de que tensar tanto la cuerda no es bueno para nuestra amistad—. Empezaré con la historia de la compañía, recordar viejos tiempos, recurrir a la nostalgia y demás siempre funciona.

Bien lo sabía yo, que, durante mi etapa de presentador, a veces incluía en el programa algún que otro documento de archivo, poniendo en práctica el viejo truco periodístico de despertar los recuerdos de la audiencia, tanto buenos como malos, de manera que un programa simplón podía generar debate. Nada nuevo y siempre eficaz.

—Perfecto, si crees que es lo más acertado, ya sabes que en cuestiones

profesionales no me meto, sólo espero resultados —afirma y sé que es bien cierto, pues Volker no es el típico editor que te revisa hasta la última coma y te cambia enfoques sólo para hacerse notar.

Como bien dice siempre, él es empresario, no periodista.

—Hoy mismo me pongo con ello...

Con esto último debería dejarlo tranquilo al menos por un tiempo, ya veré cómo me lo monto para redactar una de esas parrafadas que luego se suelen utilizar como voz en off durante los reportajes.

—Muy bien —dice y me dispongo a abandonar su despacho cuando me detiene—. Espero que tu comportamiento en la empresa sea impecable.

Frunzo el cejo.

—¿Qué crees que voy a hacer? ¿Mear en los tiestos? —arguyo, fulminándolo con la mirada.

De acuerdo, la mayor parte del tiempo doy vacaciones a mis habilidades sociales, pues cada vez soporto menos la estupidez.

—No estás lo que se dice muy fino en cuanto a relaciones personales, tu comportamiento es demasiado cínico —me indica.

Entonces me acuerdo de cierta ejecutiva con la que, mira por dónde, he tenido un comportamiento que algunos considerarían inapropiado. Un conflicto de intereses en toda regla. Volker no tiene ni idea, aunque...

—Hay un detalle que quizá...

—¿Qué has hecho? —inquire en tono de alarma.

—Joder, relájate, de momento nada grave —me defiendo, pues, si no recuerdo mal, durante la reunión en la sede central de Caprice Food International fui todo un ejemplo de moderación. No les hice ni puto caso a los Meier, pero disimulé muy bien, hasta que apareció ella y la reunión pasó de importarme poco a una mierda, sólo tenía ojos para Genoveva, aunque creo que murmuré algún que otro monosílabo para que no se dieran cuenta y creyeran que era un periodista de esos que se concentran en su trabajo.

Incautos.

—Mario...

—Depende de cómo se mire —añado, esperando que Volker lo deje ahí,

aunque sé que no lo va a hacer. Yo tampoco lo dejaría pasar.

—¿Qué ha ocurrido? —insiste.

—Me acosté con una de las ejecutivas —contesto y él arquea una ceja.

—Interesante...

—Sin yo saberlo, la conocí en Madrid —agrego y hasta parezco inocente.

—¿Y ella sabe a qué te dedicas? —continúa indagando.

—La primera vez... no.

Volker inspira hondo y ata cabos.

—Traducido, has repetido después. Cojonudo.

—Fue un impulso —me defiendo sin mucha vehemencia.

—Ya, un impulso —repite escéptico—. ¿Quizá ése es el motivo de que este fin de semana te hayas comportado como un cretino con mi amiga?

—¿Eh?

—Quizá, y digo sólo quizá, ¿te has encoñado con una ejecutiva de esas que tanto te gustan? —pregunta suspicaz.

Me conoce demasiado el cabrón y sabe que las mujeres dominantes me vuelven loco.

—¿Yo? ¡No me jodas! ¿Desde cuándo soy un tipo que pierde los papeles por una mujer? —replico, molesto porque me considere uno de esos gilipollas.

—Los papeles no, la cabeza. Mira, tienes derecho a pasarlo bien, yo no me meto en tu vida privada, siempre y cuando no afecte a la profesional.

—Ya, cada uno tenemos nuestros vicios —comento y él asiente. No hace falta entrar en detalles. Somos mayorcitos.

—Exactamente.

—Pero...

—Sólo puedo recomendarte que seas cauto. Si te la quieres seguir tirando, por mí perfecto. Mientras dure el trabajo tú te diviertes y, encima, siempre te será más fácil desempeñar tu cometido si la mantienes contenta; no obstante, ándate con ojo, pues muchas mujeres no aceptan que te despidas sin más.

—Me hablas como si tuviera veinte años y estuviera con mi primera novia —murmuro con humor.

—Tú ya me entiendes...

Con la advertencia, innecesaria por otro lado, de Volker y un trabajo que sacar adelante, me despido de él. Me resulta inevitable, cuando me siento a la mesa que voy a ocupar en las oficinas de Ausdrücken, pensar en Genoveva. Me da a mí que ella esto lo ve igual que yo; no me parece una mujer de esas que tras dos o tres polvos se cuelgan de un tío.

Cuando todavía ni he encendido el ordenador me suena el móvil.

—Por cierto, ¿está casada? —dispara Volker a bocajarro por el teléfono.

—No lo sé —respondo y si bien debería traerme sin cuidado, es un aspecto que hay que tener en cuenta.

—Pues averígualo y también si es familiar de los dueños, por si acaso —me advierte.

Tiene toda la razón del mundo, porque si tiene alguna relación familiar con los Meier o su entorno, desde luego la cosa se puede complicar. No es lo mismo si Genoveva ha accedido a ese puesto por méritos propios, en ese caso desde luego sería más sencillo. Ella no querrá complicaciones y la discreción será su máxima.

De todas formas, mi previsor jefe cree que volveré a tirármela... Bueno, eso está por ver. Por si acaso, reviso mi correo para comprobar si hay algún mensaje de la web de contactos, y sí, en efecto, hay dos, pero por desgracia una no me gusta lo más mínimo y la otra me propone un encuentro que por razones geográficas debo rechazar.

Tampoco es para preocuparme.

Así que hago un esfuerzo por encontrar documentación sobre Caprice Food International, no en su página web, pues hasta el ejecutivo más inútil se daría cuenta de que he copiado información corporativa. No, debo encontrar artículos, reseñas o, lo mejor de todo, opiniones en contra de la empresa, si han tenido reclamaciones de esas millonarias...

—Periodismo de investigación —musito con sorna sólo por reírme de mí mismo.

Y una hora después sigo delante del ordenador, concentrado en leer artículos sobre la empresa publicados hace tiempo. Reportajes de hace más de veinte años, cuando era más sencillo ocultar información. Y todo a pesar de que en el

cubículo de al lado hay dos plastas hablando de Volker, una que se lo quiere tirar y otra que le explica cómo hacerlo. Tuerzo el gesto, no tiene ni puta idea de qué le gusta al jefe. Podría mandarlas callar, pero como tienen para rato y yo no tengo ganas de seguir escuchándolas, me acerco a su mesa.

—A ver, ¿cuál de las dos se quiere beneficiar al jefe? —las interrumpo y ambas dan un respingo.

Saben quién soy y mi relación con Volker, así que no me extraña que de repente se sientan avergonzadas.

Las miro a las dos. La que está sentada es la perfecta secretaria, guapa, vestida de forma elegante, maquillaje discreto pero efectivo... La señalo con el dedo.

—Tú no, eres muy típica.

—¿Cómo te atreves? —replica molesta y por la voz la identifico como la que daba consejos.

Me dirijo entonces a la otra mujer. Es morena y viste de forma más sencilla, por ende, más barata, lo cual a mí al menos me resulta más natural.

Ninguna de las dos me excita, no han cumplido los treinta y últimamente ése es para mí un requisito fundamental.

—No le hagas ni caso; a Volker le gusta la naturalidad, así que nada de hacerte la encontradiza, nada de ponerle las tetas en la cara cuando le lleves café y menos aún fingir que se te ha roto una media y así subirte la falda en su despacho —digo muy serio.

—Yo... —titubea indecisa.

—Si coincides con él, sé natural y, sobre todo, no te comportes como una cabeza hueca. Ah, y hablad más bajo, que algunos queremos trabajar.

Me vuelvo a mi cubículo, convencido de que tengo una enemiga más y una compañera de trabajo aceptable.

Hacía tiempo que no me metía en faena, sin embargo, esto es como montar en bici o follar, una vez que aprendes, nunca se olvida. Busco en la base de datos y voy repasando artículos de prensa cada vez más antiguos, y, por extraño que parezca, me va entrando el gusanillo y sigo retrocediendo en el tiempo, hasta finales de los años cuarenta, cuando se fundó la empresa.

Encuentro fotos originales de aquellos años que podrían utilizarse, lo mismo que los primeros anuncios publicitarios. Sigo tirando de hemeroteca y parpadeo cuando encuentro una fotografía del fundador vestido con el uniforme de las SS.

—Joder, esto se pone interesante.

Capítulo 13

Genoveva

Catherine no se puede creer que en España un imbécil como Diego se presente a unas elecciones y, además de poder hacerlo, tenga posibilidades de salir elegido. No entro en detalles de cómo es posible que sucedan cosas así porque no lo entendería, ahora sólo quiero quitarme de encima el problema. Si Diego logra su escaño, allá él y los votantes que son incapaces de calar a un candidato.

—Tenemos dos opciones —me dice ella sonriendo con amabilidad.

Además de ser mi abogada, es mi amiga. Conoce muchos de mis secretos y yo los suyos. Mantenemos una relación profesional desde hace diez años y nos ha sido mutuamente beneficiosa. Así que sus consejos legales son una especie de bendición y procuro seguirlos a rajatabla.

Trabaja en un prestigioso bufete de Londres, propiedad de su familia, del que en algún momento asumirá la dirección y, lo mismo que yo, no quiere oír hablar de matrimonio, hijos o demás convencionalismos.

No ha dudado en coger un avión y presentarse en Zúrich para llevar este caso en persona. En otras ocasiones lo solucionamos vía Skype; sin embargo, Catherine ahora ha creído conveniente hacerlo directamente. Además, hacía tiempo que no estábamos juntas y aprovechamos para pasar el fin de semana en mi casa, charlar, tomar algo o lo que nos apetezca.

—La primera alternativa, cruzarnos de brazos, confiando en que el tiempo juegue a nuestro favor —indica—. Aunque sé que no es tu estilo.

—Explícate.

—Si tu ex pretende salir elegido, tiene que esperar a que se celebren las elecciones. Su insistencia se debe a que desea lograr una especie de inmunidad, ¿me equivoco?

—Por desgracia no, si logra el escaño, se convierte en aforado.

—De ahí que sea importante medir los tiempos. Tú puedes hacerte de rogar, fingir que lo estás reconsiderando... Pero en seis meses puede pasar de todo.

—Que lo trinquen y se acabe su carrera política —digo yo, entusiasmada con la idea.

—Y de paso te involucre a ti en sus chanchullos, has de tener cuidado con eso.

—Nunca he aceptado nada —afirmo con rotundidad, alegrándome de haber pagado con mi tarjeta en más de una ocasión.

—Bien, nunca está de más ser precavidas. De ahí que me incline por la segunda opción. Darle la vuelta a la tortilla.

—¿Y eso significa?

—Hacer pública tu relación con uno de los hombres con los que has estado, previo consentimiento y colaboración del elegido, por supuesto.

—¿Cómo dices?

—Por desgracia para nosotras, eso de ir de amante en amante aún no está aceptado, se te criticaría sin piedad; no obstante, si mantienes una relación con un hombre, seria y convencional, por supuesto, Diego no podría utilizarlo en tu contra. Incluso podrías alegar que le dejaste cuando conociste a tu «novio» actual.

—Catherine, estoy perdida por completo —farfullo, mientras me froto las sienes.

Justo en este instante llaman a la puerta y Maurice entra con una bandeja. Mira a mi abogada, a la que hace tiempo que lleva persiguiendo, y le sonrío de forma pícara. Ella, que ya conoce las intenciones de mi secretario, se limita a devolverle la sonrisa, aunque de una manera más fría.

—También te he traído esto —dice él, dejando sobre mi mesa una enorme carpeta—. Son los nuevos informes sobre la línea deportiva, hay de todo un poco, un estudio de mercado, ventas de los competidores este último año, campañas publicitarias. Por supuesto, unas encuestas clasificadas por edad y sexo. Y no podían faltar las propuestas de marketing para el nombre comercial.

—Estupendo, me pongo con ello cuanto antes.

—Tu querido Baltasar ha querido dejar su impronta y me ha pedido reunirse contigo cuanto antes. ¿Le doy fecha para dentro de quince días? —sugiere risueño.

—Eso sería estupendo —afirmo.

—Veré lo que puedo hacer.

Maurice se marcha y observo que Catherine se siente algo más aliviada. Entre ambos hay una innegable atracción y no entiendo por qué no hacen la prueba. Ninguno de los dos tiene por qué salir herido y pueden pasar un buen rato.

—En algún momento tendrás que asumir que Maurice te gusta.

—Nunca lo he negado, pero no me gusta lo suficiente. Y ahora centrémonos en tu problema.

—Sí, que es mucho más interesante, ¡dónde va a parar! —exclamo con sorna.

Nos servimos el café, porque todo resulta siempre menos agobiante con una taza entre las manos.

—Como te iba diciendo, aprovecha lo que en principio es una desventaja. Incluso puedes matar dos pájaros de un tiro. —Mi cara debe de ser un poema, porque ella se ríe antes de proseguir—: Si tú afirmas públicamente que mantienes una relación desde hace tiempo, relación convencional que despeje cualquier duda, Diego no podrá utilizar esas fotos a modo de acusación. Y además, para darle donde más duele, también alegarías que le dejaste por tu actual pareja.

—Demasiado enrevesado —murmuro abatida, mientras pienso en sus palabras, hasta que me doy cuenta de que además de surrealista es imposible de llevar a cabo—. Dejando a un lado que es arriesgado, ¿no se te escapa un detalle? —Catherine niega con la cabeza—. ¿Cómo iba a conseguir que el elegido en cuestión se mostrase colaborador?

—Ah, bueno, me habías asustado. Eso se podría arreglar con un buen acuerdo que os beneficiase a ambos —dice y no me sorprende que lo haga con su actitud más pragmática de letrada.

—Ya, y el segundo detalle, por si no lo habías pensado, dudo mucho que un cantante de reguetón como JR acepte algo similar. Sin olvidarnos de su edad. ¡No ha cumplido los treinta, por el amor de Dios!

—Mmmm, vale, descartamos a JR —acepta con un aire picarón ¿o me lo ha parecido?—. Baltasar Meier es el candidato ideal. Es algo más joven, pero no tanto. Buena presencia, solvente...

—Baltasar... —musito y siento un escalofrío. Niego con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Me tiene en el punto de mira, ¿crees que se avendría a ayudarme? Maldita sea, si le cuento mis problemas tendrá en bandeja el modo de someterme a sus decisiones. Mi carrera acabada.

—Pues a mí me gusta...

Arqueo una ceja.

—¿Te ponen los chulos con traje? —pregunto, mientras ella mira unas fotos de Baltasar en el móvil.

—Éste en concreto sí. Debe de ser un cabronazo impresionante.

—Doy fe —mascullo—. Y olvidas otro detalle, ¿qué pensarán en la empresa si de repente anuncio que somos pareja?

—Mmmm...

—Mmmm... nada, es muy fácil, seré una más de las que han llegado lejos no por su currículum laboral, sino por el de mi dormitorio.

—Vale, pues sólo te queda él —dice, refiriéndose a Mario.

Niego con la cabeza.

—Conflicto de intereses. Va a realizar unos reportajes sobre la empresa.

—Pero es ajeno a Caprice Food International y lo conociste en Madrid. —Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos—. Si lo miras bien, cumple los requisitos. Para empezar, es de tu edad, así se formaría una pareja equilibrada.

—Te olvidas de que tuvo problemas legales, Diego se recreó al mencionarlo; no conozco los detalles; sin embargo, deberíamos saber qué ocurrió.

—Un segundo...

Catherine, toda resuelta, coge su tableta y comienza a buscar información.

Yo me pongo en pie y camino por el despacho. Estoy metida en un buen lío por culpa de Diego. Cometí una estupidez, y de las grandes, y ahora, si no tengo cuidado, perderé mucho. No van a despedirme, pero se ocuparán de que quede relegada. Y no me he pasado tantos años luchando, aceptando traslados a sedes

donde nadie quería ir, para acabar siendo una consejera de nombre, pero no de hecho.

—Su causa fue sobreseída y declarado libre —anuncia mi abogada, resuelta, y me pasa su tableta para que lea yo misma.

—No me convence —replico cuando le devuelvo el dispositivo—. Puede que se librara por algún fallo técnico o cosas así.

—Tienes que elegir el mal menor. Diego, con su estupidez y su posible implicación en un caso de corrupción...

—Cuando el río suena —comento, porque rara vez son sólo sospechas, y Catherine asiente.

—... O un tipo que fue acusado de maltrato y salió libre.

—Encima maltrato, maldita sea, ese tema es muy delicado.

—Haré algunas averiguaciones, pero por lo que se publicó del señor Brinell, su ex tuvo que desmentir públicamente todas las acusaciones, eso no es habitual —añade, tan impresionada como yo.

Estoy a punto de levantar el auricular para llamar a Maurice y que se encargue de localizarme a Mario, cuando unos golpecitos suaves en la puerta me hacen aplazarlo.

—Buenos días, señorita Balaguer —interrumpe quien menos deseo ver en este instante.

Sin esperar a que le dé permiso, Baltasar entra en mi despacho y se sorprende de verme acompañada, aunque, como buen estratega, no hace ningún comentario y se limita a dar muestra de sus exquisitos modales, saludando a Catherine como si fuera una reina.

—¿En qué puedo ayudarte? —intervengo, pues quiero que se largue cuanto antes.

—He recibido el mensaje de tu secretario y me temo que no estoy conforme con la cita que me propones.

Es un cretino de manual. Podía enviar a su secretaria, pero no, ha preferido husmear en persona; cómo se nota que dispone de mucho tiempo libre para tocar la moral.

—Tengo la agenda hasta los topes —alego—. Aunque, si tan importante es,

intentaré hacerte un hueco antes del fin de semana.

—Perfecto —acepta sonriendo, aunque mira a mi amiga—. Señoras.

—Por mucho que digas, tiene un no sé qué... —comenta Catherine cuando se marcha—. Estoy segura de que, con la motivación necesaria, sería un corderito.

—No dispongo de tiempo ni ganas de averiguarlo. Y por cómo te ha mirado puedes intentarlo, aunque es un zorro. Yo no me arriesgaría.

—Ya veremos. Ahora, si me disculpas, voy a hacer unas llamadas y, si quieres, quedamos esta noche en un lugar más adecuado con el señor Brinell. Recuerda que cuanto antes lo organicemos todo, mejor.

—¡Qué remedio! —murmuro y ella se ríe ante mi dramatismo.

Llamo a Maurice y le pido que haga los cambios necesarios para la maldita reunión con Baltasar. También le doy las gracias por haber intentado quitármelo de encima y, como último encargo, le pido que me ponga en contacto con Mario.

Esto último no levanta sus sospechas, ya que por cuestiones laborales ya hemos estado juntos.

Tarda apenas medio minuto en localizarlo y le pido que me deje a solas. Maurice obedece, aunque después seguro que me pregunta. Inspiro: ¡vamos allá! Utilizo mi móvil personal, nada de hacerlo desde el fijo de mi oficina, en centralita quedan grabadas muchas conversaciones. Para mi desesperación, Mario no responde y me salta el contestador. Ni loca dejaré un mensaje, así que insisto, aunque es en vano.

Como no quiero enfadarme, opto por leer los informes, confiando en que antes de la hora de comer haya podido hablar con él. Si lo miro por el lado positivo, tendré tiempo de ensayar el discurso, aunque me temo que no hay orador en el mundo capaz de explicar esto con sensatez.

Hasta bien entrada la tarde, cuando ya he abandonado mi despacho, no recibo una llamada de él. Desde luego, se lo toma con calma. Cuando le digo quién soy se muestra receloso, o al menos eso detecto en su voz. Lo que termina por descolocarlo es que lo invite a venir a mi casa. Omito, por supuesto, decirle que estaremos acompañados. Al final acepta, algo que, lejos de relajarme, me pone de los nervios, pues eso significa que debo seguir adelante.

Ona, mi asistente, está preparando la mesa para tres comensales. Le he

mencionado que son asuntos de trabajo y, bien mirado, así es.

La primera en llegar es Catherine, que se ha quitado su traje chaqueta y ha optado por ropa informal, vaqueros y americana; ahora sí aparenta su edad. Yo también he dejado en mi armario la ropa seria, aunque he elegido un sencillo vestido de punto azul.

—Alegra un poco esa cara —me dice ella, mientras sirve dos copas de vino blanco y me entrega una. La rechazo, por supuesto, pero insiste y al final doy un sorbo—. Así está mejor, nada de agua con gas, desmelénate un poco, y te lo recomiendo en el sentido literal del término.

Siempre procuro llevar el pelo recogido en una coleta o un moño bajo. Discreto y cómodo, pues no me exige pasar por la peluquería a menudo. Catherine se ocupa de deshacerme la coleta y peinarme con los dedos.

—Mucho mejor —murmura satisfecha.

A las ocho en punto suena el timbre y aparece Ona con nuestro invitado tras ella. Por su expresión deduzco que no esperaba encontrarme en compañía; por ello, antes de que todo se tuerza, hago las presentaciones de rigor.

Mira a Catherine, aunque de forma rápida, evaluándola sin duda, pero sin comérsela con los ojos. Es extraño, mi abogada es una mujer atractiva.

—Deduzco que no se trata de una invitación sin más —comenta, educado aunque perspicaz, cuando nos dirigimos a la mesa.

—Hay un asunto que quería tratar contigo.

—Y no debe de tener nada que ver con el trabajo o, si no, me habrías citado en la oficina —dice y me mira fijamente.

—Depende de cómo se mire.

Catherine permanece en silencio, sólo intervendrá en caso de que la situación se descontrole, algo que va a ocurrir. Que Mario sea un tipo manejable en la cama no significa que lo sea también en su vida diaria.

—Ahora sí que estoy intrigado —confiesa con un ligero toque burlón.

Le hago un gesto a mi abogada para que le explique la situación, porque yo me veo incapaz de hacerlo con un mínimo de sensatez.

—Señor Brinell —comienza ella—, han surgido ciertos problemas y...

—Mario —la corta él.

—Como quieras.

Me cruzo de brazos, mientras Catherine, con su aplomo, va desgranando la situación. No titubea, expone los hechos con sencillez, pero con firmeza. No entra en valoraciones y cuando al final de su explicación menciona los beneficios, Mario, que ha permanecido con los brazos cruzados escuchándola, arquea una ceja.

Fija toda su atención en mí y esboza una media sonrisa que no sé cómo interpretar, quizá burlona, quizá de gilipollas.

—Ha hablado de beneficios —replica, dirigiéndose a Catherine—. Yo no los veo por ningún lado.

—Verá, Mario, su carrera digamos que ha ido cuesta abajo, si nos ayuda podría obtener información y destapar un caso muy suculento de corrupción.

—Si no he entendido mal, mientras estuvo con ese tal Diego no participó en sus presuntos chanchullos, por tanto, dispone de poca o ninguna información —alega y me doy cuenta de que tiene toda la razón.

—Podríamos compensarle de otro modo —prosigue mi abogada sin perder la calma.

—Lo dudo —responde él tan tranquilo—. Y en el supuesto caso de que decidan hablar con mi jefe en Ausdrücken para que me releven de mi puesto, les estaría muy agradecido.

Eso no lo esperaba, se supone que un tipo lucha por su trabajo.

—¿Y qué aceptaría a cambio de colaborar? —le plantea Catherine.

Mario me mira, yo mantengo una expresión seria, adusta incluso, como si de una partida de póquer se tratara y quisiera mantener un farol hasta deshacerme de todos mis contrincantes.

—Nada —afirma sin pestañear—. El único beneficio que podría interesarme, y digo *podría*, soy capaz de conseguirlo por mí mismo, sin hacer favores.

—Señor Brinell, reconsidérelo, por favor...

—No —insiste y se pone en pie, dando por finalizada la cena y la conversación—. Ni harto de vino voy a prestarme a semejante trapicheo. No soy un gigoló, señoras.

Ambas nos miramos, pues en ningún momento hemos querido dar esa

impresión.

—Le pido disculpas si se ha sentido ofendido —dice Catherine.

—¿Podemos hablar en privado? —le pregunto como último recurso.

—En privado, tú y yo no deberíamos hablar —replica y queda clara la connotación sexual.

—¿Y no le importa que ese tipo destruya su reputación? —inquire mi amiga.

Mario se echa a reír.

—Si me ha investigado un poco, cosa que seguro que ha hecho, sabrá que mi reputación es una mierda, así que no, no me preocupa lo más mínimo. Buenas noches, señoras.

Y nos deja así, con cara de asombro.

Sin una solución.

Me temo que Diego ha ganado.

Capítulo 14

Mario

Jodidas manipuladoras. ¿Quiénes se creen que son para proponerme algo así?

De una abogada me lo podía esperar, pero no así de Genoveva. Cierto que todos tenemos trapos sucios como para llenar unas cuantas lavadoras; sin embargo, creo que cada uno debe ocuparse de sus asuntos y no involucrar a terceros.

Desde luego, qué forma más cutre de estropear un recuerdo. Uno bueno.

Confirmado: todas mienten.

Llego a casa de Volker, no porque me guste vivir con él, sino por lo mucho que ha insistido en que deje el hotel, y no lo veo por ningún lado. La vivienda está tranquila, algo que agradezco.

Puede que la reunión con esas dos me haya sacado de quicio, pero verla a ella también me ha excitado y, teniendo en cuenta que por cuestiones laborales tendremos que coincidir en breve, la excitación aumentará. Una putada.

Sin olvidar que, a medida que profundizo en la historia de Caprice Food International, descubro más secretos. Joder con el abuelito Meier, un nazi convencido que logró salir indemne y montar una empresa. Puede que el trabajo sea una mierda, no obstante, me divierte y, a pesar de que no podré utilizar la información, voy a seguir indagando, sólo por orgullo o para vendérselo a la competencia y que hagan un poco de ruido. A las grandes corporaciones hay que molestarlas de vez en cuando.

Claro que si Genoveva, en un típico arrebato femenino de venganza, se ocupa de que no ponga un pie en la empresa, me será difícil investigar desde dentro, por no mencionar a Volker, que se pondrá hecho una furia en cuanto se entere.

Oigo el sonido de un vehículo acercándose, a estas horas debe de ser el dueño

de la casa. Confío en que no se haya traído a otra amiguita, no estoy para encontronzos. La suerte me sonrío y Volker llega solo.

—¿Una copa? —propongo y él se detiene al verme.

—Pensaba que tenías una cita —replica, aceptando la bebida que le he preparado.

—No era una cita —murmuro—. Era una encerrona.

—¿Perdón?

—Otro día te lo explico. ¿Y a ti qué tal te ha ido la noche?

—Pues me da la impresión de que mucho mejor que a ti, he conseguido que dos importantes clientes renueven con nosotros.

—Me alegro —digo, aunque no soy todo lo sincero que debería, pues la parte comercial siempre me ha importado más bien poco.

—Te trae al paio, pero se agradece la intención —repone Volker con ironía—. Por cierto ¿dónde narices metes el móvil? He tratado de contactar unas cuantas veces contigo y me saltaba una y otra vez el jodido contestador.

—Lo llevo apagado —respondo y lo saco de mi bolsillo. Odio que me interrumpa el maldito teléfono, porque en general la gente tiene la odiosa costumbre de llamar en el momento más inoportuno.

Sólo lo enciendo cuando necesito hacer una llamada o una consulta, el resto del tiempo lo llevo apagado en el bolsillo. De ahí que cuando he visto más de diez llamadas del mismo número me haya sorprendido. Y para nada, pues se trataba de Genoveva. Si lo llego a saber ni me molesto en devolverle la llamada.

—Eres un inadaptado, Mario. No obstante, te comprendo —comenta, rellenando su copa—. Tu abogado en España ha dejado recado en la oficina, es urgente que lo llames.

—A saber qué le pasa a ese tonto de los cojones de Héctor —mascullo—. Mañana hablaré con él. Y ahora, si no te importa, me voy a acostar.

Me retiro al dormitorio que Volker me ha cedido en su mansión y, una vez allí, me doy una buena ducha. Estoy tentado de meneármela un poco, para relajarme, pero me encuentro desganado, así que me limito a meterme en la cama y leer un rato.

A la mañana siguiente, mientras me afeito y me visto para ir a la oficina (una

rutina que siempre he detestado), pienso en qué narices querrá ahora mi abogado. Su insistencia es sospechosa, así que aprovecho el desayuno para llamarle.

—Eres de lo que no hay —protesta Héctor nada más descolgar. Yo me sirvo una taza de café con absoluta tranquilidad, lo conozco y le gusta el drama—. Llevo desde ayer intentando localizarte. De verdad, si continúas así, voy a dejar de ser tu abogado.

—Te pago una buena cantidad cada año, así que deja de cacarear y dime qué ocurre —lo corto, pues no estoy de humor para sus sermones.

—Está bien —murmura reculando—. Me ha llamado el abogado de tu ex, quieren reunirse contigo y hacerte una nueva propuesta sobre la venta del ático.

—No. Es innegociable —afirmo sin titubear, porque ya me conozco yo las negociaciones de Vanesa.

—¿No vas ni siquiera a escucharla?

—Para eso estás tú, ya sabes mis condiciones. Punto final. ¿Algo más?

—Podría ser una oportunidad única para zanjar este asunto, Mario. Piénsalo.

—Vale, ya lo he pensado —miento—. No.

—Joder, así no hay manera.

—Ve tú en mi nombre, los escuchas y luego, como te gusta apuntarlo todo, me mandas un correo electrónico, ah, y que te acompañe un notario, con mi ex nunca se sabe.

—No quieren reunirse conmigo, insisten en que estés tú en persona —dice resoplando.

—Mmmm... —murmuro, porque esto es nuevo y muy sospechoso.

Vanesa siempre me ha enviado cualquier notificación por medio de su abogado, algo que, por supuesto, agradezco, pues no quiero verla ni en pintura y tampoco arriesgarme a que luego se invente cualquier película.

—Mario, no tienes nada que perder —insiste Héctor.

—Mi trabajo, ¿te parece poco? —replico y hasta yo me sorprendo de lo sincero que ha sonado.

—Estoy seguro de que a Volker no le importará darte cuatro días libres. Si quieres me encargo de buscarte un billete de avión y alojamiento —se ofrece.

—¿Vas a pagarlo tú? —pregunto sólo por joderle, pues un billete de avión es lo que menos me preocupa.

—Si es necesario para acabar con todo esto, sí, maldita sea, te lo pago yo.

—Te tomo la palabra. Llámame cuando lo tengas todo listo —digo y corto la llamada para que no siga taladrándome con sus sermones.

No muy animado, porque sigo dando vueltas a esa extraña petición por parte de mi ex, me voy a la oficina. Voy a pasarme toda la mañana revisando la hemeroteca y solicito que me ayuden. El departamento de personal me asigna una secretaria.

Para mi sorpresa aparece Liese, la morena a la que sorprendí cotorreando sobre Volker.

—Gracias por lo del otro día —murmura al sentarse junto a mí, dispuesta a tomar notas y ayudarme.

—¿Perdón?

—Yo no quiero nada con el jefe —me aclara—. Soy lesbiana. Pero por lo visto debe de ser una tradición intentar seducir al señor Maihart.

—Ni se te ocurra decirle que eres lesbiana —contesto divertido.

—¿Es homófobo?

—No, pero hazme caso —le aconsejo y doy por finalizada la conversación.

Si le he hecho semejante advertencia es para que Volker no esté tentado de invitarla a alguna fiesta y ver cómo se divierte con alguna amiga.

Apenas me he metido en faena cuando recibo un mail. Es de Héctor, sabe que tengo el móvil apagado, el muy cabrón. Para mi absoluto cabreo ya tiene el billete de avión, es decir, mañana mismo puedo estar en Madrid.

—Hay qué joderse —mascullo y Liese me mira sin comprender—. Ahora vuelvo; ve buscándome todo lo relativo a Hans Meier hasta 1950. ¿De acuerdo?

Me dirijo al despacho de Volker y lo encuentro con cara de pocos amigos, leyendo en su ordenador. Cojonudo, porque le tengo que pedir días libres.

—¿Quién se ha muerto? —inquiero y él niega con la cabeza, pues no comparte mi sentido del humor.

—De momento nadie, pero no me gusta el balance del último trimestre. Los beneficios no han subido más que un tres por ciento respecto al período anterior.

—O sea, ganas dinero, incluso aumentas el margen, ¿y encima te quejas?

—Cómo se nota que no has nacido rico —me suelta indolente—. Bien, ¿a qué se debe esta visita?

—Tengo que viajar a Madrid, asuntos personales. Cuatro días —contesto de forma telegráfica.

—Traducido, tu ex ataca de nuevo.

—Exacto. Y bien que me jode, pues le estaba cogiendo gustillo a eso de escarbar en el pasado de los Meier.

—Por fin un buena noticia, aunque escarba lo justo, ¿estamos?

—Estamos. ¿Y bien?

—Lárgate, resuelve de una maldita vez tu situación con ella y olvídala, joder.

—Hablas igual que mi abogado —contesto y me despido sin corregirlo, porque ni loco voy a olvidar lo que me hizo esa zorra.

* * *

Veinticuatro horas más tarde llego a Madrid. Desde luego, me habría gustado que mi viaje fuera por otro motivo; sin embargo, aquí estoy, a punto de subir al despacho de Héctor, donde se va a celebrar el encuentro. Confío en que sea breve y que haya un notario. No es mucho pedir.

Me encuentro con mi abogado antes de pasar a la sala de reuniones, donde nos esperan. Como intuía, Héctor me da unos consejos para que me comporte. Por un oído me entra y por otro me sale, pero no digo nada y así evito que alargue el discurso.

Camino hacia la sala de juntas con aire serio y tranquilo. Tengo muy claro qué quiero y no cederé ni un milímetro.

Entro el último y allí está Vanesa. Me sorprende verla algo desmejorada, debe de hacer tiempo que no va a la peluquería, pues su rubio ya no luce perfecto y va vestida de forma sencilla, como si las prendas fueran de bajo coste. Evito sonreír, soy un cabrón que se alegra de las desgracias ajenas, pero maldita sea, tengo derecho a ello.

—Sentémonos por favor —indica Héctor.

Desobedezco, por supuesto y me quedo junto a la puerta, lo más lejos posible de ella. Nadie me dice nada y su abogado comienza a hablar.

Nada nuevo, quiere dar por finiquitado el asunto de la venta del ático, bla, bla, bla, su clienta quiere hacer una oferta, bla, bla, bla, y acepta cobrar sólo el treinta por ciento del valor de venta en vez del cincuenta que le corresponde, según ella, claro.

Y una mierda, pienso, aunque se me ha debido de escapar en voz alta, porque todos me miran.

Héctor se aclara la garganta.

—Estudiaremos la propuesta —dice diplomático.

—No —lo interrumpo yo—. Las condiciones no han cambiado.

Me gano, como era de esperar, la mirada asesina de mi ex, que me paso por el forro de los cojones, y la del resto de los presentes.

—¿Qué más quieres, Mario? —pregunta ella, controlando su rabia por no salirse con la suya.

—Mi cliente espera que ella se haga cargo de la parte que le corresponde de los gastos de mantenimiento de la propiedad y que a día de hoy no están siendo abonados —interviene Héctor.

—Importe que por supuesto se descontará de su parte de la venta —afirma el otro abogado.

Comienza el partido de tenis, a ver quién es más pedorro.

—No —vuelvo a decir—. Estoy corriendo yo con todos los gastos, lo primero es saldar las deudas.

Nueva mirada furiosa de Vanesa, parece a punto de soltar alguna perla debido a su rabia. Bien. A ver cuánto aguanta.

—La situación económica de mi representada no le permite...

—¡No tengo un puto duro, cabrón! —estalla ella por fin.

—Dejemos los insultos, por favor —tercia su abogado, sabiendo que Vanesa ha metido la pata.

—No tengo más que decir —murmuro, dispuesto a marcharme.

—Espera un jodido minuto —masculla Héctor siguiéndome fuera—. Hemos hablado antes de que llegaras. A mí me parece una oferta muy generosa y te

librarías de pagar los gastos cada mes de ese maldito ático.

—Es mío, no me importa —replico.

—Están a punto de desahuciarla del piso donde vive por no pagar el alquiler. No puede pedir ningún tipo de subsidio al ser propietaria de una vivienda de lujo y no encuentra trabajo. ¿Qué más quieres?

—No me des tantas buenas noticias de repente —digo, mientras siento un increíble placer al escucharlo.

—Deja de ser un cabrón, al final todo te va a estallar en las narices.

—Pues que estalle. No cambio ni una coma de mi propuesta. Mañana mismo me vuelvo a Zúrich, allí tengo cosas más importantes que hacer.

Oigo a alguien llorar, sin duda es Vanesa, pero no me conmueve lo más mínimo. Se merece todas y cada una de las desgracias que le sucedan. Ella sola se puso la soga al cuello el día que me denunció.

Me marchó, dispuesto a pasar una jornada tranquila, pues saber que mi ex las está pasando putas me reconforta y hace que el viaje hay merecido la pena. Me detengo en una cafetería y enciendo el móvil para hablar con Volker y decirle que regreso mañana; sin embargo, en cuanto se conecta, suena. No conozco el número, pero como no tengo nada mejor que hacer respondo.

—¿Mario Brinell? —preguntan y frunzo el cejo, pues como sea una operadora tratando de venderme algo, la mando a la mierda sin contemplaciones.

—Depende, ¿quién llama?

—Soy Rubén Espejo, me gustaría reunirme con usted para tratar un asunto que le concierne.

—Ni le conozco ni deseo hacerlo. Buenos días.

—Espere, es sobre la señorita Balaguer.

Me pongo en guardia.

—¿Y qué quiere?

—Hablar con usted, le interesará.

No muy convencido, acepto la cita y quedo con ese tipo para comer. Intento atar cabos, Genoveva, o mejor dicho la abogada de ella, una chica muy mona y muy lista, sólo me dio algunas pinceladas del verdadero problema, por lo que me temo que enseguida voy a conocer el resto de la historia.

Cuando llego al restaurante, hay dos tipos esperándome en vez de uno. El primero se presenta como Rubén y el segundo como Diego. No hace falta ser muy listo para sumar dos y dos.

—Vayamos al grano —les pido una vez acomodados en el comedor privado de un restaurante de lujo—. ¿Por qué me han llamado?

—Sabemos que tiene una relación con la señorita Balaguer.

—Ajá —murmuro sin desmentir su suposición para que siga hablando.

—Y también conocemos su pasado.

—Todo el mundo lo conoce, se publicaron muchos artículos al respecto —comento despreocupado. Quieren chantajear a Genoveva. La cuestión es, ¿por qué?

—Nosotros podríamos... ayudarle —propone el que se supone que es su ex. Un idiota repeinado que vive del cuento, es decir, de un partido político.

—Su carrera podría verse relanzada si coopera —añade el listo, Rubén.

—¿A cambio de...?

—De que no siga viendo a Genoveva —responde Diego.

Uy, esto se pone cada vez más interesante. Creen que estoy con ella, pero ¿qué más les da?

—Señor Brinell, Genoveva y yo manteníamos una relación muy provechosa hasta que ella aceptó ese maldito puesto y se largó —suelta el piquito de oro.

Vaya clase política, por Dios.

Está escocido porque es un mediocre y ella ha logrado un puesto relevante. Imbécil, no tiene otro calificativo.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Bueno, usted es periodista —contesta y lo pronuncia como si fuera sifilítico o algo peor—, así que Genoveva puede llegar a creer que su interés por ella es sólo para sonsacarle información.

No formulo la pregunta, porque hay que ser tonto del culo para decir lo que ha dicho. ¿Qué clase de información puede tener Genoveva, habiendo un político de por medio?

Esto promete.

Hoy es mi día de suerte.

—¿Y qué me proponen?

—Una ruptura, al menos hasta que se celebren las elecciones. Y que ella vuelva a Madrid —me pide Rubén muy serio.

—Lo primero es comprensible, pero lo segundo no —digo algo perdido.

—Genoveva es, digámoslo así, la acompañante perfecta. Culta, educada, buena presencia, con una carrera envidiable y físicamente normalita.

No me llevo las manos a la cabeza para que no se percaten del asco que me están dando.

—La necesitan para dar una imagen de respetabilidad —afirmo y ambos asienten.

—¿Puedo reflexionarlo unos días?

—Me temo que el tiempo apremia —alega el asesor.

—¿Y si me niego?

—Para empezar, podríamos revolver un poco la mierda, que siempre huele, sobre su caso. Y después hacer que le salpique a ella, porque, aquí, entre nosotros, no sabíamos que le fuese tanto la marcha, seguro que es de esas que se ponen cachondas cuando les pegan.

«¿Estrangular a un politicucho es delito?», me pregunto mientras inspiro para no darle de hostias aquí mismo. Como no quiero acabar esposado y en el calabozo, me invento una excusa y me largo del restaurante, prometiendo (mintiendo) que los llamaré en veinticuatro horas.

Capítulo 15

Genoveva

—Tienes visita —me anuncia Maurice y yo resoplo.

Vaya mañanita, entre interrupciones y llamadas, en vez de un lugar de trabajo esto parece una romería y así no hay manera de concentrarse. Supongo que tendré que llevarme los informes a casa y leerlos esta noche.

—Si no es de vital importancia, deshazte de quienquiera que sea —contesto, pues mi capacidad para aguantar pelmas está bajo mínimos.

—Me temo que no te vas a poder escabullir —prosigue él con cara de disculpa—. El señor Brinell ha sido muy insistente.

Suspiro y me froto las sienes. Qué oportuno.

Sabía que tarde o temprano tendría que verlo; sin embargo, hubiera preferido que no fuera tan pronto. Tras el fiasco de la proposición, resulta un poco violento. Y eso que sexualmente hablando ha sido todo un descubrimiento. Pero no estoy yo para muchos trotes ahora, pues Diego sigue esperando una respuesta y yo no quiero dársela.

—Está bien, que pase —accedo sin mucho ánimo.

Maurice me mira esperando una explicación, que de momento prefiero no darle. Que todo siga dentro del ámbito laboral, al fin y al cabo, Mario trabaja para Caprice Food International. Que nos reunamos se considera normal.

—No parece caerte bien ese tipo.

—Es trabajo —alego sin otra razón coherente, porque no la hay.

Me preparo para recibirlo y lo aguardo de pie.

Mario entra y cierra la puerta. Lleva un traje gris oscuro, camisa negra y, como es normal en él, sin corbata. Espero que la reunión sea corta.

—¿Me das las llaves de tu casa para instalarme o prefieres que lo hagamos de

modo más tradicional?

Parpadeo.

—¿Es una broma?

—Me temo que no —responde acercándose hasta mi escritorio—. Recientemente he recibido la visita de dos cretinos decididos a tocarme las pelotas y de paso a insultarme; de ahí que, pese a mi reticencia inicial, acepte la propuesta que me hiciste.

—Repito, ¿es una broma? —Me dirijo a la pequeña nevera que hay tras mi mesa y saco un botellín de agua.

—Deduzco entonces que prefieres una relación más distante, cada uno en su casa, lo que significa salidas a restaurantes, eventos y demás para que nos vean —añade divertido.

—Sigo sin saber qué pretendes.

—Estoy dispuesto a ayudarte. ¿Qué más quieres?

—No soy tan tonta como para no darme cuenta de que si lo haces será a cambio de una contrapartida.

Mario sonrío de medio lado. Se pone seductor y, la verdad, no estoy para jueguecitos.

Con toda la parsimonia del mundo, se sienta frente a mí y adopta una postura que me resulta indolente.

—Eres lista, adivínalo.

—Hoy no es el mejor día para jugar a las adivinanzas.

—Qué pena.

—Habla claro.

Me mira esbozando una sonrisa. Sé que oculta algo. Cierto que su cambio de opinión me viene de perlas, no obstante, entregarle un cheque en blanco sería un suicidio.

Mantengo la calma, yo también sé jugar a esto de permanecer en silencio para poner nervioso al contrario. Por más que lo miro, siempre me hago la misma pregunta, pues su imagen, su actitud contrastan mucho con sus gustos más íntimos. Nadie al verlo adivinaría lo que le gusta una vez que se desprende de su traje elegante.

—¿Y bien? —me apremia, utilizando un tono ronco.

Sabe muy bien lo que hace, pero yo también y no me voy a dejar engatusar.

—Éste no es el lugar más indicado para hablar —digo y de esa forma pospongo una conversación que será interesante a la par que reveladora.

—Entendido —murmura poniéndose en pie—, Entonces ¿a qué hora te recojo?

Tan repentina predisposición y tanta amabilidad hacen que la situación resulte aún más sospechosa, pero no tengo nada que perder por aceptar.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunto, utilizando un topicazo sólo por el placer de ponerlo a prueba y él se ríe; bien, por lo menos tiene sentido del humor.

—En la tuya, no quiero que nos interrumpan —responde y, con total tranquilidad, se da media vuelta y abandona mi despacho.

Nada más quedarme a solas cojo el móvil y llamo a Catherine. Esto tengo que consultarlo, no voy a meter la pata.

La suerte me sonrío y mi amiga, que ya está de vuelta en Londres, me responde al tercer tono. Le cuento la conversación que acabo de tener con Mario y ella, tras reírse y darme la enhorabuena, adopta una actitud más seria.

—¿Quieres hacerlo de modo profesional o te fías de él?

—No me fío de nadie —mascullo, porque tal como se están poniendo las cosas, esto sólo puede ir a peor—. ¿Qué me recomiendas?

—Tal vez proponerle un acuerdo y de esa manera cubrirte las espaldas.

Resoplo mientras reflexiono.

—Me temo que no aceptará, no es un tipo fácil de manejar —digo, pues a pesar de que lo conozco más bien poco, siempre se muestra muy seguro de sí mismo.

—Ya lo vi. Pues entonces nos lo jugamos todo a una carta.

—Eso parece —convengo—. Gracias por todo, Catherine.

—Mantenme informada y, de todas formas, te redacto un acuerdo. Si quieres de momento no se lo muestres, ve tanteando el terreno, pero sí debes leerlo tú y así al menos considerarás algunos aspectos que de otro modo pasarías por alto.

—¡Estupendo! —exclamo con sorna—. Como tengo pocos informes que

leer...

—No exageres —me riñe—. Lo tendrás en una hora.

Fiel a su palabra, cuarenta y cinco minutos más tarde me entra un correo electrónico. Con bastante guasa en el Asunto ha puesto «AMISTADES PELIGROSAS».

No sé si quiero leerlo, me parece tan surrealista fijar mediante un acuerdo una relación... Sin embargo, yo mejor que nadie sé que todo se pacta por adelantado. Pero en este momento no tengo la cabeza para estas cosas y prefiero dejarlo. Ya lo leeré mañana, además, si esta noche he quedado con Mario para cenar, prefiero no ir condicionada. Ahora bien, si algo se tuerce, tendré que recurrir al acuerdo y proponérselo. O quizá ser racional y olvidarme de esta estupidez.

Maurice se marcha antes, pues tiene una cita y yo, que prefiero evitar a Baltasar, no me quedo más allá de mi horario laboral y me marchó a casa. Nada más llegar le pido a Ona que se tome la noche libre, hay asuntos que mejor tratar sin interferencias.

Mientras me doy una ducha rápida, me doy cuenta de que Mario no me ha dicho a qué hora va a llegar. Y no me gusta, pues prefiero organizar con tiempo cualquier cita, y más una de este calibre.

Por lo visto su intención era pillarme en bragas, literal, pues cuando suena el timbre aún no me he vestido. Cojo un vestido sencillo y cómodo y me lo pongo con rapidez, sin sujetador, y me calzo unas bailarinas.

Al abrir la puerta me percató de que, con las prisas no me he maquillado y debo de estar sonrojada.

—¿Llego en mal momento? —pregunta Mario, disimulando muy mal una sonrisa.

—Sí, la verdad es que sí —respondo, pues no me voy a andar con rodeos.

Le digo que pase y, como ya ha estado antes en la casa, camina decidido hasta el salón. Me he encargado yo misma de preparar la mesa, algo sencillo y fácil, nunca he tenido ni ganas ni tiempo de dedicarme a las tareas domésticas. No obstante, Mario, en vez de sentarse, se quita la chaqueta de piel y la deja colgada en el respaldo de una de las sillas, me mira y suelta:

—¿Nos vamos al dormitorio?

—¿Cómo dices? —replico algo confusa, pues se supone que debemos hablar o, al menos, fijar unos puntos para que esta locura salga adelante.

—Seamos francos, ni tú ni yo tenemos pinta de ser dos gilipollas, sabemos lo que queremos y cómo. Así que ahorrémonos las conversaciones insustanciales y vayamos al meollo de la cuestión.

Estamos ahí de pie, mirándonos en medio del salón. Él con su aspecto ligeramente descuidado y yo sin maquillar y con el pelo aún húmedo. No me gusta la indecisión, pero tampoco que se me adelanten. ¿Pretende descolocarme o es sincero?

Voy a averiguarlo cuanto antes.

—Muy bien —digo decidida y emprendo la marcha hacia mi dormitorio.

Mario cierra la puerta y se queda apoyado en ella. Yo he dejado la luz encendida cuando he ido a abrirle. No estoy habituada a traerme hombres a casa, siempre prefiero la comodidad de un hotel, del que después pueda marcharme.

—El pelo suelto te queda muy bien —comenta.

—Como piropo es más bien cutre.

—Lo sé, pero si te pido que me la chupes a lo mejor me das un bofetón.

—¿Desde cuándo eres tan arrogante? —inquiero y de nuevo esboza esa media sonrisa seductora.

Sin proponérmelo, me he excitado, supongo que a Mario le ocurre lo mismo. Aprieto los puños, pues el cuerpo me pide abrirle la camisa y clavarle las uñas por todo el torso y desde ese punto seguir bajando.

—No soy arrogante —me corrige sin mover un músculo, sin duda esperando que yo tome la iniciativa.

Me quito de un puntapié las bailarinas y después camino descalza hasta quedar frente a frente. Mario cierra los ojos, yo me pongo de puntillas para susurrarle al oído:

—¿De verdad quieres que te la chupe?

Gime, tal vez no esperaba un lenguaje tan vulgar por mi parte. Lo muerdo con suavidad, instándolo a que me responda.

—Joder, pues claro —gruñe y muy despacio comienzo a desabotonarle la camisa.

—Quédate quieto —exijo y él traga saliva.

Le doy un pequeño mordisquito en la barbilla mientras mis manos se afanan en desnudarlo. No me ayuda, no hace nada. Una vez que la camisa está olvidada y arrugada en el suelo, la emprendo con su cinturón. Le beso el centro del pecho y me detengo.

—¿A qué estás dispuesto por una buena mamada? —pregunto sugerente.

—A casi todo.

—Buena respuesta. ¿Me lo pedirías de rodillas?

—Me parece que eres tú quien debe arrodillarse —me espeta jadeante.

—De acuerdo —acepto y doy un paso atrás.

Y otro, y otro hasta llegar a la cama y coger una almohada. Regreso junto a él y la dejo caer a sus pies para acomodarme. Su respiración lo delata, está muy cachondo. Miro hacia arriba y veo cómo intenta contenerse para no gritarme que vaya más rápido. Me da la sensación de que disfruta sufriendo con la espera. Le bajo despacio la cremallera del pantalón y lo toqueteo por encima de los bóxers, consiguiendo que sus gemidos sean más elocuentes.

Sigo sin acercar mi boca a su polla. Me humedezco los labios, lo manoseo, aparto ligeramente el elástico, aunque sin ir más allá. Él adelanta las caderas, quiere acción, yo también, pero a mi ritmo.

Le quito los zapatos, los calcetines y después los pantalones (hacerlo en el orden inverso crea una imagen poco o nada erótica). Subo las manos por sus piernas, despacio, arañándolo, sintiendo el perverso placer de torturarlo.

—Genoveva —gime sin atreverse a tocarme.

—¿Mmmm...?

—Espero que me la chupes igual de bien que la otra vez —me provoca.

Antes de que al pobre Mario le dé un ataque, le bajo los bóxers. Lo tengo a mi merced, desnudo y empalmado.

—Observa...

Me humedezco la palma de la mano para después comenzar a masturbarlo. Él reacciona con un jadeo de lo más morboso. Yo sé que no se va a conformar con un manoseo, así que me inclino hacia delante y, con la punta de la lengua, le recorro el glande antes de que mi boca vaya tragándose su erección.

—Joder, joder, joder...

A partir de este momento no hay espacio para la mediocridad ni puedo dejar las cosas a medias. Chupo con vehemencia, sin dejar de acariciarle los testículos o arañarlo con suavidad entre las piernas.

Noto sus cada vez más fracasados intentos de no embestir dentro de mi boca y eso me gusta mucho en un hombre, que sea capaz de mantener a raya su instinto hasta que yo le dé la orden de abandonarse.

Percibo que se acerca más y más al límite. Gime, gruñe, suelta incoherencias o palabras malsonantes. Yo ronroneo, como si tener su polla entre mis labios fuera un regalo. Le aprieto los testículos e incluso paso también la lengua por ellos.

—¿Voy por buen camino? —le pregunto en un susurro.

—No preguntes, maldita sea —gruñe en respuesta.

Sus palabras son reveladoras por lo que sólo me queda un camino: presionarlo hasta el límite. Me siento codiciosa y relajo la garganta para acogerlo por completo. Mario embiste, yo lo freno clavándole las uñas en el muslo, una sencilla advertencia que le cuesta entender, quizá porque sus reacciones comienzan a ser involuntarias. No lo culpo sin embargo, pretendo que me demuestre su capacidad de contención.

Mario no puede más, enreda una mano en mi pelo y tira de él.

¿Debería complacerle?

Sí, creo que por hoy ya ha demostrado con creces hasta dónde está dispuesto a llegar y nunca es bueno tensar demasiado la cuerda, sobre todo teniendo en cuenta lo que nos jugamos.

Coloco ambas manos en su trasero, le doy un azote para espolearlo, y yo misma muevo su cuerpo para que se deje llevar. Lo hace, comienza a embestir, a moverse de forma arrítmica, descontrolada, lo mismo que sus jadeos, algunos roncros, otros quejumbrosos, da igual, sé que no puede soportarlo ni un segundo más.

Un último azote, el necesario, y Mario emite un último gemido lastimero antes de correrse en mi boca.

Me aparto despacio y, apoyándome en su cuerpo, me pongo en pie. Sigue

respirando con fuerza, sin duda intenta volver a la normalidad. Es el momento justo para dale la puntilla.

—Ahora estás en deuda conmigo —musito y le recorro el contorno de la oreja con la punta de la lengua.

—Lo sé —admite, rodeándome la cintura con un brazo para atraerme hacia él—. Y, créeme, me voy a esforzar.

—Eso espero —digo, entregándole la almohada.

Capítulo 16

Mario

Aún no sé muy bien cómo interpretar lo que ha ocurrido en este dormitorio. Me ha dejado solo, Genoveva se ha ido al aseo y sigo exhausto, y no sólo me refiero al aspecto físico. Después de hacerme una de esas mamadas que siempre recordaré, me ha exigido una compensación, que le he dado encantado. Es más, de no habérmela pedido, yo mismo se la habría ofrecido. Vaya que sí.

Inspiro y cambio de postura en la cama. Miro de reojo la puerta del aseo, no sé cuánto tiempo estará ahí encerrada. Desconozco sus costumbres, lo que sí imagino es que no le hará mucha gracia compartir un espacio tan íntimo y personal como es el dormitorio. Bueno, yo tampoco soy muy dado a dormir acompañado, llevo muchos años haciéndolo solo y, la verdad, uno se acostumbra a la soledad y termina agradeciéndola.

Dicen que el buey solo bien se lame, y sí, lo he comprobado, lo que ocurre es que primero me atacó una víbora y aprendí la lección a base de hostias. Respiro hondo, no voy a amargarme cuando acabo de disfrutar de un encuentro que ha superado cualquier expectativa. A la mierda los recuerdos de mi matrimonio, vamos a lo importante. Estoy desnudo en la cama de una mujer que sabe muy bien cómo hacer que un hombre quiera más. Recoloco las sábanas, que me cubren de cintura para abajo.

Joder, de nuevo siento un cosquilleo, una especie de hormigueo muy similar al que se experimenta cuando sabes o intuyes que algo importante va a ocurrir. Y en teoría ya debería estar saciado, pero no, aquí, sentado en la cama, esperándola, sigo pensando en sexo.

En follar otra vez.

O, mejor dicho, en ser de nuevo su marioneta para que me maneje a su antojo

y disfrutar complaciéndola, acatando sus órdenes, por ridículas que éstas me parezcan.

Porque Genoveva sabe muy bien cómo crear expectativas, cómo hacer que mi cabeza imagine increíbles posibilidades o que mi cuerpo responda a sus demandas sin ser capaz de oponer resistencia.

Cierto que no es una de esas espectaculares y jóvenes modelos que tanto gustan a Volker. Genoveva es una persona con una mente privilegiada y tiene mucha inventiva. Maneja como nadie los tiempos para que cualquier hombre sólo desee más. No es fácil encontrar a una mujer semejante, lo sé perfectamente, pues desde mi divorcio he estado con unas cuantas que, si bien me han entretenido (negarlo sería absurdo), no han despertado tanto mi interés.

Puede que ésa sea una explicación de por qué he accedido a echarle un cable o ¡yo qué sé! No estoy pensando con la cabeza, mejor dicho, no puedo pensar con la cabeza.

Levanto la sábana que me cubre para observar mi polla erecta, sin duda los estímulos son extremadamente fuertes. Cierro los ojos un instante para recordar otra vez la imagen de ella quitándose el vestido para mostrarme la espalda desnuda y unas sencillas bragas azules. Una voz sugerente y al mismo tiempo autoritaria diciéndome que me acerque y mis manos, incapaces de estarse quietas, colándose dentro de sus bragas.

Y, como no podía ser de otro modo, he caído de rodillas, aprovechando la almohada que me ha dado, y he recorrido sus nalgas y sus piernas despacio, mientras mis dedos rozaban su coño. Encontrármela empapada no ha sido ninguna sorpresa, pero sí cuando me ha detenido, se ha dado la vuelta y se ha alejado. Aunque sólo lo imprescindible para sentarse en el borde de la cama y abrir las piernas.

¿Qué otra cosa podía hacer yo sino agachar la cabeza y saborearla?

Ha sido morboso y alucinante, pues de nuevo me ha exigido que sólo utilizase la lengua y colocase las manos a la espalda, como un vulgar sirviente, y a mí me ha puesto muy cachondo.

Y así me ha tenido un buen rato, hasta que ella, de nuevo con la sartén por el mango, ha decidido que la penetrase. Sólo el jodido momento de buscar el

preservativo ha estropeado un poco la situación, aunque no lo suficiente como para echarla a perder, pues ella, ronroneando, me ha dado permiso para follarla.

Pero nada de acostarse y abrir las piernas para que yo me pusiera encima y venga, a empujar. Una vez más llevando la batuta, me ha pedido que me sentara en el suelo, sobre la almohada y después se ha dejado caer sobre mí, siendo ella la que, agarrándome la polla, se ha encargado de todo y se ha puesto a montarme con unas ganas y un frenesí que me daba igual acabar con un dolor de culo antológico, pues ya no soy tan joven para estas proezas.

Lo que me recuerda que me he vuelto un tanto cómodo a la hora de follar. Quizá debería ser más arriesgado...

—¿Estás bien? —me pregunta Genoveva sacándome de mis obscenos pensamientos.

La miro, ahí de pie. Se ha recogido en pelo en una coleta que la hace parecer más seria y se ha puesto una sencilla camiseta de tirantes, junto con un pantalón corto.

—Sí —respondo tras aclararme la garganta.

Ocultar mi erección es inútil, Genoveva arquea una ceja, pero no dice nada al respecto.

—Hoy puedes dormir aquí, pero mañana le pediré a la asistenta que te prepare un dormitorio.

Doy unos golpecitos en el colchón.

—Supongo que ese aspecto, como otros, debemos negociarlo, ¿no te parece? —propongo y no da la impresión de gustarle la idea.

—Es tarde, hablaremos mañana.

—Me parece que no —la contradigo y me fulmina con la mirada—. Si voy a estar contigo en esto, tengo unas condiciones.

Genoveva controla su malestar, la educación vence y me aprovecho de ello.

—Muy bien, escuchémoslas —me dice con aire condescendiente.

Se mete en la cama y se sienta a mi lado, aunque manteniendo las distancias.

—La primera y más obvia: sexo.

—¿Perdón?

—No mantengo relaciones estables —declaro muy serio e intuyo que ella está

al tanto de mi pasado—, de ahí que hacer una excepción...

—Comprendo —me interrumpe—. Sí, puedes mantener relaciones sexuales cuando y como quieras. Tranquilo, no montaré una escena de celos.

Me río ante semejante respuesta.

—Desde luego, no niego que la idea resulte muy tentadora, pero no es lo que busco. Con sexo, me refiero a practicarlo contigo, por supuesto. ¿Cómo voy a irme por ahí en busca de rollos de una noche y arriesgarme a que me vean y todo este montaje se vaya al carajo?

—Tomo nota —murmura con retintín.

—Por si te lo estás preguntando, mi intención no es follar a todas horas, sino simplemente mantener un ritmo adecuado.

—Define «ritmo» y «adecuado».

—Cuando surja, no hay que forzar la situación. Sólo espero que no te niegues sin un motivo razonable. Que no utilices el sexo como arma arrojadiza.

Nos miramos de reojo. Ni yo me fío de ella ni ella de mí.

—¿Algo más?

—Por supuesto. —Continúo divirtiéndome, aunque procuro disimularlo—. De ahí la segunda condición.

—Sorpréndeme.

Hay que reconocerlo, tiene un temple digno, no pierde los estribos y escucha. Perfecto, vamos allá, a ver qué opina.

—Nada de condones —disparo a bocajarro y esbozo media sonrisa a la espera de su reacción.

—¿Alguna razón de peso? —inquieta con el mismo tono que si tratáramos un asunto de negocios.

—Vaya por delante que no tengo nada en contra de su uso; sin embargo, me apetece olvidarme de ellos y doy por hecho que eres una mujer previsora.

—Lo soy —corroboro sin mostrar enfado—. ¿Y dejar de utilizarlos significa que vamos a ser fieles?

Su tono sarcástico no me sorprende.

—Sí, ¿por qué no? —contesto con indiferencia.

—Sigue con tus condiciones, por favor.

La miro de soslayo. Ambos seguimos sentados en la cama, yo desnudo y ella con los brazos cruzados y cara de pocos amigos, pese a que disimula. Esta conversación no tiene por qué ser incómoda, aunque sí la considero necesaria. Genoveva mantiene su rictus serio, dando a entender que ceder no entra entre sus opciones. Estupendo, no quiero que se crea con derecho a imponerme nada.

Y, lo más importante, esto me divierte muchísimo. No voy a negarlo. Así que seguiré con las peticiones estafalarias.

—Nada de dormitorios separados —prosigo—. Porque no se cumpliría la primera condición y porque tu asistenta podría sospechar.

—No me gusta compartir un espacio tan personal —aduce y mueve ligeramente los hombros, sin duda se siente incómoda.

—Ni a mí ser un gigoló, pero así es la vida —replico, dejando implícito que no voy a ceder.

La condición de compartir dormitorio es sólo por ver hasta qué punto está dispuesta a negociar para seguir adelante. No me importaría nada en absoluto ocupar una alcoba para mí solo; no obstante, siento curiosidad, quizá malsana, por ver cómo se comporta en el día a día.

—Siguierte condición, por favor —murmura, evidenciando su desagrado.

—No, no hay ninguna más —contesto y la observo soslayadamente—. Quizá esperabas alguna más retorcida.

—Bien, entonces supongo que es el momento de plantear las mías —alega y la veo sacar un bloc de notas de la mesilla, junto con un bolígrafo.

Me pone un poco nervioso que dé pequeños golpes con el bolígrafo sobre el bloc.

—Estoy impaciente por escucharlas —comento.

—Yo tampoco mantengo relaciones serias, así que supongo que deberemos llevar la típica vida de una pareja convencional. Cenas, salidas a eventos... algo sencillo y útil para dar credibilidad.

—Muy bien, recuerdo cómo se hace —replico con sorna—. ¿Incluimos regalos inesperados y mensajes cursis?

—No lo estimo necesario —responde asimismo con sorna—. Mis condiciones son muy simples: nada de mezclar nuestros asuntos privados con los

laborales. No quiero insinuaciones en el trabajo, de ningún tipo. Sí, haremos público que estamos juntos, pero nada más.

—Deduzco entonces que nada de echar un polvo sobre la mesa de cristal de tu escritorio ni en el aparcamiento ni en los aseos ni...

—No. Dejando a un lado que me parece de mal gusto, no voy a correr el riesgo de ser sorprendida en una actitud incómoda, mi reputación se vería comprometida.

—Se puede vivir sin reputación, créeme —asevero y no hace falta mencionar el resto, pues ella sabe a qué me refiero.

—De lo que se trata es de que ambos sigamos con nuestra vida sin interferencias.

—¿Y la familia? —pregunto, no porque me importe, sino por conocer su opinión.

—No te preocupes por eso, no habrá injerencias, no al menos por mi parte —afirma.

Almaceno ese dato. Más adelante, si surge la oportunidad de entrar en detalles, le preguntaré sobre los suyos, aunque, por cómo ha hablado, intuyo que no mantiene muchos lazos familiares.

—Perfecto —digo, pues yo tampoco soy de volver a casa por Navidad.

—Respecto a nuestras amistades, si te parece bien podemos hacer una especie de ronda de contacto para ir presentándonos como pareja.

—Pareces tenerlo todo bien organizado —comento divertido.

Ella se encoge de hombros fingiendo indiferencia, pero yo sé que no es así, pues el día que me lo propuso la acompañaba una abogada.

—Me lo tomaré como un cumplido —repone—. Y te agradecería que me dieras una lista de amigos y amigas a los que tener en cuenta.

—No hace falta, sólo hay un tipo al que puedo incluir en esa categoría y a veces tengo mis dudas —contesto.

Otro día le hablaré de Volker, siempre y cuando haya tenido la oportunidad de explicarle previamente la situación, no vaya a creer que me drogo o algo similar.

—Muy bien, así resultará más sencillo —afirma y por fin se vuelve para mirarme.

No ha escrito nada en el bloc de notas, quizá sólo sea una costumbre tenerlo en las manos. De todas formas, no hay que ser un superdotado para memorizar las normas.

Por alguna extraña razón, esto de negociar las condiciones de una relación no me parece tan extraño o surrealista; desde luego, si lo hubiera hecho con Vanesa otro gallo nos habría cantado. Pero si mal no recuerdo, cuando me casé con ella pensaba con la polla y no con la cabeza. No volverá a ocurrir.

—Si se te ocurre alguna más... —la apremio medio en broma.

—No, de momento no; además, te considero un tipo inteligente, dudo que haya que mencionar las más obvias, como un comportamiento discreto, ser educado y evitar la polémica.

—Gracias por la parte que me toca —murmuro, porque a pesar de que lo ha dicho de una forma apasionada, sé que ha sido sincera.

—Buenas noches —dice en voz baja y apaga la luz antes de acostarse, dándome la espalda.

Me quedo a oscuras, sentado, y por un momento pienso si no sería mejor abandonar esta cama y volver a casa de Volker. Traducido, recuperar la sensatez, porque un tío de cuarenta y seis años no hace estas cosas.

Sin embargo, acabo acostándome yo también y, para jorobar un poco a Genoveva, me pego a ella y la abrazo desde atrás. Incluso le doy un beso en el hombro. Gesto cariñoso donde los haya, lo que no viene al caso.

—¿Qué haces?

—Practicar el papel de novio atento y detallista —contesto, disimulando la risa.

—Confío en tus habilidades, no practiques tanto —refunfuña y me aparto, pese a que me hubiera gustado frotarme un poco más.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Qué remedio.

—Me gustaría saber cómo una mujer de tu categoría se enredó con un político mediocre.

La oigo inspirar hondo. Es un tema delicado, lo sé, pero me apetece saberlo y, si no pregunto, seguro que me pongo a hilar teorías que no van a ninguna parte.

—¿Le pegabas a tu exmujer? —me espeta, dejándome sin ganas de continuar indagando.

—Buenas noches —mascullo y me doy media vuelta.

Queda claro que ciertos asuntos no son objeto de debate. Lección aprendida.

Capítulo 17

Genoveva

—Repítemelo otra vez, más despacio y desde el principio.

La cara de Maurice lo dice todo. Está alucinando y no es para menos, pues no hace ni diez minutos que he llegado y, antes de ponerme con los informes pendientes, le he pedido a mi secretario que se sentase un instante, porque tenía que comentarle un asunto privado.

Por supuesto, le he relatado una versión edulcorada y ligeramente más romántica de por qué ahora, de repente, tengo un novio. Y, claro, tras la estupefacción inicial, han llegado las miradas de perplejidad y ahora tocan las preguntas.

—Sé que suena extraño.

—Extraño es quedarse muy corto. No tiene pies ni cabeza. Te conozco desde hace tres años y salvo ese breve amorío con Diego, que no pasó de ser una anécdota, pues apenas lo veías, no te has interesado por ningún hombre y ahora, de repente —chasquea los dedos—, resulta que tienes pareja. ¿Es o no es para sospechar?

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —alego encogiéndome de hombros, porque no existe una explicación razonable y no quiero que las verdaderas razones las conozca tanta gente. De lo que se trata es de llevarlo todo con cierta normalidad y si empezamos a contar detalles aquí y allá, al final llegará a oídos de Diego y todo el plan, que ya flaquea, se irá a pique.

—Genoveva, por favor, no me tomes por gilipollas —me reprende Maurice.

—Pues ha ocurrido, y por eso te agradecería que fueras discreto con los comentarios —le advierto de manera amable.

—Muy bien, ¿y cómo vas a enfocarlo de cara a la dirección?

Frunzo el cejo. Sé que debo hacerlo, aunque no sé bien cuál es la manera más adecuada, pues siempre podrían alegar conflicto de intereses para desprestigiarme.

—Concierta una cita con el señor Meier, por favor. Cuanto antes —le pido a Maurice, que coge de malos modos su tableta y se pone a ello.

—Baltasar se va a frotar las manos con esto —dice sin mirarme, concentrado en la pantalla.

—No le debo explicaciones, hablaré con Rudolf, nada más.

—¿Y el resto del consejo?

—Si soy discreta, nadie tendrá que sentirse incómodo; además, yo no les voy preguntando a los demás consejeros con quién se acuestan.

—Claro que no, pero te olvidas de un detalle muy importante...

—¿Cuál? —pregunto, pues no establezco la conexión.

—Ellos son hombres, pueden liarse con quien quieran sin dar cuentas a nadie.

—Eso es muy machista, Maurice —le recrimino extrañada, porque mi secretario es un tipo al que jamás nadie acusaría de machista.

—Lo sé, y no lo apruebo, siempre he creído que las relaciones personales son eso, personales, y que nadie debe inmiscuirse en ellas; sin embargo, no puedes pasar por alto que eres la única mujer del consejo de administración.

Deja la tableta sobre la mesa, me señala la pantalla y veo que ya ha hecho los deberes. Puedo reunirme con Rudolf esta misma tarde. Perfecto. Quizá le pida a Mario que me acompañe. Una especie de respaldo.

No, mejor me encargo yo. De no ser así, pensaría que necesito apoyo masculino y no es cierto. Yo sola me las apaño.

—Créeme, soy muy consciente de eso —murmuro, pues sólo yo sé lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Tus «descuidos», como ellos lo denominarían de forma hipócrita, y más si son referentes al ámbito privado, van a ser examinados con lupa, te guste o no, y no dudarán en utilizarlos en tu contra.

—Mantener una relación de pareja no es un descuido, ¡por Dios, Maurice! —me quejo.

—Claro que no, querida, no obstante, olvidas el detalle de que sales con un

tipo que trabaja para Caprice Food International y que no estáis casados.

Arqueo una ceja.

—¿No estarás insinuando que...?

—Conoces mi opinión respecto al matrimonio, soy alérgico, y por tu reacción entiendo que te pasa igual.

—¿Y qué pretendías demostrar sugiriéndomelo?

—Que me ocultas algo.

—Te oculto muchas cosas —declaro y añado una sonrisa falsa que le hace reír, porque me conoce bien—. Y ahora, si eres tan amable, déjame a solas. Tengo un informe que leer.

Una vez que Maurice se marcha a su escritorio, me dispongo a meterme de lleno en el apasionante mundo de los informes. Es lo mejor para olvidarme de mis cuitas personales. Esta mañana, al despertarme, ni siquiera he tenido la tentación de decirle a Mario que me marchaba. Sólo he hablado con Ona, y por razones obvias, no quería que se diese un susto de muerte cuando se topase con él. Por suerte, mi asistenta no hará tantas preguntas como Maurice.

Los informes de mercado son muy optimistas, es lo que opino tras leer los dos primeros, redactados por consultorías independientes, aunque en ambos dejan siempre abierta una puerta al fracaso. Sin embargo, el informe de Baltasar pinta un panorama idílico: no contempla ni un solo margen de error e incluso sus previsiones de beneficios son obscenas e irreales. Sería muy raro, tal como está el mercado, que una nueva línea de productos alcanzase en el primer año un éxito de esta índole.

Así pues, hago unas cuantas anotaciones, para después cotejarlas con el resto de los ejecutivos. La inversión que va a hacer la empresa es considerable y siempre ha de tenerse en cuenta un posible fracaso, o al menos barajar que el primer año no se obtengan réditos.

Después de los estudios de mercado, paso a los costes de fabricación, y aquí ya es imposible no alarmarse. Caprice Food International dispone de fábricas propias donde se desarrollan y envasan las diferentes líneas de productos, fábricas distribuidas en varias localizaciones, de acuerdo con un programa de rentabilidad respecto a los costes en salarios y transporte.

Por eso no me cuadra que en la propuesta de Baltasar figure subcontratar no sólo la distribución, sino también la fabricación, envasado y almacenamiento. Los costes se van a disparar y, a pesar de las previsiones tan optimistas, no voy a dar el visto bueno.

Anoto todas las cuestiones que me llaman la atención. Lo cierto es que el trabajo es la mejor herramienta para no pensar en nada más y cuando quiero darme cuenta se me ha hecho la hora de comer.

Llamo a Maurice y éste me recita las opciones de hoy en el menú. Como me trae sin cuidado y sé que él se encarga de que mi dieta sea variada, le cedo la decisión.

Mientras espero a que me suban la comida, aprovecho para llamar a Ona y ponerme al tanto de mis asuntos domésticos. La asistenta me dice que el señor Brinell se ha marchado pronto, aunque antes ha dejado una maleta en la habitación. Deduzco entonces que Mario ya venía preparado. No puedo culparle, yo habría hecho lo mismo. Me despido de Ona dispuesta a relajarme durante veinte minutos en el pequeño estudio anexo al despacho, pero una llamada en el móvil me lo impide.

Cuando leo en la pantalla «Diego» se me revuelve el estómago. Podría dejarlo sonar y listos, pero sé que el muy idiota, con tanto tiempo libre, insistirá hasta lograr que le responda y es como la visita al ginecólogo, hay que quitársela de encima cuanto antes.

Ahora bien, nadie dice que no pueda quitarme los zapatos y caminar despacio por la moqueta mientras le despacho.

—Por fin puedo hablar contigo—dice entusiasmado cuando respondo.

—Estoy en medio de una reunión y he tenido que disculparme para responder. Espero que sea importante —miento en voz baja, sin el menor remordimiento.

—Ay, Genoveva, tú siempre tan quisquillosa. Relájate, mujer, a vosotras se os perdonan estas cosillas —añade el muy cretino—. Además, en breve dejarás ese puesto, ¿qué más da lo que hagas? Límitate a sonreír para que te paguen bien y listo.

«Lo que hay que oír por tener orejas», pienso mientras me paseo por el estudio.

—¿Se puede? —Maurice, un tanto suspicaz, pide permiso asomándose con un carrito.

Le hago un gesto con la mano para que entre y disponga la mesa. Entonces se percata de que estoy al teléfono y se disculpa con un «Lo siento» susurrado.

—¿Sigues en Zúrich? —pregunto con cautela.

—Pues claro, he venido a gastos pagados —contesta el gilipollas.

Quizá debería grabar la conversación e intentar sonsacarle algo, por si las moscas. Aunque antes lo consultaré con Catherine, no vaya a tener después problemas legales.

—¿Y cuándo regresas a España?

—En cuanto estés lista para acompañarme —afirma sin titubear.

Cómo se nota que no tiene dos dedos de frente.

—Respecto a eso, ya sabes que debo informar en la empresa.

—Genoveva, cielo, que nos conocemos. Eres muy lista para algunas cosas, seguro que tienes una buena excusa para largarte y, además, no creo que la compañía se vaya a pique porque tú no estés al frente —replica en un tono de lo más condescendiente.

—Y, por supuesto, está el otro asunto... —murmuro a modo de anzuelo a ver si pica, que picará, porque no piensa más que para elegir el color de su nuevo coche.

—¿Qué asunto?

—No vivo sola —dejo caer una nueva pista.

—Si te refieres a tu chacha —pronuncia «chacha» de forma despectiva, lo que me solivianta, pero por el buen funcionamiento de todo, debo reprimirme—, dale una buena propinilla, seguro que se busca enseguida otro trabajo. En España no nos va a hacer falta.

—No me refiero a Ona —puntualizo y empiezo a divertirme con la posibilidad de que se devane los sesos.

—Vives sola, no digas bobadas —replica impaciente y yo lanzo un poco más de cebo.

—Él no opinaría lo mismo.

—¿Te has comprado un perro? Qué típico de mujeres que viven solas, para no

aburrirse, y todo por esas absurdas teorías feministas de cuatro machorras que no se depilan.

—A lo mejor algunas de esas mujeres están entre tus votantes —indico con suavidad para provocarlo.

—Seguro —masculla resoplando—. En fin, tendré que aguantarme, y ahora vamos a lo que importa. ¿Cuándo estarás lista para viajar?

Inspiro hondo y miro a Maurice, que no pierde ripio y ya ha dispuesto la mesa. Como siempre, con elegancia. Parece divertirse escuchándome. Luego le haré un resumen de la llamada de Diego, aunque creo que adivinará por dónde van los tiros.

—Ahora me es imposible, nos estamos instalando y a ambos nos viene fatal —continúo con voz suave, como si estuviera flotando en una de esas nubes a las que sólo tienen acceso los enamorados.

Mi secretario reprime unas carcajadas y me sirve una copa de agua con gas.

—¿Cómo que os estáis instalando?

—Diego, si te dejé fue porque conocí a alguien que... —suspiro cual damisela extasiada.

—¿Cómo?

—No quise decírtelo... Mario me ha... —me detengo ahí para darle más emoción y para pensar en la palabra más cursi del diccionario— arrebatado el corazón.

Maurice hace el típico gesto de quien va a vomitar.

—¿Me estás vacilando? —pregunta furioso.

—No, ha sido tan imprevisto, tan especial... —Más suspiros. Que yo recuerde, nunca había suspirado tanto en mi vida—. Y estoy locamente enamorada de él.

—¿Conozco yo a ese tal Mario?

Resoplo, hay que ser muy, pero que muy tonto. No, si al final voy a tener que hacerle un croquis para que se entere.

—Pues claro, me hiciste fotos con él —contesto animada.

—¿Qué?!

—Cuando nos reunimos tuve que fingir indignación, porque no quería que se

supiera todavía, pero gracias a ti ahora me siento libre de hacerlo público.

—Joder...

—Siempre estaré en deuda contigo —declaro para darle la puntilla.

Se lo merece, por cabrón oportunista, machista y gilipollas.

—Te lo estás inventando —farfulla sin duda contrariado, pues su plan de chantaje se va a pique.

—¿Yo? ¿Inventarme algo semejante? —replico casi ofendida.

—¡Teníamos un acuerdo!

—El amor no entiende de acuerdos.

Maurice no sabe ya qué hacer para no descojonarse, casi llora de risa. Le hago un gesto para que se contenga y no termine yo también riéndome.

—Esto no se va a quedar así, ese tipo estuvo en la cárcel, seguro que a la prensa le gustaría un buen escándalo —dice en tono de amenaza.

—Haz lo que quieras, pero creo que no te conviene.

—¿Cómo que no me conviene?

Mira que es cortito. Cómo se nota que sólo se ha metido en política para medrar, porque si tuviera que ganarse la vida en el mundo real, se moriría de hambre.

—Si los periodistas nos relacionan primero a ti y a mí y después a mí con Mario, al final a tus votantes femeninas podría no gustarles —le explico con aire maternal, para que lo entienda a la primera.

—Me las vas a pagar —masculla cabreado y yo sonrío—. Esto no va a quedar así.

—Diego, sigue con tu vida —le recomiendo cual madre comprensiva, aunque en realidad me gustaría gritarle «¡Que te parta un rayo y no te vote nadie!».

—Tengo contactos, ¿sabes? Muy importantes.

Las bravuconerías de este hombre no me sorprenden, ya contaba con ellas.

—Pues utilízalos para salir elegido, no para amenazarme.

—Tendrás noticias mías —me advierte antes de colgarme.

Estoy segura, pienso, pues es tan cabrón que sólo por jorobarme seguirá llamando o a saber qué. De momento le hemos dado la primera estocada.

—Tu ex —dice Maurice cuando me siento junto a él a la mesa.

—En efecto. Está rabioso, pero ya se le pasará. Sabe que no puede hacer nada.

—Ahora lo entiendo...

—¿Podemos disfrutar de esta excelente comida y olvidarnos de Diego y sus bobadas? —sugiero y él niega con la cabeza.

—Te has buscado un novio sólo para librarte de él —asevera—. Brinell es el que más te convenía, pero me pregunto, ¿qué le has ofrecido a cambio?

—Maurice, sé lo que hago.

—Mira, estoy de tu lado, ¿de acuerdo? Si hay que utilizar a la gente en beneficio propio, no lo criticaré, Dios me libre. No obstante, por lo poco que he visto de ese tipo, no tiene pinta de ser maleable, más bien todo lo contrario.

—¿Y por qué piensas que no me he enamorado de verdad? —arguyo, tras dar el primer bocado al salmón marinado, que por cierto está de muerte.

—Porque ya no tienes veinte años. Llevas mucho tiempo cuidando de ti misma y estoy seguro de que no aguantarías a un tipo sólo por echar un polvo de vez en cuando.

—Qué gráfico —murmuro bebiendo agua.

Me resisto a contarle los pormenores. Esperaré a ver cómo se desarrolla toda esta charada.

—Sólo realista.

—Esto está riquísimo —comento para desviar la atención y porque es cierto.

Maurice se limita a sonreír de medio lado.

No le he engañado.

Capítulo 18

Mario

Cuando cuelgo el teléfono, mi primer impulso es salir en busca de un politicucho de tres al cuarto para darle collejas hasta que se me duerma la mano y, cuando eso ocurra, meterle un palo por el culo, de propina. El problema es que no sé si un juez lo entendería. Así que me conformo con soltar una retahíla de palabrotas.

Ese imbécil ya se ha enterado de que Genoveva y yo somos una parejita feliz.

¡Cómo se ha puesto el mentecato! Lo que ha soltado por su boquita de piñón. Tentado he estado de grabarlo y luego enviar el archivo de audio de forma anónima a un medio de comunicación, para que sepan en España qué clase de tipejos se presentan a las elecciones; sin embargo, me he contenido, pues los imbéciles como Diego no se conforman con soltar su frustración. Son idiotas, desde luego, pero idiotas peligrosos y con contactos, lo que quiere decir que pueden remover la mierda.

Ahora sólo queda esperar el siguiente movimiento. De esa forma Genoveva y yo tendremos cierto margen de maniobra para afianzar, de cara a la galería, nuestra relación. Y si ya de paso avanzamos en más direcciones, pues bienvenido sea, aunque no me voy a obsesionar con ello. Pero me ha entrado el gusanillo de la curiosidad y voy a investigar por mi cuenta. Aún me queda algún contacto dentro de la prensa en España para preguntar qué se está cociendo con este tipejo. Quizá se le puedan parar los pies, ya veremos. Puede que tenga un próximo proyecto al que dedicar mi tiempo y, quién sabe, a lo mejor hasta me lo paso bien y todo.

Lo único que me ha molestado un poco es que Genoveva no me haya avisado antes, para que estuviera preparado, pues el cretino de Diego hasta ha intentado intimidarme.

Tengo que centrarme en mi trabajo. Llevo todo el día investigando, metido de lleno en los archivos que Liese me ha ido trayendo. Desde luego, hacía tiempo que no me asignaban una secretaria como ella, lista, con iniciativa, perspicaz y trabajadora. Así da gusto. Si Volker me pregunta qué tal, le mentiré sin remordimientos para que no me la quite.

En menos de cuarenta y ocho horas me ha reunido una cantidad de información increíble. Hay de todo. Liese incluso me ha pedido disculpas por incluir algunos recortes de periódico que apenas mencionan a la empresa, pero que pueden ser orientativos. Como ha trabajado duro, yo me he encargado de traer el almuerzo, y encantado de hacerlo, pues preparar café y otras cosas es mucho más sencillo que manejar la base de datos, y Liese en eso es una máquina.

Me he puesto a ordenar cronológicamente todo lo que me ha ido recopilando y con su ayuda hemos logrado redactar una biografía del fundador de la empresa muy distinta a la oficial.

Hijo de un ferroviario, pasó más hambre que el perro de un ciego, pero fue listo y logró entrar a trabajar como mozo de almacén en un economato militar. Un origen humilde no es para esconderlo; es más, muchas grandes fortunas comenzaron de ese modo. Incluso hay quien presume de ello.

—Esto no figura en la web de la compañía —comento sarcástico y Liese asiente.

—No he encontrado nada entre 1935 y 1945, parece como si hubiera desaparecido del mapa —indica ella a mi lado.

Frunzo el cejo. Vi aquella foto de Hans Meier vestido de nazi, pero podría ser que se tratara de otro, incluso de un familiar, no era nada extraño que algún miembro perteneciera al partido nazi y el resto, para no tener problemas y evitar ser denunciados, mirasen para otro lado.

—¿Y si el fundador de Caprice Food International fuera un exiliado? — reflexiono, pues eso explicaría la ausencia de datos durante una década.

—Podiera ser. Pero la foto...

Dejo a Liese recopilando más datos y me voy al despacho de Volker, es hora de tirar de contactos para averiguar la historia real. Sé que a mi amigo no le va a

hacer mucha gracia que me haya desviado del camino oficial; no obstante, como periodista es mucho más divertido.

A través de la mampara de cristal veo que me hace una señal para que entre. Está enfrascado en una conversación telefónica y, a juzgar por su tono y su cejo fruncido, ésta no discurre como le gustaría. Un contratiempo, desde luego, pues ahora su predisposición a ayudarme ya no será la idónea. A ver cómo enfoco el asunto para que no se niegue.

—Dime que todo va bien, que están encantados con tu trabajo y que nos van a dar una prima por cumplir los plazos —me espeta, colgando de malos modos el teléfono.

Yo, en vez de ir directamente al meollo de la cuestión, opto por acercarme a la cafetera de diseño que Volker tiene en su despacho y preparar un par de cafés. Mientras lo hago, repito sus palabras, letra por letra, procurando no sonar muy sarcástico.

—¿Qué quieres? —me pregunta sospechando, como no podía ser de otra forma.

—¿Cómo andas de contactos en la embajada norteamericana?

Arquea una ceja, sin duda perplejo ante mi pregunta. No le culpo, a veces ni yo mismo me comprendo.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno —contesta, a la espera de recibir más información.

—Necesito recopilar datos sobre Hans Meier —anuncio con cautela.

—Que yo sepa, nació en Alemania —replica suspicaz.

—Hasta ahí he llegado, en efecto; no obstante, no hay datos entre 1935 y 1945.

—¿Y? —Se cruza de brazos y adopta la típica pose de quien no quiere mover un dedo, a no ser que eso le reporte dinero.

—Quiero hacer un trabajo concienzudo y necesito saber qué hizo ese tipo durante esos años. Si no aparece en los registros oficiales, puede que estuviera fuera del país.

—Sigo sin entender la conexión —comenta suspicaz.

Su expresión lo dice todo, me va a mandar a paseo en cualquier momento.

—Puede que, debido a las circunstancias, se exiliara.

—¿Y para qué cojones quieres saberlo?

—Me has endosado un trabajo que detesto sólo porque la empresa en cuestión paga bien y, ahora que me propongo llevarlo a cabo concienzudamente, no te muestras nada entusiasmado.

—Tienes que hacer un maldito publlirreportaje, no una jodida biografía. No es necesario investigar, y mucho menos ponerse a molestar a gente por una estupidez. Los contactos cuestan dinero y es absurdo desperdiciarlos. Así que olvídate.

Ya contaba con una negativa, así que debo buscar la manera de convencerlo. No será fácil, Volker siempre da prioridad a lo práctico.

—¿Y si no es quien se supone que es? —le planteo la cuestión confiando en que le entre la curiosidad.

—Joder, Mario, que te olvides. En Caprice Food International sólo quieren el típico y correcto publlirreportaje para quedar bien ante sus clientes y, por supuesto, iniciar una campaña publicitaria.

—Lo sé, pero siempre gusta recordar los orígenes del fundador, su vida y obra. Ya sabes, un toque de nostalgia, siendo su nieto el actual presidente —alego y no dudo en utilizar la demagogia para ello.

—Mmmm...

—El enfoque sería tan original y diferente que los descendientes se mostrarían encantados, pues quizá nadie se ha molestado en hacerlo.

—Mmmm...

—No seas capullo, Volker, sabes que es una idea cojonuda. Tú puedes cobrar al final del trabajo y quedar de puta madre y yo no aburrirme mientras redacto una mierda de reportaje. ¡Todos salimos beneficiados!

Volker se pone en pie y comienza a merodear a mi alrededor, inquieto. Es buena señal, pues significa que mi mensaje ha hecho su trabajo. Puede que siempre dé prioridad al aspecto monetario, sin embargo, de vez en cuando deja de ser tan obtuso y colabora.

—¿Y por qué la embajada norteamericana? —inquire.

Su tono deja entrever que está a punto de claudicar.

—Por una suposición más o menos lógica —respondo y sé que no se va a contentar con ella, por lo que añado—: En aquellos años, si no se estaba metido en el ajo de los nazis, supongo que se escondería bien y nada mejor que hacerlo bajo el paraguas norteamericano.

—¿Y por qué no con los ingleses o los franceses? —indaga Volker con toda lógica.

—Joder, ¡yo qué sé! Los americanos siempre están en todo —me quejo alzando los brazos ante tanta pregunta—. Y además son los que manejan más información.

—No sé...

—Deja de hacerte el estirado —lo interrumpo— y haz esa llamada de una vez.

Señalo el teléfono, aunque Volker sigue sin mover un dedo.

—Sigue sin gustarme —masculla, pero al fin se dispone a marcar.

Me quedo quieto, aunque la procesión va por dentro. Tamborileo sobre la mesa para controlarme un poco. Mi jefe está hablando con alguien de confianza, o mejor dicho, coqueteando. Al menos ésa es la impresión que tengo, pues ha adoptado un tono de lo más zalamero. Bueno, puede que no consiga ninguna información, pero terminará teniendo una cita.

—¿Y bien? —inquiero, disimulando bastante mal mi impaciencia.

—No puedo prometerte nada, pues, como comprenderás, a mi contacto no le entusiasma rebuscar en archivos antiguos, si bien esta noche cenarás con ella y...

—No puedo —grüño, al darme cuenta de que ya no soy un tipo libre.

—Oye, ahora no te pongas exquisito, que te veo venir. No sé qué te traes entre manos, sé que no has dormido en casa.

—Hablas igual que mi madre —murmuro, esbozando media sonrisa.

—Deja de tocarme la moral, ¿de acuerdo? —dice cabreado.

Se acomoda tras su escritorio y adopta una postura de jefe que no me gusta ni un pelo.

—Tengo pareja —declaro en voz baja, porque no merece la pena andarse con rodeos.

—¿Ah, sí? —pregunta con sorna—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer —contesto y procuro sonar convincente, porque no me lo creo ni yo.

—Deja de tomarme el pelo. ¿Tú, emparejado? ¡No me jodas! —exclama y me señala con un dedo—. Habla de una maldita vez, ¿qué estás tramando?

—Genoveva Balaguer, consejera delegada de Caprice Food International — anuncio de forma un tanto teatral, incluyendo su cargo, pues mencionarlo le da más empaque a la noticia.

—¿Perdón? ¿He oído bien? ¿Has dicho lo que creo que has dicho?

Asiento.

—En efecto, estamos saliendo —musito y me preparo para su sermón.

Volker se pone en pie y me fulmina con la mirada. A continuación, comienza a pasearse por su despacho con el cejo fruncido, con una pose muy estudiada de ejecutivo cabreado, mano en la cadera incluida.

Parece ser que, tras unos tres minutos desgastando la moqueta, durante los cuales yo me he mantenido callado, por prudencia y porque poco más se puede añadir, Volker decide hablar.

—Cuando insisto para que te relaciones, hagas contactos y demás, no me refería eso —expone sarcástico, tratándome como si fuera gilipollas—. No tenías que ser tan literal, Mario. Una copa, una velada interesante y luego un buen recuerdo.

—Me he ido a vivir a su casa —voy y suelto. Podía callarme semejante detalle y que él lo averiguara por su cuenta; sin embargo, ya que me he decidido a hablar, mejor no dejar cabos sueltos que lo encabronen después.

—Muy bien, ¿y cuándo te has dado cuenta de que la señorita Balaguer es la mujer de tu vida?

Sonrío de medio lado, cuando quiere, mi jefe es más puñetero que yo. No lo culpo, yo habría reaccionado de forma muy similar. Joder, si hasta yo sigo estupefacto.

—Ayer tuve una de esas revelaciones tan extrañas como ciertas —respondo con ironía—. Volker, no seas agonías. Nos conocimos en Madrid y al volvernos a ver... —Me encojo de hombros.

—Saltó la chispa del amor y bla, bla, bla —se burla—. En fin, podría ser

peor.

—Así que esta noche tú tienes una cita —le digo señalándolo y, para qué mentir, regodeándome un poco. De acuerdo, bastante.

—Muy gracioso —refunfuña—. Está bien, iré a esa cena y seré amable para que después ella colabore conmigo, pero te lo advierto, no insistiré.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿sabe ya tu ex que, tras jurar y perjurar que nunca volverías a mantener una relación seria por su culpa, has roto tu promesa?

—A Vanesa que la jodan, eso para empezar —afirmo con vehemencia—. Y no le debo explicaciones de ningún tipo.

Y, al pensarlo, me doy cuenta de que, aparte de ayudar a Genoveva, también puedo dar un poco por el saco a mi ex. Cojonudo, a ver si se decide de una puta vez a rebajar sus pretensiones respecto a la venta del ático, si ve que yo rehago mi vida.

—¿Y cuándo me la vas a presentar? A la mujer de tu vida, me refiero —puntualiza Volker sin perder la mala leche.

—Tranquilo, hablaré con ella y organizaremos algo.

—Joder, ¿ya te lleva con correa? —pregunta burlón.

Si él supiera. Mmmm, con correa, pues a lo mejor es una idea excelente. Cambio de postura en la silla, con el comentario he sentido cierto grado de excitación. ¿Le gustará a Genoveva ese tipo de accesorios?

No me da tiempo a recrearme más, pues llaman a la puerta.

—Bueno días, señor Maihart —saluda Liese acercándose a mí—. He encontrado esto —deja una carpeta sobre la mesa—, es lo que estábamos buscando.

—Muy bien, gracias, Liese —contesto con amabilidad y me pongo en pie, dispuesto a volver a mi despacho y meterme en faena.

Estoy seguro de que ha encontrado información jugosísima.

—Déjenos solos —ordena Volker y ella se marcha—. ¿Qué te traes con Liese?

—¿Cómo dices? —replico sin comprender—. Es mi ayudante, y muy competente, por cierto. Deberías tenerla en cuenta, es buena investigando.

—Lo sé, y ése es el motivo por el que te lo advierto: no quiero líos.

—Pero ¿qué líos voy a tener yo con Liese? —repongo molesto—. Ah, joder, ¿estás interesado en ella?

—No —niega con rotundidad.

—Entonces ¿a qué viene esto?

—Ya sé que ahora tienes novia —dice con recochineo—; sin embargo, Liese es guapa.

—Lo es —afirmo y no parece hacerle mucha gracia.

—Y tú no sueles hacer excepciones.

Niego con la cabeza.

—Nos seas tan retorcido. Joder, Volker, que la que quiere tema contigo es su amiga, así que ahórrate el discurso. —Parece aliviado al escucharme—. Y si puede saberse, ¿por qué te preocupa tanto?

—Porque es mi prima, así que mucho cuidado.

Me río, qué cabrón.

Capítulo 19

Genoveva

Cuando por fin llego a casa son más de las siete de la tarde y, teniendo en cuenta que llevo doce horas levantada, lo único en lo que puedo pensar es en cenar rápido e irme a la cama.

Ha sido un día para olvidar. La reunión con Rudolf, aparte de tensa, me ha dejado intranquila. No se esperaba que le hiciera semejante anuncio y, pese a darme las gracias por informarle sobre los cambios de mi vida privada (algo que ningún otro consejero haría), he percibido cierta desaprobación, como si no tuviera derecho a tener un novio.

Desconozco si habrá consecuencias, pues estoy segura de que Baltasar intentará sacar tajada, aunque a ese soplagaítas puedo manejarlo. Tras la reunión en el despacho principal, he seguido investigando sobre los más que posibles tejemanejes de Baltasar para montar un negocio paralelo, obteniendo comisiones multimillonarias al subcontratar, pues tiene toda la pinta de ser así.

Unas sospechas que, por supuesto, de momento me he guardado, por prudencia y para no dar pie a que se las ingenie para cambiar de estrategia ante Rudolf, aunque tengo muy claro que, si logro demostrarlo todo, hablaré ante el consejo de administración.

Para colmo, cuando abandonaba el despacho principal he oído murmurar al señor Meier «y yo que pensaba que era lesbiana» en un tono de lo más despectivo, como si: uno, serlo fuera un delito, y dos, me hubieran dado el puesto al pensar que carecía de cargas familiares. Una doble discriminación, se mire como se mire.

Pero ahora es el momento de la soledad, de relajarme y de descansar, ésa es desde luego mi intención para cualquier noche de entre semana; sin embargo, al

entrar en casa oigo risas procedentes de la cocina. Frunzo el cejo y, tras dejar mi maletín en el cuarto que utilizo como despacho, me acerco y me quedo atónita al ver a Ona cocinando tan alegre, con Mario a su lado como pinche.

Me quedo en la puerta observándolos y compruebo las buenas migas que han hecho, según se desprende de su complicidad. No son celos, claro que no, Ona tiene casi sesenta años y es viuda; además, por cómo se comportan está claro que simplemente bromean. Lo que me llama la atención es que así, de súbito, se traten como si fueran viejos conocidos.

Llevo muchos años viviendo sola, sólo acompañada del servicio, de ahí que me resulte tan chocante oír risas en mi cocina.

—¿Cuándo has llegado? —me interroga Mario al sorprenderme allí mirándolos.

—Hace un rato —contesto en tono seco y me doy media vuelta, dispuesta a encerrarme en el dormitorio.

—Enseguida estará la cena —anuncia Ona.

Mario me sigue hasta la habitación y entra sin ser invitado. Se nota que ya se ha instalado, pues veo cosas suyas, como por ejemplo la chaqueta del traje sobre el galán de noche.

—¿Un mal día? —pregunta con sutileza, aunque yo no estoy para ello y ni le respondo.

Me meto en el vestidor, dispuesta a colgar mi ropa e intentar fingir que él no está.

Mario cruza los brazos sin dejar de observarme. No me siento incómoda si me ve desnuda, aunque sí molesta. Quiero, *necesito*, estar sola y él ahora mismo sólo es un obstáculo.

—Tumbate en la cama —me pide cuando me quedo en bragas y sujetador.

—No —me niego y pienso que la convivencia va a ser un infierno si ya estamos así.

Mario se acerca y me agarra del brazo. De repente se muestra expeditivo y más aún cuando tira de mí y acaba conduciéndome hasta la cama.

—Necesitas relajarte.

—Fuera —exijo, señalando la puerta.

Se ríe y, antes de que pueda defenderme, me tumba boca abajo y se sube a horcajadas sobre mi trasero. Intento apartarlo, pero me tiene bien sujeta.

—Cierra los ojos —murmura seductor, lo que, lejos de excitarme, me enerva.

—No quiero mimos ni tonterías —protesto.

Con una mano presiona sobre mi nuca para que no me mueva y con la otra, demostrando una habilidad que tener en cuenta, me desabrocha el sujetador. Reconozco que es un alivio, pero no doy muestras de ello.

Comienza entonces a acariciarme, no de buenas maneras, pues teme, y con razón, que me escape, hasta que dejo de luchar. No es fácil ceder cuando una lleva tantos años cuidándose sola.

—Cierra los ojos —me repite y en esta ocasión obedezco.

Mario nota la tensión de mis músculos debido a tantas horas de pie y presiona con más o menos acierto sobre aquellos puntos que considera importantes. Yo dejo que lo haga y pongo los brazos en cruz, de esa forma queda implícito que no voy a intentar escapar.

—Enseguida vuelvo —susurra y lo miro por encima del hombro abandonar la cama en dirección al cuarto de baño, de donde regresa con un frasco en la mano.

—Eso no es mío —digo, pues yo rara vez utilizo aceite corporal.

Mario se encoge de hombros, como si todos los hombres llevaran un frasco de esos en su neceser. Se remanga la camisa y, a pesar de llevar pantalones de vestir, que le quedarán hechos un asco si se arrugan o se manchan de aceite, vuelve a subirse a horcajadas sobre mí y vierte una buena cantidad de producto sobre mi espalda.

Contengo el primer gemido, no así el segundo, cuando desliza arriba y abajo sus manos sobre mi piel. He recibido mejores masajes, de profesionales; no obstante, lo estoy disfrutando y, pese a mis reticencias iniciales, asumo que sí, en efecto, necesitaba algo como esto.

Puede que sea la falta de costumbre, pero siento un pelín de incomodidad, hay algo que no termina de convencerme. Y si continúo dándole vueltas estropearé el efecto beneficioso.

—Respira despacio... —musita para ponérmelo más fácil—. Ya sé que es una chorrada, pero deja la mente en blanco. Ahora no hay trabajo, no hay imbéciles

por el mundo ni tareas pendientes.

—Ni se te ocurra decir que busque mi yo interior —replico en voz baja y oigo su risa.

—Si piensas en algo que te haga sentir bien, es suficiente.

—Lo intentaré.

Sigue moviendo sus manos por mi espalda, noto cómo se aparta para deslizarlas hacia abajo. Sin preguntar, me quita las bragas, aunque no percibo ningún componente sexual en ello. Masajea mis nalgas. Dista mucho de ser un profesional, pero aun así cada vez me siento mejor y si bien no olvido todo lo que me preocupa, al menos Mario logra que la tensión se reduzca.

Ahora es el turno de mis piernas, que me separa ligeramente para acariciármelas también por el interior. No sé si intencionadamente o no, realiza el masaje de forma neutra, ni por casualidad ha rozado las zonas que podrían considerarse sexuales.

Doblo los brazos y apoyo en ellos la cabeza ladeada. Como si me encontrara en una tumbona en la playa, disfrutando del sol y de la tranquilidad. Mantengo los ojos cerrados y por extraño que parezca consigo sentirme bien.

* * *

Cuando vuelvo a ser consciente de mi persona y abro los ojos, estoy a oscuras, desnuda, pero cubierta con el edredón. Estiro un brazo para coger el móvil y mirar la hora; sin embargo, encima de la mesilla no hay nada. Me pone muy nerviosa no saber en qué hora vivo, así que enciendo la lamparita y entonces recuerdo cómo, al llegar a casa, en vez de seguir mi rutina acabé desnuda en la cama, recibiendo un masaje que debió de causarme el mismo efecto que un somnífero.

Mario duerme a mi lado, intuyo que también desnudo, a pierna suelta. Aparto las sábanas y me voy directa en busca de ropa.

—¿Dónde está el fuego? —pregunta somnoliento.

Se apoya en un codo y se incorpora a medias para mirarme. Le doy la espalda, no me encuentro muy comunicativa.

—Duérmete —le suelto sin la menor consideración y me cubro con una bata. Busco en mi bolso y encuentro el móvil.

—Tiene que ser grave, cuando te despiertas a las tres de la madrugada.

—¿Las tres? —repito y hago una rápida cuenta. Si he llegado a casa poco después de las nueve, he dormido casi seis horas. ¡Cielo santo! Nunca me había ocurrido algo así.

—Sí —me confirma señalando su reloj de pulsera, pero aun así no me fio y hasta que lo compruebo en el móvil no me quedo tranquila.

—Mierda...—murmuro frotándome las sienes.

—Oye, que no pasa nada —intenta reconfortarme, aunque de poco me sirve.

—Déjame en paz —le espeto—. Puedes volver a dormirte, no era mi intención despertarte.

—En cierto modo no es culpa tuya, cualquier pequeño ruido me desvela.

—Vaya, a mí me ocurre lo mismo.

—Pues qué bien —exclama ya despierto del todo, sentándose en la cama—. Puedes sacar una baraja de cartas y echamos una partidita.

Tuerzo el gesto, lo que me faltaba por oír a las tres de la madrugada.

—No insistas, no soy aficionada.

—Mujer, ya estamos en pelotas —dice, apartando la sábana por si albergaba alguna duda—. No tenemos nada que perder y...

—He dicho que no —lo interrumpo un tanto grosera.

—Pues tú dirás qué hacemos —me provoca. Incluso sonrío y da unas palmaditas en el colchón.

—Intentar dormir —respondo y, antes de meterme en la cama, voy al vestidor, donde me pongo una camiseta y un pantalón ligero, lo que siempre utilizo para dormir.

Una vez en mi lado de la cama, me cubro con el edredón y apago la luz. En el acto noto a Mario acercándose por mi espalda. Me rodea la cintura con un brazo, un gesto íntimo y cariñoso fuera de lugar.

—Esto así no va a funcionar —musita tras notar que intento separarme.

—No me digas —susurro, apartando su mano.

—Mira, esto es una mierda, lo sé; no obstante, ya que no nos queda otra, al

menos podríamos pasarlo bien.

—Conozco las reglas —le recuerdo de mal humor.

—No me refiero sólo a eso. Si no te apetece follar, tranquila, no pasa nada —me suelta con aire desapasionado—, lo que ocurre es que me jode bastante que siempre mantengas las distancias, en cuanto me acerco, huyes.

—¿Pretendes que seamos amigos del alma? —le planteo y sé que rezumo sarcasmo.

—No, claro que no. Es más simple. Si pretendes que en público nuestra relación sea creíble, lo más lógico es que te sientas cómoda cuando te toco sin avisar —argumenta y se aparta.

Lo oigo resoplar. De acuerdo, no se lo estoy poniendo fácil.

—No es sencillo, llevo mucho tiempo sola —me excuso y creo que he sonado un tanto amargada.

Mario se está esforzando y lo cierto es que no tiene por qué. Lo del masaje ha sido un detalle. Un gesto amable y quizá he llegado tan cabreada que no he sabido comportarme con educación.

Me doy la vuelta despacio, hasta quedar boca arriba. Lo miro de reajo, aunque en la oscuridad reinante poco o nada puedo ver. Inspiro hondo.

—Te comprendo —comenta en voz baja, tras un buen rato en el que ambos hemos permanecido en silencio—. Pero habrá que hacer un esfuerzo.

—Eso me temo —replico y procuro no sonar muy cínica—. ¿De qué te apetece que hablemos?

—Jamás le digas algo semejante a un periodista —bromea.

—Pues si quieres te cuento mi emocionante día de trabajo —le sugiero y me doy cuenta de que rara vez hablo de mis problemas con nadie.

—Adelante. Quizá, si es lo bastante aburrido, logre conciliar el sueño.

—Lo intentaré. Y antes de nada, gracias por el masaje —añado, pues no cuesta esfuerzo y de esa forma no se sentirá ofendido.

—De nada, ¿necesitas algo más? —inquire y me acaricia el brazo con delicadeza.

—No, de momento no —musito en respuesta, aunque pregunto—: ¿Estás excitado?

—Podría estarlo —contesta con indiferencia y me echo a reír.

Se coloca de medio lado y continúa acariciándome el brazo, despacio. Por increíble que parezca, me gusta. No tiene por qué significar nada. Sólo un roce.

—¿De verdad quieres que te hable de mi trabajo?

—Te escucho —afirma y mueve su mano hasta dejarla sobre mi abdomen, donde comienza a trazar círculos.

Sin saber muy bien cómo empezar, me lanzo a relatarle mi día en el despacho. Procuro contarle los hechos, nada más, sin entrar a valorarlos, que Mario (si quiere) saque sus propias conclusiones. Él continúa tocándome, no parece prestar mucha atención a mis palabras. Tampoco me importa, necesito desahogarme y siempre es mejor que hablar sola.

—Creo que te excita —comenta cuando le hablo de Baltasar—. Y a él le pasa lo mismo.

—No digas sandeces —le espeto.

—Pues dime que me meta entre tus piernas mientras hablas —me suelta y, pese a que es una pésima idea, lo empiezo a reconsiderar—. Venga —me anima—, tú sigues a lo tuyo y yo me entretengo.

—¿Me tomas el pelo?

Mario acerca los labios a mi oreja y susurra:

—Los dos salimos beneficiados, aunque, si lo piensas detenidamente, tú sales mucho más beneficiada.

—Mmmm.

—No tienes nada que perder —continúa zalamero.

—Está bien —acepto y separo las piernas.

Mario me muerde el lóbulo.

—Tienes que pedírmelo... —Hace una pausa para inspirar hondo—. O exigírmelo. Como prefieras.

Siento un pequeño escalofrío. Mario sabe jugar sus cartas. Sin hacer nada especial ha logrado que mi estado de ánimo más bien apático pase a ser muy diferente.

—Hazlo —ordeno y él niega con la cabeza.

Continúa jugando sobre mi estómago, o un poco más abajo, pero no lo

suficiente.

Comienzo a impacientarme.

—Quiero oírte decir, palabra por palabra.

—¿Quién manda aquí?

—Tú, por supuesto —admite y de nuevo utiliza un tono ronco que me excita.

—Pues no lo parece —murmuro y pienso que por suerte no hay luz, pues debo de estar de lo más ridícula, en mitad de la noche, tumbada con las piernas abiertas y discutiendo con mi novio de pega. Surrealista.

—Te mueres por darme instrucciones, por decir en voz alta lo que deseas y yo por obedecer —musita.

Está siendo arrogante y le funciona.

Vuelvo la cabeza y me acerco hasta poder morderle el labio. Mario gime, aunque se contiene y, para que le quede claro que no debe jugar conmigo, lo beso y le tiro del pelo.

Supuestamente estoy en desventaja, pues Mario me tiene bajo su peso; sin embargo, no es la sensación que tengo. Toma la iniciativa, ahora es él quien me besa, pero después de hacerlo en los labios, los abandona para buscar y encontrar cada punto sensible en mi cuello y desde ahí seguir un camino descendente. Cuando llega a mis pezones, ya duros, los chupa por encima de la camiseta, aunque no con la pericia que esperaba, lo que me induce a pensar que me está provocando.

—No oigo las palabras —me reta cuando le tiro del pelo.

—¿Mis piernas abiertas no te dan una pista?

Mario aparta las sábanas de golpe y coloca una mano entre mis muslos, moviéndola en clara señal de provocación.

—Dímelas—insiste.

Qué perra ha cogido, pero me da la impresión de que o bien accedo o bien nos pasamos la noche discutiendo.

Inspiro hondo.

—Haz el favor de meter la cabeza entre mis piernas y... —hago una pausa calculada, no porque me dé vergüenza, sino para crear expectación— y utiliza la lengua para recorrer mi sexo hasta que yo te diga que pares.

—Por supuesto —accede en tono servil.

Mario se arrodilla entre mis piernas, se deshace de mis pantalones cortos y comienza a besarme la cara interna hasta llegar a mi sexo. Lo oigo gemir antes de que con la lengua localice a la primera mi clítoris.

Cierro los ojos, estiro los brazos por encima de la cabeza y, a medida que va lamiéndome, mis preocupaciones se van quedando a un lado.

—¿Puedo utilizar los dedos? —inquire en un susurro de lo más morboso.

Me pide permiso, algo más bien simbólico, pues dadas las circunstancias creo que resulta innecesario; no obstante, me complace.

—Sí —respondo con un suspiro.

—¿Cuántos?

—Los que consideres.

Al instante noto que me penetra de forma brusca. Jadeo y me retuerzo. Aprieto los puños y arqueo la pelvis, porque no deja de volverme loca con esos labios, que succionan sin descanso.

Desde luego, sabe lo que se hace. Todo mi cuerpo es testigo. Mario no me da ni un respiro, combina a la perfección boca y manos hasta lograr que mis gemidos sean todo lo elocuentes y escandalosos posible. Y vaya si lo son.

—Joder, da gusto oírte —murmura apartándose lo imprescindible para decirlo, antes de retomar sus atenciones—. Estás a punto de correrte y en mi boca... Va a ser increíble.

Con semejantes palabras soy incapaz de aguantar ni un minuto más y todo mi cuerpo se queda rígido, antes de emitir un último gemido.

Mario, en vez de apartarse, continúa dándome pequeños besos y susurrando alguna que otra palabra que no consigo entender. Me trae sin cuidado, ni siquiera me preocupo de él. Es tal la sensación de bienestar que sólo pienso en acurrucarme y dormir plácidamente.

¿Egoísta? Desde luego, pero no me importa. Él se ha ofrecido a complacerme, tarea de la que no tengo queja.

Luego, aún arrodillado entre mis piernas, comienza a masturbarse. Podría impedirselo, sin embargo, me limito a escuchar su respiración entrecortada y los

sonidos propios de la fricción. Podría colaborar, pero no, dejo que él se alivie solo: estoy muy bien así.

Gruñe y mueve la mano con fuerza, tanto que la cama traquetea. Yo continúo tumbada, con las piernas abiertas, hasta que él se corre. Supongo que me habrá salpicado, pero me trae sin cuidado.

—¿Mejor? —inquire, situándose a mi lado.

¿Su tono ha sido burlón o me lo ha parecido a mí?

Capítulo 20

Mario

Es muy diferente llegar al trabajo tras una noche corriente, que hacerlo tras haber follado como un semental en celo. Joder. Ya ni recordaba lo que era echar tres polvos. Y no me refiero sólo a la cantidad, sino a la calidad. Algunos exagerados dirían tres y sin sacarla; sin embargo, yo sí la saqué, pues tras cada asalto caí una especie de agradable modorra. Como una siesta en la que recargas las pilas. En el primer polvo tuve que esforzarme por convencerla, y para ello no dudé en arrodillarme entre sus piernas.

Cuando llegó a casa, era evidente que había tenido un día de perros y supongo que encontrarme zascandileando en la cocina con Ona no le debió de gustar. No la conozco como para opinar; no obstante, me dio la sensación de que lo consideraba una especie de traición por parte de su asistenta. Al fin y al cabo, yo no soy más que un invitado con todas las papeletas para marcharse en breve, pues si bien no hemos hablado de cuánto tiempo vamos a mantener la charada, no creo que lleguemos a los seis meses.

Al ver su cara, intuí que deseaba estar sola, esconderse, y lo cierto era que me traía sin cuidado, no era de mi incumbencia. Mientras estuve casado con Vanesa, siempre evitaba preocuparme más de lo prudente, así que con Genoveva no tenía ni por qué preguntar; con todo, sentí una extraña y peligrosa necesidad de averiguar el porqué de aquella expresión.

Seguirla hasta el dormitorio fue otra imprudencia, pero empezó a divertirme el hecho de observarla, ver su comportamiento en las distancias cortas. Habíamos follado y, en cambio, apenas sabía nada de ella.

Lo de darle un masaje no fue premeditado, surgió de repente. También podía haberle ofrecido una copa de vino. Liar un porro y compartirlo. Yo qué sé, o

darme media vuelta, el caso es que logré tumbarla, pese a sus reticencias. Yo no tengo ni puta idea de dar masajes, así que me dejé llevar y utilicé una loción de esas que las marcas envían como regalo y que tenía por casualidad.

Y lo que había empezado de forma casual se fue complicando, pues ella gimió agradecida ante las maniobras de mis inexpertas manos, aunque el masaje estaba siendo una mierda. Quizá sean suposiciones absurdas, pero tengo la sensación de que está acostumbrada a no contar con nadie, de ahí sus reservas iniciales.

Agradecí que se quedara dormida y dejar así de seguir comportándome como un gilipollas. La cubrí con las sábanas y me acosté con ella, dispuesto a dormir. Con lo que no contaba era con que se despertara en mitad de la noche.

No sé si fue la conversación tan extraña que mantuvimos o de nuevo un impulso estúpido, pero me lo tomé como un reto y me propuse comprobar cuánto era capaz Genoveva de resistirse o yo de insistir.

Mereció la pena.

Perderme entre sus piernas fue un regalo, todo un placer y me esforcé por satisfacerla.

Lo logré, sus jadeos fueron premio suficiente y después me vi recompensado, no inmediatamente, pues primero casi me volvió loco con su aparente apatía. Me masturbé delante de sus narices y, tras unos minutos de relax, me ordenó que me colocara encima. Puede que follar en la postura del misionero sea clásico y poco morboso, pero me encantó, sobre todo por las ganas que tenía de correrme, otra vez. A veces cosas como ésta, poco sofisticadas, son de lo más efectivas. Y si además no tienes que perder ese horrible minuto en ponerte un condón, mucho mejor. Directo al grano.

Y después me quedé dormido como un tronco, al menos durante las dos horas siguientes, pues me despertaron unos agradables labios sobre el pecho y una mano sobre mi polla. A ver, a estas alturas, que a uno lo toqueteen tiene la gracia justa; sin embargo, la combinación de los varios elementos hizo que me empalmara como si fuera un universitario tras quince días estudiando.

En el segundo asalto fue ella la que se subió encima, me clavó las uñas en el torso y me montó como si estuviera desesperada. Y yo, creyendo que no me

correría enseguida, empujé desde abajo como un campeón y todo se precipitó.

Así que otra vez a dormir, pensando, como todo aquel que ha follado dos veces en una noche, que dormiría a pierna suelta y no necesitaría echar otro polvo al menos hasta al cabo de siete días. (En el caso de algunos incluso más tiempo.)

Pues no, cuando ha sonado su despertador (yo jamás utilizaría un artefacto semejante), me he dado media vuelta y, en vez de dejarla marchar a trabajar, me he pegado a su espalda como si fuera una garrapata y he comenzado a besuquearla en el hombro, una cosa ha llevado a la otra y hemos acabado follando al estilo cucharita.

Genoveva, al acabar, se ha enfadado y me lo ha recriminado mientras se vestía a toda prisa. Y, la verdad, todo lo que me ha dicho me ha entrado por un oído y me ha salido por otro. ¿A mí qué coño me importa si tiene que dar ejemplo en la empresa? Me he limitado a ponerme cómodo en la cama y observarla ir de aquí para allá, apurada, hasta que se ha convertido en una rancia y aburrida ejecutiva.

Y después, en vez de ducharme y afeitarme para ir yo también a trabajar, me he quedado un buen rato tumbado y poco me ha faltado para rascarme los huevos. No sé, he debido de estar así al menos tres cuartos de hora.

Al salir del dormitorio, ya vestido como un periodista pedante, con traje, Ona me tenía listo un desayuno digno de un jefe de Estado.

Cuando le he dado las gracias y un beso en la mejilla, hasta se ha sonrojado. Es un encanto de señora y me voy a ocupar de que le envíen un buen ramo de flores. Un insignificante detalle para mí.

Por lo poco que hablé con ella la noche anterior, está claro que cuida a Genoveva como si fuera una madre y se traslada adondequiera que ella vaya sin dudarle. Desde luego, hoy en día es difícil encontrar tanta lealtad.

Llego a las oficinas de Ausdrücken a media mañana, con ganas de seguir indagando en la vida y milagros de Hans Meier. Me siento a tope de energía y espero que Genoveva, tal como le dije durante el último polvo, se enfrente con una sonrisa de satisfacción sexual a ese tal Baltasar, con el que apenas hablé (por obligación más que nada) y al que desde luego debe vigilar de cerca, pues tiene

toda la pinta de ser un cabrón vengativo que se enfurruña cuando no consigue lo que quiere. Puede que yo estuviera más preocupado por seducirla que por escuchar sus cuitas laborales con ese cretino, pero si algo me quedó claro es que va a por ella. Y en varias acepciones del término.

—Buenos días, Mario —me saluda Liese sonriente al verme—. Tengo varios recortes de prensa muy interesantes.

—Estupendo, gracias —contesto, mientras dejo mi abrigo y mi chaqueta en el perchero.

—Pero ¡si es mi periodista estrella! —se burla Volker asomándose.

—Eres peor que una amante celosa —replico de buen humor.

—Ven a mi despacho. Ya —ordena y miro a Liese, que se encoge de hombros.

—Enseguida, jefe —respondo con retintín y Volker me fulmina con la mirada.

Lo sigo porque no me queda otra, pese a morirme de ganas por leer lo que Liese me ha encontrado, que a buen seguro es infinitamente más interesante que las charlas de Volker, pero como es el que manda y, además, es mi colega, no le doy por el saco y accedo.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? —le pregunto, al tiempo que me acomodo frente a su mesa, a la espera de que me suelte alguno de sus sermones de empresario.

—Bien, nada del otro mundo —afirma indiferente y me mira de un modo que no me gusta ni un pelo.

—¿Qué pasa?

—Olvídate de Hans Meier y céntrate en el nieto.

—Con ese tono has despertado mi lado periodista más radical. Repito, ¿qué ocurre?

—Nada bueno, deja de hurgar —me advierte de nuevo.

—Traducido: no es lo que todo el mundo piensa, ¿me equivoco? —Volker asiente—. Joder, no me dejes con las ganas, habla.

Tamborilea sobre la mesa. Se mantiene en silencio. En el fondo se muere por contármelo, pues a pesar de dar siempre prioridad a los negocios, a la hora de

airear trapos sucios, por muy viejos que éstos sean, termina claudicando.

—Mario... que nos metemos en un lío.

—¿Y para qué montaste Ausdrücken?

—¡Para forrarme! —responde convencido de ello y sé que no miente.

—Y para que la verdad salga a la luz —añado sarcástico.

Volker tuerce el gesto ante mis palabras.

—Déjate de sandeces —resopla.

Lo bueno de trabajar con él son estos momentos en los que hablamos sin cortapisas. Puede que no lleguemos a ponernos de acuerdo, sin embargo, resulta entretenido.

—¿Qué hizo el abuelito Meier? —pregunto y le birlo un lápiz de su bote, para fingir que soy un periodista que toma notas.

—Tienes que prometerme que no saldrá de aquí.

—No puedes pedirme eso —me quejo.

—Joder, vale. No quiero que afecte al acuerdo con Caprice Food International.

—Eso sí puedo prometerlo. Terminaré el trabajo y si después me apetece, escribiré sobre Hans Meier.

—No me convence, pero bueno. —Saca del cajón de su mesa una carpeta que me muestra y a la que aún no me da acceso, porque coloca una mano encima—. Esto es confidencial.

—Joder, que sí, deja el puto misterio y dámelo.

Abro la carpeta y me encuentro unas fotocopias de documentos antiguos, fechados en 1946. Llevan el sello del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Eso me lleva a pensar que mis suposiciones eran ciertas.

—¿Los has leído? —le pregunto a Volker y él asiente.

—El tipo fue un as, no lo dudes. Se las ingenió para ascender durante el período nazi y después se pasó al otro bando sin ningún remordimiento.

—¿Cómo?

—Según consta, Hans Meier comenzó a trabajar en un almacén militar como chico de los recados, pero el tipo era listo y se fue ganando el favor de los peces

gordos. Eso le permitió ascender de tal forma que pasó de ser un simple mozo a un tipo que organizaba los suministros y se codeaba con altos cargos militares.

—Un tipo ambicioso.

—Pues sí. Al estar cerca de quienes daban órdenes, tuvo acceso a multitud de información que, como buen trepa, fue anotando por si acaso.

—Aquí dice que se afilió al partido nazi en 1939 —señalo y entonces recuerdo la fotografía que vi de Hans Meier vestido con el uniforme de las SS.

—No le quedaba más remedio si deseaba no levantar sospechas.

—Y mientras, pasaba información a los aliados —reflexiono y Volker niega con la cabeza.

—Qué va. El muy cabrón sólo actuaba en beneficio propio. Hizo una gran fortuna, pues no se encargaba únicamente de gestionar los almacenes.

—Lo que viene siendo el trapicheo de toda la vida —apunto, porque no me sorprende.

—Ya sabes, siempre se «caen» muchas cosas de aquí y de allá —me confirma Volker—. Y cuando las circunstancias se torcieron para los alemanes, nuestro querido Hans, en vez de apoyar a los suyos, se las ingenió para salvar su culo.

—Hasta donde yo sé, los primeros en llegar a Berlín fueron los soviéticos.

—Sí, pero nuestro «héroe», listo como pocos, intuyó el peligro de quedar bajo el mando del Ejército Rojo y se las ingenió para buscar el amparo de los británicos.

—Tonto no era —comento, echando un vistazo a todos los papeles.

He de reconocerlo, los contactos de Volker son una mina.

—Pues no. Seguramente, al disponer de recursos y sobre todo suministros en época de escasez, pudo sobornar a quien quiso.

—Tiene sentido...

—Y le salió bien la jugada, porque a pocos les interesaba denunciar a alguien que podía proporcionarles un mendrugo de pan, además de que nadie quería correr el riesgo de que la acusación se volviera en su contra.

—Nunca he sabido qué es peor, si un nazi fanático o uno traidor —murmuro, leyendo los informes según los cuales el gobierno de Estados Unidos le concedió un pasaporte e inmunidad.

—Uno traidor, no lo dudes, pues cuando se vio acorralado delató a todos los que lo habían hecho multimillonario, ganándose el favor de los aliados y manteniendo su fortuna intacta.

—El abuelito Meier era muy espabilado.

—¡Ya lo creo! Además, le permitieron establecerse en Suiza y borrar su pasado.

—Donde fundó una empresa de alimentación alejada de toda sospecha, comenzando una trayectoria impoluta que desembocó en Caprice Food International, aunque con un capital de dudosa procedencia.

—El nombre se debe al padre del actual presidente, que en los años ochenta, cuando se hizo cargo de la compañía, la refundó y la convirtió en la multinacional que es hoy en día —explica Volker—. Ya poco importaba de dónde procedía el capital.

—¿Estos documentos están desclasificados? —pregunto, pues hay que tener cuidado a la hora de citar fuentes.

—Sí, pero te lo advierto, no puedes usarlos —me recuerda.

—En cambio, sí puedo escribir un artículo con todo esto.

—Que no verá la luz —añade burlón.

«Ya veremos», pienso y recojo todos los papeles. Nunca se sabe para qué pueden ser útiles.

—Lo he prometido —le digo y como me conoce, sabe que miento.

—Haz el favor de ponerte las pilas, hay que presentarles algo a los de Caprice Food International y lo único que has hecho es hurgar en el pasado del fundador y tirarte a un miembro del consejo de administración.

—Soy así de original —le espeto riéndome.

—Por cierto, ¿cuándo me la vas a presentar?

—Cuando las ranas críen pelo —replico medio en broma, pues no estoy muy seguro de que sea buena idea.

—Nunca pensé que fueras tan posesivo —se guasea.

—Vete a la mierda —le espeto y ambos estallamos en carcajadas.

Abandono el despacho de Volker y me voy en busca de Liese, convencido de que puedo escribir un buen artículo. Me doy cuenta de que hace mucho tiempo

que no lo hago. En estos últimos años sólo he redactado crónicas insulsas, sin relevancia, que cualquier novato podría escribir mejor que yo.

No veo a Liese por ninguna parte, así que aprovecho para encender el móvil. Tengo dos llamadas de Héctor, pero no me apetece discutir con mi abogado, así que las ignoro. Entonces recuerdo que he de encargarme un ramo de flores para Ona y me ocupo de ello. Ausdrücken trabaja habitualmente con una floristería y tardo apenas dos minutos en dejarlo todo listo. Después me doy cuenta de que a Genoveva puede molestarle, así que encargo otro ramo para ella y, en vez de enviárselo a casa, se lo hago llegar a su despacho.

Sonrío, estoy seguro de que no le va a gustar, incluso puede que hasta se enfade, pero es lo que hacen los tipos sensibles que tienen pareja.

Al menos eso he oído.

Ahora la cuestión es saber qué clase de flores son las adecuadas para una mujer como Genoveva.

Voy a buscarlo en internet, a ver qué encuentro.

Capítulo 21

Genoveva

—¿Por qué no te vas ya a casa? —me pregunta Maurice en tono amable y también preocupado, y niego con la cabeza.

Decir que llevo un día de perros es quedarse muy corta; en realidad, he encadenado diez días de tensión y sobresaltos. Baltasar sospecha que estoy investigando por mi cuenta y ha intentado reunirse conmigo ya cuatro veces, con mayor o menor sutileza. Por supuesto, las invitaciones han sido a comer y a cenar, siempre fuera de las instalaciones de la empresa.

Las he rechazado todas, por supuesto, ni loca acepto una reunión con él y menos fuera de la oficina. Empiezo a creer que Baltasar quiere algo más, como dice Mario.

—¿Genoveva? —insiste Maurice ante mi silencio.

—Lo sé, ahora recojo mis cosas —murmuro distraída.

—¿Una copa?

Él sabe que rara vez, por no decir nunca, bebo alcohol; sin embargo, asiento.

Mientras mi secretario las prepara, releo por enésima vez la carta que me ha enviado el abogado y que me llegó ayer por la mañana. El cabrón de Diego, sí, cabrón porque no tiene otro calificativo, se las ha ingeniado para implicarme en sus chanchullos.

Ahora estoy obligada a dar una respuesta, me guste o no, y por muy discreta que sea, al final llegará a oídos de Rudolf y ninguna explicación será lo bastante convincente como para que dejen de sospechar.

—Gracias —digo al aceptar la bebida. Bebo un sorbo sin siquiera preguntar qué es, porque me trae sin cuidado.

—De nada. Y ahora dime qué vas a hacer —se interesa Maurice.

—Lo primero hablar con Catherine —contesto resoplando—. Y después emborracharme.

—Si quieres empezamos ya por lo segundo —sugiere él animado.

Entonces recuerdo que no vivo sola, y no me refiero a Ona, que sin duda se preocuparía si llego tarde, sino a Mario, que para mi completa estupefacción se está comportando como el novio perfecto. Creo que si hubiera contratado a un profesional no sería tan competente. Aunque reconozco que a veces me incomoda. No por el sexo, sino por su proximidad. Cierto que debemos hablar, conocernos y demás; aun así, no me apetece llegar a tal grado de intimidad.

Y además tengo un recordatorio junto a mi ventana. A Ona le envió un fabuloso ramo de flores, que ella colocó entusiasmada en la cocina, pero que al final se marchitaron; sin embargo, yo no tuve tanta suerte y me regaló una planta a la que no presto la menor atención, pero Maurice mima, pues dice que la azalea ha sido todo un detalle, de lo más original, ya que, por lo general, los hombres sólo saben ir a lo típico y encargar ramos de rosas.

«Genial, tengo un novio con inquietudes jardineras», me digo con ironía.

—¿Y qué opina Mario de todo esto?

—Aún no se lo he dicho —respondo.

Maurice arquea una ceja extrañado.

—¿Por qué?

—No he tenido tiempo.

—Lo entiendo —afirma y sonrío—. Al principio de una relación sólo se piensa en follar.

Pongo los ojos en blanco.

—No hacía falta ser tan gráfico —lo regaño, aunque si lo pienso con calma, eso es lo típico y en nuestro caso la norma ha estado muy cerca de cumplirse al cien por cien.

Me acabo la copa y me sirvo otra. Es tarde, pero me trae sin cuidado.

—¿Otra?

—Sí, por favor.

Cuando quiero darme cuenta se ha hecho tardísimo y tanto Maurice como yo estamos bastante achispados. Hacía una eternidad que no bebía tanto. En este

estado me es imposible conducir, así que mi secretario pide un taxi y se ofrece a acompañarme.

El trayecto hasta casa se me antoja demasiado lento. Maurice se apea conmigo y me acompaña hasta la puerta, donde se despide con un beso en la mejilla y una sonrisa traviesa.

—Buenas noches —balucea y se vuelve al taxi.

Cuando entro en casa sólo encuentro encendida una pequeña luz del recibidor. Ona ya se habrá retirado a su cuarto a ver la tele, está enganchada a los realities. A veces he hecho el esfuerzo de ver uno y a los quince minutos desisto. Se oye música de fondo, *19 días y 500 noches*. Un clásico de Sabina.

No me apetece hablar con Mario, ni con nadie, ya puestos, así que me dirijo al dormitorio, pero al pasar por el salón, lo veo desde la puerta, sentado en el sofá, rodeado de papeles y con cara de concentración.

—Vaya horas de llegar a casa —me dice con ironía.

¿Detecto olor a tabaco?

—¿Trabajando? —pregunto y procuro que mi tono sea neutro.

—Intentándolo al menos —responde y me mira con una expresión curiosa. Deja a un lado los papeles que estaba leyendo, estira las piernas y me observa con una media sonrisa—. ¿Has bebido?

—Un poco —admito y cruzo los brazos, no voy a consentir que haga ningún comentario al respecto.

—Pues nada, que duermas bien la mona —me espeta con una sonrisa de presentador de noticias.

Entonces caigo en la cuenta del motivo por el que me he pasado con el alcohol. Mi ex y es algo que atañe a Mario.

—Tenemos que hablar.

—¿No puedes esperar a mañana? —me pide sin mirarme, mientras hace anotaciones en sus papeles.

—Depende de cómo se mire —replico y en vez de quedarme como un pasmarote en la puerta, paso al salón.

No soy partidaria de ir dejando cosas por ahí, pero tras más de diez horas con los tacones, me descalzo.

Mario me mira de reojo y esboza otra media sonrisa.

—No es lo que estás pensando —le advierto.

—Pues qué pena, para una vez que llegas borracha, esperaba un poco más de animación —comenta guasón—. Muy bien, ¿de qué quieres hablar?

Saco del bolso la carta y se la entrego. Que extraiga sus propias conclusiones. Tomo asiento frente a él y espero.

Mientras lee, no puedo evitar observarlo. Es evidente que lleva tiempo en casa, se ha puesto un pantalón gris deportivo y una camiseta negra. Un poco ajustada para su edad, aunque no le queda mal. Va descalzo. Desde luego, nada que ver con el tipo con traje y sin corbata de primera hora de la mañana.

—Así que al final ese bocazas ha cumplido su amenaza —murmura con un aire demasiado calmado para mi gusto; esperaba, no sé, algún exabrupto típico.

—Nunca pensé que Diego fuera tan taimado —confieso.

Cierro los ojos un instante y me froto las sienes, el alcohol es el peor compañero, pues te engaña con una sensación de euforia que se desvanece enseguida para dar paso al dolor de cabeza, el mismo que ahora me está fastidiando.

—Bueno, se juega mucho.

—Catherine llega mañana —anuncio y me pongo en pie—. Buenas noches.

—Si me permites opinar —expone, deteniendo mi retirada—, lo más sensato sería viajar a Madrid y darle donde más le duele.

Creo que lo he ofendido al no incluirlo en mis planes, es lo que detecto en su voz.

—Muy bien, darle donde más le duele... —repito, instándolo a que hable.

—Todavía me quedan algunos contactos en medios de comunicación, estoy seguro de que si escarban encontrarán algo con lo que pararle los pies. Y de paso le restregamos por las narices nuestra felicidad.

—No son horas para el sarcasmo —susurro y, acto seguido, bostezo—. Ha sido un día muy largo, me voy a la cama.

—Piénsalo —me pide y no hace ningún intento de seguirme.

Tras cambiarme de ropa y dejar el traje que he usado hoy para que Ona lo lleve a la tintorería, me meto en la cama.

Parece extraño, y más teniendo en cuenta los antecedentes, pero ya tenemos un lado cada uno. Sin hablarlo, ha surgido de forma natural. Mario es un hombre que, a pesar de su apariencia sofisticada, es de buen conformar. Por un malsano impulso he buscado vídeos de él en la red para verlo en su etapa de presentador estrella. Ha envejecido, por supuesto, los años no pasan en balde para nadie, pero aun así sigue manteniendo esa expresión a medio camino entre la arrogancia y el estudiado descuido que encandiló a la audiencia.

No sólo he visto vídeos, también he buscado artículos en prensa sobre él mientras estaba en lo más alto. Con treinta años presentaba informativos, y con treinta y cuatro ya tenía un programa para él solo, que dirigía y conducía con éxito. Un éxito incontestable que lo llevó a ser el presentador mejor pagado antes de cumplir los cuarenta. Numerosos premios, otorgados tanto por el sector como por el público. Una carrera meteórica que se truncó de la noche a la mañana y que, por mucho que intento comprenderlo, no ha retomado.

Da la impresión de que tiró la toalla hace mucho. Es algo que me gustaría preguntarle, aunque no lo hago porque entiendo que puede causar cierta tirantez entre nosotros; además, yo también soy reacia a hablar de mi vida, por lo que respeto sus reservas.

Debería haberme quedado dormida como un tronco nada más acostarme; sin embargo, mi mente carece del botón de desconexión. Y aquí sigo, tumbada boca arriba, con las manos entrelazadas sobre el pecho, a la espera de conciliar el sueño.

Él sigue en el salón, escuchando música. No me molesta, pues apenas es un murmullo, ni siquiera distingo la melodía. Pero de repente cesa el sonido.

Mario entra en el dormitorio sin encender la luz. Se sienta en su lado de la cama para desnudarse y se acuesta.

—¿Te apetece ir mañana a una fiesta? —me pregunta y me sorprende, pues no esperaba ningún tipo de conversación.

—No estoy para fiestas, precisamente —murmuro, aunque no de forma despectiva.

Mario cambia de postura en la cama, poniéndose de lado. Sé que me observa, lo hace muy a menudo, y no termina de gustarme.

—Pues creo que es lo que necesitas, distraerte, salir, cualquier cosa en vez de enclaustrarte aquí, en esta casa —afirma y no me gusta su tono.

—¿Qué tiene de malo querer quedarse en casa?

—Nada, pero esto es un mausoleo, aquí no hay Dios que se relaje —añade.

No me voy a poner a la defensiva y explicarle que yo en persona elegí esta casa cuando supe que iba a trasladarme a Zúrich. Tiene la distribución perfecta. Grandes espacios, paredes en tonos crema, despejadas, sin demasiados adornos.

—Deberías venir —insiste—. La organiza mi jefe, Volker. Será una pequeña reunión de amigos. Así conoces gente fuera de tu trabajo.

Lo dice de una manera tan despreocupada que resulta complicado negarse.

—¿Y qué pinto yo allí?

—Acompañarme a mí, ¿te parece poco? —replica y oigo cómo se ríe entre dientes.

—Lo pensaré —respondo y me doy media vuelta dispuesta a dormir.

Mario no hace ningún movimiento. Sería estúpido sentirme decepcionada por mantener las distancias.

* * *

—Sonríe un poco, mujer, que no vamos a un velatorio —me pide Mario mientras estaciona en el garaje de la impresionante mansión de su amigo.

Reconocer en voz alta que me encuentro fuera de mi ambiente no es una opción, así que me esfuerzo y sonrío. Él tuerce el gesto, pues tampoco me he esmerado mucho.

—Si he de poner cara de póquer, que sea por algo relevante, no porque deba asistir a una fiesta —murmuro.

Él se encoge de hombros y se apea del coche. Antes de que le dé tiempo a abrirme la puerta, ya lo he hecho yo. No me ha dado detalles sobre el tipo de reunión a la que asistimos, sólo sé que es entre amigos, no habrá mucha gente y que no hace falta ir de tiros largos. Es decir, que puedo interpretarlo como quiera.

Cuando pasamos desde el garaje a la casa, me doy cuenta de que he hecho

bien en elegir un vestido sencillo, de cuadros vichy color vino. Está claro que los asistentes son gente de dinero. Mario, a mi lado, va presentándome a algunos, aunque sin mucho entusiasmo.

—No sé para qué hemos venido —digo, aprovechando que estamos un breve momento a solas.

—Hay que relacionarse, aunque la mayoría sean imbéciles con dinero, políticos y empresarios.

—No sé cuál es la diferencia —comento y se echa a reír, asintiendo.

—No te falta razón.

El comentario al menos ha logrado relajarme.

Seguimos deambulando por la fiesta, o reunión de amigos. No habrá más de treinta personas, la comida es buena y el ambiente sofisticado sin resultar asfixiante; aun así, preferiría estar en mi casa.

—A tu jefe le van las cosas muy bien...

—Volker nació rico, así que no tiene mérito. Su madre era un actriz noruega y su padre un empresario suizo. Hijo único —me explica, dando a entender que conoce muy bien al anfitrión—. Y ahí lo tienes.

Me señala a un tipo que, no lo voy a negar, impresiona. Da la sensación de que esté posando, con esos movimientos un tanto ensayados. El típico niño rico, pienso, quizá influida por la explicación de Mario, que permanece a mi lado hasta que su amigo nos divisa y sonrío. No se acerca inmediatamente, eso sería grosero, sino que finaliza la conversación que estaba manteniendo antes de caminar hacia nosotros.

—Bienvenida, Genoveva —me saluda, saltándose las presentaciones, lo que significa que está al tanto de quién soy porque Mario lo ha puesto al día, aunque, ¿hasta dónde le habrá contado?

—Tienes una casa impresionante —comento de manera educada, una frase manida y poco comprometedor.

—¿Quieres ver todos sus rincones? —me ofrece Volker y detecto cierto aire provocador.

Sonrío de medio lado.

—¿Tienes cuarto oscuro?

Mario se atraganta a mi lado, supongo que de risa, y el anfitrión arquea una ceja.

—No, pero puedo tener uno pasado mañana —replica.

—Entonces... esperaré.

Volker se despide de nosotros, pues, como el perejil, debe estar en todas las salsas y no dedicar demasiado tiempo a un solo invitado, por lo que Mario y yo nos quedamos de nuevo solos. Ningún camarero lleva en la bandeja agua con gas, así que, ya que él parece conocer tan bien la casa, le pido que me traiga una.

—¿A qué ha venido eso con Volker? —me pregunta divertido, cuando regresa con la copa de agua.

Me encojo de hombros.

—¿Te molesta?

—En absoluto —contesta.

Me extraña que, siendo asiduo de las fiestas de su amigo, según me ha comentado durante el trayecto desde casa, permanezca a mi lado. Algunos invitados se acercan a saludarlo, pero él no les hace mucho caso; un par de bellezas casi han ronroneado al verlo. Se podría pensar que finge desinterés por esas mujeres porque estoy yo presente; sin embargo, no lo parece.

—Volker te ha mentado —declara y lo miro sin comprender.

El aludido nos hace una seña alzando la copa y animándonos a divertirnos, pues la fiesta empieza a desmadrarse un poco. Algunos invitados se han ido desperdigando e imagino que la casa tendrá suficientes habitaciones para ocultarse.

—¿A qué te refieres?

—Sí tiene un cuarto oscuro, pero no aquí —contesta y me echo a reír, contagiándole.

—Y doy por hecho que, como buen amigo, tienes acceso ilimitado, lo mismo que a sus coches de alta gama.

—Eso no es cierto. Odia que le toquen sus juguetes con ruedas —me contradice animado.

La siguiente pregunta es de cajón: averiguar dónde está ese cuarto oscuro o si se trata de una broma. Pero formular la cuestión es entrar al trapo y demostrar

demasiado interés, algo que siempre es contraproducente, y puesto que Mario es quien ha vuelto a sacar el tema, mejor esperar a que amplíe la información.

En vez de hablar, se disculpa y me deja sola en medio del salón. Dos minutos más tarde ya tengo al primer moscón rondando. Me limito a escuchar sin prestarle atención, sólo por cortesía, y confío en que pronto se dé cuenta de que no me apetece bañarme a estas horas de la noche en la piscina cubierta.

—Me han dicho que Louane va a bailar junto a la piscina —dice Volker y al moscón le cambia la cara, se despide y se larga con rapidez.

—Entiendo que no es una bailarina clásica —comento de broma y él se ríe.

—Te sorprenderías. Tiene una formación espectacular; sin embargo, no le resulta muy rentable y prefiere otro tipo de baile —me aclara con su aire de pillo.

Aire que por otro lado afectará a algunas, pero a mí más bien poco. Y no porque sea al menos diez años más joven que yo, sino porque no me despierta ningún interés.

Por el momento.

Nunca se sabe.

Al parecer ha tomado alguna que otra copa de más, aunque no resulta, por ahora, insoportable. Por el camino ha debido de perder la americana y su pelo muestra signos de que alguien se lo ha toqueteado.

—Una fiesta estupenda —digo sin mucha convicción.

—Es una mierda —me contradice, señalando a quienes aún rondan por el salón—. Pero si quieres podemos hacer que la noche mejore.

Sin ningún tipo de vergüenza, me coge de la muñeca y me dirige la mano a su entrepierna. Podría resistirme, pero soy capaz de darle la vuelta a la tortilla.

Lo miro a los ojos, es más alto que yo, aunque no me intimida.

Aprieta mi mano para restregarse con ella y noto cómo se excita. Una mujer nos mira. Debe de estar acostumbrada, pues sonrío y observa cada vez con más interés lo que hace el anfitrión. Lo que no tengo es muy claro es si yo quiero que me miren.

—¿Qué me dices? —me pregunta seductor, bajando el tono.

Una maniobra típica del catálogo de niño bien, acostumbrado a obtener todos

sus caprichos chasqueando los dedos.

—Desabróchate los pantalones y enséñame lo que tienes para ofrecerme, las apariencias pueden engañar —ordeno y, en vez de apartarme, le doy un buen apretón a modo de adelanto.

Arquea una ceja.

—Joder, juegas fuerte.

Aprieto un poco más.

Sisea.

Busco a Mario con la mirada, sin éxito.

—¿Me vas a enseñar el cuarto oscuro? —inquiero y me muerdo el labio, todo sin aflojar la presión. A favor de Volker hay que decir que aguanta muy bien.

—Hoy no —me contesta aliviado cuando aparto la mano, y añade—: Ven conmigo.

Capítulo 22

Mario

¿Intervengo y delato mi presencia o sigo escuchando la conversación?

—¿Adónde? —pregunta Genoveva, que, lejos de amilanarse ante las provocaciones de Volker, lo ha retado.

Ninguno de los dos es consciente de que estoy lo suficientemente cerca para oírlos.

¿Debería molestarme semejante conversación cargada de insinuaciones?

Puede, pero más bien me excita, pues los conozco a ambos y el choque de trenes, si llega a producirse, será épico.

Al venir a esta fiesta sabía que Volker podía tantearla, así que, a pesar de haberme despistado por ahí y ver qué se cocía entre los invitados, he estado pendiente de ella. De ahí que, cuando mi amigo se ha acercado, tras un pequeño magreo sin consecuencias con la bailarina, haya optado por acercarme con cautela hasta poder escuchar parte de la conversación.

—A un lugar más apropiado, por supuesto —responde él.

«Joder, ya le vale —pienso—, está siendo demasiado descarado.»

Opto por seguir escuchando, pues me muero por conocer la réplica de Genoveva. Rechazo con un gesto una copa que me ofrece un camarero al pasar. Ya he bebido bastante, necesito tener todos los sentidos alerta.

—¿Apropiado?

—Antes me has exigido que te muestre cuanto tengo —replica divertido, sin saber con quién está hablando—. Y estoy dispuesto a ello, pero no aquí.

—¿Tan insignificante es que ha de ser secreto?

Volker estalla en carcajadas y la agarra de la muñeca, dispuesto sin duda a llevársela a la zona privada de la casa. Lo hace con educación, sin movimientos

bruscos, como si se tratara de una invitación. Ella niega con la cabeza.

—Sólo si te atreves a seguirme lo averiguarás —prosigue él.

—Otro día —replica Genoveva y se vuelve, dejándolo con la palabra en la boca.

Entonces me ve y se da cuenta de que he estado escuchando sin intervenir. No sé qué pensará de mi pasividad, aunque, en vez de mostrar enfado, pasa por delante de mí y se marcha en dirección a la piscina cubierta, donde están ahora la mayor parte de los invitados divirtiéndose.

—Sois tal para cual —murmura Volker acercándose a mí.

—Detecto cierta desilusión en tu tono —observo para hacerlo rabiar.

Sé lo mucho que le cabrea que lo rechacen. Sobre todo porque ocurre muy pocas veces y no está acostumbrado a lidiar con ello. Podía haberse follado a la bailarina antes y después de su actuación; sin embargo, ha pasado de ella y sólo la ha sobado un poco.

—Bah, se me pasará —comenta no muy convencido—. Por cierto, no pareces muy molesto por que haya intentado llevármela al huerto.

—Si te soy sincero, dudo mucho que lo hubieras conseguido; así pues, no tenía sentido preocuparse —afirmo y Volker me mira molesto.

—¿Y por qué, si puede saberse, dudas de mis capacidades?

—Porque te conozco bien y a ella... también —contesto con cierto aire de misterio, lo que hace que su curiosidad aumente.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta y él mismo encuentra la respuesta—. Ah, joder, por eso te gusta tanto.

Conoce mis preferencias sexuales y, por tanto, ha establecido la conexión.

—Me gusta, nada más —lo corrijo.

Justo en ese momento aparece Louane y se acerca hasta nosotros. No lleva más que una túnica negra de gasa, lo que es lo mismo que estar desnuda.

—Enseguida estoy contigo —murmura mi amigo y ella, tras sonreírle, se marcha. Intuyo en qué parte de la casa lo esperará, lo que da a entender que al final sí se enrollará con ella—. Algo más tiene que haber para que te hayas ido a vivir con ella. Y pienso averiguarlo.

—Se te da fatal investigar, pero adelante —me guaseo.

—Por cierto, he leído el primer borrador que me has enviado sobre el guion para el reportaje de Caprice Food International y, por decirlo de una forma suave, es una mierda —declara frunciendo el cejo y yo asiento.

—No puedo estar más de acuerdo contigo —afirmo sin ningún tipo de pudor, porque es verdad.

—¿Todavía sigues con la estupidez esa de indagar en el pasado de la empresa? —inquire en tono de advertencia.

—Sí —respondo, aunque mi atención está puesta en Genoveva, que está al otro lado de las puertas acristaladas hablando con un tipo que me suena de algo —. ¿Quién es? —le pregunto a mi amigo, señalándole al hombre.

—Un gilipollas con dinero —contesta Volker—. Hijo de un empresario del petróleo, que ha decidido dar por el culo en Europa porque en Estados Unidos se aburre.

La miro primero a ella y después al niño, que no debe de haber cumplido los treinta y me doy cuenta de que Genoveva no parece incómoda. Sonríe y asiento, aunque guarda las distancias.

—Gracias por la información —comento.

—De nada. Y volviendo a lo importante, ¿cuándo te vas a poner las pilas y trabajar en serio?

—Mañana mismo —aseguro, sin que sea del todo falso, pues a lo mejor me da por trabajar un poco y hasta me sorprende a mí mismo.

—Anda, ve con ella, que al final esta noche se va con otro —bromea Volker—. Aunque debo reconocer que me ha puesto cachondo. No sé, a lo mejor lo intento de nuevo, ¿tú qué opinas?

Sé que sólo me está provocando.

—Que si lo consigues, hazme un favor, avísame porque quiero verlo.

—¿Desde cuándo eres un mirón? —replica, porque sabe que rara vez he disfrutado siendo un mero espectador. Como mucho, he permanecido inactivo a la espera, hasta comprobar que la cosa se ponía interesante, o a modo de estimulación visual antes de pasar a la acción.

—Con la edad uno se adapta a casi todo —digo riéndome.

—Yo consigo seducirla y tú te limitas a mirar. ¿Trato hecho? —Me tiende la

mano como si tratáramos de un simple acuerdo de negocios.

—¿Qué pensaría Genoveva si oyera esta conversación?

—Pues no lo sé. Tú la conoces mejor que yo —aduce con aire canalla—. ¿Hay trato?

—Pásatelo bien con Louane —le deseo a modo de despedida y lo dejo con la mosca detrás de la oreja.

Camino despacio hasta Genoveva, que al verme me dedica medio segundo, antes de volver a prestar atención al niño rico. Me coloco a su lado y ella no se aparta. Hace las presentaciones de rigor. No me apetece entrar en una conversación sobre normativas medioambientales y menos cuando aún estoy dándole vueltas a la propuesta de Volker.

Cualquier otro tipo con dos dedos de frente le hubiera parado los pies; sin embargo, la curiosidad ha vencido a la sensatez y la idea de ver a Genoveva controlando a mi colega ha resultado un peligroso estímulo.

—¿Nos vamos? —me plantea de repente, sacándome de mis turbias elucubraciones.

—Como quieras —murmuro.

Se despide del tipo con un apretón de manos, aunque me da la impresión de que a él le hubiera gustado un acercamiento más íntimo. Y no me extraña, porque Genoveva es una de esas mujeres que, sin ser espectaculares desde el punto de vista físico (de hecho, en la fiesta hay unas cuantas bellezas disponibles), irradia confianza y seguridad en sí misma. Y cualquier hombre un tanto curtido sabe que es mucho más interesante follar con una mujer inteligente que con una estúpida de tetas grandes. Aunque todos nos hayamos tirado a unas cuantas que responden al patrón de cuerpo explosivo e inteligencia limitada antes de llegar a esta conclusión, por supuesto.

Y también andan por ahí sueltos los que aún no se han dado cuenta.

—¿Quieres que me acueste con tu jefe? —me pregunta cuando nos montamos en el coche, dejándome patidifuso.

Iba a poner el motor en marcha, pero no lo hago. Respiro y me vuelvo para mirarla. Ha formulado la pregunta en tono educado, no parece molesta ni interesada. Pero nunca se sabe.

—¿Lo harías? —respondo con otra pregunta.

Se encoge de hombros.

—Puede —susurra y se abrocha el cinturón.

No quiero conducir en este estado de tensión, así que cierro el pico y arranco. Ya hablaremos, si procede, al llegar a casa.

Apenas le presto atención mientras conduzco, no quiero distraerme, bastante lo estoy ya con las imágenes que me rondan en la cabeza de ella y Volker juntos. Me he excitado, como no podía ser de otro modo, y Genoveva parece no darse cuenta, o finge no hacerlo cuando me revuelvo en el asiento.

Al llegar a casa encontramos encendida la luz del recibidor. Supongo que Ona ha sido previsora y así evitamos darnos un buen golpe al entrar. Da igual, yo sólo pienso en abalanzarme sobre Genoveva y, antes de llegar a su dormitorio, la sujeto de la muñeca, frenando su avance.

—¿Ocurre algo? —dice con ese tono de voz tan modulado que me enerva y me pone cachondo a la vez.

—Sí, por supuesto que sí —contesto y tiro de su mano, que coloco sobre mi entrepierna—. Saca tus propias conclusiones.

Presiono su mano con la mía y hasta la restriego.

—¿Y qué pretendes? —replica un tanto insolente.

Cómo me pone ese tono, joder.

—Ahora mismo me conformo con algo sencillo... —musito y ella me empuja hasta que mi espalda choca contra la pared. Con tal mala suerte que uno de los cuadros se cae al suelo.

—¿Sencillo?

—Sí, déjame meter la mano dentro de tus bragas —le pido suplicante.

Genoveva sonrío de medio lado y niega con la cabeza. Todo sin dejar de manosearme. Sabe que me tiene en sus manos, literalmente, y que estoy dispuesto a acatar sus exigencias sin rechistar.

—¿De verdad te has puesto cachondo pensando en mí liada con tu jefe?

Negar lo es de necios y asiento.

Trago saliva, no sé cómo interpretará esto. Confío en que no sea como la mayoría de la gente, que se queda en la superficie, y sea capaz de entender que

una fantasía no obliga a nadie a llevarla a cabo.

—No te he visto muy molesta ante sus insinuaciones —comentó y ella comienza a desabrocharme los pantalones.

—Tenéis una curiosa relación —declara cuando su mano ya está dentro de mis bóxers—. Y deduzco que no es la primera vez que ambos os divertís con estos tejemanejes, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —corroboro, pues es absurdo negarlo, además, considero necesario que ella esté al tanto de mis fantasías: eso siempre ayuda a que todo resulte mucho más intenso.

—Entonces, puedo irme a la cama con quien quiera, que no te enfadarás —añade con voz sensual.

Yo jadeo cuando me aprieta con fuerza, tanta que me hace daño; sin embargo, no protesto. Sólo inspiro hondo a la espera del siguiente movimiento.

—Depende...

—¿Necesito tu aprobación? —pregunta con aire burlón.

—Sí, es imprescindible.

—¿Por qué?

—Porque resultará mucho más excitante si estamos de acuerdo —explico entre gemidos, olvidándome por completo de la supuesta fidelidad que íbamos a guardar.

La miro de reojo, está tan cachonda como yo, y no sólo porque me esté masturbando con más o menos fuerza, sino por la conversación entre susurros y jadeos que mantenemos.

—Lo tendré en cuenta —apostilla y se inclina para morderme el lóbulo de la oreja.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, mientras ella continúa torturándome con esa mano. Respiro e intento controlarme, no quiero correrme todavía. Me gustaría colarme por debajo de su vestido hasta llegar a sus bragas y tocarla, comprobar lo mojada que está y hacerla gemir. No obstante, dejo los brazos caídos a los lados, tensos, por supuesto, a la espera de que me pida algo, lo que sea.

—¿Sabes lo que me apetece esta noche? —pregunta susurrando, sin dejar de

mordisquearme el cuello.

—Ilústreme, por favor —acierto a decir.

—Quiero que te desnudes por completo y después me llesves a la cama, donde me colocarás a cuatro patas.

—De acuerdo... —jadeo.

—No he acabado —me interrumpe cortante—. Una vez en la cama, dispuesta, sólo podrás quitarme las bragas...

—Joder, de acuerdo —mascullo ansioso.

—Y me follarás, nada de tanteos, con fuerza.

Suelta mi polla y, antes de que me contradiga o proteste, me doy la vuelta para tomar el mando. La aplasto contra la pared y la beso. Ella me clava las uñas en el pecho y lamento llevar la camisa puesta, pues me hubiera gustado más el contacto directo sobre mi piel.

Le muerdo el labio inferior, tiro incluso de él. Genoveva vuelve a gemir y a clavarme las uñas. Joder, me está poniendo como una moto, sin frenos y cuesta abajo.

Que responda igual, con el mismo ímpetu y agresividad que yo es sin duda un prometedor indicio.

—Desnúdate —me recuerda exigente, apartándose para que pueda hacerlo.

Obedezco con rapidez, sin importarme que cada prenda se quede arrugada en el suelo del pasillo. Como para preocuparme ahora de semejante nimiedad.

En cuanto termino, ella, que ha observado todo el proceso con los brazos cruzados al más puro estilo ejecutivo, se da media vuelta y comienza a caminar despacio, moviendo las caderas lo justo para que yo me sienta un perro baboso en celo y la siga.

Cuando entramos en el dormitorio, cierro la puerta y me pego a ella por la espalda. Me froto contra su trasero, aún cubierto por el vestido y coloco las manos sobre sus tetas, espachurrándoselas de manera grosera. No voy por mal camino, cuando ella me lo permite y me anima con sus jadeos, de ahí que aproveche para manosearla a mi antojo durante un buen rato, hasta que Genoveva decide que ya es suficiente y se aparta.

Tal como me ha pedido, me arrodillo tras ella y meto las manos por debajo

del vestido. Las subo despacio, por la parte exterior de los muslos, deseoso de alcanzar la parte alta, donde las medias no cubren su piel. Llego a las bragas, y sé que me ha pedido que se las quite, si bien prefiero recrearme y acaricio su trasero. Primero despacio, por encima de la tela, moviéndola y tirando de ella para que la parte de delante le estimule el clítoris.

Gime más alto y yo sonrío, encantado del resultado. Puede que me haya dado una orden, pero me da la sensación de que agradece que la cumpla añadiendo elementos de mi propia cosecha.

—Mmmm —gimo y meto, tal como deseaba desde el principio, las manos dentro de sus bragas, esquivando su sexo sólo por pura maldad.

—Sigue, vas por buen camino —musita y de reojo veo cómo ella misma se acaricia los senos por encima del vestido.

Estar de rodillas añade a todo esto un componente morboso extra que me excita como ninguna otra cosa. Y me da la sensación de que a ella le ocurre lo mismo.

Me siento avaricioso, igual que mis manos, así que le voy bajando las bragas y me limito a levantarle sólo un pie, dejando la prenda olvidada en el otro tobillo. Enseguida subo las manos y le masajeo los glúteos, levantando la tela del vestido para poder besarla también. Genoveva vuelve a gemir, a medida que recibe una buena dosis de besos y mordisquitos en el culo y, aprovechando la coyuntura, deslizo un dedo por la separación de sus nalgas, a modo de prueba.

—Otro día —me indica, comprendiendo a la perfección mis deseos—. Ahora, haz lo que te he dicho.

Se aparta y camina hasta llegar a la cama, yo me quedo arrodillado, observando cómo se coloca en posición. Lo hace de manera sencilla, nada de mover el culo como una actriz porno. Se queda quieta y yo me incorporo despacio y me masturbo sin dejar de mirarla, acercándome hasta poder quedar a su altura. Se ha colocado de tal modo que yo puedo embestir de pie, lo que hará que pueda penetrarla y follarla con más fuerza.

Tal como se están desarrollando los acontecimientos, lo más lógico sería metérsela de golpe, clavársela sin contemplaciones y empezar a embestir como un poseso. Ciertamente, me apetece como ninguna otra cosa; no obstante, contradigo

sus indicaciones y, tras levantarle el vestido, me entretengo frotando la punta de mi polla contra su sexo, empujando con suavidad, disfrutando del calor y la humedad de su coño. Jadeamos los dos con esta lenta cadencia, adelante y atrás, como un baile erótico, hasta que no puedo más y la penetro.

Nada más sentir la presión sobre mi miembro, aprieto los dientes para no correrme como un principiante y poso las manos en su culo, apretando cada nalga.

Ella agacha la cabeza y empuja hacia atrás, yo embisto y así todo comienza a precipitarse. Mis gruñidos y sus gemidos o viceversa. El sonido de ambos cuerpos chocando, las respiraciones cada vez más arrítmicas... hasta que cierro los ojos y me corro sin haberme asegurado de si ella también ha alcanzado el clímax.

Me retiro sin mucha consideración, pero para asegurarme de que se corre, la empujo y le doy la vuelta de tal forma que puedo meter la cabeza entre sus piernas. Genoveva no se resiste y comienzo a comerle el coño con verdadera ansia, hasta que noto los tirones en mi pelo y que se retuerce como una posesa, para después quedarse laxa.

Entonces me tumbo a su lado.

—No sé por qué te resulta tan difícil seguir unas sencillas indicaciones — murmura y detecto cierta diversión en su voz.

—Porque, de hacerlo, te aburrirías —replico altanero.

Capítulo 23

Genoveva

Catherine, que no ha dudado en coger un vuelo, me ha explicado que la citación que mi queridísimo ex me ha hecho llegar es sólo una estrategia para intimidarme, aunque deberé comparecer. Eso me obliga a viajar a España, algo que trastoca mis planes, pues tengo entre manos el lanzamiento de la línea de productos de alimentación deportiva y quiero dejarlo todo bien concretado para la reunión del consejo, donde a buen seguro Baltasar se pavoneará si nadie le canta las cuarenta.

—Voy a contactar con un bufete en Madrid con el que colaboramos, ellos se encargarán de todo, en especial de pararle los pies a Diego y meterle el miedo en el cuerpo para que te deje tranquila —afirma Catherine segura.

Yo tuerzo el gesto, no estoy del todo convencida, pues es bien sabido que cuando las cosas se tuercen, y estando un político implicado se van a torcer, es difícil salir inmune.

—Me gustaría creerte... —confieso con un suspiro.

—Ten fe, mujer, no te rindas antes de tiempo —me anima y esbozo una sonrisa.

Justo en ese preciso instante me suena el móvil, no el corporativo, sino el personal, y lo cojo dispuesta a cortar la llamada, no quiero interrupciones; sin embargo, al ver en la pantalla el nombre de Mario me preocupo, porque no suele llamar ni enviar mensajes.

—Antes de que te pongas hecha una furia, déjame decirte que me voy a encargar personalmente de joderla —dice Mario nada más responder.

—¿A qué te refieres?

—A la zorra de mi ex.

Frunzo el cejo. No estoy al corriente de los pormenores de su separación, aunque sí sé que su exmujer lo denunció por maltrato, arruinándole la carrera, y que luego se demostró que era una falsa acusación.

—Ha dado una entrevista a una revista de cotilleo.

—Joder... —murmuro.

Catherine arquea una ceja, pues rara vez me expreso de esa manera.

—Intenta remover la mierda —prosigue Mario y por su voz es evidente que echa chispas—. La muy cabrona, como no tiene ni un puto duro, ha decidido tocarme los cojones hablando de nuestro matrimonio.

—¿Y no la puedes demandar? —pregunto, aunque por desgracia sé que si esa mujer se lo propone, le hará mucho daño antes de que un juez le pare los pies.

—Eso voy a intentar. La muy asquerosa se ha cuidado mucho de no mencionar todo el maldito calvario que me hizo pasar, sabe que, de hacerlo, la demando y hasta la dejo en bragas —asevera tenso—. El problema es que ha dejado caer que ahora estoy con otra a la que... ya me entiendes, y un programa de televisión se ha hecho eco.

Inspiro hondo para tranquilizarme y entonces una sospecha se instala en mi mente. Dejo el móvil sobre la mesa y activo el altavoz para que Catherine oiga la conversación.

—Mi abogada está conmigo —le indico a Mario—, habla con confianza.

—Hola, Mario —lo saluda ella, educada—. Explícame qué ha pasado.

Mario relata otra vez los hechos, añadiendo más palabrotas que la primera vez. No lo culpo, ha de ser frustrante tener que defenderte de personas así. Catherine toma notas y cuando él acaba, digo:

—Sólo es una sospecha, pero ¿y si Diego tiene algo que ver en todo esto?

—Podría ser —comenta Catherine.

—Qué pedazo de hijo de puta, seguro que sí. Porque Vanesa no tiene dónde caerse muerta y nadie le haría caso; en cambio, si alguien busca a los medios...

—Primero hemos de confirmarlo —tercia mi abogada, siempre pragmática.

Me despido de Mario, con el que a buen seguro esta noche mantendré una larga y previsiblemente tensa conversación, aunque lo primero es dar los pasos correctos, como ha indicado Catherine.

Se acomoda en mi escritorio y empieza a hacer llamadas. Por lo visto, el despacho con el que trabajan en Madrid va a ponerse de inmediato a investigar. Mientras ella da las indicaciones a seguir a su interlocutor, me llega un enlace al WhatsApp de la entrevista y se lo muestro a Catherine, que a su vez lo reenvía.

De esa forma comprobarán si existe una conexión entre la ex de Mario y el gilipollas de Diego. Aunque mucho me temo que no será necesario, pues tiene toda la pinta de, para joderme, jodernos, se han aliado.

—Diego no es tan listo como para hacer algo así —comenta Catherine tras finalizar su llamada—. Por lo poco que lo conocí aquella vez que nos presentaste y por lo que me has contado, va justito de inteligencia.

—En eso tienes razón —reflexiono y entonces me froto las sienes al encajar otra pieza del maldito puzle—. Esto es cosa del asesor de imagen. Rubén Espejo. Es quien maneja los hilos, la cabeza pensante.

—¿Y por qué tanto empeño en apoyar a un tipo como tu ex?

—Porque si Diego gana, será un títere, la cabeza visible, a quien manipular para sacar tajada —respondo, cada vez adquieren más sentido las maniobras de Rubén.

—Tiene lógica... Por eso es imprescindible dar un golpe de efecto.

—Y tengo la sensación de que ya han cometido alguna que otra pifia y, como la avaricia rompe el saco, pretende aupar a Diego a un puesto de más responsabilidad —continúo explicando, porque cada vez todo esto tiene más lógica.

—¿Y para eso te necesitaban? Podrían haber contratado a una persona para que fingiese ser su novia.

—Lo sé, pero implicaba el riesgo de que la prensa indagara y conmigo, de hacerlo, incluso los beneficiaría.

—Entiendo...

Maurice llama a la puerta. Me trae más documentos. Mira a mi abogada, con la que le gustaría tener algo, aunque mucho me temo que Catherine no está por la labor porque, sorpresas de la vida, la pone Baltasar.

—¿Te quedas a comer? —le pregunta a mi amiga y ella asiente—. Perfecto, me encargaré de que nos suban la comida.

Catherine me mira, pues no es común que una coma con su secretario.

—Maurice es un amigo, siempre que podemos comemos juntos.

—¿Confías en él?

Frunzo el cejo ante semejante pregunta.

—¡Por supuesto! —exclamo convencida—. Lleva conmigo más de tres años. Él y Ona son mi familia.

—No te enfades, tenía que preguntártelo —se disculpa y asiento, pues entiendo que a veces los abogados deben plantear cuestiones incómodas.

Tras la comida, ella se marcha a su hotel y yo me quedo a solas con Maurice.

—No le des más vueltas —le digo al verlo pensativo—. Catherine no está interesada.

—Tranquila, ya se me ha pasado, aunque no niego que, si surge la oportunidad, no la dejaré pasar... Ya sabes.

Me río ante su refinamiento.

—Tú verás, pero yo no insistiría —le recomiendo.

—Si no te importa, me marcho ya, tengo asuntos que atender y tú informes que leer —anuncia y se despide de mí.

Me quedo un rato descansando en el pequeño estudio junto a mi despacho, puedo permitírmelo, así prescindo de los tacones.

Intentar explicar cómo mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en apenas dos meses es como buscar la cuadratura del círculo. Con todo, quiero pensar, me conviene pensar, que toda esta maldita situación tendrá una resolución favorable y que podré volver a mi cómoda y apacible rutina. Oigo un pitido en el móvil y, sin mucho interés, miro quién me ha enviado un WhatsApp. Sonrío al leer el mensaje de JR. Por lo visto sigue acordándose de mí y, aparte de mandarme muchos besos, me dice que ya ha compuesto una canción que ha titulado con mi nombre.

Es un detalle precioso y del todo contraproducente. Como está en línea, le respondo agradeciéndole la molestia, pero pidiéndole que por favor cambie el título de la canción. Ser la musa de una canción de reguetón nunca ha sido mi sueño.

Inmediatamente, recibo una serie de iconos sonrientes que lanzan besos. Algo

que yo jamás utilizo en mis mensajes. Le escribo una vez más:

Hazlo por mí, no utilices mi nombre.

Lo siento, no puedo.

Tengo que convencerlo, sólo faltaba que alguien me relacionara con JR, y cuando digo «alguien» me refiero a Diego y su banda de acólitos (asesores), y que lo utilicen en mi contra.

No es buen momento.

¿Necesitas ayuda?

«Qué tierno», pienso, esbozando una sonrisa. Puede que su gusto musical sea pésimo; sin embargo, como persona tiene detalles encantadores.

Decido contarle parte de la verdad para que también tome, si lo desea, precauciones. No le menciono que ahora tengo una «relación». Espero impaciente su respuesta tras enviarle el mensaje hablándole de mi ex y de sus maniobras. Me siento igual que las chiquillas esas que veo siempre pegadas a su móvil.

Por fin aparece la respuesta. JR acepta no publicar esa canción, de momento, aunque en cuanto acabe con los arreglos me enviará el archivo de audio para que la escuche y me pregunta qué más puede hacer por mí.

Seguir siendo mi amigo.

Le respondo y me hubiera gustado añadir un dibujito de esos con cara sonriente, pero al final me mantengo en mi línea.

Siempre.

No todo van a ser mensajitos de móvil, así que, a pesar de no tener la cabeza despejada como me gustaría para enfrascarme en la lectura, regreso a mi escritorio y me sumerjo en el apasionante mundo de los informes.

Una hora después, como sospechaba, llego a la conclusión de que Baltasar (no sé si con el beneplácito de Rudolf) pretende hacer una fortuna personal con el lanzamiento de la nueva línea de alimentación deportiva. No se van a utilizar

ninguna de las fábricas que posee la empresa y el canal de distribución también será independiente. Él lo justifica para no interferir en la producción ya consolidada, no obstante, los costes se disparan.

Hago todas las anotaciones que considero oportunas y mañana comenzaré a redactar mi propio informe, con el fin de estar preparada para la reunión del consejo.

Como Maurice se ha marchado, soy yo quien se encarga de apagar luces y cerrar con llave. A estas horas apenas hay nadie por los pasillos de mi planta, algún ejecutivo rezagado como yo y personal de mantenimiento, así que el ascensor apenas tarda en detenerse en mi planta.

Cuando llego al vestíbulo y se abren las puertas, me quedo perpleja, pues me veo a Mario hablando con Baltasar. No hemos comentado en ningún momento la posibilidad de que venga a buscarme al trabajo como parte de la campaña que llevamos a cabo. Una denominación un tanto cínica, desde luego, aunque muy realista.

Por norma general, utilizo un coche de empresa para desplazarme. Incluso puedo disponer de chófer, a pesar de ello, rara vez recorro a eso, me parece excesivo. Con la presencia inesperada de Mario, no necesitaré ni lo uno ni lo otro.

Me quedo junto a las puertas del ascensor, desde donde puedo observarlos bien, pues ambos me dan la espalda. Por su lenguaje corporal da la sensación de que mantienen una charla distendida. Es extraño, por supuesto. No tengo por qué desconfiar, no al menos de Mario; no obstante, siento una pequeña inquietud.

No puedo permanecer más tiempo ahí parada, por lo que echo a andar en su dirección. Baltasar, que parece tener un radar en el culo, es el primero en percatarse de mi presencia y, como siempre, cual víbora antes de atacar, sonrío educado.

—La señorita Balaguer siempre tan trabajadora —dice la culebra y lo que parece un halago es más bien una pulla en toda regla.

—Hola, Genoveva —saluda Mario y mantiene las distancias.

Yo también, nada de pegarse como lapas ni de cogernos de la mano en público como tortolitos. Aunque soy consciente de que Baltasar conoce nuestra

relación.

—Supongo que tendréis planes —comenta, tendiéndole la mano a Mario.

Éste asiente y se la estrecha. Sólo cuando el sobrino del jefe se ha marchado, se disculpa:

—Lo siento, no he tenido más remedio que reunirme con él. —Me muestra una carpeta con documentos.

—No pasa nada —contesto.

—Ya sé que te estás preguntando por qué no te he avisado de que venía —añade, al notar mi indiferencia—. Que conste que mi primera intención era que estuvieses presente en la reunión...

—No hace falta que te justifiques —lo interrumpo, pues no quiero caer en la incómoda tentación de que empecemos a dar cuenta de cada una de nuestras acciones. Ambos somos mayorcitos y sabemos qué nos conviene o qué no.

—Genoveva, joder, escúchame —exige cuando llegamos al aparcamiento.

Me detengo junto a su coche y él, en vez de desbloquear las puertas, se sitúa junto a mí, acorralándome contra la carrocería.

—Aquí no —digo tensa y Mario se da cuenta de que tengo razón.

Nada peor que una «escenita de pareja» delante de tantas ventanas desde las que cualquiera podría vernos.

—De acuerdo —accede de mal humor.

El trayecto de vuelta a casa, como era de prever, resulta tenso. Ninguno de los dos hablamos. Mario me observa de reojo a la espera de que lo regañe, pero no es mi estilo.

Ona nos recibe como siempre, con una sonrisa amable. Él se retira, mientras ella y yo comentamos algunos aspectos domésticos. Ona me comenta de nuevo lo contenta que está de tener a Mario en casa y añade que debo ser paciente con él, pues a mi edad ya no es fácil encontrar pareja.

No puedo enfadarme con ella, aunque no comparta sus opiniones, porque sé que lo hace desde el cariño. Si mi objetivo en la vida hubiera sido ser una mujer casada, hace mucho que lo habría logrado.

Tras la conversación con mi asistenta, ella se retira y le digo que yo misma me encargaré de servir la cena y de recoger. No me importa realizar tareas

domésticas, aunque las evito la mayor parte del tiempo.

Me paso por el dormitorio para ponerme algo más cómoda. Justo en ese instante, sale Mario del cuarto de baño, recién duchado. Podría utilizar cualquiera de los otros tres aseos de los que dispone la casa, pero no, prefiere el de mi dormitorio.

Es innegable que verlo así resulta excitante y hace que por un instante me olvide de todo y sólo piense en quitarle la toalla. De hacerlo, me estaría comportando como una inconsciente, así que desvío la mirada y me voy al vestidor.

—¿Qué ha preparado Ona de cena? —me pregunta tan tranquilo.

—No lo sé —contesto sin rastro de amabilidad.

Mario se da cuenta de que no está el horno para bollos y se viste con rapidez. Me deja sola en el dormitorio con mi mal humor y mis respuestas fuera de tono. Busco algo cómodo, de estar por casa. Cómodo y feo, pienso, al coger de malos modos un pantalón de chándal y una camiseta, todo negro, como mi estado de ánimo.

Y no es sólo por el enfrentamiento con Mario, sino más bien por cómo toda mi ordenada vida se está yendo al garete. Convivir con un hombre puede considerarse una anécdota; no es tan malo como imaginaba (quizá influida por la relación que tuve con mi primer novio, Víctor) o puede que Mario muestre una actitud más adulta. Da igual, sé que es temporal, y eso me consuela.

Cuando entro en la cocina, me encuentro la mesa puesta y la comida servida. Y a Mario sentado tomando una copa de vino. Ambos desentonamos con nuestro aspecto más bien cutre, de andar por casa.

Llena mi copa de vino, no sé si lo hace consciente, ya que rara vez tomo alcohol, aunque no se la rechazo: hacerlo significaría crear un malestar innecesario. También se encarga de servir los platos. No deja que mueva ni un dedo.

—De nuevo tendré que felicitar a Ona —comenta y percibo su sinceridad.

Asiento, porque tiene razón y enfadarme por ello sería ridículo. Mi asistenta nos ha preparado una fideuá de marisco, una de sus especialidades. Seguimos en silencio, como mucho, nos dedicamos alguna que otra mirada de reojo, nos

vigilamos. Queda una conversación pendiente, sin embargo, no estoy por la labor de estropear una excelente comida. Da la impresión de que sin decir nada hemos firmado una tregua, una absurda, por cierto, pues tampoco es que estemos enfadados, más bien con posturas diferentes.

—¿Qué haces? —me pregunta, cuando al terminar me pongo en pie.

—Recoger —respondo sin mirarlo y llevo el plato al fregadero.

Antes de que pueda reaccionar, lo tengo pegado a mi espalda, empujándome hasta hacerme sentir acorralada. No me gusta que utilice su superioridad física, aunque tampoco intento liberarme, eso sería demostrarle que me siento intimidada, lo cual sería del todo ridículo, como mucho, me siento molesta.

—¿Te importa? —murmuro, esperando que capte el tono y se aparte.

—Sí, claro que me importa —replica—. Durante la cena te has comportado con una frialdad desesperante, como si no me conocieras, y, te lo advierto, no tengo edad para soportar a mujeres que se comportan así y que no son capaces de hablar claro. Si estás cabreada por algo, dímelo.

—¿Y qué te hace suponer que estoy cabreada? —repongo un tanto impertinente.

Él sigue reteniéndome contra la encimera y yo sin hacer un solo movimiento para soltarme.

—Genoveva, no me tomes por imbécil —me espeta sin elevar el tono, aunque creo que está a punto—. Desde que me has visto en el vestíbulo de tu empresa, has mantenido la cara de perro.

—Como ya te dije, no quiero mezclar mis asuntos privados con el trabajo —declaro y hasta yo me doy cuenta de lo desagradable que ha sonado.

—No me he presentado por gusto en tu trabajo —se defiende—. Como bien sabes, estoy ocupándome de hacer el publibreportaje sobre Caprice Food International. Una mierda de encargo, nunca te lo he ocultado.

—¿Y?

—Joder, pues que Volker me ha obligado a ir para mostrarle algo, pues empiezan a impacientarse, y a pesar de que lo que he hecho hasta el momento es una mierda bien grande, he ido a enseñárselo para que se queden tranquilos y

dejen de dar por el culo —me explica, mientras se pasa las manos por el pelo, sin duda molesto.

—Entiendo —contesto suspicaz.

—Ha sido el lameculos de Baltasar el que ha insistido en que no estuvieras presente en la reunión —agrega y le creo, pues a Mario el encargo más bien le resbala, nunca ha demostrado mucho interés.

—Muy bien, ya me lo has explicado —digo, con la vaga esperanza de que se aparte; no obstante, lejos de hacerlo, me empuja aún más contra el mueble, y soy consciente de lo excitado que está.

—Va a por ti, ya te lo dije —me advierte serio—. Quiere joderte y en más de un sentido.

Sigo dándole la espalda, mientras termino de recoger algunos cacharros. Nunca imaginé que formaría parte de una escena doméstica y, además, discutiendo.

—No es ninguna novedad, sé que quiere pillarme desprevenida, respecto a las otras formas de joderme, tranquilo, son imaginaciones tuyas.

—Lo dudo, querida —me contradice y empuja con las caderas, imitando un movimiento muy característico—. Es un tipo acostumbrado a salirse con la suya y te desea. Supongo que quiere que estés debajo de él en todos los aspectos. Por cómo te menciona, es evidente.

—Gracias por la información —le suelto de mala leche—. Supongo que te lo pasas en grande hablando de mí con otros hombres.

Noto su risa contra mi nuca.

—Admítelo, la conversación con Volker te puso cachonda como una perra —afirma—. Incluso he llegado a pensar que, de no haber estado yo por allí, habrías terminado follando con él.

Sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos, desprovistos de sujetador. Los atrapa y amasa, logrando que los pezones se me pongan duros.

—Lo dudo —replico, aunque no va muy descaminado, y agrego con sarcasmo—: Lo que me sorprende es que te mostraras tan cómodo con las insinuaciones de tu jefe.

—Si te estás preguntando si he compartido amantes con Volker, sí, lo he hecho y él conmigo —dice, despejando mis dudas, pero no todas.

—¿Y los dos solos también habéis jugado?

—No, no somos tan amigos —responde riéndose—. Y ahora olvídate de todos y céntrate en mí, en mis manos y en lo que pueden hacerte. Pídelo...

Jadeo cuando me aprisiona los pezones entre sus dedos y tira ligeramente de ellos. Pero no se conforma con eso, continúa restregando su erección contra mi culo y, aunque esté la ropa en medio, resulta muy excitante.

—Tienes dos opciones —prosigue seductor—. La primera, doblarte sobre la encimera, exponer su culo y pedirme que te folle desde atrás. —Hace una pausa en la que ambos jadeamos—. La segunda, darte la vuelta, subirte en el mueble, abrir las piernas y que así pueda colocarme entre ellas...

—¿No hay una tercera? —inquiero.

Me doblo despacio, que vea bien la maniobra. Vuelvo la cabeza y apoyo la mejilla en la encimera. Y eso no es todo, también echo el culo hacia atrás.

Enseguida noto una de sus manos bajándome el pantalón junto con las bragas. Me acaricia el trasero y se detiene en la separación de mis nalgas, más en concreto en un punto que genera controversia.

—Tú decides —contesta y percibo cierta guasa en su voz.

Capítulo 24

Mario

Sólo Héctor podía amargarme una prometedora mañana tras una intensa noche y un despertar alucinante, pienso, mientras escucho la retahíla de chorradas que mi abogado esgrime. Desde luego, debería ir pensando en despacharle y buscar a otro más competente, pues a veces tengo la sensación de que trabaja para mi ex en vez de para mí.

—¿Quién paga tus honorarios? —lo interrumpo, hastiado de tanta palabrería.

—Mario, déjate de tontadas y escúchame. No me canso de repetirte lo mismo, Vanesa está desesperada y hará cualquier cosa por conseguir dinero.

—Menos ponerse a trabajar —le espeto de mala leche—. Así que deja de marear la perdiz, haz lo que te he dicho y envíale una maldita carta de advertencia para que se retracte y no acuda a ese programa de televisión.

—No servirá de nada, porque puede hablar de sí misma cuanto quiera, eso no puedes impedirselo —me recuerda y maldigo, porque es cierto.

Por desgracia hay mucha audiencia para quienes airean su vida personal y mucho hijo de puta suelto capaz de azuzar a quien haga falta para lograr sus objetivos.

—Tú haz lo que te he pedido y ya de paso averigua quién está detrás de todo esto, pues dudo mucho que nadie le haga caso a Vanesa —le repito y, para evitar que me siga dando la murga sobre cerrar heridas y demás sandeces, cuelgo.

Liese está esperando junto a la puerta a que finalice mi conversación, así que le hago un gesto para que pase. Además de documentos me trae una taza de café. Sonrío, porque la chica se esfuerza. Otras en su lugar pregonarían a los cuatro vientos su parentesco con el jefe y así no darían un palo al agua.

—Gracias —digo cuando pruebo el café.

Liese se sienta frente a mí y tuerce el gesto.

—Me temo que, por muy interesante que resulte escarbar en la vida del abuelito Meier, tenemos que olvidarnos. Han llamado de Caprice Food International preguntando cuándo vamos a comenzar a grabar las entrevistas de los ejecutivos.

—Joder, qué impacientes —me quejo.

—Te entiendo, odio trabajar con gente como ésa, pero... —Se encoge de hombros con aire resignado, nos pagan por ello.

—Muy bien —accedo sin disimular mi desgana—. ¿Qué tenemos?

Liese me muestra las fichas de quienes tengo que entrevistar. Lo primero que se me viene a la mente es ¿qué les pregunto a esta panda de inútiles? Bueno, hay una excepción, y es Genoveva, lo que hace que las cosas sean aún más complicadas.

Empiezo a darle vueltas al asunto...

Y una hora más tarde estoy igual que al principio; lo único que se me ocurre con un poco de interés es imposible plantearlo, pues preguntarle a un consejero delegado qué méritos tiene en su currículum para estar ahí es, por descontado, la mejor forma de cabrearlos. Mucho me temo que sólo una persona respondería a eso con aplomo y orgullo.

—Debes hacerles un poco la pelota —apunta Liese, que ha vuelto a mi despacho para preguntarme qué quiero para comer.

—Cualquier cosa —respondo, porque no tiene la obligación de traermé nada, pero ya que se molesta, dejo que ella elija.

—Así da gusto —canturrea y me deja solo.

Me reclino en mi sillón y me quedo como un gilipollas mirando la pantalla del ordenador. No he sido capaz de escribir ni un párrafo. Sé que estoy en la cuerda floja. Durante la reunión con Baltasar Meier tuve que mentir y capear el temporal, pues no tenía nada que ofrecer.

Volker terminará cortándome los huevos y con razón. Sé que se juega mucho dinero y prestigio, como me dijo, Ausdrücken no es ninguna ONG. Sin embargo, es tal mi bloqueo que no soy capaz de arrancar y encima con la presión que

supone tener a Vanesa de nuevo jodiéndome la vida. Porque mi ex, intuyendo que puede sacar tajada, no se va a conformar con las migajas.

Enciendo el móvil por si hubiera algún mensaje y veo que no me ha llegado nada importante. Estoy a punto de apagarlo cuando, llevado por un impulso gilipollas, porque no existe otra explicación, marco el número de Genoveva.

No me sorprende que tarde en contestar y cuando lo hace no es de una forma muy cariñosa.

—¿Qué ocurre?

—De momento nada grave —contesto torciendo el gesto ante la sequedad de su tono. Desde luego, nadie diría que es la misma mujer que anoche, apoyada en la encimera de la cocina, dejó que me la follara como un salvaje, para después llevarme a rastras al dormitorio y exigirme todavía más. Exigencias a las que me plegué encantado, todo hay que decirlo.

—Estoy muy ocupada —indica cortante.

—Yo no, por eso te llamo —digo, sabiendo que no le hará ni puta gracia.

—¿Ya no recuerdas las reglas? —me pregunta con retintín.

—Sólo cuando me conviene —respondo y empiezo a divertirme.

—Ya me he dado cuenta...

Me echo a reír, porque me encanta sacarla un poco de sus casillas.

—Si te refieres a la tarifa plana, cierto, estás cumpliendo tu parte —bromeo y me da la sensación de que se empieza a mostrar menos distante.

—¿Me has llamado para hablar de sexo en horas de trabajo?

Así da gusto, no hace falta explicar nada, pillas el concepto a la primera.

—No, pero si insistes...

—Tengo una reunión en media hora y, como comprenderás, no es el mejor momento para empezar una conversación de contenido sexual.

—Una pena, la verdad —murmuro.

—Al grano, ¿para qué me has llamado?

—Tanta profesionalidad desde luego mata cualquier intento de seducción telefónica. Qué lástima.

—¿Te recuerdo las reglas? —repito.

Cojo uno de los lápices con el logo de Ausdrücken y me dispongo a trabajar,

aunque sólo sea un poco, no vayamos a cansarnos.

—Puede resultarte extraño, pero esta llamada es por trabajo.

—¿De verdad? —pregunta y no me pasa desapercibido el tono escéptico a la par que burlón.

—Tengo que hacerte una entrevista, como al resto de los miembros del consejo, y...

—¿Me llamas para advertirme? —inquire—. Se podría considerar tráfico de influencias.

—Puede... pero no. Mi propósito es evitar las preguntas típicas y por eso quiero que seas tú la que me indiques de qué quieres hablar.

—Traducido, pretendes que yo haga tu trabajo —me corrige.

Joder, tengo que tapar el auricular mientras me río. Es demasiado lista.

—No lo niego; no obstante, míralo desde este punto de vista: es una oportunidad única.

—Sigo sin ver las ventajas.

—A todos os haré las mismas preguntas —expongo y oigo que inspira hondo. No hace falta que le dé más explicaciones, enseguida capta la idea.

—Comprendo —murmura.

—Aunque, mientras lo piensas, podemos volver a hablar de sexo, es infinitamente más divertido —propongo de buen humor—. ¿He oído una risita o son imaginaciones mías?

—No has oído nada —me espeta, aunque ni de lejos tan seca como al principio—. Pensaré en tu propuesta y te lo haré saber.

Antes de que tenga tiempo de contestar, corta la comunicación.

Por extraño que parezca, esta pseudoconversación sexual me ha excitado, lástima que no haya llegado a buen puerto, aunque desde luego promete. Creo que volveré a intentarlo y si de nuevo me da calabazas, tendré un estupendo motivo para charlar durante la cena.

Como no puedo concentrarme en este estado, me acuerdo de alguna que otra hija de puta que anda suelta por el mundo, porque eso es algo que me funciona seguro. En efecto, miro hacia abajo y ni rastro de abultamiento, así que toca trabajar.

Liese me trae la comida y le pido que se quede conmigo. Desde luego, es una compañía estupenda. No es que me importe comer solo, pero resulta agradable conversar con alguien como ella.

—Discúlpame, no era mi intención molestarte —digo tras preguntarle por su familia, pues Volker nunca me había hablado de ella y me extraña que Liese tuerza el gesto como si le disgustase la cuestión.

—No pasa nada, simplemente digamos que yo pertenezco a la rama bastarda de los Maihart —contesta, dejándome intrigado—. Mi padre y el de Volker son hermanos, la diferencia es que él nació dentro del matrimonio y yo soy el resultado de la aventura de un tipo rico con una chica de barrio.

—No tienes por qué hablar de ello si no quieres y mucho menos avergonzarte. Se encoge de hombros.

—Lo superé hace tiempo. Y, a pesar de que podría exigirlo, no he querido llevar el apellido de mi padre. Que le den morcilla. Durante años se limitó a enviar el dinero justo para que no me muriese de hambre, mientras en público negaba mi existencia —me cuenta y le sonrío con amabilidad, pues intuyo que, en efecto, ya lo ha superado, además, hoy en día nadie (o casi nadie) señala a los hijos nacidos fuera del matrimonio.

—¿Y Volker qué pinta en todo esto? —sigo indagando, pues sé que mi amigo es un poco esnob cuando se lo propone, ya que siempre se ha criado entre algodones.

—Cuando acabé la carrera y el máster de Comunicación Audiovisual, envié solicitudes de trabajo a varias empresas del sector, entre ellas Ausdrücken, sin yo saber quién era el dueño. Cuando me enteré, pensé que jamás me llamarían; no obstante, ocurrió y me seleccionaron y la casualidad hizo que Volker me reconociera, supongo que alguien le había hablado de una prima perdida.

—¿Por eso mantienes oculto vuestro parentesco?

—Sí, no quiero que me miren como a la enchufada —admite y la comprendo perfectamente.

—Gracias por confiar en mí —contesto, dejando implícito que no seré yo quien desvele la relación entre Volker y ella.

—Eres un tipo fácil de llevar —replica con una risita y arquea una ceja.

—¿Y no quieres hacerme ninguna pregunta? —digo tanteando, pues a lo mejor ha oído algo sobre mí.

—Muchas, pero tenemos trabajo, así que dejaremos las confidencias para otro día.

—De acuerdo.

Tras una amena y relajada comida, no me queda más remedio que meterme en faena. Con Liese a mi lado resulta un poco menos agobiante, así que me paso la tarde organizando las propuestas que el departamento audiovisual me ha preparado.

Quieren hacer un primer montaje en el que se incluyan algunos de los anuncios publicitarios más antiguos de la compañía, para apelar al sentimiento nostálgico, y luego avanzar hasta los últimos spots comerciales, mezclando así tradición y modernidad.

—Momento cursi, toma uno —se mofa uno de los chicos con los que nos hemos reunido en la sala de visionado y no puedo estar más de acuerdo.

—Este anuncio es de 1960 —apunta Liese a mi lado.

—Vamos allá —murmuro cuando el chaval me hace una seña, indicando que comienza la reproducción.

—Prepárate, quedan al menos cuarenta más —susurra ella y yo me froto las sienes: esto va a ser una tortura.

Cuando empieza la proyección, intento, de verdad que lo intento, ser profesional, pero no puedo. Mi mente empieza a divagar y, dado que la sala está en penumbra, me resulta muy fácil fingir que me interesa lo que aparece en la pantalla, cuando en realidad pienso una y otra vez en el polvazo que echamos en la cocina y, por supuesto, en cuándo podremos repetir.

De repente se encienden las luces y yo, con la tienda de campaña montada, cambio de postura en mi silla para disimular.

—¿Y bien? —me pregunta el becario—. ¿Cuál podría ser el más adecuado para el inicio?

Ahora tengo dos opciones: ser el típico gilipollas sabelotodo (por edad desde luego soy el candidato ideal) y elegir uno argumentando a saber qué chorrada, o ser sincero y decir que todos me han parecido una estupidez.

—¿Y si...?—comienza Liese y se detiene. Supongo que espera mi aprobación para hablar. Le hago un gesto y ella continúa—: ¿Y si mezclamos los dos conceptos?

—¿Cómo? —pregunto interesado, porque a buen seguro su propuesta será mucho mejor que la mía.

—Rodar un nuevo anuncio, pero con aire retro —propono.

Todos la miran como si hubiese dicho una estupidez; sin embargo, a mí me parece una idea cojonuda. Primero porque me ha evitado pensar y segundo, joder, porque es original y cumple a la perfección.

—¡Excelente idea! —exclamo alto y claro, esperando que alguno se atreva a contradecirme, algo improbable, pues yo dirijo el proyecto.

—Habrá que diseñar entonces un plan de rodaje... —apunta el becario, que seguro que se ocupará de la parte más tediosa.

—Perfecto. De aquí a una semana nos reuniremos de nuevo —indico poniéndome en pie, dispuesto a salir de ahí cuanto antes e ir en busca de Volker para venderle la idea—. ¿Quién se encarga del storyboard?

—Me pongo con ella mañana mismo —me informa Liese y yo asiento.

El becario la mira con desagrado, intuyo que deseaba hacer méritos. Y me pregunto por qué. Total, le van a pagar la misma mierda. Yo, en su lugar, me limitaría a acabar las prácticas molestándome lo menos posible, de esa forma tendrá algo que poner en su currículum y listo, porque ahora no es como cuando yo empecé. Hace veinte años, quien lograba un puesto de becario sabía que si se esforzaba podría avanzar. Así es como conseguí pasar de ser un simple recién licenciado a tener mi primer puesto de redactor. Me tocó encargarme de las peores noticias, de las más irrelevantes, de las que sólo se redactaban para rellenar huecos y que no interesaban a nadie, pero la constancia dio sus frutos y el que siempre está en la redacción, el que no coge vacaciones, un día tiene que sustituir a alguien y entonces demuestra que no es un simple plumilla.

—¿Mario? —me llama Liese y entonces me doy cuenta de que me he quedado abstraído en mis pensamientos y en la sala sólo quedamos ella y yo.

—Disculpa, estaba pensando —murmuro y me pongo en pie—. Supongo que ahora he de contarle a Volker los cambios.

—Que te sea leve —me desea animada y se despide.

Yo sé que al jefe no le va a hacer ni puta gracia, pues supone más demora y, por ende, más dinero, pero me las ingeniaré para que dé el visto bueno.

Además, su prima está de mi lado.

Capítulo 25

Genoveva

—¿Qué haces? —pregunta una voz a mi espalda.

Miro por encima del hombro, más por inercia que por interés, pues sé muy bien de quién se trata, ese tono de voz es inconfundible, y enseguida vuelvo a concentrarme en mi maleta. Quiero dejarla lista. Es una manía que tengo, ocuparme en persona del equipaje antes de viajar, así que no me molesto en señalarle lo obvio.

Hubiera preferido planificar el viaje con antelación, como hago siempre, pero las circunstancias me obligan a cambiar la agenda.

Oigo sus pasos acercándose y se queda junto al vestidor, con los brazos cruzados, con una actitud que raya la arrogancia, pero como estoy más preocupada por otros asuntos, lo dejaré pasar.

—¡Vaya, qué emoción, nuestra primera pelea! —se guasea, y yo me contengo para no caer en la provocación—. Si no se me ha olvidado... yo ahora te pregunto qué te pasa, tú dices que nada. Yo insisto, tú erre que erre y al final o me mandas a paseo o acabamos follando en el suelo.

—Muy gracioso —digo y me voy al baño en busca de mi bolsa de aseo.

—Sobra decir que puedo soportar la típica pelea con diálogo de besugos si al final eliges la segunda opción.

—Veo que tienes cuerda para rato —comento, a ver si deja de decir estupideces.

—Pues entonces, ahorrémonos las tonterías. Habla conmigo y deja de comportarte como una pedorra enfurruñada —va y me suelta.

—¿Pedorra enfurruñada? —repito y me contengo para no reírme ante la elección de sus palabras.

—¿Eso que intentas disimular es una sonrisa? —pregunta y se acerca a mí para, sin tener en cuenta mi deseo de mantener las distancias, sujetarme la barbilla y obligarme a que lo mire a los ojos.

—Déjame tranquila un rato —le espeto—. Y si tanta curiosidad tienes, salgo de viaje. ¿Contento?

—Pues no. No tiene pinta de ser por negocios, pues, conociéndote, me lo hubieras dicho hace días, sé lo mucho que te gusta cumplir con tu agenda.

—¿Eso ha sido una crítica? —inquiero, dando un paso atrás, no porque me sienta intimidada, sino porque quiero acabar de hacer la maleta.

No obstante, Mario me lo impide y me empuja hasta que me topo con el marco de la puerta. Su expresión es burlona, la mía no.

—Ha sido un cumplido —me aclara con su tono más seductor, el mismo que utilizaba cuando era un presentador estrella.

Sí, aunque jamás lo reconozca en voz alta, y menos ante él, he buscado vídeos suyos y me he quedado prendada. Mario era de los buenos y ahora lo tengo frente a mí. Su actitud, cercana a la intimidación, quizá no me guste, sin embargo, soy incapaz de darle un empujón.

—Gracias —digo y trago saliva.

—De nada y ahora dime adónde vas —inquire en voz baja.

La pregunta no es fácil de responder, porque en parte él es el responsable.

—A Madrid.

—Joder... —masculla y no hace falta que le dé más explicaciones.

No se aparta, sólo se pasa una mano por el pelo, sin duda ha perdido el buen humor.

—Exacto. Voy a ocuparme en persona de todo esto lío —afirmo sin titubear.

—Mierda... —añade tenso.

—Ya está bien de quedarme cruzada de brazos y dejar que otros se ocupen de mis asuntos. Si Diego quiere guerra, la va a tener.

—Me voy contigo, yo también tengo que ajustar cuentas —se ofrece sin pestañear.

—De momento no es necesario —contesto.

—Discrepo. A mí también intentan joderme y esta vez no me da la puta gana

de quedarme callado.

—De momento, tú estás al margen —le recuerdo.

—Depende de cómo se mire —me contradice y se inclina hacia mí.

Cerca, demasiado. Percibo su aroma. Podía haber curioseado entre sus cosas para saber el nombre de la colonia que utiliza, pero no lo he hecho.

—Es mejor que no intervengas —susurro y he estado a punto hasta de suspirar, y no sólo eso, sino también de acariciarle la mejilla.

—No sé si tu ex y la mía se han puesto de acuerdo para tocar los cojones —prosigue—, pero como bien has dicho, esta vez me van a tener enfrente.

—Está bien —accedo.

Intento apartarme, prefiero que este momento no se convierta en uno que no es y nos pongamos sensibleros.

—Perfecto. Nos vamos de viaje —dice algo más animado—. ¡Nuestro primer viaje juntos!

—Deja de decir tonterías —lo reprendo, porque esto último lo ha dicho con voz de falsete. Es difícil contener la risa con semejantes expresiones—. Esto es serio.

—Por eso mismo, no quiero que ninguna zorra ni ningún cabrón me amarguen la existencia y mucho menos que me jodan un buen plan.

—Pareces muy seguro de ti mismo —replico, arqueando una ceja.

—Ya sabes, las ventajas de la tarifa plana —aduce, esbozando una media sonrisa de lo más reveladora.

Noto una mano en la cadera e intuyo que su intención no es quedarse quieto. En efecto, se desplaza hacia atrás y me agarra del culo, para estrujármelo de forma vulgar.

—Tengo que llamar a mi secretario —murmuro.

—¿Perdón? —masculla ante mi aparente cambio de tema.

—Si pretendes viajar conmigo, Maurice tendrá que modificar las reservas —explico y esboza una sonrisa.

—Dile que lo haga en primera clase, los servicios son mejores —musita junto a mi oído, provocándome un escalofrío.

—¿Y qué más te da? —repongo, mientras le permito que continúe

manoseándome.

—La tarifa plana incluye sexo a todas horas y en cualquier ambiente — contesta y estallo en carcajadas, contagiándolo.

—Estás obsesionado —lo regaño, aunque con poco énfasis.

Entonces tomo la iniciativa y lo palpo por encima del pantalón. Encontrarlo empalmado no supone ninguna sorpresa, más bien un incentivo. Aprieto un poco, percibo su tensión, su respiración se acelera y la mía también.

—Los aseos en los aviones son ya de por sí incómodos para una sola persona —le recuerdo.

—Desabróchame los pantalones, joder —masculla—. Y ya sé cómo son los malditos servicios de los aviones.

—No lo haré contigo en un lugar tan cutre —le advierto, al tiempo que me ocupo de su cinturón.

—¿Podrías ir más rápido? —me insta, dando muestras de su impaciencia.

Metó la mano dentro de sus pantalones. Podría ir directa al grano, pero no lo haré. Tanteo, juego y lo pongo en el disparadero.

—¿Decías? —lo provoco.

—Follarás conmigo en el avión y, respecto a lo que tienes ahora en la mano, estoy seguro de que darte indicaciones es absurdo.

—No voy a arriesgarme a que me llamen la atención —repongo, refiriéndome a su absurda idea de que nos lo montemos a bordo.

—Tranquila, nos las apañaremos, y ahora...

Ser consciente de que te están tentando no significa poner los medios y resistirse, no al menos en mi caso. Adoptar una actitud defensiva es ridículo, así que, mientras una de mis manos continúa masturbándolo, la otra lo agarra por la nuca, obligándolo a inclinarse y así besarle.

—Ya era hora —musita, respondiendo con avaricia e intentando tomar el mando, algo que no le consiento—. Si además... permites... que... meta... una mano... entre tus... piernas...

—No —me niego y devoro su boca.

No sé cuál de los dos jadea más fuerte dándonos el lote junto al vestidor, sé que le gustaría tocarme y a mí que lo hiciera; sin embargo, resulta más

interesante posponer algo que va a ocurrir.

Le muerdo el labio y tiro de él, logrando que se tense y al mismo tiempo disfrute. Está a punto, sus caderas embisten como si el puño en el que encierro su polla fuera mi sexo.

—¿No quieres que me arrodille y te devore el coño? —me plantea gimiendo.

Dejo de masturbarlo y lo miro a los ojos. Le cuesta respirar, está aguantando como un campeón para no correrse. Creo que puedo ceder un poco.

Suelto su erección y él se deja caer. No espera ni medio segundo para levantarme el vestido y meterse entre mis piernas. Echó la cabeza hacia atrás cuando comienza a recorrer con la lengua mi sexo. A diferencia de muchos tipos que se limitan a chupar y poco más, Mario utiliza la punta para ir abriéndose camino hasta llegar al clítoris y succionar con fuerza.

—¿Uno o dos? —pregunta y percibo su excitación en la voz.

Sé a qué se refiere, si bien no respondo: que elija él. No tarda en penetrarme con un dedo, sólo uno. Sabe muy bien cómo mantenerme expectante y me arqueo en busca de mayor contacto. Muevo las caderas al ritmo que Mario marca. No va a tener que esforzarse demasiado, estoy a punto de caramelo.

Pero me gusta aplicar la máxima de que quien algo quiere algo le cuesta, por eso inspiro y le pido que se aparte. Como era de esperar, protesta y me mira como si me faltara un tornillo.

—¿He hecho algo mal? —pregunta de forma retórica, pues es muy consciente de que su técnica es casi perfecta.

Le sonrío de medio lado y me aparto de él. Mario continúa arrodillado, quieto, esperando. Me quito el vestido y me siento en la cama. En cuanto le hago un gesto, se acerca a mí. Me abre las piernas y todo vuelve a empezar.

* * *

Cuando nos bajamos del taxi, Mario sigue con esa sonrisa bobalicona de satisfacción que se le ha quedado tras el vuelo.

Al final se ha salido con la suya. Cuando faltaban apenas cuarenta y cinco minutos para aterrizar, nos hemos encerrado en el aseo del avión, aprovechando

que los pasajeros ya estaban más pendientes de llegar que de ir al baño.

Una vez en el minúsculo espacio, me ha colocado contra el lavabo para situarse detrás, levantarme la falda y penetrarme.

Su sorpresa ha sido mayúscula, y no porque me haya mostrado tan colaboradora, sino porque no llevaba bragas. Y en ese instante no iba a dar explicaciones, ni él a pedírmelas.

Desde luego, quién me iba a decir a mí que acabaría, en primer lugar, subiéndome sin bragas a un avión y después follando en el aseo con mi novio de pega.

Él, tras el interludio sexual, no ha dejado de mirarme con una sonrisita pedante, haciéndome algún que otro comentario subido de tono cuando se han encendido los indicadores de que debíamos abrocharnos el cinturón.

Una vez en Barajas, me ha insinuado que repitiéramos en los baños de la terminal, pero lo he mandado a paseo. Y cuando nos hemos subido al taxi, no se le ha ocurrido otra cosa que susurrarme al oído que si tenía los muslos pegajosos él estaría encantado de limpiármelos con la lengua.

Debería haberle respondido con un comentario cortante, en cambio, hasta he estado a punto de ceder. Menos mal que en el último segundo he recuperado la cordura.

—¿Por qué no vamos a un hotel? —propone arrastrando su maleta y mirándolo todo como si se tratara de un tugurio.

—¿Te parece mal quedarte en mi apartamento?

—¿Esto es tuyo?

Sé lo que está pensando o al menos me lo imagino. La propiedad está ubicada en un barrio modesto, el edificio necesita una reforma y no sobran metros cuadrados.

—Sí. Lo compré cuando firmé mi primer contrato en Caprice Food International.

Su expresión cambia. Pasa de arrogante, típica de quien vive rodeado de lujos, a otra más comprensiva, incluso de sorpresa.

—Me adaptaré, aunque si llegas a decirme que no querías alojarte en un hotel, podríamos haber ido a mi ático —dice y me mira fijamente—. Aparte de ser más

amplio, seguro que a Vanesa se la llevan los demonios si sabe que otra mujer se aloja allí.

—Ese comentario es demasiado infantil incluso para ti —alego y, como no tengo ganas de discutir, le pido que deje sus cosas en el dormitorio.

Me frotó la frente, más en concreto el lado derecho, el mismo con el que he chocado con el espejo del baño del avión. En aquel reducido espacio, la única forma de montárnoslo era que yo me apoyara en el lavabo y Mario, detrás de mí, pudiera empujar, pero al meternos en faena, entre las prisas, las limitaciones del habitáculo y el ímpetu de él, mi frente ha impactado contra el espejo. No ha sido grave, aunque sí molesto y creo que al final me quedará una marca.

—¿Te duele? —pregunta acercándose.

No estoy acostumbrada a gestos cariñosos, así que cuando levanta una mano y me acaricia la frente, me siento rara.

—No —respondo en voz baja y Mario sonrío pícaro.

—Deja de mirarme así —le pido. Me aparto de él para dirigirme al dormitorio—. Aquí no hay cuarto de invitados, así que si te portas mal, duermes en el sofá.

—Tú no quieres que me porte bien —aduce, siguiéndome muy cerca, tanto que me empiezo a agobiar. Mario parece divertirse. Se queda pegado a mi espalda y se inclina para darme un beso en el cuello—. ¿Qué te apetece que hagamos esta noche?

—No estoy yo para susurros —replico.

—Me refería a si quieres salir por ahí, a un local de moda, ya sabes, para dejarse ver, la parejita feliz y todo eso —me aclara y detecto cierto aire burlón.

Niego con la cabeza.

—Mejor no, estoy cansada.

—De acuerdo —conviene y se aparta para ocuparse de su maleta.

Dejamos nuestro equipaje más o menos ordenado, pues no disponemos de mucho espacio y la idea es volver a Zúrich en una semana. No me puedo permitir el lujo de ausentarme de la oficina más tiempo.

A la hora de la cena, Mario me pregunta con su tono más burlón si me voy a encargar de cocinar. Al ver mi cara, saca su móvil y encarga comida a domicilio. No me pregunta y tampoco me importa qué ha elegido. Por suerte, tiene buen

gusto y una cartera saneada para pagarla. Decirle que me ocuparé de pagar el cincuenta por ciento es ridículo, así que me limito a poner la mesa.

—¿Aprovechamos para hacernos confianzas o nos comportamos como dos extraños? —plantea en medio de la cena.

Y tiene parte de razón, pues apenas hemos hablado.

—No lo veo necesario, pero si insistes...

—Joder, haz un esfuerzo, que tampoco quiero saber todos los detalles — replica medio en broma.

—Muy bien, empieza tú —propongo y él rellena las copas de vino, a pesar de que le he dicho por activa y por pasiva que evito el alcohol en la medida de lo posible; sin embargo, Mario hace caso omiso.

Capítulo 26

Mario

Contarle a una mujer las perrerías que te ha hecho otra no es muy aconsejable. A favor de Genoveva he de decir que al menos intenta ser neutral. Me escucha y, como mucho, hace una mueca cuando utilizo términos de lo más despectivos, como «hija de puta», «zorra» y «cabrona» para referirme a Vanesa.

—No quiero hacerme la víctima ni dar pena —digo muy serio.

—Aun así pretendes joderla a base de bien —indica ella, resumiendo en una frase toda la explicación.

—Por supuesto y no pienso ceder.

—¿Merece la pena?

—Pues no lo sé; no obstante, no voy a consentir que viva a mi costa y si para ello tengo que regalarles el puto ático a las Hermanitas de la Caridad, lo haré —afirmo y relleno las copas de vino. Sé que no es muy aficionada a beber alcohol, pero así se relaja un poco el ambiente.

Genoveva es, o pretende ser, una mujer estricta, pero es increíble cuando pierde los papeles, tal como ha ocurrido en el avión. Joder, si me estoy empalmando de nuevo sólo recordándolo.

—¿Y por qué no lo vendes a un precio ridículo y de esa forma ella se lleva su parte sin rechistar?

—Ya lo intenté, aunque mi abogado me advirtió que existe una tasación oficial, bastante ajustada al precio real, de la que no se puede bajar —respondo.

Ella se pone en pie y comienza a recoger la mesa. La cocina es minúscula, como el resto del apartamento. No obstante, Genoveva parece orgullosa de él y yo puedo apañármelas por unos días.

Me levanto para ayudarla y enseguida lo dejamos todo listo.

Le propongo sentarnos un rato en el sofá, aunque a mí me hubiera gustado salir a tomar una copa, aunque entiendo que ella esté cansada o apática, con Genoveva nunca lo sé. Podría marcharme yo solo por ahí, pues dudo mucho que me lo impida, pero termino sentándome en un sofá que ha visto tiempos mejores, aparte de que la tapicería es un horror estético. Podría encender la tele y entretenerme yo solo, sin embargo, creo que hemos creado un buen ambiente para conversar y no quiero desaprovecharlo.

Doy unos golpecitos en el asiento para llamar su atención y ella me mira, aunque no hace ningún movimiento. Insisto hasta que se acerca.

—Pensaba que por hoy ya habíamos tenido suficientes confianzas — murmura sentándose, pero mantiene las distancias.

—Ahora te toca a ti —replico de buen humor.

Ella se frota la frente. Disimulo mi sonrisa, la pobre acabará con un buen chichón y yo soy en parte culpable. Mi intención no era follármela como un loco, bueno, sí, aunque sin lastimarla. Pero entre empujón y empujón, creo que se me ha ido de las manos y he sido demasiado bruto.

—Lo siento —me disculpo, a pesar de que miento como un bellaco, pues lo más probable es que si se repitiera la situación actuase de forma muy similar.

—No es cierto —replica y esboza media sonrisa.

Creo que me ha pillado; no lo voy a reconocer.

—Como no te veo muy predispuesta a hablar de tu pasado, dime al menos qué planes tienes, porque este viaje no es por placer —propongo, confiando en que al menos me considere digno de su confianza, porque en lo que a sus movimientos se refiere es demasiado hermética. Y la comprendo, yo suelo mostrarme reservado, no obstante, creo que en este caso no es lo mismo.

Genoveva inspira hondo, me da la sensación de que no me va a gustar lo que diga.

—Mañana voy a reunirme con Diego, a solas.

Mi intuición no ha fallado.

—Ya veo... —murmuro y procuro no encabronarme, pues es evidente que ya lo tenía decidido y sin consultarme—. ¿Y crees que así solucionarás algo?

—No, pero quiero dejar clara mi postura. No voy a esconderme —afirma y

hasta estoy tentado de halagar su determinación.

—Te acompañaré —propongo muy serio.

—Ni hablar.

Me levanto del sofá, a la mierda la contención.

—¿Estás mal de la cabeza? Ese tipo es un imbécil de manual y con amigos dispuestos a echarle un cable con tal de lograr sus objetivos. Dentro de poco serán las elecciones, tiene que ir a por todas y salvar el culo.

—Tengo muy presente quién es, tranquilo —replica con calma, lo cual sólo me enerva más.

—No seas ingenua, por favor —protesto y por su expresión sé que eso le ha sentado como una patada en el estómago—. Tu ex no va a jugar limpio y lo sabes.

—¡Por supuesto que lo sé! Como también sé que le encanta salirse con la suya al más puro estilo niño malcriado, pero tengo intención de... —hace una pausa que no me gusta ni un pelo— de mentir.

—¿Perdón?

—Voy a hacerle creer a Diego que, durante nuestra relación, oí por casualidad alguna que otra cosilla respecto a sus tejemanejes y que copié algunos de sus correos electrónicos, que mostraré sin dudar ante quien proceda si continúa tocándome la moral.

—¡No me jodas! ¿Estás loca? —estallo sin poder evitarlo.

—Estoy harta, que no es lo mismo, de que tipos como él intenten mangonearme, y no pienso ceder ni un milímetro —asevera con su tono más expeditivo.

La respeto por ello, por supuesto.

—No es tan fácil engañar a tipos como tu ex, rodeados de verdaderos magos de la política que son capaces de darle la vuelta a la tortilla con tal de proteger sus intereses.

—Soy muy consciente de ello, de ahí que sólo pretenda insinuárselo —alega, manteniendo la calma.

—Razón de más para que te acompañe —insisto.

—Tu presencia sólo lo pondría a la defensiva y quiero que hable. A Diego le

gusta presumir de sus «hazañas», de ahí que vayamos a estar solos.

Me voy a la cocina y me sirvo otra copa de vino. ¡Joder con Genoveva, qué ganas de estropear las cosas! Tengo que encontrar un modo de frenarla, pero sé que será complicado, está acostumbrada a tomar decisiones por sí misma.

Cuando regreso al salón y la miro me doy cuenta de que sólo puede haber una forma de ayudarla, ya que disuadirla no es factible.

—Muy bien, irás a esa reunión.

—No necesito tu permiso —me espeta altiva.

—Lo sé, no obstante, quiero ayudarte. —Ella arquea una ceja un tanto desconfiada y yo prosigo—. Graba la conversación.

—Ya lo había pensado. Aunque, ¿de qué me serviría?

—Nunca se sabe.

—Ningún juez admitiría esas grabaciones —argumenta con toda lógica.

Sonrío. En esta partida yo tengo un as en la manga.

—Cierto, pero cualquier medio de comunicación mataría por ellas —digo y sé muy bien de lo que hablo.

—Me lo imagino, no obstante, podría demandarme.

—No, porque tú nunca las harías públicas.

—¿Entonces?

—Las filtrarías, por supuesto —explico y me percato de que sería una magnífica forma de darle por el culo a ese cabrón y, de paso, pararle los pies, porque, de no hacerlo, seguirá molestándonos.

—Yo no tengo ni idea de esas artimañas.

—Yo sí —afirmo orgulloso—. Hoy en día existen organizaciones de periodistas que rastrean la red en busca de archivos o de cualquier tipo de documento, que después analizan y contrastan.

—Perdóname, yo no entiendo de estas cosas. Y Diego, por muy tonto que sea, se daría cuenta de que estoy grabando la conversación —aduce y la comprendo, porque no tiene por qué conocer los trucos de la profesión.

—Lo primero es mostrar tu móvil, dejarlo bien a la vista o incluso apagarlo delante de tu interlocutor, alegando, por ejemplo, que no quieres que te molesten. Eso le dará confianza. Por supuesto, llevarás otro móvil en el bolso, con la

función de grabar ya activada antes de entrar en el establecimiento donde quedéis, que ha de ser público —le explico y a favor de Genoveva he de decir que no se escandaliza.

—Por lo visto es cierto el refrán de que en todas partes cuecen habas — comenta con un deje de ironía.

—Y a calderadas —añado—. De ahí que podamos, aunque sea de una manera poco ética, buscarle las cosquillas a ese imbécil.

—El plan tiene fisuras —apunta Genoveva.

—Joder, pues claro que las tiene —replico alzando la voz.

Ella permanece sentada, sin perder la compostura. Tanto estoicismo a veces es desesperante.

—Y no se te olvide que yo no soy lo que se dice una experta, puedo estropearlo todo en cualquier momento.

—No te subestimes. Y no me tomes a mí por gilipollas. Si eres capaz de enfrentarte a un consejo de administración hostil, un pelagatos como tu ex tiene que ser pan comido —digo con convicción.

—Muy bien —contesta y se pone en pie—. Me voy a la cama, mañana tengo muchas cosas que hacer, empezando por comprar un móvil barato.

—De ese detalle me encargo yo.

—Buenas noches.

Me quedo solo en el salón. Yo también estoy cansado, sin embargo, no me apetece dormir. Debería sentirme incómodo en este espacio tan... tan... de los noventa y tan cutre, pero termino acomodándome en el sofá, con una copa de vino, los pies encima de la mesa y el mando a distancia de un televisor antiguo en la mano.

Lo que viene siendo la típica estampa de tío aburrido.

Creo que la copa de vino desentona y debería buscarme una lata de cerveza, a ser posible de marca blanca, y así la escena sería perfecta.

Pero hace mucho tiempo que dejé de conformarme con la situación, ya no aguanto chorradas. Cierto que el día ha sido agotador y Genoveva quiere descansar, pero no tiene por qué hacerlo sola. Además, siempre he pensado que no hay mejor lugar para preguntar que una cama y, la verdad, tengo muchas

preguntas que hacerle, pues cada vez siento mayor curiosidad, y no sólo desde el punto de vista periodístico, que también, sino personal. Cada día que pasa me intriga más y que haya logrado algo semejante es extraño, porque en general la vida y milagros de la gente me resbalan.

Dejo el salón recogido y apago las luces de camino al dormitorio, que, lo mismo que el resto de la casa, es cutre a rabiar. Antes de acostarme me voy al aseo, tengo que ocuparme de ciertos asuntos ineludibles. Hasta me doy una ducha rápida.

Cuando me acerco a la cama ni me molesto en buscar unos bóxers limpios, me acuesto desnudo. Ella no se inmuta y permanece acostada, dándome la espalda. Puede que incluso esté dormida.

Me arrimo, procurando no parecer un perro baboso. Enseguida noto que sigue despierta. Estupendo, pues no es mi intención perturbar su sueño.

—¿Cuándo compraste este piso? —le pregunto en voz baja.

—No considero que sea el momento propicio para hablar de ello —responde con evidente intención de zanjar la cuestión.

Pero yo soy, o al menos lo fui, un periodista con cierto talento, así que no tengo intención de desistir ante el primer revés. Puedo mostrarme persuasivo, seductor o lo que sea menester, y para ello nada mejor que recurrir a mis habilidades. Traducido, que tengo poca paciencia y voy a lo seguro.

Estiro el brazo y comienzo a recorrer con la yema del dedo el contorno de su hombro, el único trozo de piel al que tengo acceso. Ella no se aparta y por eso percibo su incomodidad. Da igual, yo continúo.

—Cuando por fin tuve un sueldo aceptable, tras mi período como becaria, decidí que no iba a seguir pagando un alquiler, por mucho que le conviniera a Víctor, mi novio de entonces —explica sin ninguna emoción.

—Me cuesta imaginarte teniendo una relación convencional —digo, sin dejar de tocarla.

—Todos tenemos un pasado —replica con sorna—. Y aprendí bien la lección, puedes estar tranquilo.

Sonrío. Sé muy bien a qué se refiere y, a pesar del dardo lanzado, no me enfado.

—¿Quién dejó a quién? —inquiero, aunque no sé si llamarlo olfato periodístico o sentido común, pero me sé la respuesta.

—No me quedó más remedio que elegir entre mi carrera y mi novio —alega sin mostrar la menor emoción.

—Hiciste bien —sentencio, porque si yo hubiera hecho lo mismo, ahora otro gallo me cantarí.

—Hay quien piensa que he renunciado a mucho por mi carrera profesional, sin embargo, yo no lo veo de ese modo —añade y se vuelve para quedar cara a cara conmigo—. A los hombres no se los cuestiona cuando optan por no formar una familia.

—Es injusto, lo reconozco —admito y, si me pongo en su lugar, entiendo todo el esfuerzo, toda la constancia que ha debido de tener para no mandar a paseo su carrera.

—Sólo dices eso para quedar bien —me recrimina, esbozando una media sonrisa de lo más cínica.

—Pues no, créeme si la hija de puta de mi ex, en vez de joderme la vida para vivir del cuento, me hubiera abandonado por un buen trabajo, ya la habría perdonado —afirmo sin titubear.

—Alguna vez tendrás que olvidar lo ocurrido.

Niego con la cabeza.

—Nunca. Ni harto de vino pienso perdonarla.

—¿Y merece la pena tanto tiempo y esfuerzo para devolverle el golpe? —pregunta en voz baja.

—Sí —respondo categórico.

—Bueno, es tu decisión —comenta, encogiéndose de hombros—. En los asuntos viscerales, es absurdo dar consejos, cada persona reacciona de forma diferente.

—Una respuesta poco o nada comprometedor. Por lo general, quienes me conocen y afirman preocuparse por mí me recomiendan que pase página —murmuro agradecido, pues si bien no está de acuerdo conmigo, al menos no intenta convencerme.

—No lo hagas si no quieres, pero procura que no termine envenenándote.

—¿Perdonarías tú algo similar?

—Depende...

—Sí o no —insisto—. No me vale la ambigüedad.

—No —contesta finalmente—. No sería capaz de olvidar una barrabasada semejante.

—Gracias. Ahora ya puedo dormir más tranquilo —digo y le doy un beso rápido en los labios antes de apartarme—. Buenas noches.

Capítulo 27

Genoveva

Mentir está mal, todos lo sabemos, aunque ¿debería sentirme culpable por ello?

Cuando el taxi arranca, le doy una dirección que nada tiene que ver con aquella a la que supuestamente debería ir. Mario me ha acompañado a la calle y ha esperado junto a mí, creyendo que iba a una cita con Diego. Bien, sí, tengo una cita con él, pero no hoy.

Si he actuado de esta forma no ha sido por capricho, sino para evitar darle explicaciones, algo que no he hecho desde que rompí con Víctor. Mis decisiones personales sólo me atañen a mí y Mario, por muy comprensivo que se muestre, no entendería por qué he quedado a almorzar con un cantante de reguetón en su apartamento.

Y todavía sería más difícil hacerle comprender por qué voy a darle plantón a Diego, cuando me encuentro, justamente por su culpa, metida en esta desagradable situación.

Cuando hace unos días recibí el mensaje de JR, a pesar de encontrarme sumida en una situación caótica por culpa de un ex vengativo, decidí aceptar su invitación. Está de paso por Madrid y, bueno, no me costaba nada quedar con él, eso sí, dejando a un lado a Mario.

Mi intención no es ser infiel, aunque, si lo pienso detenidamente, ¿debo guardar fidelidad? No ha surgido el tema más que de manera superficial y dudo mucho que a estas alturas de su vida Mario vaya a escandalizarse si yo decido acostarme con otro, al fin y al cabo ninguno de los dos nos hemos comprometido a nada, nuestra unión es circunstancial, de conveniencia, y lo más probable es que él tenga también alguna cita.

Sobre todo, teniendo en cuenta cómo es el golfo de su jefe. Y sí, lo admito,

me excitó su arrogancia y sentí muy serios deseos de demostrarle de lo que soy capaz, máxime cuando Mario, en vez de enfadarse, mostró un comportamiento maduro, a la par que morboso.

El taxi se detiene y yo aprieto los muslos. Qué momento tan inesperado para excitarme. Abono la carrera, me apeo del vehículo y me voy directa al apartamento de JR.

Éste me recibe con una sonrisa de oreja a oreja y poca ropa. Porque el pantalón de chándal gris oscuro muestra más de lo que cubre. Arqueo una ceja ante tanto despliegue de piel y me percató de que se ha hecho un tatuaje a la altura del corazón.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de verte —me dice entusiasmado y lo abrazo como si fuéramos viejos amigos, lo cual es absurdo, pues sólo nos hemos visto una vez antes de ahora y hemos mantenido un sencillo intercambio de mensajes; sin embargo, este chico ha despertado en mí mucha ternura, más de la que yo pensaba.

—Gracias por invitarme —digo y él se aparta a un lado para que pase.

La decoración es tan ostentosa como recuerdo, incluso más, porque a plena luz del día se aprecian mejor esos detalles que, por costosos que sean, no dejan de ser horteras, aunque creo que JR tiene derecho a vivir rodeado de este horror estético si así lo desea. Espero que, cuando madure, mande reformar el apartamento.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta animado y seductor, no soy tan tonta como para no percatarme de ello; no obstante, me hago la despistada.

—Un café.

Nos dirigimos a la cocina, equipada a la última, llena de cachivaches y de envases de comida rápida, latas de cerveza y botellas de cristal.

—Lo siento —comenta avergonzado—, anoche vinieron unos amigos y...

Me acerco a él, que se ha situado junto a la cafetera, y me encargo de insertar la cápsula.

—Estás en la edad —le digo con aire cómplice—, pero yo que tú empezarías a recoger este desaguisado.

—Para eso está la asistente —replica y yo niego con la cabeza.

Entonces JR se da cuenta de que a lo mejor no nos conviene que nadie entre en la casa, por lo que se pone a buscar una bolsa de basura, mientras yo disfruto de la taza de café y de las vistas, porque el elástico de esos pantalones parece muy endeble.

Se nota que el chico ha pasado de vivir con lo puesto a tener dinero en abundancia, no sólo por la decoración recargada, sino por su comportamiento descuidado. Cree, y no es el único, que a partir de ahora todo el mundo ha de rendirle pleitesía y limpiar su mierda.

—Ya sé lo que estás pensando —afirma cuando acaba de limpiar. Deja una enorme bolsa de basura arrinconada, se acerca a mí y cruza los brazos con aire juguetón—. Que soy un guarro.

—Sí, algo así —murmuro y le acaricio la cara.

—No quiero que me trates como si fueras mi madre —me advierte.

—Pues entonces empieza a preparar ese estupendo almuerzo que me has prometido —replico y él se inclina hasta quedar muy cerca de mis labios.

No debería dejarlo, sin embargo, permito que me bese. Lo hace con cierta cautela, confiando en que sea el comienzo de algo más intenso. No tenía intención de animarme, pero JR besa muy bien, sabe hacerlo sin agobiar. Enseguida noto su cuerpo entrando en contacto con el mío. Me aprisiona contra la encimera. Lleva la iniciativa, algo que no me molesta y por ello me muestro receptiva.

Se le ha puesto dura y se restriega contra mí. Puedo hacerme la tonta, si bien opto por meter la mano dentro de esos holgados pantalones deportivos. No lleva ropa interior, lo que facilita las cosas. Sin perder tiempo le apreso la polla y aprieto.

—Joder —gruñe, moviendo las caderas.

No lo culpo, está excitado e intuyo qué desea, así que empiezo a masturbarlo. De una forma torpe, sólo para provocarlo, y la maniobra surte efecto, pues comienza a jadear. Ambos sabemos que sé hacerlo mucho mejor, no obstante, JR soporta como un valiente sin protestar ni exigir y, en recompensa, cambio de actitud.

En cuanto mi mano demuestra sus habilidades, JR gruñe y embiste. Esconde

su cara en mi cuello y resopla, sin duda acercándose al orgasmo.

—No quiero correrme —protesta con poca vehemencia, pues no se aparta, más bien todo lo contrario—, pero no en tu mano, quiero metértela.

—Ya me he dado cuenta —susurro, moviendo la mano más deprisa.

—Hasta el fondo —añade tan excitado que no creo que tarde mucho en eyacular—. Tan a fondo que grites.

—Mmmm... —ronroneo, aunque no creo que por ahora su deseo se materialice.

—Y no sólo eso —prosigue cada vez más jadeante—, quiero sentir cómo me aprietas, cómo me clavas las uñas...

—¿Y qué más? —pregunto, sólo por el placer de escucharle relatar sus fantasías, porque por el momento no pasarán de ahí.

—Quiero que estés encima, subiendo y bajando sobre mi polla, incluso haciéndome daño... Cualquier cosa con tal de sentirte así.

JR no me toca, mantiene las manos apoyadas en la encimera, mientras yo lo manejo a mi antojo.

—Eso se lo dirás a todas —replico medio en broma y él gruñe.

—No —me rebate—, a las demás me las follo y punto.

—¿A cuántas te has tirado desde que nos conocimos? —pregunto, dándole una buena sacudida.

—Joder, ¡yo qué sé! —se queja.

—¿Cuántas? —insisto.

Noto cómo traga saliva y respira hondo para resistirse, pero me da la sensación de que no va a aguantar ni un minuto más.

—Siete... ocho... Maldita sea, no me acuerdo —gruñe.

Sonrío.

—¿Sólo?

JR jadea y enseguida noto la humedad en mi mano, se ha corrido. No lo suelto, aunque disminuyo el ritmo hasta que se relaja del todo. Dejo una mano dentro de sus pantalones y con la otra le revuelvo el pelo.

—¿Por qué me preguntas con cuántas he follado?

—Simple curiosidad.

—¿No estarás celosa?

—Mucho —me guaseo y saco la mano de sus pantalones, lo aparto para poder lavarme y después, mientras me seco, lo miro divertida.

—Me estás vacilando —afirma y yo asiento—. Entonces me lo preguntas por morbo.

—Sí —afirmo sin perder el buen humor.

—Pues no hay gran cosa que contar, lo de siempre. Chicas monas, tetas grandes, dispuestas a todo por su minuto de fama y sin dos dedos de frente. Nada memorable.

—Qué lástima...

—No finjas que te importa —replica y detecto un amago de enfado—. Sigues sin dejar que te folle como me gustaría.

—¿Qué importa eso ahora?

JR se va hasta el frigorífico y empieza a sacar envases de comida. Es evidente que va a cumplir su palabra y vamos a almorzar.

—Mucho, en especial cuando anoche, sin ir más lejos, en mi camerino tenía dos tías muy interesadas en montárselo conmigo, incluso se ofrecieron a hacerlo sin condón.

—¿Y eso lo consideras un regalo? —Se encoge de hombros, lo cual me molesta—. Escúchame bien, ni se te ocurra follar a pelo, ¿de acuerdo?

—No eres mi madre —me espeta.

—Claro que no lo soy —repongo muy seria—. Y espero que no cometas ninguna estupidez.

Como parece que JR se va a coger un berrinche, me acerco hasta él y lo obligo a mirarme a los ojos. No dudo incluso en sujetarle la barbilla. Es más alto que yo y podría apartarse sin mucho esfuerzo, pero no lo hace.

—No hagas ninguna estupidez —le repito sin parpadear—. Ya tendrás tiempo de follar a pelo, no te arriesgues a hacerlo con una desconocida.

—Lo sé, joder, lo sé —murmura—, pero no te imaginas lo tentador que es, lo fácil que es chasquear los dedos y que todo el mundo te haga la pelota.

—¿Quieres que dentro de un año te pongan una demanda de paternidad?

—Mierda, pues claro que no.

—Entonces no cedas y usa preservativo.

—Es que los odio —masculla resoplando.

Niego con la cabeza porque estos veinteañeros son gilipollas.

—¿Qué os pasa a los de vuestra edad con los condones?

—Que son un engorro y, por mucho que digan, no se folla igual —afirma y me llevo las manos a la cabeza.

—Mira, chaval —replico impertinente y me acerco para darle una colleja—, cuando yo tenía tu edad, había farmacias donde se negaban a venderlos. Nos daba una vergüenza que no te imaginas ir a comprarlos, pero el «Póntelo, pónselo» se nos quedó grabado a fuego.

—¿Póntelo, pónselo? ¿Qué tontería es ésa?

—Mira YouTube —le recomiendo—. Si la generación de tus padres, o, ya puestos, la de tus abuelos, hubieran tenido libertad y facilidad para usar condones, desde luego no se hubieran comportado como tú.

—Vale, vale —se queja ante la reprimenda que le está cayendo—. Intentaré no olvidar tus consejos. Pero es que...

—Madura un poco —insisto—. Y lleva un buen número de condones a mano.

—En mi dormitorio hay unos cuantos, ¿quieres comprobarlo?

—Buen intento, aunque primero disfrutemos de los placeres de la mesa...

JR no se muestra muy conforme, aunque accede.

Durante el almuerzo, me cuenta cómo le está funcionando la gira: el éxito es rotundo y ya trabaja en el próximo disco. Puede que sus canciones me parezcan un horror, pero me alegro muchísimo de que le vayan bien las cosas, sé que trabaja y se lo merece.

Se muestra entusiasmado mientras me cuenta los detalles técnicos, cómo ensayan horas y horas junto con los bailarines del espectáculo, o cómo ya está ultimando las canciones de su próximo disco. Es evidente que ha nacido para esto.

Me habla también de la canción que me ha compuesto. Ni que decir tiene que me siento halagada, aunque no me queda más remedio que recordarle mi situación actual.

Ello me obliga a hablarle de Mario.

No era mi intención que su nombre saliera en la charla, pues, como me temía, la reacción de JR ha sido vehemente. Ha puesto mala cara y su lado más irracional y celoso ha hecho acto de presencia.

En teoría no tengo por qué dar explicaciones, pero tampoco quiero enemistarme con el chico, así que lo pongo al corriente sobre la clase de relación que tengo con Mario. Procuero sonar tranquila, como si se tratase de un asunto que no afecta a mis sentimientos, algo harto complicado, pues por mucho que una se esmere, siempre se involucra más de la cuenta.

—¿Follas con él? —inquire un tanto impertinente.

—¿Ésa es la única conclusión a la que has podido llegar? —pregunto sorprendida por su reacción. En ningún caso esperaba un ataque de celos.

—Tú dirás... En nuestra primera cita sólo dejaste que me corriera en tus tetas.

—Gozo de una memoria excelente, gracias —replico, arqueando una ceja ante sus palabras. No me ofende que utilice términos tan explícitos, sino el tono, marcadamente acusatorio.

—Y ahora acabas de cascármela en la cocina.

—No he oído quejas —digo, mirándolo a los ojos.

Con sus tonterías está arruinando una estupenda sobremesa, pues, a pesar de que todo lo que ha servido en la mesa era comida precocinada, al menos ha tenido el buen gusto de encargarla a un restaurante de renombre.

—Y no las tengo, me gusta que una tía sepa meneármela; sin embargo, te niegas a acostarte conmigo.

—¿A qué se debe semejante ataque de celos?

—¡Joder! Quiero follar contigo y digo yo que he hecho méritos para ello.

Sonrío de medio lado.

—Yo no soy una de esas chicas que bailan y mueven el culo de forma denigrante al son de tus canciones —murmuro y doy un buen sorbo a mi copa de agua.

—Se llama *twerking* —me aclara.

—Se llama estupidez —lo corrijo—. Y hace tiempo que yo decido por mí misma, JR, así que no me presiones.

—No has respondido a mi pregunta —masculla.

—No es de tu incumbencia —contesto sin perder la calma.

Se levanta de la mesa y, actuando de forma irracional, algo propio de su inmadurez, manda a tomar viento los cubiertos y vuelca su vaso de refresco, poniéndolo todo perdido. Luego sale escopetado de la cocina. Oigo un portazo: se ha encerrado en su dormitorio.

Perfecto, si así es como quiere comportarse, no voy a ser yo quien le dé una lección de educación. Así que me levanto, voy en busca de mi bolso y, sin perder la compostura, salgo del apartamento de JR.

Si en algún momento recapacita y se da cuenta de lo estúpido de su proceder, puede que hasta vuelva a quedar con él. A mi edad ya no aguanto tonterías de nadie.

Una vez fuera enciendo el móvil y compruebo que tengo al menos diez llamadas perdidas, todas del mismo número: Diego. No tengo ganas de hablar con nadie, así que aprovecho para dar un paseo.

Si le he dado plantón a Diego es para que se ponga más nervioso. Que pierda la calma, que se vea acorralado y cometa algún error. Si acudo a su llamada sin más, se vendrá arriba pensando que puede manejarme.

Puede que me haya equivocado; no obstante, me siento bien por ser capaz de no actuar de forma previsible, eso a Diego lo descolocará.

Capítulo 28

Mario

Acaba de llegar. Veo cómo se baja de un taxi, con su característico porte elegante y sencillo. Llevo un buen rato mirando por la ventana, consciente de que me ha mentido. ¿La razón? No pienso preguntársela. Comportarme como un gilipollas controlador no es mi estilo, así que me quedaré cruzado de brazos. Si Genoveva quiere hablar, la escucharé.

Oigo el sonido de la cerradura y sus pasos. Enseguida se dará cuenta de que estoy en el salón, en silencio, y con una cerveza bien fría en la mano.

—¿Qué haces ahí a oscuras? —pregunta y enciende la luz.

—Meditar —respondo tan pancho—. ¿Cómo te ha ido todo?

Genoveva me mira fijamente. Puede que trate de inventarse una mentira convincente, o no. Me da igual. Ella sabrá lo que hace. Lo mismo que yo, por supuesto.

No dice nada, sólo deja su bolso sobre el sofá y se acerca a mí.

—No he estado con Diego —murmura y no hay que ser muy listo para intuir que no ha pasado el día sola.

—Pues son más de las diez, no imagino qué has estado haciendo —replico en tono burlón. Apuro mi cerveza y evito mirarla. Fracaso, pues la maldita curiosidad vence. Su aspecto es exactamente igual al que tenía esta mañana cuando la he acompañado al taxi y ese detalle hace que me interese más de lo que debería.

—Paseando —contesta y, sorprendiéndome, se acerca a mí para birlarme la cerveza. Da un buen trago y me la devuelve como si nada—. Y visitando a un amigo, bueno, creo que ahora ya no estoy en su lista de amistades.

—Ese tono, cercano al sarcasmo, me hace pensar que no se trata de un tipo

cualquiera.

—La verdad es que lo conoces —revela en plan misterioso.

—A un periodista no se le pueden dar respuestas ambiguas —digo y ella sonrío de medio lado.

Se queda frente a mí, ignoro a qué juega o qué pretende. No contenta con ello, alza la mano y la posa sobre mi pecho, a la altura del corazón, y, sin dejar de mirarme, la va desplazando hacia abajo.

—Mi intención era pasar un buen rato —se justifica.

Inspiro hondo, porque esta conversación es demasiado rara incluso para mí. No tengo la menor idea de adónde quiere llegar, pero quiero averiguarlo y a ser posible antes de que esa mano empiece a hacer de las suyas y pierda el hilo de la conversación.

—Y la suya que acabáramos en la cama —añade.

—A veces es lo mismo.

Miro hacia abajo sólo un instante, para controlar esa dichosa mano. La deja ahí, quieta, justo encima de la hebilla del cinturón. Deseo, como no podía ser de otro modo, que la baje un poco más. Me estoy excitando, mi respiración me delata y a ella le ocurre lo mismo. Pero en el último segundo deja de tocarme. Hago una mueca de disgusto, aunque enseguida recupero la esperanza cuando se desabrocha el primer botón de la blusa, dejando a la vista el contorno de su sencillo sujetador negro.

—¿No vas a preguntarme qué ha ocurrido? —inquire en voz baja.

Otro jodido botón, sabe cómo tentarme y manipularme. Lo peor de todo es que, siendo consciente de ello, sea incapaz de reaccionar.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto como un tonto, cuando se acaricia por encima del escote.

—Lo he masturbado en la cocina —responde con un murmullo de lo más morboso.

Y yo, que debería, no sé, ¿enfadarme? por varias razones, entre ellas que me haya mentado, en especial cuando me he implicado en sus problemas más allá de lo prudente, soy incapaz de cabrearme. No tiene sentido, ambos somos personas maduras y tampoco nos une una relación basada en la fidelidad.

—¿Y eso es lo que vas a hacer conmigo? —indago tragando saliva.

Ella niega con la cabeza.

—¿Te conformarías?

—No —miento, pues tal como me encuentro, cualquier migaja me sirve.

Antes de que me dé tiempo a parpadear, agarra mi cinturón y, con movimientos impacientes, me lo desabrocha para, acto seguido, bajarme los pantalones y la ropa interior, y tener así acceso completo a mi polla.

—A ti te la voy a chupar —sentencia, dejándome sin respiración cuando se deja caer de rodillas frente a mí.

—Joder, la hostia puta —gruño, porque nada de aproximaciones ni tanteos, se la ha metido en la boca hasta el fondo. Y, por si fuera poco, ha emitido uno de esos gemidos de placer que vuelven loco a cualquiera.

Quiero tocarla, hundir las manos en su pelo y despeinárselo; sin embargo, sé que debo esperar, de modo que respiro profundamente y me mantengo a la expectativa. Pero no puedo, joder, no soy un maldito títere y menos aún cuando comienza a acariciarme las pelotas, apretando y arañando. Me gusta demasiado como para permanecer inmóvil, así que me arriesgo y comienzo empujar, despacio, para que no me mande parar.

—Qué boca... —gimo y mis caderas comienzan a embestir ya sin ningún disimulo.

No parece protestar y me vuelvo ambicioso. Miro hacia abajo, se la estoy metiendo hasta el fondo y ella, lejos de apartarse, me la chupa con más ahínco. Incluso gime encantada.

—En cuanto me lo permitas, te voy a follar aquí mismo, contra el respaldo del sofá o en el suelo, me trae sin cuidado —mascullo muy tenso, porque siento que todo mi cuerpo se prepara para estallar.

—De acuerdo —musita y vuelve a la carga.

—Sé que esto te pone muy caliente —añado y ella me da un azote en el culo, cosa que me encanta—. Tan caliente que hoy me dejarás hacer cuanto quiera contigo.

—Ya veremos... —dice, soltándose para mirarme, con una expresión que no presagia nada bueno, si bien estoy tan loco y cachondo que me trae sin cuidado.

Me agarro la polla y la dirijo de nuevo a sus labios, ella saca la lengua y recorre la punta, su mano continúa apretándome los testículos y yo me voy a correr. Tenso la mandíbula, inspiro y cierro los ojos. Entonces vuelvo a notar la humedad de su boca rodeando mi erección y a oír los sonidos obscenos y característicos de una buena mamada. Creo que incluso está exagerando, algo que me parece perfecto.

Hundo las manos en su pelo y le sujeto la cabeza. No hay posibilidad de retorno y ambos lo sabemos. Por eso me clava las uñas en el culo y yo, por mucho que me esfuerce en retrasarlo, acabo corriéndome en su boca.

Doy un paso atrás y busco un punto de apoyo en la pared, intentando no caerme de culo. Genoveva se pone de pie con gracia y esboza una media sonrisa.

—Intuyo que estás cachonda y que quieres que cumpla mi parte del trato.

En vez de agarrarme de la camisa y exigirme que me ponga a ello, maniobra que me encantaría, todo hay que decirlo, se acerca, me coge de la barbilla y, pese a nuestra diferencia de estatura, me trata con una indolencia que me excita. Mucho.

—La tarifa plana, ¿recuerdas? —susurra con un aire morboso que, si bien no me la pone dura en cinco segundos, lo hará en diez.

Continúo con los pantalones y los bóxers bajados y, lo que es peor, por debajo del trasero, una estampa un tanto ridícula, así que me los coloco bien, no vayamos a tener un disgusto.

—No hace falta que me lo recuerdes —murmuro y sin esperar a que diga nada, le rodeo la cintura con el brazo y la atraigo hacia mí.

—Perfecto —dice susurrante y coloca las manos en mis hombros antes de mordisquearme el labio.

—Por lo que veo, el día te ha cundido bastante —comento con un deje sarcástico—, primero le haces una gayola a un amigo y después una mamada a otro.

—Tú y yo no somos amigos —repite divertida—. Por eso de ti espero algo más...

Con la mano libre comienzo a acariciarle el escote, pero me parece poco, así que me inclino y utilizo la punta de la lengua para dejar un rastro húmedo.

Ella se arquea sin duda encantada con la iniciativa.

En esta postura es difícil seguir adelante, de modo que la voy empujando hasta que queda apoyada contra la pared. Aprovecho para besarla, bien, a conciencia, disfrutando de sus hasta ahora contenidos gemidos, que espero que suban de volumen cuanto antes. Para ello me muevo con rapidez y me deshago de su blusa en primer lugar. El sujetador también es historia, lo mismo que el resto de su ropa, que va amontonándose en el suelo.

Cuando por fin está desnuda, me doy el capricho de meter una mano entre sus piernas. Encontrármela empapada no es ninguna sorpresa, pero sí un excelente motivo para continuar. Rozo el interior de sus muslos con la yema del dedo, describo círculos alrededor del clítoris sin ser todo lo preciso que debería y enseguida noto cómo se arquea y me clava las uñas en el hombro.

—¿Quieres que me arrodille? —inquiero en voz baja junto a su oreja y aprovecho para chuparle el lóbulo.

—Quiero muchas cosas. Haz lo que te venga en gana.

—¿Es un cheque en blanco? —planteo, sin dejar de mordisquearle el cuello.

—Es la maldita tarifa plana.

Me río entre dientes. Muy bien, esta noche Genoveva no está por la labor de dirigir el concierto, lo cual me da vía libre para hacer que grite, suplique y se retuerza de placer.

La tengo desnuda, dispuesta y excitada, ¿qué más se puede pedir? Despacio, sin despegar mis manos de su cuerpo, voy deslizándolas por sus costados y me voy posicionando para que su coño quede a la altura de mi boca. La beso justo por encima del vello púbico y ella separa las piernas dándome la bienvenida. El objetivo queda claro, así que con los dedos me abro paso hasta que puedo utilizar la lengua para estimular sus labios vaginales. Sigo siendo lento, consciente de que la molestará y de hecho así es, pues me tira del pelo.

—A tu edad ya deberías conocer la mecánica del sexo oral, ¿no te parece? —me provoca, y con razón, porque estoy comportándome como un cabronazo.

—Me has dado carta blanca, atente a las consecuencias.

—Algo que no volverá a ocurrir, te lo garantizo —sentencia y siento un pequeño escalofrío.

De ahí que juegue con poco más, que continúe comportándome como un inexperto, sólo por el placer de cabrearla. Utilizo la punta de la lengua para llegar lo más profundo posible, sabiendo que no es suficiente, que Genoveva necesita algo más, de ahí mi diversión.

Con la yema de los dedos voy rozándola aquí y allá, pero sin detenerme demasiado; sólo lo imprescindible y, a juzgar por sus gemidos, mezcla de placer y de cabreo, estoy logrando mi objetivo.

—Yo pensaba que la tarifa plana era otra cosa —protesta y se retuerce debido a mi desastrosa actuación.

Me río entre dientes.

Antes de que me guarde rencor para siempre, me incorporo hasta quedar a su altura y voy directo a por su boca. La pillo desprevenida y aprovecho para besarla a base de bien, aplastándola contra la pared, imponiendo mi superioridad física.

Genoveva responde despacio, poco a poco, hasta que sale su lado más agresivo y hunde las manos en mi pelo para tirarme de él.

—Espero que te muestres más contundente —me dice entre jadeos.

—Faltaría más —repongo, adoptando un tono bajo y peligroso. Hacía mucho que no me encontraba ante una tesitura semejante y me estoy divirtiendo como nunca—. Date la vuelta, contra la pared —añado exigente.

—¿Perdón? —pregunta ante mi tono autoritario.

Un tono que rara vez utilizo en el ámbito sexual, sin embargo, con Genoveva me apetece y, en vista de que esta noche tengo carta blanca, no desaprovecharé la ocasión.

—Quiero que te des la vuelta y pongas el culo en pompa, a mi entera disposición —le pido, manteniendo mi voz expeditiva—. Las manos por encima de la cabeza.

Arquea una ceja, sin duda perpleja ante mi petición. Esboza una media sonrisa, pero no se mueve, así que no me queda más remedio que imponerme y la agarro de la cintura para hacer que se dé la vuelta y colocarla tal como yo quiero. Incluso me planteo darle un buen azote en el culo; no obstante, por el momento, me contengo.

Me mira por encima del hombro, sin duda retándome a que haga algo. No es lista ni nada. Pues bien, no la voy a decepcionar. Pongo las manos en sus caderas y tiro de ellas. Su trasero queda expuesto y aprovecho para pasar un dedo por la separación de sus nalgas, muy atento a su reacción.

—Vas a comprobar el alcance de la tarifa plana —musito, al tiempo que me deshago de los pantalones y me remango los faldones de la camisa.

—A ver si es verdad... —me provoca por enésima vez.

Me agarro la polla y la meto entre sus piernas, pero no empujo, me limito a restregar la punta y comprobar lo mojada que está. Genoveva, lejos de quedarse quieta, mueve hacia atrás su tentador trasero. Sin duda me pide que haga algo más que frotar la punta, sin embargo, joder, qué gustazo me estoy dando.

Aprovecho para amasarle las nalgas, de forma tan vulgar y grosera que ella gime bien alto. Está a punto, quiere que la penetre y lo voy a hacer, pero antes desplazo un dedo entre sus nalgas y presiono. Noto cómo contiene la respiración, no se lo esperaba.

—¿Puedo? —pregunto, presionando un poco más.

—Sí, maldita sea, sí —responde con la voz rota.

—Eso es lo que deseaba oír —confieso y adelanto las caderas.

En esta postura no es tan sencillo penetrarla y empujar sin más, aun así, creo que lo voy a conseguir. Una vez bien enterrado en su sexo, comienzo un lento vaivén, agarrado a sus costados, clavándole las uñas.

Esto se va a descontrolar de un momento a otro, ambos los sabemos, por eso es una oportunidad magnífica para salir de dudas.

—¿A quién le has hecho hoy una gayola?

—¡¿Qué?!

—Contesta —la apremio, empujando más fuerte, tanto que de la fuerza se da con la frente en la pared.

—¿A qué viene eso ahora? —me espeta mosqueada, como no podía ser de otro modo.

Sonrío con disimulo. Si he planteado la cuestión es por la simple razón de tocarle la moral.

—Quiero saberlo. Puede que tengamos una relación de lo más extraña, pero

no me parece adecuado que vayas por ahí a meneársela a otro —le suelto, fingiendo más enfado del que siento.

—¿Desde cuándo la tarifa plana incluye exclusividad? —pregunta ella con toda la razón—. Y no negarás que, de no habértelo contado, jamás lo habrías sabido.

—¿A quién se la has meneado? —insisto.

Por supuesto, no dejo de follármela con ímpetu. A estas alturas me trae sin cuidado.

—Creo que te ha puesto cachondo —añade y no va descaminada—. Creo que, de haber estado allí, me habrías animado a continuar. Si no recuerdo mal, cuando tu querido jefe se insinuó delante de tus narices, te gustó.

Levanto las manos y voy en busca de sus tetas, que estrujo sin piedad. La sola posibilidad de imaginármela enrollándose con Volker me produce cierto placer perverso, pues sé que sería un duelo a muerte.

—Sí, me excita la idea de verte con otro —admito—, pero de momento prefiero tenerte para mí solo.

—Demasiado posesivo para mi gusto —replica jadeante, porque a pesar de todo no dejo en empujar como un campeón.

Hace tiempo que ninguna mujer me importa lo suficiente como para preocuparme e intuyo que Genoveva no será una excepción; pese a ello, me gusta, me pone cachondo, me desafía y me divierte, así pues, exprimiré el tiempo que permanezca con ella lo máximo posible y eso incluye sexo del bueno.

Se contonea, se revuelve y no deja de gemir, todos los síntomas que indican que está a punto de correrse, así que me dejo de consideraciones y voy a lo seguro. Sin dejar de embestir, meto una mano entre sus piernas y le froto sin piedad el clítoris hasta que estalla.

Apenas necesito tres empujones más para correrme yo también, pues aprieta de tal forma mi polla con sus músculos internos que me deja sin aliento.

Capítulo 29

Genoveva

Un molesto e insistente pitido me despierta, recordándome que anoche entre una cosa y otra olvidé silenciar el móvil. Estiro el brazo y a tientas encuentro el maldito cacharro. Al hacerlo también me doy cuenta de que no estoy sola, mejor dicho, de que no he dormido sola.

Algo que hasta hace bien poco era lo más normal del mundo; sin embargo, ahora las circunstancias me obligan a compartir un espacio tan personal con otro ser humano, en concreto con un hombre con el que, además, mantengo relaciones sexuales.

Y, por extraño que parezca, no me resulta tan desagradable como imaginaba. Quizá la razón sea muy simple, ya que con Mario no surgen excesivos roces por la convivencia, un tema siempre complicado, dado que cada uno tiene sus manías.

—¿Quién da por el saco a primera hora de la mañana? —pregunta Mario a mi lado con evidente desagrado.

—No lo sé —murmuro y desbloqueo el móvil para leer el mensaje.

Me froto los ojos, pues no esperaba que JR se pusiera en contacto conmigo.

Lo siento mucho, me he comportado como un gilipollas
inmaduro. No volverá a ocurrir. Mañana salgo otra
vez de viaje, ¿podemos vernos hoy?

—¿Se la cascaste a un niño? —masculla Mario a mi lado.

Lo miro por encima del hombro y ahí está, somnoliento y figoneando. Una mezcla complicada.

—No deberías leer los mensajes privados.

—Y tú deberías mandar a paseo a ese tipejo. Además de cantar como el culo,

es un imbécil.

—¿Otro ataque de celos? —replico mientras le respondo a JR.

Me es imposible, tengo
una reunión de negocios.

—Qué bien mientes —comenta sarcástico a mi lado y, antes de que pueda evitarlo, me arrebató el móvil—. Veamos qué más me ocultas.

—Dámelo —ordeno, pero él se sienta en la cama y alza el brazo para que me sea imposible alcanzarlo. Al darme cuenta de que no va a ceder, añado con ironía —: No sabía que por las mañanas fueras tan juguetón.

—Todo depende de la compañía —dice, prestando más atención al móvil que a mí—. Vaya gilipollas, no sé cómo follaste con él.

Cuando me devuelve el teléfono, yo lo cojo de malas maneras y lo dejo sobre la mesilla.

—Dame tu móvil, ahora es mi turno de cotillear.

—Creo que lo tengo por ahí, luego lo busco.

Me vuelvo para fulminarlo con la mirada.

—¿Tú tienes derecho a fisgonear y yo no? —pregunto de forma retórica, porque me importa un pimiento con quién intercambia mensajes.

—Te ahorraré el trabajo de revisar mi móvil. No he follado con nadie desde que lo hago contigo.

—Ya...

—No pongas esa cara, es la verdad —afirma, encogiéndose de hombros.

—Lo que tú digas —murmuro y me incorporo, dispuesta a abandonar la cama, pero Mario me retiene.

—Espera un jodido minuto —gruño, sujetándome de la muñeca.

Suspiro entre la resignación y el cabreo.

—Ya hemos hecho bastante el idiota por la mañana —protesto—. Esto de jugar a los veinteañeros inmaduros, sinceramente, me aburre.

—¿Qué vas a hacer hoy? —inquire en un tono que suena un tanto controlador.

—Poner al día mis asuntos —le espeto y con la mirada le advierto que no voy

a tolerar ni una sola muestra de control.

—Perfecto, si bien me gustaría saber a qué denominas «mis asuntos», lo digo por si hoy decides ir a meneársela a otro.

—No sé para qué te cuento nada —musito y por fin logro liberarme.

Me voy directa al baño, pero Mario decide acompañarme, lo cual me parece impropio. No me apetece seguir hablando con él y mucho menos hacerlo mientras estoy ocupándome de mi aseo.

—¿Te importa?

Le señalo la puerta para no darle con ella en las narices, aun así, Mario se queda ahí plantado, con los brazos cruzados, desnudo y con actitud chulesca. Justo lo que no necesito a primera hora de la mañana. Con todo el desparpajo del mundo, como si yo no estuviera, entra en el cuarto de baño y se va directo al retrete.

—Menos mal que no soy tan remilgado —me suelta todo ufano y, cuando acaba, se quita los bóxers y se mete en la ducha.

—Bonito culo —comento con sorna y él se ríe, incluso lo mueve con descaro.

Cuánto lamento tener sólo un cuarto de baño, pienso, mientras él se ducha y yo espero paciente a que acabe, pues por mucho que me guste estar sola, lo cierto es que contemplarlo ahí desnudo, enjabonado, tiene su gracia.

—Te invitaría a unirme, pero esta ducha es una mierda y no cabemos —dice con guasa.

No le quito la razón y espero a que acabe para pasarle una toalla, antes de meterme yo también bajo el chorro de agua. Mientras me lavo el pelo, lo observo de reojo afeitarse; lo hace de forma meticulosa, de lo cual no me sorprende. Puede que Mario intente dar una imagen despreocupada, no obstante, siempre lo controla todo.

—Hoy he quedado con Diego —anuncio y me sitúo junto a él ante el espejo para desenredarme el pelo.

—¿Para meneársela? —sugiere, esbozando una media sonrisa.

—Puede, pero no me apetece —replico seria y él se da cuenta de por dónde van los tiros.

—Muy bien, confío que tengas muy claro lo que debes hacer... y lo que no.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo. Nos guste o no, estamos metidos en esto y debemos hacerlo juntos o todo se irá al carajo.

—Tranquilo, en esta ocasión moveré las manos sólo lo imprescindible —le espeto, antes de dejarlo en el baño con sus quehaceres.

Paso por alto sus carcajadas y al final termino sonriendo.

* * *

Me he esmerado con mi atuendo. Diego es un esnob de manual, de ahí que no haya elegido uno de mis innumerables trajes formales, serios, elegantes y anodinos. Mario ha arqueado una ceja y ha silbado de forma muy elocuente al verme salir de casa con un vestido rojo, sin adornos, pero lo suficientemente ajustado como para que resulte atractivo sin pecar de chabacano. Sólo me lo he puesto una vez, para una boda familiar a la que asistí por obligación, luego lo había dejado olvidado en el armario hasta hoy.

Entro en el lugar señalado y miro a mi alrededor. El local ha cambiado, antes era un modesto restaurante de los de toda la vida y ahora parece uno de esos establecimientos tan exclusivos, en los que yo rara vez me siento cómoda. Todo tan estudiado que resulta asfixiante.

Localizo a Diego sentado a una de las mejores mesas, como no podía ser de otro modo. Y por suerte solo, tal como le he pedido. Miro por última vez dentro de mi bolso, donde el teléfono móvil que compró Mario ya tiene activada la grabación de sonido.

Camino con tranquilidad hasta su mesa y, cuando me ve, se levanta y se acerca para saludarme con un beso en la mejilla. Como si fuera una cita cualquiera.

—Estás...

«Para ser un político, qué poquita labia», pienso, aunque digo:

—Gracias.

Y procuro sonreír como si su piropo me halagase sobremanera, como si lo necesitase para sentirme mejor. No hay nada mejor que hacerle creer que es superior. Que se confíe. A Diego lo pierde que le hagan la pelota.

—Siéntate, por favor —me indica galante.

No me hago de rogar y aprovecho para echar un vistazo. Me importa un comino la decoración, sólo quiero comprobar que Rubén no anda por aquí husmeando. Tras un par de barridos visuales, me relajo un poco. Dejo mi bolso sobre la mesa, bien a la vista y saco el móvil bueno.

—Ya está, apagado, no quiero interrupciones —comento y observo su reacción.

Pero Diego es un tonto peligroso y coge el teléfono para asegurarse, tal como Mario había predicho. Vuelvo a sonreír. Cuando se acerca el camarero y yo he pedido mi agua con gas, dejo que él elija por mí.

Continúa la operación Démosle Jabón.

—¿Te gusta el local? —inquire y no lo culpo, porque he seguido mirando a mi alrededor, por si acaso.

—Sí. Ha cambiado... —comento distraída.

—Antes era de lo más cutre. Menos mal que el dueño consiguió echar al inquilino, que tenía una de esas rentas antiguas —explica riéndose. Qué idiota—. Ahora lo ha arrendado por una cantidad escandalosa y, gracias a los contactos de la empresa de reformas, han logrado la licencia en un tiempo récord.

«Vaya, información extra.»

Mantengo la sonrisa. Voy a acabar con dolor de cara (si eso es posible) de tanto esfuerzo por mostrarme tan divina de la muerte.

Miro con desconfianza la copa de color rosa que me han puesto delante y el camarero me explica que es un cóctel a base de champán con zumo de granada. Le doy las gracias por la aclaración y lo pruebo. No está nada mal, pero no quiero tomar ni una gota de alcohol.

—¿Y cómo va todo? —digo una vez nos han servido.

—Todo más o menos según lo previsto. La campaña electoral ya está diseñada —responde—. Sólo falta un pequeño detalle.

Yo inspiro, vamos allá.

—Ya te expliqué mis razones...

—Y yo las mías —me interrumpe y se echa hacia delante.

Me tenso y coloco la mano sobre el bolso. Él frunce el cejo.

—Diego... no puedes interferir en mi vida.

—¿Se puede saber qué te pasa con el jodido bolso? —pregunta, pues lo cierto es que lo estoy toqueteando más de lo prudente

—Hace un par de días me lo robaron y no veas qué lío con las tarjetas, la documentación... —improviso y eso parece tranquilizarlo.

Tengo que lograr que suelte la lengua y existen dos caminos, dar rodeos y esperar o ir directa al grano. En ambos casos me la juego, así que opto por el segundo.

—¿Has sido tú? —disparo y Diego me mira sin comprender, o sin querer hacerlo, de ahí sea más explícita—. Me refiero a la idea de contactar con la exmujer de Mario para que hable de lo que no debe.

—Ah, eso... —murmura y se ríe como si de una travesura se tratara, antes de añadir—: Considéralo un pequeño incentivo.

—Pues me ha parecido una estupidez. Además, estás jugando con esa mujer, pues sabes muy bien que si habla más de la cuenta puede terminar con una demanda judicial —repongo muy seria.

—¿Y? ¿A mí qué me importa?

—Diego, no te entiendo...

—Esa idiota de Vanesa es una muerta de hambre, resentida con el tipo que te estás tirando ahora. Yo sólo muevo las fichas, querida Genoveva.

—No sé qué tipo de influencias tienes... —dejo caer, a ver si con un poco de suerte aparece su lado más presumido.

—Las necesarias, querida Genoveva. Siempre hay que tener medios afines —contesta orgulloso, tal como imaginaba.

Doy un sorbo al cóctel, no porque me apetezca, sino para hacer algo con las manos y de paso ir asumiendo lo que estoy escuchando, y que me revuelve el estómago.

—¿Y las consecuencias? —planteo ante su respuesta típica de quien se cree invencible.

—A la mierda con las consecuencias —me espeta, inclinándose hacia delante para cogerme de la mano. Me gustaría evitarlo, pero me aguanto—. Son peones, no te preocupes por ellos.

—¿Y crees que de esa forma yo cederé?

—Bueno, si accedes a mis peticiones, con una sola llamada se soluciona todo.

«Vale, tranquila —pienso—. Le gusta presumir de sus contactos. Démosle un poco más de cuerda para que se ahorque él solito.»

—Esa mujer ahora no puede echarse atrás —comento como si tal cosa.

—Y no lo hará —aduce pomposo. Qué ganas de darle con la mano abierta—. Sólo tiene que ir a ese programa de televisión y recurrir a evasivas, no comprometerse y listo.

—¿Y tú también darás respuestas vacías cuando un juez te investigue?

Su semblante cambia ante la acusación implícita de mis palabras.

—Eso está por ver —responde retirándose.

—Diego, dime la verdad y te prometo que estaré a tu lado —afirmo sin pestañear.

—¿La verdad? ¡No seas ingenua! Todo depende de cómo se mire.

—Si pretendes que ponga en peligro trabajo y mi reputación, no quiero que después un periodista curioso me pille fuera de juego. Debo saber qué hay de cierto en los rumores que te relacionan con ciertos escándalos políticos y económicos.

—Son rumores —replica evasivo—. De ahí que deba asegurarme de ser elegido, obtendré de ese modo cierta inmunidad al ser aforado.

—Diego, la verdad, por favor —lo apremio, porque necesito que hable alto y claro—. No me tomes por ingenua, con tu sueldo como asesor, por muy generoso que sea, no puedes permitirte tantos lujos.

Sonríe, admitiendo mis suposiciones; sin embargo, eso no me sirve: tiene que decirlo en voz alta.

—¿Y por qué quieres saber tanto?

—Porque pretendes que me la juegue contigo y yo no quiero que me salpique —declaro sin parpadear.

—No es lo que piensas —musita y entiendo que no quiera hablar con su tono normal, nunca se sabe quién puede escuchar—. Yo sólo he hecho la vista gorda, ¿entiendes?

—¿Gratis?

—No, gratis no, joder. No seas tonta. No pueden demostrar nada, nadie.

—¿Seguro? Siempre queda un rastro —prosigo indagando.

—Bueno, nos estamos encargando de ello.

—¿Cómo?

—Yo qué sé, de eso se ocupan nuestros abogados y contables.

—No lo veo claro... —murmuro preocupada, porque sí, en efecto, más de uno se libra por defectos de forma, falta de pruebas y otros amañes, pero Diego no es una cabeza visible dentro del partido y, si es necesario, lo sacrificarán.

De lo cual me alegraré, por supuesto.

—Relájate, cuando pasen las elecciones tendré unos ingresos legales muy suculentos —dice frotándose las manos.

«Qué país», me digo, frotándome yo las sienes, a caballo entre la decepción y el dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —me pregunta Diego.

Lo miro de reojo. No sé si de verdad se preocupa por mí o es sólo teatro; con todo, de repente me ha dado la excusa perfecta.

Ahora es mi turno de actuar.

—No, la verdad es que no —respondo en voz baja.

—¿Quieres que nos marchemos? —propone y se levanta para venir a mi lado.

—¿Qué me has echado en la bebida? —lo acuso sin razón, por supuesto, pero creo que tengo la coartada ideal para largarme.

Sin esperar a que me responda, tiro de un manotazo el cóctel. Vaya espectáculo estoy montando, pero es imprescindible que el número incluya el ataque de pánico.

—¿Yo? ¡Nada!

—Eres rastrero —le recrimino y me llevo una mano al estómago. Tampoco he de esforzarme mucho para fingir que siento arcadas.

—Deja que te ayude —insiste y creo que su preocupación es sincera.

—Me largo de aquí —le espeto y rechazo su ayuda cuando me sujeta del codo.

Agarro el bolso y salgo escopetada del local. Por suerte hay un taxi junto a la acera y me subo sin mirar atrás.

Debería ir a casa, darle el teléfono a Mario y que haga lo que le venga en gana, seguro que lo está deseando; sin embargo, le pido al taxista que se detenga y, tras pagarle la carrera, me doy cuenta de que el corazón me va a mil por hora. Yo no estoy hecha para estos tejemanejes.

Entro en la primera zapatería que veo y le pido al vendedor unas deportivas baratas. El dependiente me muestra un surtido de todos los colores y yo elijo las más sencillas. Pone cara de circunstancias cuando le pido que me guarde los zapatos en una bolsa. Sé que unas zapatillas blancas, básicas no cuadran con mi vestido rojo, pero me trae sin cuidado, quiero estar cómoda.

Deambulo sin rumbo fijo e intento no darles muchas vueltas a mis problemas. Creo que hoy me he librado de uno, o al menos eso me gusta pensar. Cuando vuelva a Zúrich tendré que enfrentarme a otro, la diferencia es que en asuntos empresariales me desenvuelvo muchísimo mejor.

Compruebo la hora y me percató de que llevo más de dos horas caminando sin rumbo fijo. En breve anochecerá, así que saco el móvil para orientarme. Estoy a casi una hora andando de mi apartamento y hacia allí me encamino.

Diego me ha llamado quince veces. Mario ninguna.

¿Qué conclusión debo sacar?

La más evidente, que Mario pasa de mí y le trae sin cuidado lo que me ocurra. A pesar de ello, si leo entre líneas sé que en realidad confía en mí y por tanto no me abruma con su insistencia. Lo cierto es que no me puedo quejar, pues cualquier otro no hubiera reaccionado de forma tan madura al enterarse de que su pareja (de pega o no, eso es irrelevante) se la ha meneado a otro.

Cuando entro en casa, me lo encuentro tranquilo, leyendo en el sofá, con la tele encendida pero con el volumen bajado.

Capítulo 30

Mario

—No sabía que te gustaran las novelas de misterio —comento, dejando sobre la mesa el libro que he estado leyendo. Lo he cogido para pasar el rato mientras esperaba a que Vanesa hiciera su aparición en el programa de cotilleos.

—Me gusta leer —contesta Genoveva encogiéndose de hombros.

La observo, aparenta indiferencia, aunque sé que no es así. Lo primero que he visto al abrir el libro ha sido la dedicatoria:

Para una mujer que se lo merece todo.
Con todo mi afecto.

—*Si vuelve a ocurrir, será diferente* —leo el título en voz alta—. Original y muy interesante.

—Me alegro. Y ahora, si me disculpas, me apetece descansar. Aquí tienes...

Deja sobre la mesa el móvil barato y se marcha. Las ganas que tengo de escuchar el audio son increíbles, pero bien sé que he de actuar con mente fría, así que voy directo a por el portátil y lo enciendo para descargar el archivo, por nada del mundo quiero que se pierda.

Cuando por fin lo tengo en el ordenador, lo abro; sin embargo, detengo la reproducción en el acto y me voy en busca de Genoveva.

La encuentro en el dormitorio. Sin decir nada, me acerco y le subo la cremallera del vestido.

—Hoy vamos a salir —digo y ella me mira por encima del hombro, frunciendo el cejo.

—No estoy de humor.

—Lo necesitamos.

—¿Y qué ocurre con tu ex?

—Mañana veré el vídeo de su intervención. Esta noche no quiero quedarme en casa.

—¿No te mueres de curiosidad por saber si Diego se ha ido de la lengua? — pregunta y yo niego con la cabeza.

—No —contesto, acariciándole el cuello con la yema del dedo. Una caricia sutil—. Quiero distraerme, disfrutar de una buena cena, de una copa, en definitiva, que nos dé el aire, ¡joder!

Ella inspira hondo y al final accede.

Veo cómo se quita unas deportivas horrorosas y vuelve a ponerse sus zapatos de tacón. Yo aprovecho para cambiarme. Unos vaqueros, camisa blanca y chaqueta de piel. En menos de veinte minutos estamos subidos en un taxi.

No vamos a un restaurante de postín, ni tampoco ultramoderno. He elegido uno de los de toda la vida. En donde puedes saludar al dueño por su nombre, porque está allí atendiendo las mesas. Donde no hay carta, sino que el camarero te canta los platos y al final te dan una nota garabateada con el importe. Pero donde se come de puta madre.

Genoveva no protesta, tampoco hace preguntas y se limita a sentarse junto a mí. No critica mi elección.

—Si te soy sincera, estoy muerta de hambre —comenta cuando nos sirven—. No he probado bocado desde el desayuno.

—¿Y eso?

Me cuenta que entre la tensión y el miedo a que Diego se diera cuenta de la jugada, ha sido incapaz de comer. Yo le pido que se olvide de su ex, de la mía y de los cabrones en general, pues esta noche pretendo pasarlo bien.

* * *

—Nunca imaginé que te gustaran los restaurantes de este tipo —comenta Genoveva tras la cena.

—¿Por qué? —replico, mientras le hago un gesto al camarero para que me traiga la cuenta.

—Desentona bastante con tu aspecto, das la sensación de elegir sólo lo mejor.

—Gracias por el cumplido —contesto, esbozando media sonrisa—. Pero las apariencias engañan.

Se encoge de hombros y sonrío. La explicación es ambigua, aun así, entiende que no es el momento de entrar en detalles. Lo cierto es que apenas nos conocemos, vivimos juntos y no hacemos preguntas. No son necesarias. Nuestra relación se basa en la conveniencia y, dado que tiene fecha de caducidad (hasta que el tedio haga acto de presencia o se solucionen nuestros problemas), no tenemos por qué perder el tiempo en conversaciones de esas típicas, en las que se cuentan intimidades y aficiones, en definitiva, palabrería, yo ya no tengo edad ni ganas para intentar caerle bien a nadie.

—Gracias por la cena —murmura ella cuando abandonamos el establecimiento—. Me ha venido bien distraerme.

—Y aún nos podemos distraer un poco más —apunto y, cuando nos subimos al taxi, no doy la dirección del apartamento, sino la de un club al que hace tiempo que no voy.

Genoveva me mira a la espera de una aclaración, pero yo me limito a cogerla de la mano y darle un apretón. No hace más preguntas y eso es síntoma de inteligencia; no prejuzga, espera a ver las cosas por sí misma para formarse una opinión, cosa que se agradece, porque me evita el parloteo absurdo.

Cuando llegamos al Exit, no accedemos por la puerta principal, sino por la que utilizan los clientes más exclusivos. Hubo un tiempo en que yo era el centro de atención y organizaba alguna que otra fiestecita a la que sólo invitaba a lo mejor. De aquella época únicamente conservo mi tarjeta de socio y una medio amistad con Gabino, el dueño.

—Pasamos de un restaurante corriente a un club selecto, qué interesante... —comenta Genoveva con ironía.

—Mucho —digo y esbozo una sonrisa.

De la mano, la llevo al interior del local, donde la gente más o menos se divierte, se relaciona, toman alguna copa y contempla a los demás. Pero aunque hay quien se limita a observar, la mayoría va a ver qué se cuece, es decir, a quién se puede llevar a alguna de las habitaciones privadas.

En mi caso aún no tengo claro qué he venido a hacer al Exit. Ya se verá.

Nos acomodamos en uno de los reservados. Genoveva lo observa todo en silencio. Hace tiempo que ha deducido qué tipo de club es, así que no es preciso aclarárselo. Mejor, eso que me ahorro.

Deja de sonar la música de fondo y se atenúan las luces. Eso quiere decir que va a empezar uno de los espectáculos en el escenario.

—Actuación y todo, qué lujo —susurra acercándose a mí.

Yo confío en que no se trate de algo demasiado vulgar.

Aparecen una pareja de bailarines, ambos con el mismo atuendo, una especie de malla color carne que a él se lo marca todo y a ella le deja los pechos al descubierto. Por su aspecto se nota que no son aficionados. Se sitúan en el centro del escenario, espalda con espalda, y esperan las primeras notas. Comienza a sonar la canción *Lía* y ellos a moverse al ritmo de una de las melodías más sensuales que existen.

Miro de reojo a Genoveva. Da un sorbo a su agua con gas.

—Es... no tengo palabras —musita a mi lado.

Y tiene razón, es espectacular cómo se mueven. Que ella esté desnuda de cintura para arriba, lejos de ser obsceno, hace que sus movimientos sean aún más limpios. La coreografía es sensual, morbosa, pero sin resultar chabacana. Elegancia pura y dura.

Durante toda la canción, Genoveva mantiene una actitud serena, aunque sé que se está excitando. No la culpo, a mí me pasa tres cuartos de lo mismo.

—¿Son pareja? —pregunta en voz baja.

—No, que yo sepa —respondo.

Cuando los bailarines se quedan arrodillados y abrazados el uno delante del otro, se apagan las luces. Muchos de presentes, incluidos nosotros, aplaudimos, pues ha sido magnífico.

—Me gustaría felicitar a los bailarines —dice Genoveva y yo asiento, me cuesta muy poco complacerla.

La dejo un momento a solas y me dirijo a los camerinos. Allí me encuentro con Abel y Rosana, que se están vistiendo. Ella es un poco siesa, quizá porque tenía intención de triunfar sobre los escenarios y ha acabado bailando en un club

como el Exit para ganarse la vida. En cambio, Abel es más simpático; no tiene tantas aspiraciones, lo suyo con el baile es vocacional. Hablo con ambos y sólo él se anima a venir conmigo.

Cuando abandonamos el camerino y le señalo el lugar donde nos aguarda Genoveva, veo cómo la mira, sin duda le ha entrado la curiosidad.

—¿Qué tipo de relación tenéis?

—Una muy particular —contesto de forma ambigua y entonces se me ocurre una idea, un tanto arriesgada, para distraernos del todo esta noche.

Se lo comento a Abel y se muestra encantado, por lo que se retira para hacer los preparativos y yo vuelvo junto a Genoveva, que por cierto está conversando con un tipo que quiere más que pasar el rato. Ella, al verme, sonrío de medio lado. No tiene intención de llegar a nada con ese individuo, sólo de ponerme a prueba. Estupendo, yo tengo otra sorpresa preparada.

—Ven —digo cuando llego a su lado y ella no hace preguntas.

Se despide del tipo con educación y él no insiste, en establecimientos como el Exit todo el mundo sabe aceptar una negativa con deportividad. Además, no creo que tarde mucho en encontrar a alguien con quien pasar la noche.

Genoveva sigue sin hacer las preguntas que otra sin duda haría. Camina a mi lado. No nos tocamos y cuando llegamos a la puerta de la habitación, le cedo el paso.

Nada más poner un pie dentro, Abel se acerca y le sonrío. Ella no es tonta y me mira por encima del hombro. Intuye la encerrona. Yo sonrío con disimulo y cierro la puerta.

—Estarás acostumbrado a que te feliciten por tu actuación —comenta Genoveva, situándose a su lado.

—No, por desgracia aquí en lo que menos se fijan es en la coreografía —se lamenta él.

—Pues a mí me ha parecido maravillosa y la canción elegida no podía ser más acertada —añade Genoveva.

—Gracias —murmura Abel complacido.

No me extraña que esté pendiente de ella, pues Genoveva ha adoptado esa pose de mujer segura de sí misma que encandila a cualquiera y el bailarín no es

una excepción. Y eso siendo al menos quince años más joven que ella.

En teoría, ahora deberíamos despedirnos de Abel y a lo nuestro; sin embargo, el bailarín lo sabe porque lo hemos hablado, esta noche me apetece poner a prueba a Genoveva, ver por mí mismo como se desenvuelve en un ambiente como el del Exit, donde todas las combinaciones son posibles.

Ella se da cuenta de que Abel no sólo está aquí para saludarla y, lejos de mostrar malestar, se queda frente a él. Ambos se miran a los ojos, sólo él desvía la vista un instante para buscar, creo, mi aprobación. Asiento con discreción, pese a que ella no puede verme.

Abel acorta las distancias, pero Genoveva lo detiene colocándole una mano en el pecho. Entonces se vuelve para decirme:

—Siéntate.

Esa orden me produce un escalofrío general. Obedezco, faltaría más, y me siento en el borde de la enorme cama que ocupa el fondo de la estancia. Soy un espectador privilegiado, aunque la cuestión es, ¿qué van a ofrecerme?

Genoveva rodea a Abel y se sitúa a su espalda. Los dos pueden verme.

Desde atrás, ella se acerca, coloca las manos en sus hombros y le susurra algo al oído. Él pone cara de sorpresa e incluso arquea una ceja, pero al final asiente. Nada me gustaría más que saber lo que le ha dicho, si bien creo que me van a dejar con la incertidumbre.

Las manos de ella comienzan a descender por su pecho y se detienen un instante en la cinturilla de los vaqueros, sé que no duda, sólo pretende darle emoción al asunto y, joder, vaya si se la da. Permanece tras él, maniobrando para desabotonarle la bragueta. Y, como yo esperaba, mete una mano dentro.

Abel echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Yo me pongo en pie, quiero estar más cerca.

—Quédate donde estás —me indica ella y, claro, ni se me ocurre contradecirla.

Trago saliva mientras Genoveva continúa metiéndole mano a Abel, no lo hace de forma descarada, sino más bien sutil, para ponerme cardíaco. Y funciona.

Abel, encantado, por supuesto, respira entrecortadamente, yo también, y sin tocarme todavía. De repente, Genoveva deja de tocarlo y, como si fuera un

mueble más, lo deja ahí de pie, empalmado, para caminar hasta mí.

Bueno, eso debería alegrarme... creo.

Se sitúa entre mis piernas y me quita la chaqueta de piel. Después se sube a la cama y se arrodilla detrás de mí. Enreda las manos en mi pelo y me da un ligero tirón. No se conforma con eso y musita exigente:

—Túmbate.

En cuanto lo hago, se me echa encima y comienza a besarme. Pero no de manera suave, sino todo lo contrario. Devora mi boca, al tiempo que con una mano comienza a desabotonarme la camisa. Siento sus uñas clavarse en mi pecho y su cuerpo parcialmente encima del mío.

Vuelve a besarme, a dejarme sin aliento, y, a pesar de que hay alguien más en la habitación, a mí me trae sin cuidado y me las apaño para meter una mano entre sus piernas. Mi idea original de hacer un bocadillo clásico, dos más una, se ha ido al garete, pero eso ahora me importa un rábano, quiero follármela, ahí mismo, con o sin público.

La acaricio por encima de las bragas y ella gime justo en mi boca. Joder, eso me encanta. Continúo metiéndole mano y para ello nada mejor que deshacerme de la ropa interior. A tirones y con su colaboración, las bragas son historia. Lo mismo que mi camisa, que me he quitado de malas maneras debido al ansia que me recorre todo el cuerpo y que se ha concentrado en mi erección.

Jadea cuando tanteo entre sus piernas y enseguida noto cómo sus labios buscan y encuentran cada punto sensible de mi cuello. Es mi turno de gemir bien alto. Me tiene atrapado, cachondo y dispuesto.

Siento unas impacientes manos trasteando con la hebilla del cinturón. Sólo es el primer paso para terminar desnudo. Algo muy necesario.

Un momento...

Genoveva sigue besándome, clavándome las uñas en el pecho y dándome algún que otro mordisco. Acciones todas ellas destinadas a ponerme cachondo, pero también a desviar mi atención. De reojo veo a Abel arrodillado delante de mí y sus manos que van directas a mi polla.

—Déjate hacer —musita ella, manteniéndome tumbado, ya que mi primera reacción y la más lógica es apartar a Abel de una patada.

—Joder, no —gruño, aunque me sirve de bien poco, pues comienza a masturbarme.

—No te imaginas cómo me pone verte con otro hombre —susurra con el tono más morboso que he oído en mi puta vida.

—¿De verdad? —pregunto con un hilo de voz.

—Chúpasela —le ordena a Abel.

Yo doy un respingo, porque él tarda apenas cinco segundos en metérsela en la boca.

—¡La hostia! —exclamo y no es para menos.

Genoveva, a mi lado, sigue mordisqueándome, besándome y, lo que es más efectivo, diciéndome frases de lo más explícitas sobre lo mucho que la excita verme aquí, desnudo, a merced de Abel y de ella misma. Que por su cabeza discurren un sinfín de perversas locuras. Que va a ser una noche inolvidable, que está más mojada que nunca...

No pongo en duda ninguna de sus afirmaciones, en especial la última, pues mantengo una mano entre sus piernas, sin dejar de tocarla.

Siento la tensión recorrer todo mi cuerpo, cada vez más intensa, señal inequívoca de que me voy a correr. Abel tiene una boca prodigiosa, soy testigo de ello, y como no se limita a chupármela, sino que además me acaricia con suma pericia las pelotas, cualquier posible reparo se ha disuelto.

Arqueo la pelvis para metérsela más profundamente en la boca. Gimo a puntito de correrme. Genoveva me besa como no recuerdo que lo haya hecho hasta ahora y todo mi cuerpo se prepara; sin embargo, de repente Abel se aparta, lo mismo que ella.

—¿De qué coño vais? —gruño y cuando voy a incorporarme, Genoveva me lo impide colocándome una mano sobre el pecho.

—Date la vuelta —exige y yo parpadeo desconfiado; no es para menos.

—¿Es una broma?

Ella niega con la cabeza. De reojo veo a Abel desnudarse. Miro a Genoveva, que, lejos de dar explicaciones, sonrío de medio lado. Me acaricia la cara y cambia de postura. Se recuesta contra en cabecero y separa las piernas. Una invitación silenciosa.

—¿Qué pretendes? —pregunto, sólo por si acaso, y trago saliva.

Genoveva se limita a mover un dedo para que me acerque. Yo estoy a punto de explotar, ella excitada y en el cuarto además queda un tercero, también empalmado, que en cuanto me dé la vuelta...

—Pasarlo bien —responde ella y se acaricia entre las piernas.

Y yo, como un corderito manso, me arrodillo sin plantearme siquiera lo que va a ocurrir. Aparto sus manos y es mi boca la que toma el control, o al menos eso quiero creer. Comienzo a lamerla con auténtica ansia y paso por alto que un tipo está situándose en mi retaguardia, y no sólo eso, percibo cómo unos dedos comienzan a lubricarme.

Cierro los ojos.

Genoveva hunde sus manos en mi pelo, tira de él con saña, mientras yo prosigo deslizando la lengua por cada recoveco de su sexo. Que unas manos masculinas estén tanteando en mi culo ya carece de importancia.

—Fóllatelo —ordena Genoveva y por lo visto Abel está muy dispuesto a cumplir a rajatabla la orden, pues se coloca bien pegado a mi trasero.

Mejor no lo pienso y me concentro en ella, sólo en ella. Pero...

—Joder... —rujo al sentir la presión, porque por mucho lubricante que haya puesto, hay cosas que siempre molestan.

Da igual, yo a lo mío.

—Mario... —gime ella, lo que hace que las molestias no lo sean tanto. O casi —. Ésta es una fantasía que siempre he querido hacer realidad...

Qué suerte tengo, pienso con cierta ironía, pues me ha elegido a mí para llevarla a cabo.

Abel me agarra la polla y me masturba, al mismo tiempo que embiste. La sensación es en principio extraña, pese a que me está poniendo como una puta moto. Recuerdo haber hecho algo similar, pero no sé si llegué hasta el final.

—Sigue —me apremia ella.

—Qué pasada —jadea Abel, que ha cogido ritmo y me embiste como un poseso.

Levanto un instante la mirada y me quedo sin aliento al contemplarla, entregada por completo, a punto de correrse, y yo me encuentro en el mismo

estado.

Como no podía ser de otro modo, la mezcla de jadeos y respiraciones entrecortadas hacen que sólo piense en correrme.

—Joder, joder, joder —jadeo cuando llego al clímax y eyaculo sobre las sábanas.

Justo en ese instante, Abel me da un azote en la nalga y se une a mí emitiendo un ronco gemido que, por lo visto, actúa como un afrodisíaco, pues Genoveva se retuerce y casi me arranca el pelo antes de correrse.

—Ha sido la hostia —exclama Abel apartándose.

Yo me quedo recostado sobre el regazo de ella, intentando regularizar mi respiración. Genoveva me peina con los dedos y yo permanezco con los ojos cerrados.

Con discreción, Abel se viste y enseguida nos deja a solas.

¿Qué debería decir ahora?

—Será mejor volver a casa —murmura ella.

Me limito a asentir.

En el taxi de regreso, seguimos en silencio. Pero, curiosamente, con las manos entrelazadas. No tengo ni la menor idea de cómo interpretar semejante gesto.

Una vez en casa, me siento delante del ordenador, dispuesto a escuchar ese archivo de audio que nos va a salvar a los dos. Genoveva se queda de pie, observándome desde la puerta.

—Me da la impresión de que no ha sido la primera vez —comenta y sé a qué se refiere.

—Si te soy sincero... hubo un momento en mi vida en que andaba demasiado colocado como para saber lo que hacía —admito.

—Lo suponía —dice y se da media vuelta—. Buenas noches.

Prefiero no seguirla y me quedo solo en el salón con el portátil.

Ha sido una noche extraña. No me arrepiento, pero tampoco me siento eufórico.

—Vamos a ver lo que ese soplagaitas ha dicho.

Capítulo 31

Genoveva

—Pareces ausente...

Miro a Maurice, que acaba de entrar en el despacho con una bandeja. Yo le he pedido un café y él me trae a saber qué.

—No estoy ausente, sólo reflexionando —murmuro en respuesta.

Lleva la bandeja hasta el pequeño comedor anexo al despacho y yo le sigo.

—Sé que pronto tienes una reunión decisiva, de ahí que te haya traído provisiones —explica orgulloso.

—Gracias, aprecio el detalle —digo sin mucho énfasis—. Pero lo que menos me apetece ahora es comer.

—Pues deberías —me corrige, antes de dejarme sola, ya que debe atender una llamada.

Me siento en el diván y me descalzo. Maurice tiene razón, en esa reunión me juego mucho. Mi puesto, mi prestigio... todo. Si en la argumentación encuentran la más mínima fisura, me voy a la calle, y estoy segura de que Baltasar no va a titubear a la hora de señalarme.

La parte técnica no me preocupa, pues llevo una semana dedicando hasta el último minuto de mi tiempo en analizar toda la información que me ha ido llegando; sin embargo, mi cabeza no termina de centrarse, me encuentro demasiado dispersa.

En apariencia he solucionado uno de mis problemas, Diego, aunque no estoy convencida del todo. Mario revisó la grabación y se guardó su opinión, tan sólo se limitó a decirme que se ocuparía de todo. Y lo hizo, pues tal como había mencionado, colgó el archivo en una web, todo de forma anónima. Y a partir de

ese momento toca esperar a que algún periodista encuentre la información y decida tirar del hilo.

Algo que puede ocurrir en cualquier momento o dentro de un mes. Y eso es lo que me tiene loca. Qué tiempos aquellos en los que se enviaba una cinta por correo a un periódico, anónimamente, y todo estallaba.

Diego me ha llamado varias veces, le he ignorado, por supuesto, o le he dado largas, escudándome en mi trabajo. No obstante, sé que es insistente y cada vez se encuentra más acorralado. Ya han aparecido algunas noticias en prensa que, si bien no mencionan directamente su nombre, sí lo hacen de manera solapada, porque como colaborador se intuye que algo ha tenido que haber.

Si la justicia fuera un pelín más rápida, yo no tendría que pasar por esto. El único punto positivo es mi relación con Mario.

Sí, seguimos juntos y a veces hasta revueltos.

Resulta cuando menos extraño que me haya acostumbrado a convivir con él. Mario es un tipo que sabe cuándo necesito estar sola y no me agobia. No es muy desordenado y reconozco que hay noches en las que me viene bien su compañía. Puede que me esté acomodando, o no, me da igual. Algunos días termino contándole todos mis pesares, algo poco habitual en mí, que llevo muchos años apañándomelas sola.

Me escucha en silencio. Hace algún que otro comentario y, por suerte, no me ofrece un sinfín de soluciones, algo que aborrezco.

Pero no sólo hablo sin parar, también sé escuchar. Y me doy cuenta de lo mucho que le jode seguir trabajando en Ausdrücken. No se siente motivado y tampoco quiere estarlo. Echa de menos los medios de comunicación, los importantes. Sus comentarios dejan entrever que sigue dolido y resentido con su exmujer. Puedo llegar a entender que desee lo peor para Vanesa y que no la perdone. Le jodió la vida y eso no resulta fácil de olvidar.

—Tienes visita —me anuncia Maurice entrando sin avisar.

Me pongo los zapatos con rapidez, apuro mi café y vuelvo al despacho para encontrarme con la sonrisa un tanto burlona de Volker. No me apetece justo hoy hablar con él, pero rara vez rehúyo mis compromisos, pues en teoría está aquí para hablar de trabajo.

—Querida señorita Balaguer —me saluda con una mezcla de ironía y cortesía muy divertida, lo admito, aunque no me dejo engañar.

Le hago un gesto para que se siente frente a mí y lo hace, no sin antes mirarme de un modo que, si no le conociera, tomaría por normal; no obstante, sé que encierra algo más.

—Buenos días, señor Maihart —contesto con la mayor educación. Permanezco unos instantes de pie, porque, aunque parezca una estupidez, la posición física siempre ayuda a mantenerlas distancias, que quede claro quién manda aquí—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Ahórrate las formalidades —me dice sin perder su sonrisa seductora.

Lo admito, es atractivo, lo sabe e intuyo que lo utiliza cuando lo estima conveniente y que éste es uno de esos momentos; con todo, creo que, pese a sentirme tentada, me resistiré. Volker, y el motivo no es que sea más joven que yo, no me tienta lo suficiente. Hecho que, por supuesto, disimularé.

—Supongo entonces que tu visita es por motivos de trabajo.

—Se podría decir que sí —admite sin perder el buen humor y sin dejar de mirarme.

—Te escucho.

—Como bien sabes, Ausdrücken se está encargando del publrreportaje sobre Caprice Food International y nuestros profesionales...

Arqueo una ceja ante semejante exposición, pues me resulta rimbombante.

—No es un asunto que me concierna —lo interrumpo.

—Discrepo, querida Genoveva.

No digo nada ante su familiaridad, porque eso sólo demostraría que me molesta y él ahondaría en ello.

—Tendrás que hablar con el señor Meier, él ha sido el ideólogo de todo esto —le indico, lo que menos me apetece comentar ahora es el maldito reportaje.

—¿No quieres disponer de información privilegiada? —pregunta y sé que es una trampa, o al menos lo parece.

—Si quisiera, recurriría a mis propias fuentes —le espeto y Volker sabe muy bien a quién me refiero.

El comentario parece frenar un poco sus ganas de provocarme y me explica

los cambios que se han decidido. Me importan un pimiento, no obstante, finjo que me interesan. La empresa se va a gastar un dineral en algo que no considero necesario, pero al ser idea de Baltasar, no me queda más remedio que tolerarlo.

—Que hagan un reportaje con tintes nostálgicos o futuristas, como puedes entender es algo que me importa más bien poco.

—Ha sido idea de tu novio —añade como si ese dato tuviera relevancia.

—¿Y?

Volker esboza una media sonrisa de lo más socarrona.

—Ya veo... Por lo visto la comunicación en la pareja es de lo más fluida — comenta con sarcasmo.

—Entre otras cosas.

—Perfecto, así Mario podrá entrevistarte —agrega burlón.

—Debo acudir a una reunión dentro de... —me pongo en pie, miro el reloj e improviso—: veinte minutos.

Volker, que no es tonto, sabe que lo estoy echando, pero no dice nada.

—Pues ahora que ya hemos resuelto los asuntos profesionales... —también se pone en pie—, pasemos a los personales.

—Que yo sepa, tú y yo no tenemos asuntos personales —le espeto sin perder la calma.

Volker se ríe con descaro. Sólo le ha faltado guiñarme un ojo, aunque sé que tiene más estilo que un vulgar ligón de chiringuito playero.

—De ahí que quiera invitarte a cenar.

Ambos sabemos lo que implica el término «cenar».

Es mi turno se sonreír de forma irónica.

—Tú no quieres cenar conmigo —lo provoco.

—Créeme, sí que quiero.

—Lo pensaré —le digo, pues me divierte este jueguito que se trae, y la curiosidad por saber hasta dónde es capaz de llegar me inclina a no negarme con rotundidad.

Nos estrechamos la mano, un gesto que no tiene por qué suponer ningún peligro; sin embargo, Volker logra darle la vuelta a la tortilla y me la sostiene

más tiempo. No contento con eso, se acerca mi mano a los labios para depositar un sonoro beso.

Retirla de forma brusca sería admitir que me afecta, así que no hago ningún movimiento y él se ve obligado a soltarme y marcharse.

—¿Son imaginaciones mías o ese tipo te está rondando? —comenta Maurice, entrando inmediatamente después de salir Volker.

—Son imaginaciones tuyas —contesto y él se echa a reír.

—Lo que tú digas. Toma. El informe que me pediste.

Me deja sobre la mesa un montón de carpetas. Tuerzo el gesto, pues me espera una noche «apasionante», pero no me puedo permitir el lujo de dormirme en los laureles.

—Gracias —replico.

—Te acompaño en el sentimiento, al menos moralmente, porque yo hoy tengo una cita —me dice a modo de despedida.

Como no quiero que nadie, y cuando digo «nadie», me refiero a algún empleado deseoso de agradar a Baltasar, sepa lo que tengo entre manos, lo guardo todo en mi maletín.

Aprovecho el tiempo poniéndome al día con los correos electrónicos corporativos. En dos de ellos me recuerdan la importancia de participar en la grabación del dichoso vídeo de empresa. Eso me hace recordar que tengo que hablar con Mario al respecto, de una manera u otra debo lograr escaquearme. Que se conformen con poner mi fotografía en el cuadro directivo, aunque mucho me temo que no será posible.

Baltasar, como no podía ser de otro modo, se acerca a mi despacho. Le habrá llegado la información de la visita de Volker y, creyendo que le voy a hacer sombra, quiere asegurarse de que va a ser el protagonista.

Por mí puede ser lo que le dé la maldita gana, pero soy muy consciente de que puedo administrar sus ansias de protagonismo a mi favor.

Desde luego, qué día llevo.

—¿Interrumpo algo? —pregunta cuando ya está dentro.

Me dan ganas de responderle: «Sí, interrumpes»; no obstante, finjo una sonrisa, como si su presencia me alegrara el día.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tú siempre tan dispuesta —me espeta con una cuidada educación, bajo la que oculta una indirecta en toda regla—. Acabo de tener una interesante conversación con el señor Maihart.

—¿Y? —replico un tanto indiferente.

—Me ha expuesto los cambios y no termino de verlo claro...

El muy cretino se sienta, lo que significa que me va a entretener, con las ganas que tengo de marcharme a casa.

—A mí me parece una idea original —comento con tranquilidad y añado con mala leche—: Pero entiendo que quieras algo más convencional.

Nos miramos fijamente, intuyo qué está pensando. Y no voy a desmentírsele.

El muy idiota cree que Mario, al estar a cargo del proyecto, va a darme a mí más relevancia.

—Tienes razón, hay que arriesgarse —afirma resuelto—. No vamos a hacer lo mismo que la competencia, sobre todo ahora que vamos a sacar la nueva línea deportiva.

Me limito a asentir. No merece la pena decir nada, que él solito rumie lo que le dé la real gana, que seguro que lo hará.

Por suerte, se despide y yo puedo marcharme. Necesito quitarme el traje, los zapatos de tacón, desmaquillarme y tirarme en el sofá a leer los informes.

Nada más entrar en casa, oigo a Ona reírse y a Mario contarle no sé qué sobre una entrevista que hizo. Me los encuentro sentados en la cocina, como dos viejos colegas. No me sorprende ni me molesta.

—¿Qué tal todo? —me pregunta Mario con amabilidad.

—Por lo visto tienes que entrevistarme —le espeto sarcástica.

Ona mira para otro lado y se concentra en los fogones. Intuye que vamos a discutir, sin embargo, no es mi intención.

—Eso creo —comenta él divertido—. ¿Quieres que empecemos ahora mismo?

—Antes debe comer algo —tercia Ona.

Lo cierto es que entre una cosa y otra apenas he probado bocado, así que acepto la sugerencia de mi asistente de prepararnos algo. Mario le pide luego que

nos deje solos, le dice que él se encarga de recoger. Ella me mira, y yo asiento y nos quedamos los dos en la cocina.

Al terminar de comer, tal como Mario ha prometido, lo deja todo en su sitio. Yo no muevo un dedo y no me siento culpable por ello.

—Tengo que repasar unos informes, no me esperes despierto —le digo y me voy a salón, dispuesta a pasar las horas que haga falta entre papeles, eso sí, con ropa cómoda.

—No tengo nada mejor que hacer, te acompaño.

No niego que me sorprende la sugerencia.

Mario se acomoda junto a mí en el sofá y me mira un tanto divertido al verme agobiada. No estoy acostumbrada a la compañía, él lo sabe y se limita a leer en silencio. Tiene entre las manos el libro que Ignacio me regaló y dedicó.

Sonrío con cariño, pues guardo un buen recuerdo del escritor, pero ahora no debo perder el tiempo con eso, mejor centrarme en lo que tengo entre manos.

No quiero agobiarme, aun así, trabajar con papeles es complicado, pero no podía arriesgarme a manejar ficheros digitales, que dejasen rastro.

Media hora después no sé ni cómo sentarme, a cada documento que leo más evidente es la maniobra de Baltasar.

—¡Y parecía tonto el chaval! —exclamo resoplando.

—¿Decías? —inquire Mario.

—Nada, que nuestro querido Baltasar Meier tiene aspiraciones.

Mario deja a un lado el libro y me presta atención. Le explico por encima en qué baso mis sospechas.

—Algo lógico, no siempre va a estar a la sombra de su tío —comenta él.

—No tan lógico cuando pretende meterle un gol a Caprice Food International.

Se muestra interesado. Por lo general, no comparto información sobre los pormenores de mi trabajo, no cuesta nada ser prudente; no obstante, creo que Mario no tiene pinta de ir hablando por ahí más de la cuenta.

Le explico brevemente mis sospechas, bueno, a la luz de todos los informes ya no son sólo sospechas, y él sonrío de medio lado y no se muestra para nada sorprendido. Sin pedirme permiso, coge algunos de los papeles que he dejado

sobre la mesita del salón. Podría impedirselo, pero lo cierto es que cada vez valoro más su opinión.

—¿Éste es el motivo de que lleves toda la semana tan tensa? —me pregunta, tras leer por encima los documentos.

—Me la juego —admito resoplando.

Me froto las sienes, porque tal saturación de datos me provoca dolor de cabeza. No veo el momento de que todo esto se acabe.

—Con tipos como Meier, esto —señala los papeles— es perder el tiempo.

—¿Perdón? —pregunto sin entender.

Mario se vuelve para poder mirarme de frente. Esboza una sonrisa divertida y después saca su móvil. Ese que lleva siempre, o casi siempre, apagado. Trastea con él y después me muestra una imagen.

—Muy bonita, muy nazi —comento con ironía, sin prestar demasiada atención.

—Mírala otra vez —me pide.

Y sólo por no hacerle un feo, cojo el móvil y miro de nuevo. Nada, yo sólo veo una foto antigua de un militar nazi.

—Lo siento, pero no veo qué relación puede tener esto...

—Es el abuelito Meier, el fundador de Caprice Food International —me suelta con una sonrisa y me quedo perpleja.

No es para menos.

Capítulo 32

Mario

Sigue mirando la pantalla del móvil como si fuera un montaje. Yo haría lo mismo.

—No es posible... —murmura.

—Hay muchas empresas con un pasado turbio, que más o menos han sabido desligarse de sus orígenes; sin embargo, Caprice Food International siempre lo ha ocultado —explico y ella me mira con desconfianza.

—Es una información peligrosa.

—Por supuesto que lo es y, por si acaso dudas, he estado investigando. —Genoveva arquea una ceja—. No me mires así, tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar.

—Se supone que te pagan por hacer un trabajo afín a los intereses de la empresa, no al contrario —me replica sin mostrar enfado.

Sonrío y recupero el móvil para mostrarle otros archivos mientras hablamos.

—Resultó irresistible —me justifico, aunque me importa un carajo su opinión al respecto. Ella conoce muy bien mis escasas o nulas motivaciones—. Me puse a indagar con el fin de hacer la típica presentación cursi sobre los orígenes del tinglado internacional que es hoy la empresa y por casualidad vi esta foto.

—Y no pudiste resistir la tentación —apunta sarcástica.

—¿Cómo iba a perderme algo semejante? —replico de buen humor—. Además, tenía que encontrar el modo de que este encargo me resultara interesante, así que con la ayuda de Liese me puse a ello.

Genoveva va ojeando los archivos que tengo en el móvil, intuyo qué se le pasa por la cabeza. Dejo que ella sola saque las conclusiones. No hace falta añadir que no se trata de una suposición, está todo documentado.

—¿Y qué pretendes que haga con esto? —pregunta, devolviéndome el teléfono.

—Ahorrarte trabajo —respondo.

—Nunca he sido amiga de atajos.

—Tú verás —murmuro, señalando la montaña de papeles desperdigados sobre la mesita del salón, que a buen seguro serán sólo una parte de los muchos que ha tenido que leer.

—En el supuesto caso de que decida...

—Genoveva, no tienes por qué utilizarlo si con ello te vas a sentir incómoda —la interrumpo, pues a pesar de conocerla poco, sé no es una persona acostumbrada a que le saquen las castañas del fuego y mucho menos utilizando métodos tan poco ortodoxos.

—Baltasar Meier quizá no se deje convencer, aunque le muestre esto; él, al igual que yo, somos de otra generación. Los escándalos están a la orden día —argumenta con toda lógica.

—¿En medio de un nuevo lanzamiento que va a suponer una gran inversión para la empresa? —sugiero y ella frunce el cejo.

—Tú no lo conoces —suspira con desagrado.

—He tenido el dudoso placer de entrevistarme con él —contesto—. Es un trepa resentido y envidioso al que se le ha dado todo hecho y que gracias a su apellido está donde está.

—Yo no lo hubiera descrito mejor —musita y se frota las sienes.

Podría consolarla, darle un masaje o abrazarla; sin embargo, prefiero que sea ella quien me lo pida. No quiero agobiarla.

Se pone en pie y comienza a deambular por la sala. Yo la observo sentado. Su aspecto dista de ser el de la ejecutiva que cada mañana sale de casa ataviada de manera elegante. Ahora, con su pantalón de chándal negro un tanto deformado y la camiseta gris parece una maruja. Pensamiento que no le comentaré, por razones obvias.

—Esto es un arma de doble filo —murmura apesadumbrada—. Y no soy amiga de tejemanejes.

—Seamos sinceros, Baltasar te quiere fuera del consejo de administración. —

Ella asiente—. No porque seas incompetente, sino todo lo contrario, porque hombres como él quieren a su alrededor aduladores que cobren el cheque anual y no discutan.

—Lo sé, sin embargo...

—Sin embargo, tienes en tu mano la oportunidad de pararle los pies, y para ello debes dirigirte al jefe del cotarro. Tienes los informes, perfecto, eso te respaldará, pero hazme caso, los tipos como Rudolf Meier siempre se pondrán del lado de los suyos, aun sabiendo que la están cagando —asevero sin contemplaciones.

—¿Sugieres que hable con Rudolf? —pregunta con aire escéptico.

—En efecto —le confirmo y pienso que, a pesar de estar hecha un adefesio, me pone bastante.

Ojalá se acercara un poco hasta el sofá y así, con un poco de suerte, podría estirar el brazo, agarrarla y tirar de ella para que se me subiera encima.

—No lo veo...

Sigue dubitativa. No la culpo, arriesga demasiado, empezando por su prestigio, ese que se ha labrado después de mil sacrificios.

—Pues tal como está la situación, no te queda otra —le indico, pues por desgracia es la verdad.

—No me gustan estos líos, pero tienes razón —admite algo más animada, aunque no creo que lo suficiente. Habrá que darle el último empujoncito.

—Yo sé muy bien lo que es que te jodan la vida y, la verdad, me caes bien.

Genoveva me mira con una expresión entre burlona y curiosa.

—Te caigo bien...

—Es una forma extraña de expresarlo, sí —corroboro, sonriendo de medio lado.

Ella sigue sin acercarse lo suficiente. Una pena, cuántas posibilidades.

—Te lo agradezco, pero no me apetece ocuparme ahora de dilucidar qué ocurre entre ambos.

—Si te acercaras un poco, podría darte alguna pista —la provocho y doy unos golpecitos en el sofá para que me entienda, pese a que no es necesario. Genoveva es demasiado perspicaz.

—No sé si estoy de humor... —musita, cruzando los brazos.

Por suerte no es una negativa. Veremos cómo acaba la noche.

Estiro las piernas y sigo sentado en el sofá. En teoría, no tengo por qué ayudarla y he dejado en sus manos el poder de decisión.

—Para esa clase de diversión —remata.

—Tal como están las cosas, cualquier diversión es buena —la animo.

—Antes deberías contarme de qué habló tu ex en su entrevista —me pide y esboza una media sonrisa. Seamos optimistas y considerémosla prometedora.

Cualquiera sabe que administrar la información puede ser un arma poderosa, pero creo que no me apetece jugar al gato y al ratón. Genoveva está a mi lado en esto y puede que no le afecte de forma directa, pero ya que se interesa...

—No quieres hablar de ello, lo entiendo —dice ante mi silencio—. Mañana buscaré el vídeo en internet.

Se da media vuelta, dispuesta a marcharse, y yo no voy a permitirlo.

—Tarifa plana —murmuro y ella me mira por encima del hombro.

—¿De verdad me vas a salir ahora con eso? —replica irónica.

Asiento como un niño pequeño que consigue salirse con la suya. Incluso sonrío travieso.

—Vanesa no dijo nada relevante. Se limitó a soltar bobadas y los periodistas la acribillaron a preguntas —le explico, sin moverme del sofá. Ella tampoco se marcha, así que vamos bien, he logrado captar su atención—. Se derrumbó delante de todo el mundo e hizo el ridículo.

—Percibo cierto regocijo en tu tono —apunta y da otro paso más hacia mí, aunque no lo suficiente.

—¡Joder, pues claro! Hacía mucho que no disfrutaba tanto viendo la tele —admito con sinceridad—. Vanesa no sabía dónde meterse, incluso se echó a llorar en un patético intento de dar pena que no le sirvió de nada, porque los tertulianos fueron implacables.

—Lo has disfrutado, ¿eh?

—No te haces idea de cuánto... —murmuro y la llamo moviendo un dedo—. Y voy a disfrutar aún más en cuanto te sientes encima y me montes a lo bestia.

—Das demasiado por supuesto —replica y se coloca a tiro.

No se conforma con eso y, si bien con la ropa de andar por casa resulta lo menos morbosa del mundo, a mí me ha puesto como una moto.

Genoveva sonríe de medio lado mientras se arrodilla entre mis piernas. Inspiro hondo.

—No es lo que tenía en mente —musito cuando sus manos comienzan a desabrocharme la bragueta—, pero si insistes...

Mete la mano dentro de mis pantalones y, con brusquedad, me agarra la polla por encima de los b oxers. Un apretón de lo más erótico.

—Dime algo para terminar de convencerme —me pide susurrando.

—Me tienes a tu entera disposición, ya sabes que soy un juguete en tus manos —afirmo y ella arquea una ceja.

—S e más explícito, por favor —ronronea, sin dejar de apretarme los huevos.

Estando arrodillada, a priori ella debería ser la parte sumisa y un tanto vulnerable, pero Genoveva se las arregla para tenerme a su merced.

—Desde que has llegado no he podido pensar en otra cosa que en tenerte encima, cabalg ndome. Incluso con las manos atadas a la espalda, si eso te pone cachonda. Como prefieras, siempre y cuando me folles bien fuerte y me dejes ver ese par de tetas bamboleantes —declaro mis intenciones sin ningún pudor, tal como ha pedido.

—Creía que mis tetas eran corrientes.

—Y lo son —le confirmo jadeante, porque, joder, qué mano tiene—. Eso no quita para que me gusten.

Genoveva me libera. Debería respirar tranquilo ahora que me ha soltado los huevos, en cambio lo echo de menos, me gusta la tensión y ella sabe muy bien cómo crearla. Joder, vaya si lo sabe.

Se pone en pie y delante de mis narices se desprende de la camiseta, mostrándome sus pechos. No he mentado, no son espectaculares ni de portada de revista, son unas tetas corrientes y molientes.

Acto seguido, se baja los pantalones de chándal y las bragas.

Pero lejos de contentarme y subirse encima, comienza a acariciarse los senos, eso sí, mirándome con una cara de viciosilla que me está poniendo cardíaco.

—Haz el favor de subirme encima, mira cómo me tienes —suplico y me agarro

la polla.

—No —se niega.

Una sola palabra, una jodida palabra y es «no». Qué puta suerte.

—¿No?

Genoveva se ríe. Juega conmigo, me provoca y me desespera. Soy gilipollas, pues he abierto la boca dándole un cheque en blanco. Trago saliva, tiene los pezones bien duros y me muero por chupárselos.

—Es una pena no tener algo con lo que atarte —musita sin dejar de tocarse.

—Sí, lo es, porque como sigas ahí de pie, provocándome, vas a pagar las consecuencias —la amenazo, a ver si con un poco de suerte deja que la toque.

—¿Quieres esto? —pregunta ofreciéndome uno de sus pechos.

—Joder, pues claro. Quiero tener ese pezón entre mis labios y chuparlo con fuerza, incluso morderlo hasta que chilles y me folles, que ya estás tardando.

Vuelve a reírse y, despacio, mucho más de lo que desearía, se va acoplando sobre mis piernas.

—No me toques —exige y me agarra de las muñecas para alzarme los brazos hasta obligarme a colocarlos tras la nuca—. Así, quietecito.

—De acuerdo —acepto, tragando saliva.

Comienza a restregarse, lo hace de forma sutil, sabe que así me tiene expectante y ansioso. No es tonta y aprovecha la ventaja. Continúa manoseándose y a mí me resulta insoportable quedarme inmóvil. Genoveva simula que me está montando, pero se limita sólo a eso y yo quiero correrme de una puta vez.

Cuando estoy a punto de soltar una barbaridad, me besa con fuerza, mordiéndome incluso el labio. Intuyo que se divierte volviéndome loco con sus tejemanajes y yo, por suerte o por desgracia, soy incapaz de rebelarme, pues por mucho que desee acelerar las cosas, no muevo un dedo y la dejo hacer.

—En algún momento digo yo que me follarás —la provocho entre gemidos—. Estás empapada.

No lo he dicho a la ligera, pues al estar subida encima y frotándose sin miramientos, sé de lo que hablo. No sólo noto el calor, sino también la humedad sobre mi polla.

—No te preocupes ahora por eso —susurra y vuelve a besarme.

Joder, cómo me gustaría agarrarla del culo y amasárselo bien fuerte, de forma grosera, y dejarle alguna que otra marca en esa piel tan blanca que tiene, pero aquí estoy, con las manos detrás de la nuca, como un vulgar delincuente, mientras ella se comporta como una zorra de mil demonios.

De repente se aparta y, claro, me deja preocupado y más cuando me sonrío con una expresión entre siniestra y preocupante, al menos para mí. Por fortuna, mis temores son infundados, ya que se da media vuelta para mostrarme el culo y, antes de que me dé tiempo a preguntar, se acomoda encima, dándome la espalda. No contenta con ello, me sujeta la polla hasta dejarse caer y hacer que se la clave hasta el fondo.

Bueno, yo no he hecho nada, pero la sensación es cojonuda.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos un instante mientras respiro hondo y ella comienza a balancearse. Ahora no va despacio, menos mal.

—¿Quieres que haga algo? —pregunto con la voz casi rota, pues tengo la garganta seca de tanto jadear.

—No, límitate a quedarte quieto.

—Como si fuera un jodido muñeco hinchable.

—Exactamente.

Bueno, eso no me deja en muy buen lugar, sin embargo, me gusta la idea, porque ella no sólo dirige todos los movimientos, sino que me trata como si no fuera nada, una polla con la que obtener placer.

A pesar de todo, yo estoy disfrutando, sentirme utilizado no merma el placer, más bien todo lo contrario, pues le añade un componente extra, difícil de clasificar, pero efectivo.

De improviso siento un roce en mis pelotas, ha metido la mano entre sus piernas, quizá quiera masturbarse al mismo tiempo. Pero no, me agarra de los testículos y aprieta, joder, aprieta con fuerza.

—Ya puedes correrte —me suelta entre gemidos.

—Eso intento —replico apretando los dientes, porque esta combinación tan rara entre placer y dolor me confunde un poco.

Y, como en todo, es cuestión de apreciar los matices, ella sabe lo que se hace.

Tenerla encima, disfrutando, hace que olvide cualquier incomodidad y lo que al principio es chocante, pasa a ser placentero. Sé que debo estar quieto, dejar que lleve el ritmo; sin embargo, ya no puedo más, tengo los brazos tensos y, sin pedir permiso ni gaitas, rodeo su cuerpo hasta poder agarrarle las tetas desde atrás y pellizcarle los pezones.

Soy igual de brusco que ella lo es conmigo y eso no da muestras de disgustarla, pues tensa sus músculos internos hasta lograr exprimirme.

Me corro entre gemidos un tanto lastimeros y desesperados y ella creo que alcanza un estado similar cuando se recuesta contra mí y afloja la presión en mis pelotas.

No sé si es el momento de ser tierno, pero me la trae floja, aprovecho para besarla en el cuello y Genoveva gira despacio la cabeza. No es la mejor postura, pero aun así rozo su boca con mis labios.

No tengo por qué preocuparme ante un gesto tan tierno.

¿O sí?

Capítulo 33

Genoveva

—Llegó el día D y la hora H.

—Maurice, por favor —murmuro, mientras me retoco el maquillaje—, ahórrate el sarcasmo histórico.

Por desgracia, el aspecto físico es tanto o más importante que mis cualidades como ejecutiva y, puesto que me tengo que enfrentar a un consejo de administración en el que, por desgracia, sólo hay hombres, mi imagen ha de ser impecable.

De reojo observo a Maurice, que permanece con los brazos cruzados, sin perderse un detalle de cómo me arreglo. Para la ocasión me ha elegido un conjunto de pantalón de talle alto azul marino y una blusa gris, sin botones, a mi juicio, un tanto entallada.

—Voy a acabar con los pies molidos —me quejo cuando me acerca unos zapatos de tacón imposible.

—Son imprescindibles para el conjunto. Eres alta, pero en esta ocasión debes poder mirarlos a todos por encima del hombro —afirma y me los tiende.

Tuerzo el gesto, para caminar con ellos voy a tener que ir dando pasitos como una geisha. Como no me decido, Maurice se agacha y me hace un gesto para que levante el pie. Yo me agarro a su hombro, porque con este tacón me puedo romper la crisma.

—Me siento como cenicienta —comento con sarcasmo.

—Te sientan estupendamente, Genoveva —asevera, poniéndose en pie junto a mí. Sonríe satisfecho, lo que quiere decir que he aprobado—. Sólo una pregunta...

—Dime.

Camino despacio para ir acostumbrándome, bajo la atenta mirada de Maurice.

—Ese tipo que viene a verte... Maihart...

—Que yo sepa, sólo ha venido una vez —contesto y espero que mi secretario no se ponga cotilla justo ahora.

—¿Tienes algo con él? —pregunta sin la menor consideración.

—¿Perdona? —replico, perpleja ante semejante descaro.

—Ahora no te hagas la enigmática conmigo, Genoveva. Nunca vienen a verte hombres por asuntos personales y está claro que el señor Maihart no vino a hacer negocios.

—¿Escuchas a escondidas?

—No hace falta. Me basta con observar... Cuando tienes una reunión de negocios, pides que sirvan algún refrigerio o me solicitas documentos o, más sencillo, figura en tu agenda, así que me sorprendió, de ahí mi curiosidad.

«A veces da miedo lo mucho que te conoce alguien», pienso, tras escuchar la explicación, lógica por otro lado, de Maurice.

—Digamos que es un... conocido —comento, a falta de una definición mejor.

—Un conocido... —repite con retintín—. Ya, vale. No quieres hablar.

—No, la verdad es que no, y ahora, si me disculpas, voy a la sala de tortura —digo resoplando.

Tengo todos los cabos bien atados, pero nunca se sabe. Fingir que no estoy de los nervios es absurdo, sólo tengo que lograr disimular lo suficiente para que Baltasar no me salte a la yugular.

—Suerte —me desea Maurice burlón, mirándome de arriba abajo de una forma un tanto extraña. Rara vez, por no decir nunca, he apreciado nada sexual en él; en cambio hoy, no sé, tengo una sensación que me inquieta. Tiene una actitud... ¿seductora? Al menos me lo parece, ahí de pie, con las manos en los bolsillos.

Puede que sólo me esté volviendo una paranoica de cuidado, al estar sometida a tanta presión. El caso es que justo ahora no necesito más preocupaciones.

—Deséame suerte de verdad —le pido, antes de recoger mi maletín.

—Mentiría si dijera que no la necesitas... —contesta con una media sonrisa.

—Gracias.

Con mis documentos bajo el brazo y la información que me pasó Mario en la tableta, camino en dirección a la sala de juntas. Sé que no es una reunión al uso, tengo que representar un papel y hacerlo sin una sola equivocación. Los tacones me van a dejar los pies hechos polvo, pero a cada paso que doy deben de resonar, avisando a quienquiera que los oiga que voy en serio. Mi aspecto es impecable y mi determinación inquebrantable. Saludo a un par de personas con las que me cruzo antes de entrar en el ascensor. Justo antes de cerrarse las puertas, entra la última persona con la que me apetece coincidir. ¡Mira que hay empleados en Caprice Food International y tengo que compartir un espacio tan reducido con Baltasar!

Respiro sin que se me note la incomodidad. La función comienza antes de lo previsto.

—Buenos días, señorita Balaguer —me saluda con ese tono tan educado que hasta podría confundirme.

—Buenos días —contesto sin mostrar desagrado, aunque agarro con más fuerza el asa del maletín.

Él no lleva nada, supongo que está tan seguro de que su propuesta saldrá adelante, que nos mostrará unos bonitos gráficos (trabajo de su secretaria, no de él), en los que los beneficios serán desorbitantes.

—¿Preparada para la reunión? —pregunta con retintín.

—Será como las de siempre —miento, sólo para que se confíe.

—Sí, seguramente —conviene en voz baja.

Justo en este instante suena mi móvil personal. Algo extraño, pues no espero que me llame nadie. Llegamos a la planta donde está la sala de reuniones y Baltasar me cede el paso.

Me quedo rezagada para responder a la llamada, lo que me permite deshacerme de él, que avanza decidido.

Miro la pantalla y al ver que se trata de Mario frunzo el cejo, pues rara vez se pone en contacto conmigo, a no ser que sea importante. Resoplo, porque no quiero ninguna distracción.

—¿Qué ocurre? —inquiero preocupada.

—Nada —replica ufano.

—Entonces ¿para qué me llamas? —le espeto tensa, muy tensa, no quiero perder la concentración.

—Sólo quería recordarte... —responde con ese tono de presentador que encandilaba a la audiencia y que a mí me excita— que tú puedes con todo y con todos, que los vas a dejar con la boca abierta y que después lo vamos a celebrar a lo grande.

Miro el teléfono sin dar crédito y termino sonriendo. Nunca hubiera esperado esto de Mario.

—Gracias —digo simplemente.

—Sé que eres la mejor y que los vas a dejar impresionados, pero sólo quería recordártelo.

—¿Algo más? —Quizá estoy siendo impertinente, pues él sólo pretende animarme—. Discúlpame, no pretendía ser tan grosera.

—Genoveva, joder, a mí no trates como si fuera uno de esos pelagatos, si estás nerviosa o tensa, dilo en voz alta, grita —me recomienda, sin mostrar enfado por mi grosería.

—Tengo que dejarte.

—Espera un minuto —me pide y hay algo en su tono de voz que me llama la atención—. Tengo una idea.

—¿Dónde estás ahora? —pregunto, pues me ha dado la sensación de que está haciendo ejercicio o algo parecido y no me cuadra, porque su trabajo es de despacho.

—En casa —contesta seductor—. Más concretamente en el sofá del salón.

—¿Estás haciendo ejercicio?

—Se podría decir que sí —repone jocoso—. Estoy un tanto aburrido, de ahí que se me haya ocurrido desnudarme, tirarme en el sofá y masturbarme, imaginándote en esa sala de reuniones dando caña a diestro y siniestro.

—¿Y Ona?

Oigo su risa burlona.

—Hace ya un rato que se ha ido a hacer la compra y, por lo que me ha comentado, tardará bastante.

Mi cabeza recrea en el acto su imagen y, sin poder evitarlo, siento un

cosquilleo entre las piernas. Inoportuno, desde luego.

—¿Y por qué me cuentas algo así? —replico estupefacta, aunque se me escapa una risita nerviosa.

—Se me acaba de ocurrir una cosa... —musita y oigo un jadeo un tanto sutil, dando a entender que no miente— no cortes la llamada, quiero oírte, meneármela mientras aplastas a esos tipos.

—No puedes pedirme algo así —protesto mirando alrededor, no vaya a ser que algún oído indiscreto se percate de esta surrealista conversación—. En la reunión se hablará de asuntos confidenciales.

Vuelve a reírse.

—No me jodas, me importan una mierda vuestras estrategias de mercado, las previsiones de ventas, el estado de la competencia y demás memeces de consejo de administración, yo quiero escucharte a ti, nada más.

—¡Estás loco! —exclamo e intento controlar la risa.

—Estoy cachondo —me corrige.

Como propuesta morbosa y descabellada no tiene parangón. Es, desde luego, lo más extraño que he oído en cuestiones de fantasías eróticas. Y lo más preocupante es que en vez de negarme en redondo me lo estoy pensando.

Oigo pasos y veo a Rudolf que se dirige hacia la sala de juntas, acompañado de su secretaria. Es un secreto a voces que llevan liados más de veinte años y que Meier no se divorcia de su esposa para no sufrir una considerable merma en su patrimonio. Un arreglo que, por lo visto, contenta a todas las partes.

—¿Todo bien? —me pregunta Rudolf, deteniéndose a mi lado.

No tengo la más remota idea del aspecto de mi cara, incluso puede que esté colorada como un tomate, aunque se supone que el maquillaje debe cubrir cualquier imprevisto.

Tapo el auricular con la mano, un gesto absurdo, pues Mario puede escuchar perfectamente esta conversación.

—Sí, todo bien —digo en respuesta y esbozo una sonrisa, falsa, por supuesto, no hay que mostrar jamás el verdadero estado de ánimo y el mío es bastante tenso.

Rudolf le pide a su secretaria/amante que se adelante, algo quiere decirme

antes de que nos reunamos con el resto. No tiene por qué ser malo, pero es inevitable que me inquiete.

—Quería comentarle un asunto antes de entrar —anuncia con un tono engañosamente cómplice.

Sé que es un viejo zorro, que no da puntada sin hilo, y que toda precaución es poca. Tan pronto te apoya como te mueve la alfombra para que te caigas de culo.

—Le escucho.

—Sé que tenemos por delante una junta complicada y desde un principio he confiado en usted, en sus aptitudes —expone, pero yo no me dejo engañar por sus halagos, intuyo que sólo es un recordatorio de su poder.

—Lo sé, señor Meier —respondo.

—No soy ajeno a la silenciosa competencia entre mi sobrino y usted, por eso quiero que expongan sus opiniones, por descontado, guardando las formas —agrega en un tono cercano a la advertencia.

—Por supuesto —convengo, aunque no me voy a dejar intimidar—. Mi intención siempre es mirar por el bien de la empresa.

Rudolf esboza una sonrisa un tanto burlona.

—¿Entramos? —propone, estirando un brazo para mostrarme el camino.

Asiento y camino junto a él. Puede parecer una estupidez, pero llegar a la sala de juntas acompañada del mandamás es una especie de respaldo moral. Guardo el teléfono en el bolsillo, si Mario quiere escuchar, por mí, perfecto, va a tener banda sonora para masturbarse a base de bien.

Baltasar deja de hablar en cuanto es consciente de mi presencia. Da las típicas palmaditas cómplices al consejero con el que está hablando y viene raudo hacia mí. Hemos coincidido en el ascensor y apenas hemos hablado, pero insiste en mostrarse como el mejor amigo.

—Sentémonos, por favor —propone Rudolf, tras responder a los saludos de los congregados.

Lo más sorprendente es que Baltasar me aparta una silla para que me siente junto a la cabecera. A ninguno de ellos parece importarles y ocupan sus asientos. Yo estoy a la «siniestra del padre». Algo demasiado simbólico como para considerarlo una simple casualidad.

Ya estoy curada de espanto y sé que todos estos gestos no son sino maniobras un tanto ladinas, nada que no pueda manejar.

Baltasar toma asiento a la «diestra».

Como viene siendo habitual, tenemos que ver un vídeo, uno que yo ya he visionado en mi despacho, pero como la mayoría de los presentes sólo vienen a calentar asiento y a recibir su cheque, nos lo tenemos que tragar una vez más. Con disimulo, echo un vistazo a mis notas en la tableta y entonces recuerdo que tengo el teléfono descolgado. Siento un cosquilleo, malsano e inoportuno, entre las piernas. Baltasar no me quita ojo, sabe que se la juega, de ahí que mantenga el semblante despreocupado.

—Pueden encender las luces —indica Rudolf.

La secretaria obedece y, tras preguntarnos si deseamos tomar algo, lo sirve y abandona la sala. Tiene que resultarle duro permanecer siempre discreta, a pesar de que toda la empresa conoce la relación entre ella y el jefe.

—Señorita Balaguer, ¿qué puede contarnos del proyecto audiovisual que se está realizando? —me pregunta Rudolf con amabilidad.

Finjo una sonrisa. Lo poco que sé es lo que le he oído a Mario, que, por cierto, no ha dado un palo al agua. La pregunta no tendría por qué ser peligrosa; no obstante, mi relación con Mario le da un cariz especial, y cuando digo especial quiero decir peligroso.

—Por lo poco que me han dejado ver los de Ausdrücken —comienzo, dejando claro que no existe conflicto de intereses y que no dispongo de información privilegiada—, están trabajando en una idea que aúna diferentes conceptos que definen Caprice Food International.

En realidad, no he dicho nada, palabras huecas. Como el mejor de los políticos.

—¿Podría ser más específica? —sugiere Baltasar con regocijo, al creer que me está poniendo en un aprieto.

—Podría, sí —respondo y tres de los consejeros ríen con disimulo—, pero les he prometido que no revelaré detalles hasta que nos muestren el montaje definitivo.

Soy consciente de que Mario está escuchando y espero que esto lo excite,

porque lo que es a mí, la verdad, me pone enferma.

—Además —prosigo sin alterarme—, este asunto no estaba en el punto del día.

—La imagen que proyectamos siempre está en el orden del día —me replica Baltasar con aire arrogante. El consejero que le baila el agua asiente como un perro bien entrenado—. Además, es de sobra conocida su relación personal con el señor Brinell...

Cabrón... Cómo le gusta meter cizaña.

—No recuerdo haber elegido yo Ausdrücken como empresa para realizar el encargo.

—Dejemos este asunto, por favor —tercia Rudolf—, y vayamos al inminente lanzamiento de la línea deportiva.

—Por supuesto. —Baltasar no pierde el tiempo y se pone en pie para repartir unas carpetas, a la antigua usanza, sobre los estudios de mercado, que yo, a diferencia de otros consejeros, ya he revisado.

Rudolf me mira intrigado, pues ni siquiera abro el documento. El resto de los presentes leen y asienten, son demasiado optimistas como para no pensar en la paga de beneficios.

Baltasar, paseando por la sala, habla y habla y habla. Cree que los tiene a todos en el bolsillo. A juzgar por los datos, nadie va a rebatirle ni una coma, tampoco su tío, que parece entusiasmado con el hecho de que por fin el tonto de la familia haya hecho bien el trabajo.

Me recuesto en el asiento y aguardo paciente a que acabe su perorata, que por lo visto se ha preparado a conciencia, pues todos asienten cada vez que da un nuevo dato sobre previsiones de ingresos.

Dejo que disfrute de su momento de gloria...

Capítulo 34

Mario

Desde luego, hay que echarle mucha imaginación para excitarse escuchando a esta pandilla de panolis. Y yo tengo ya una edad para estas cosas.

La idea de llamar a Genoveva para animarla ha surgido así, de la nada, aun sabiendo que no necesita mis ánimos, pues se ha dejado las pestañas trabajando. Pero al final la he llamado sólo para saber cómo estaba. Un hecho sin precedentes, porque, por lo general, me resbala lo que les ocurre a quienes están a mi alrededor. Hace ya tiempo que dejé de interesarme por nadie que no fuera yo mismo. De ahí que siga sin entender por qué he hecho esta llamada.

Lo de decirle que estaba desnudo en el sofá ha sido una ocurrencia, falsa, por supuesto, pues en teoría iba a ponerme a revisar el guion del maldito reportaje. Liese me lo ha enviado y estoy seguro de que no cambiaré ni una coma, pero me ha pillado en uno de esos días tontos y lo iba a leer. También me han enviado un montaje de vídeo, todo trabajo de otros. No he movido un dedo, ni pienso hacerlo. Menos mal que en Ausdrücken hay un equipo competente, porque si de mí dependiera...

En el último segundo se me ha ocurrido la tontería esta de masturbarme escuchando un consejo de administración y ha valido la pena, porque la he oído reír, eso sí, con disimulo, tras la sorpresa inicial.

Interesarme por ella más allá de lo básico puede considerarse una anomalía en mi vida. Una anomalía que, por otro lado, me está resultando agradable. Aunque sé que todo tiene fecha de caducidad. En cuanto estalle el caso del soplaitas de Diego, ella quedará libre y yo, bueno, seguiré mi lucha a muerte contra Vanesa. Lástima que no pueda encontrar ningún trapo sucio de ella lo suficientemente

importante como para que le interese a la prensa, pero Vanesa es de lo más aburrido desde el punto de vista informativo.

Su aparición en televisión fue decepcionante, una tomadura de pelo, dijeron los críticos. Incluso se han puesto en contacto conmigo para que le conteste en público; sin embargo, me he negado. Ni loco voy a hacerlo, eso sería darle munición.

—Una exposición de lo más optimista —oigo decir a Genoveva a través del auricular.

—Gracias, señorita Balaguer —replica el baboso de Baltasar. Joder, qué asco le tengo a ese tipo.

—Optimista e irreal —añade ella con aire altivo.

Excelente, ahora va a entrar en materia y espero que lo ponga en su sitio.

—Los datos avalan mi teoría, señorita Balaguer.

—Unos datos cuestionables —afirma Genoveva y, mira por dónde, me estoy animando—. Los costes de producción, por ejemplo, ¿no resultan sospechosamente altos?

—Explíquese, se lo ruego —dice una voz que reconozco, se trata de Rudolf.

Genoveva comienza a exponer con calma y haciendo gala de su dedicación, que el lanzamiento de la línea de alimentación deportiva no es tan rentable como parece, porque los costes de producción son elevados, no por la calidad o por los estudios, sino porque se ha decidido que los productos se fabriquen fuera de las factorías de la empresa.

Es jodidamente lista, lanza la piedra y esconde la mano.

—Desde hace años, Caprice Food International ha ido adquiriendo sus propias factorías, con tal de vigilar todo el proceso de fabricación, de esa forma nos aseguramos la calidad y, por supuesto, controlamos los costes al ahorrarnos los intermediarios.

—¿Y por qué ahora cambiamos de política? —plantea uno de los consejeros del que desconozco el nombre y que sin duda le ha ahorrado a Genoveva parte del trabajo sucio.

—A esa respuesta sólo puede respondernos el señor Meier —contesta ella, hábil, y, aunque no puedo verlo, entiendo que se refiere a Baltasar.

Me muero por escuchar la respuesta de ese soplagaitas. Tarda más de la cuenta, supongo que está elaborando un argumento convincente, eso sí lo tiene.

—Los costes de fabricación siempre hay que tenerlos en cuenta —murmura otro de los asistentes.

Como esto va para largo, voy un momento a la cocina en busca de algo para beber, me sirvo una copa de vino blanco y regreso raudo al salón. Me descalzo, me tumbo en el sofá y espero a que siga la junta.

—Caprice Food International no dispone de la tecnología necesaria —alega Baltasar y me da la sensación de que le falta convicción.

—Hasta ahora nos hemos defendido bien —apunta otro tipo.

A Genoveva la están ayudando. Sonrío, ahora sólo falta que dé la puntilla.

—En efecto —lo secunda ella con firmeza—. Y hemos lanzado al mercado algunos productos con un éxito razonable, manteniendo costes, por lo que, sobre esa prueba, hemos decidido ampliar la gama y competir directamente.

—¡Nuestras factorías aún no están preparadas para asumir la producción! —exclama Baltasar alzando la voz.

—Algo muy fácil de solucionar, caballeros —tercia Genoveva—. Les he remitido por correo electrónico un informe sobre los ajustes que deberíamos hacer en tan sólo dos de nuestras fábricas, las que en la actualidad producen los productos que ya hemos colocado en el mercado.

No le hace falta añadir la coletilla: si se lo hubieran leído...

Es lista, la jodida, y me gusta, me pone y, mira por dónde, a lo mejor cumplo lo que he dicho y termino meneándomela mientras la escucho. Miro hacia abajo, la cosa no está del todo animada, pero apunta maneras.

—¿Y por qué no seguimos igual? —pregunta uno de los asistentes, que por el tono deduzco no tiene ni puta idea. Otro que sólo se limita a cobrar el sustancioso cheque anual y punto.

—Tenemos que... que innovar —protesta Baltasar—. Nuestras factorías no son adecuadas.

—¿Por qué no? —lo reta ella sin perder la calma.

Me lo estoy pasando mejor que con un serial radiofónico de los de antes, en los que debías imaginarlo todo guiándote tan sólo por los sonidos. Apuro la copa

de vino y lamento no haberme traído la botella.

La respuesta de Baltasar no puede ser más ridícula, pues va y suelta que es mejor fabricar la nueva línea de productos en factorías externas, para así aprender de otros, para copiarles. Joder, qué idiota, si pretende estafar a su propia empresa, por lo menos debería currárselo un poco más.

Inmediatamente interviene Genoveva, desmontando una a una las tonterías del tipo. Y con datos, dejado bien claro que el plan de Baltasar no es ni mucho menos tan rentable como afirma. No titubea, no vacila, nadie la interrumpe.

Joder, a mí ni me va ni me viene, pero me siento orgulloso.

Sólo un soplagaitas se atreve a hablar y es Baltasar. No obstante, ella no cede y lo deja en ridículo. Se oyen murmullos, alguna que otra tos.

Hasta que Rudolf para en seco la discusión.

Pide que desalojen la sala y que sólo que queden ella y el sobrino. Me da que le quiere salvar el culo a Baltasar.

—Ha sido bochornoso —declara Meier.

—Completamente de acuerdo —lo secunda el sobrino pelota.

—¿Perdón? —murmura Genoveva, estupefacta, y no es para menos.

—Señorita Balaguer, no esperaba esto de usted —la regaña Rudolf.

«Manda huevos», pienso, frunciendo el cejo.

Sigo escuchando cómo el jefe reprende a Genoveva por su actitud «poco solidaria». Pásmate, poco solidaria. Y no sólo eso, la acusa de poner al consejo en contra de Baltasar. Lo dicho, hay que ser cabrón para hacer algo semejante.

—No tenías que hacer nada —le recuerda Baltasar, sin duda envalentonado por el apoyo de su tío.

—Confíe en usted, señorita Balaguer. Lleva en la empresa más de veinte años, sabe que a veces hay que dejar de lado el orgullo personal y mirar por el bien colectivo —remata Rudolf con ese falso tono de abuelo comprensivo.

—No me merezco un trato semejante —dice ella sin alzar la voz.

—Creo que lo mejor para calmar los ánimos sería...

De repente, el móvil emite un pitido y...

—¡Mierda! Se ha quedado sin batería.

No estampo el puto móvil contra la pared de milagro. Voy como alma que

lleva el diablo a por el cargador y, como lo uso muy poco, no lo encuentro. Maldigo una y otra vez, porque cuando encuentro uno y lo enchufo tarda bastante en encenderse.

Cuando por fin está operativo, ya no me sirve para nada. Marco el número de Genoveva, pero no responde. Ahora me tengo que quedar sin saber el final de la historia, aunque me temo que no será bueno para ella.

Miro el teléfono como un idiota y de repente suena; por desgracia, no es ella, sino el impaciente de Volker.

—Espero que sea importante, me pillas en medio de algo —digo a modo de saludo.

—Cobras un sustancioso cheque a final de mes por trabajar y, hasta donde yo sé, no das un palo al agua —me suelta y se ríe.

Bueno, si quiere echarme la bronca de este modo, por mí perfecto.

—Circunstancia que me recuerdas a la menor oportunidad. ¿Algo más? —replico, impaciente por cortar la llamada y ponerme en contacto con Genoveva.

—Liese me ha pasado el montaje definitivo, es bueno y me gusta; sin embargo, no creo que a los pedantes de Caprice Food International les satisfaga.

—Que los jodan —murmuro.

Me recuesto en el sofá y pongo los pies encima de la mesa. No estoy para sutilezas.

—Si nos descuidamos, será al revés, nos joderán a nosotros. Pero hoy no te llamaba por ese motivo.

Resoplo, con Volker cualquier cosa es posible. Me preparo para uno de sus sermones, justo cuando oigo la puerta. Joder, qué rápido ha llegado Genoveva a casa, no es buena señal. Estoy a punto de colgarle a mi jefe, cuando oigo la voz de Ona saludándome. Le devuelvo el saludo con un gesto y atiendo al pesado que está al otro lado de la línea.

—Esta noche hay una fiesta en mi casa. Debes asistir —me dice risueño.

—Te recuerdo que tengo pareja —arguyo y me doy cuenta de que es una excusa cojonuda para escaquearme, aunque siento una malsana curiosidad por ver qué replica Volker.

—Detalle del que no me he olvidado —indica con cierto retintín—. De ahí

que extienda la invitación a tu novia.

—Lo pensaré.

—No, no lo pensarás, vendrás y no admito negativas.

—Allí estaré —afirmo, sólo para que me deje tranquilo y deshacerme de él.

Dudo en si llamarla o no. Me puede la curiosidad, no lo niego; sin embargo, debe de vencer la prudencia, porque dejo el teléfono a un lado. Interrumpirla en una más que probable reunión hará que se enfade.

Intento olvidarme por un momento de Genoveva y me acerco a la cocina a ver qué hace Ona. La encuentro en su salsa. No puedo entender cómo cada día prepara la comida con esmero y después la dueña apenas prueba bocado. Así que se lo pregunto y ella se encoge de hombros.

—Genoveva necesita alimentarse bien y alguien que la cuide y para eso estoy yo —responde con una humildad aplastante.

—Puede ser... Aunque me da que ella sabe cuidarse sola.

—Eso es lo que le gusta creer —replica sin mirarme, con un tono que sólo los años junto a Genoveva pueden lograr.

Que una mujer como Ona opine así no me sorprende, es de la vieja escuela. Según me ha contado en una de nuestras múltiples charlas, desde que se quedó viuda decidió seguir adelante y no vivir de los recuerdos, así que, a pesar de no haber trabajado nunca fuera de su casa, se apuntó a una agencia de empleo y comenzó a trabajar para Genoveva.

No le importa seguirla allá donde la destina y, por lo que sé, Ona es capaz de hacer amigos hasta en el infierno. Lleva en Zúrich poco tiempo y ya se ha buscado una actividad. Colabora con una asociación de víctimas de accidentes de tráfico. De hecho, así murió su marido, por lo que se implica de verdad, nada de ir a pasar el rato.

Como no tengo nada mejor que hacer, me siento a comer junto a ella. Le sorprende que quiera hacerlo en la cocina, sin embargo, me apetece esta familiaridad. Y eso que en asuntos domésticos soy bastante tiquismiquis, pero con Ona es fácil sentirse a gusto. No es ni de lejos la típica señora metomentodo y con temas de conversación más bien limitados.

Mientras la escucho, voy perfilando una idea, pero para llevarla a cabo

necesito que Ona no esté en casa. Así que, sin ningún remordimiento, le ofrezco la tarde libre.

Ella me mira con recelo, pero acepta, ya que la oferta es tentadora. Eso me permite cierto margen de maniobra, aunque si supiera la hora exacta a la que regresa Genoveva, todo sería mejor.

Una vez solo en casa, me voy a revisar mis cosas y sí, todavía me queda material, que dejo a mano. Después me acomodo en el sofá y retomo la lectura. Nada mejor que un buen libro para distraerme. No obstante, es complicado concentrarse, la tentación de mirar la hora cada poco me hace perder el ritmo de la lectura y al final opto por servirme una copa. Quizá sea demasiado pronto, pero al carajo, hace mucho que dejé de pensar en eso y de actuar según las conveniencias.

Justo cuando estoy dando el primer sorbo, oigo el sonido de la puerta, seguido de unos pasos. Por cómo suenan los tacones, es evidente que viene con un cabreo de tres pares de narices.

—No estás desnudo cascándotela en el sofá —me espeta y se da media vuelta, dejándome sin tiempo para replicar.

La sigo hasta el dormitorio, donde por poco no me da con la puerta en las narices. Genoveva comienza a desnudarse con evidentes síntomas de enfado y me acerco desde atrás para detenerla.

—Cuéntame qué te ha pasado —le pido sosegado, para que no se enerve aún más.

—Que estoy rodeada de un hatajo de cabrones, eso es lo que pasa —responde y se suelta—. Pero estoy segura de que lo has oído todo, no entiendo por qué preguntas.

—No he sido tan afortunado, el puñetero móvil se ha quedado sin batería.

Genoveva me hace un resumen y yo me quedo sentado en el borde de la cama escuchando. No ahorra «elogios» a los Meier, en especial para Rudolf y su actitud, pues ha preferido mirar para otro lado ante los tejemanejes de su sobrino.

—¡Y los muy cabrones, encima me sugieren que me tome unas vacaciones!

Niego con la cabeza, se veía venir.

—No has utilizado la información que te di —digo y por cómo me mira es evidente que tengo razón.

Genoveva me señala con el dedo.

—Yo no soy como tú —me acusa—. Nunca lo seré, no quiero ser una persona resentida, que juega sucio para lograr sus objetivos.

—Pues entonces, te jodes, guapa —alego tan tranquilo, porque no me siento para nada ofendido—. Esa gentuza no ha tenido piedad contigo y tú, en vez de devolverles el golpe, pretendes, ¿qué?, ¿convencerlos para que te apoyen? ¿Que te den un premio por haber hecho los deberes?

—Deja el tonito irónico —masculla y se mete en el vestidor hecha un basilisco—. ¡Tú eres el primero al que han jodido bien y sigues ahí, como un pasmarote, quejándote de tu ex!

Sonrío de medio lado, ha venido peleona y tira a dar, nada de balas de fogueo.

Puedo enfadarme por semejantes palabras o bien pasarlas por alto y disfrutar de una tarde relajante. O las dos cosas.

—Para empezar, a Vanesa la puteo siempre que tengo ocasión —afirmo sin un ápice de ironía—. Y, créeme, si dispusiera de información para destruirla, no me temblaría el pulso.

Genoveva se frota las sienes, sin duda lo que menos necesita es discutir.

—Creo que voy a seguir el consejo de esa panda de petulantes y me voy a tomar unas vacaciones.

—Como quieras —contesto y sé que eso la cabrea todavía más.

Dejo que acabe de cambiarse de ropa y me siento en la cama, tan pancho, recostado contra el cabecero, y saco mi cajita mágica.

Ella regresa con una simple camisola, por desgracia nada de transparencias, y arquea una ceja al verme.

—Tal como yo lo veo, por hoy deberías olvidarte de todos los cabrones que te rodean y desnudarte —sugiero sin mirarla, más concentrado en lo que me traigo entre manos.

—¿Tu propuesta para pasar la tarde es follar y fumar un porro?

Sonrío de medio lado.

—Lo de follar ha sido idea tuya, yo sólo pretendía que nos relajáramos.

—Entonces... ¿para qué quieres que me desnude?

—Para darte un masaje.

Su cara es un poema, desde luego, es lo último que esperaba. No puedo culparla, porque mi sugerencia es tan absurda como inusual. Genoveva permanece de pie junto a la cama, mirándome como si me faltara un tornillo, y quizá sea cierto.

—Vaya forma que tienes de resolver las crisis, fumando maría y sobándome —comenta con sarcasmo.

—Bueno, no tenemos nada mejor que hacer hasta esta noche —replico.

He terminado de liar el porro. La verdad es que me ha quedado hasta bien y eso que hace tiempo que no preparo ninguno. Busco el mechero y lo enciendo. Doy una calada profunda y después se lo ofrezco.

—¿Esta noche tenemos planes? —inquire con desconfianza.

—Luego te lo cuento.

Genoveva se deshace de la camisola, quedándose desnuda. Se encoge de hombros y se tumba boca abajo a mi lado.

—Estoy esperando —murmura, ya con los ojos cerrados.

—Toma, sujeta esto —le pido, entregándole el cigarrito.

Ella lo coge y lo mira como si fuera veneno. Me voy un instante al aseo y pillo la primera loción de encuentro antes de regresar junto a ella. Por lo visto ha sucumbido, pues me la encuentro tumbada boca arriba, recostada sobre las almohadas.

—No sé a qué se debe este momento hippy —admite tras exhalar el humo—, pero tienes razón. Tal como están las cosas, mejor intentar olvidar, aunque sea con esta mierda.

Me tumbo a su lado y recupero el porro. La miro de reajo. Así expuesta resulta excitante, aunque no lo suficiente como para empalmarme. Me limito a acariciarle un pezón mientras fumo.

—¿Éste es el fabuloso masaje que ibas a darme?

Me río entre dientes y le paso el porro.

Capítulo 35

Genoveva

Al despertar, tengo un horrible dolor de cabeza. Me froto las sienes en un vano intento relajarme. Abro los ojos despacio y sé perfectamente que no me encuentro en mi dormitorio.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Sencillo, tras la estúpida propuesta de Mario de ayer por la tarde, en la que acabamos fumando maría como dos idiotas, me propuso acudir a una fiesta que daba su jefe. Fiesta un tanto extraña, pues nada más poner un pie en la mansión de Volker supe que no se trataba de una reunión formal de amigos y conocidos.

Podía dar media vuelta, sin embargo, me dejé contagiar por el ambiente, quizá harta de tanta formalidad, o con la capacidad de raciocinio limitada debido al maldito porro.

Nada más vernos, Volker se acercó a nosotros. Cómo no, desplegó todo su arsenal de buen anfitrión, aunque me pareció que conmigo se esforzaba más que con el resto. Sensación que se convirtió en realidad, pues a medida que avanzaba la velada, cuando los invitados se iban «despistando», nos quedamos solos él y yo.

Volker fue entonces claro, no dejó espacio a la ambigüedad, quería llevarme a su dormitorio y no precisamente para mostrarme la decoración. Con lo que no contaba era con mi poca o nula predisposición a complacerle, no al menos como él pretendía.

Entonces caí en la cuenta de que Mario y él me habían preparado una encerrona, o más bien Mario, pues de los tres era el único que conocía los gustos y tendencias de cada uno y sabía que, dejándome cara a cara con el anfitrión, podía suceder cualquier cosa.

Y sucedió...

Mi intención no era otra que replicarle, dejarle claro que conmigo no funcionaban sus artimañas de niño rico acostumbrado a mujeres complacientes. En suma, pararle los pies; no obstante, algo me distrajo. No sabría decir muy bien qué o quién fue el detonante para que acabara en su alcoba, empujándolo contra la pared.

Volker se sorprendió al verse acorralado. Incluso sonrió de medio lado. Con su superioridad física podría haberme apartado con suma facilidad, pero se mantuvo expectante, inmóvil. Dándome de forma tácita permiso para hacer cuanto quisiera con él.

Lo miré fijamente a los ojos y le coloqué una mano en el centro del pecho. Volker dejó de sonreír. Deslicé la mano hacia abajo y no me sorprendió notarlo empalmado. Pero en vez de sobarlo por encima del pantalón, evité tocarlo y le ordené que lo hiciera él mismo.

Su expresión reflejó la sorpresa y se atrevió a protestar.

—No me joda, señorita Balaguer. Ya no tengo edad para meneármela, no al menos sin una razón de peso.

No lo pensé dos veces, le agarré los huevos aprovechando el factor sorpresa y apreté. Bien fuerte. Vi cómo tragaba saliva, aunque el muy puñetero esbozó una media sonrisa, retándome sin palabras.

Volker es uno de esos hombres seguros de sí mismos, no sólo por su innegable atractivo, sino por cómo lo utiliza y porque sabe cuándo atacar y cuándo replegarse. Engaña con su aire de niño rico, pero es listo.

—Aprieta un poco más —me provocó y di un paso atrás.

—Está claro que no somos compatibles —murmuré y me acerqué a la puerta con la firme intención de marcharme.

Hace ya tiempo que tan sólo son mis reglas las que cuentan a la hora de relacionarme con los hombres en el terreno personal, y en profesional lo intento, aunque no siempre lo consigo.

De ahí que de ninguna manera tuviera pensado ceder ante Volker, pero me pilló por sorpresa. Durante unos segundos vacilé y, en vez de marcharme, permití que tuviera tiempo de reaccionar, y lo hizo.

Me agarró desde atrás, inmovilizándome. No me hizo daño mientras me aprisionaba, ni tampoco cuando me arrastró hasta la cama. Dejó que cayera boca abajo y enseguida lo tuve encima, sin un segundo para poder liberarme.

—Ahora vamos a ver quién gana a quién —me dijo envalentonado.

Se las ingenió para sujetarme con una mano y con la otra levantarme la falda hasta dejar mi trasero al descubierto.

Entonces recibí el primer azote. Joder, cómo dolía.

Me aguanté y no protesté, hacerlo hubiera sido darle alas.

Después me frotó la zona de manera grosera, murmurando alguna que otra ordinariez.

—¿Has acabado ya? —murmuré con el tono más desapasionado del que fui capaz.

—No —aseveró con un tono de voz que me hizo sentir un escalofrío.

Mientras me sobaba el trasero fui notando que aflojaba algo la presión sobre mis muñecas y eso me dio una idea. ¿Qué les gusta a los tipos dominantes? En efecto, que la mujer en cuestión se sienta encantada, que se muestre complaciente. Nada mejor para su ego.

Y puse en marcha mis dotes de actriz. Comencé a gemir, bajito para no exagerar. A retorcerme lo justo para que no desconfiase.

Funcionó.

En cuanto se confió, me las ingenié para desestabilizarlo y de ese modo logré darme media vuelta. Volker arqueó una ceja ante mi descaró y aproveché para agarrarlo de la camisa y atraerlo hacia mí.

—Me encanta que saques las garras —dijo en tono amenazante, dejando claro que rara vez se encontraba en esa situación.

Nos miramos fijamente unos segundos, a ver cuál de los dos la tenía más grande. Volker quizá pensó que cedería, pero no, aguanté su mirada y fue él quien la apartó. Solté la tela y vi que comenzaba a desabotonársela hasta mostrarme su torso. Todo, bajo mi punto de vista, con demasiada teatralidad.

—Hace tiempo que no tengo la oportunidad de montármelo con alguien como tú —comentó, tras hacer una bola con su más que probablemente carísima camisa.

—Me lo tomaré como un insulto —repliqué y él arqueó una ceja, por lo que añadí—: O bien eres un pésimo amante y, por tanto, las mujeres de verdad pasan de ti, o peor aún, hace mucho que no estás con ninguna.

—Ninguna de las dos opciones es válida, pero aprecio tu interés por mi vida sexual.

Sonreí de medio lado y alcé el brazo para poder rozarle el pecho. No lo hice como esperaba, sino todo lo contrario, fui suave y delicada. Y con el fin de romperle aún más los esquemas, comencé a mostrarme suave y sumisa.

Volker se echó a reír. Mi actuación debió de ser penosa. Cerré los ojos y recordé cómo era antes, cuando tomar la iniciativa era impensable. En vez de funcionar, me resultó tan deprimente que mandé a paseo cualquier intento de ser complaciente y entonces se desató el caos. Mis manos se volvieron impacientes. Lo empujé hasta que quedó a mi merced y me subí a horcajadas sobre él. Fui directa a la hebilla del cinturón y cuando él intentó colaborar, lo aparté de un manotazo. Un gesto que lo divirtió, pero que no sirvió para que se estuviera quieto, pues en cuanto me despisté, pasó a la acción.

—No sé si vamos a follar o a luchar —gruñó, divertido por el esfuerzo de someterme.

—Todo depende de ti —repliqué con el tono más desafiante del que fui capaz. Nos arrancamos la ropa el uno al otro, rasgándola incluso, hasta que por fin acabamos desnudos, sudorosos y casi agotados de tanto toma y daca.

—¿Te quedan fuerzas? —pregunté sarcástica.

—¿Para follar? Por supuesto —afirmó y me mostró un par de condones que debía de haber dejado a mano sin que yo me percatara.

—Tu optimismo me halaga.

—Soy más joven que tú —contestó orgulloso.

—Cierto, pero por mi experiencia sé que eso no significa nada.

Volker arqueó una ceja y cuando quise darme cuenta ya se había colocado el preservativo.

—Abre las piernas y hagamos las pertinentes comprobaciones.

No se lo puse fácil y me las ingení para que él quedara debajo. No le gustó la idea, aunque el motivo no fuera otro que ceder.

—Muy práctico —musité, al comprobar que iba completamente rasurado.

Le agarré la polla con decisión y se la meneé con fuerza, con rabia más bien. Disfruté cuando siseó, vaya que sí. Me hubiera gustado clavarle las uñas, aunque dado que ya se había puesto el condón, no podía arriesgarme.

Me coloqué en posición y, sin titubear, me dejé caer hasta sentirlo en mi interior. Vi cómo cerraba los ojos un instante e inspiraba hondo. Todo antes de intentar recuperar el control.

Se las apañó para, empujando desde abajo, desestabilizarme y de ese modo girar hasta situarse encima.

—Ahora lo vamos a hacer a mi manera —anunció jadeante e intentó subirme los brazos por encima de la cabeza, sin embargo, logré zafarme de su agarre y le mordí el labio.

Se echó a reír, sin duda encantado con el desafío que yo representaba, pero el muy cabrón no perdió la concentración. No pude volver a colocarme encima y se encargó de empujar como un poseso, al tiempo que con una mano me pellizcaba sin descanso, y con cierto sadismo, los pezones.

Y funcionó. Aunque me jorobara reconocerlo, su agresividad me excitó, me gustó y terminé corriéndome sin reprimir ni un solo gemido. Lo mismo que él, sin duda más cansado debido al esfuerzo.

—Follar contigo exige demasiado —murmuró al apartarse para quedar tumbado boca arriba a mi lado.

Lo miré de reojo y vi su expresión. Lo había dicho con cierta ironía y por tanto se merecía una réplica en consonancia:

—Nadie te ha obligado. Vuelve con una de tus amantes complacientes.

Volker se rio entre dientes.

—Lo haré, aunque...

Se colocó de costado y así pudo inclinarse para lamer uno de mis doloridos pezones. Fue agradable, no lo niego.

—Pese a todo, si quieres, volverá a ocurrir —aseveró y sin más abandonó la cama.

Yo me quedé allí tumbada, relajada, observando cómo se vestía en silencio. No hacía falta decir mucho más, así que, al abrir la puerta, se limitó a despedirse

con una sonrisa.

Otra se hubiera sentido ofendida, yo no. Ambos sabíamos a qué habíamos ido a ese dormitorio. Carecía de sentido despedirse utilizando palabras típicas de amantes. Ni siquiera llegamos a esa categoría. Hace tiempo que perdí por el camino cualquier sensibilidad al respecto. Una sensibilidad que, por otro lado, no sirve de nada.

—No tienes cara de culpabilidad —murmura alguien a mi lado, devolviéndome al presente.

Sé que no he dormido sola. Por extraño que parezca, me he amoldado bastante bien al hecho de compartir cama. Otro asunto bien distinto es que me preocupe por la compañía.

—¿Por qué debería? —replico mirándolo de reojo.

—Anoche follaste con mi jefe —me recuerda Mario, como si me fallara la memoria.

—Y después contigo —alego, como si fuera lo más normal del mundo acostarse con dos hombres en tan corto espacio de tiempo.

—Sí, ya me acuerdo...

Detecto cierto desdén en su tono. No lo culpo, cuando apareció, casi una hora después de que se marchara Volker, me encontró acostada en la cama, desnuda y con un escenario que decía a las claras qué había sucedido entre las sábanas.

—Yo tampoco detecto ningún síntoma de enfado. Es más, me aventuraría a pensar que contabas con que sucediera.

Mario se encoge de hombros.

—Se veía venir —musita.

Nos quedamos tumbados el uno junto al otro. Desconozco sus pensamientos, aunque supongo que, igual que yo, intenta dar sentido a esta extraña relación que tenemos.

—¿Qué has querido decir? —inquiero y ya que vamos a mantener una más que probablemente surrealista conversación a primera hora de la mañana, me vuelvo para mirarlo a la cara y observar sus gestos, que seguramente serán tan importantes como sus palabras.

—A Volker, desde que te conoció, le has interesado. Supongo que

representabas un reto, o yo qué sé. Joder, ¿qué importa ahora eso?

—Bueno, en teoría tú y yo tenemos una relación —apunto y me doy cuenta de la estupidez que acabo de decir—. Lo que no entiendo es por qué te parece bien que me acueste con otro delante de tus narices. Aunque, que yo sepa, no estabas delante, ¿o sí? —agrego con ironía y él esboza una sonrisa—. A lo mejor estabas mirando y yo no me percaté de ello.

—Tranquila, no me van esos rollos de mirón.

—Entonces, explícamelo —le pido—. Te has mostrado proclive a que ocurriera. De acuerdo, los celos carecen de lógica y además son ridículos, pero ¿qué ganas tú echándome a los brazos de otro hombre?

—Ni que fuera un mamporrero —se burla—. Y no, no gano nada, simplemente creo que, de no haber querido, tú misma lo hubieras mandado a paseo. Como mucho, he sentido cierta curiosidad, no lo niego. Ambos sois dominantes.

—Ya veo... —musito—. No sé si sentirme halagada o insultada.

—Halagada, por supuesto.

—Y, siguiendo tu teoría, ¿debería yo buscarte alguna amante?

—No, gracias; aun así, agradezco el detalle.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora, ¿nos marchamos o disfrutamos de la hospitalidad del señor Maihart?

Mario se echa a reír y salta de la cama, dejándome sin respuesta.

Se encierra en el cuarto de baño y enseguida oigo el ruido de la ducha. En ese preciso instante caigo en la cuenta de que anoche, mientras me acostaba con Volker, en ningún momento pensé en Mario.

¿Debería haberlo hecho?

No, desde luego que no.

Ni un solo remordimiento.

Aquí todos somos adultos y cada uno decide por sí mismo.

Y él tampoco parece afectado.

Capítulo 36

Mario

—Se te ve demasiado contento —me dice Volker entrando en mi despacho.

No puedo negarlo, lo estoy. La noticia que llevaba tiempo esperando ya ha saltado a los medios. Por fin ese gilipollas de Diego va a ser el centro de atención y no precisamente por sus buenas obras. La transcripción de la conversación que mantuvo con Genoveva ocupa las páginas principales de un diario de tirada nacional. Ya sólo es cuestión de días que comiencen a investigar, a tirar del hilo y que lo detengan.

—Tengo motivos para ello —comento y no doy más explicaciones, prefiero que Volker no se inmiscuya en los asuntos privados de Genoveva.

—Me parece perfecto, siempre y cuando no interfiera en tu trabajo.

Se sienta frente a mí. Nos miramos. Está claro de qué quiere hablar, pero no voy a hacerlo. No merece la pena. Ocurrió, nada más.

Lo que no tengo muy claro es si quiero que pase de nuevo. No sé, me resulta extraño. Si bien al principio sentía cierta curiosidad, ahora hasta puede que me moleste.

—¿Algo más? —pregunto impertinente y él sonrío de medio lado.

—¿Hablares alguna vez de ello?

—Preferiría que no —respondo evasivo.

—Como quieras. Hablemos entonces del proyecto de Caprice Food International. He visto el montaje definitivo, me gusta. Ahora sólo falta que lo aprueben en la junta y listos.

—Manda a Liese, es una profesional como la copa de un pino.

—El director del proyecto eres tú. Así que esfuérzate un poco, gánate el sueldo y haz la presentación —me corrige.

No utiliza un tono de ordeno y mando, aunque queda implícito quién es el que lleva las riendas.

—Insisto, quien se ha dejado la piel en ese trabajo es Liese, ella debería llevarse el mérito.

—Mira, sé muy bien que no has dado un palo al agua. No has mostrado ni el más mínimo interés y, por suerte, Liese te ha salvado el culo, pero ya que cobras un generoso sueldo cada mes, al menos haz un esfuerzo.

—¿Estás al corriente de lo que el consejo de administración le hizo a Genoveva?

—Sí, son unos cabrones, no lo niego; sin embargo, no es algo que nos incumba —afirma y se queda tan pancho.

No hace mucho yo hubiera dicho lo mismo. Preocuparme por otro ser humano nunca entraba en mis planes. En cambio, con Genoveva he empezado a variar esa costumbre. Al fin y al cabo, ella se está portando bien, de acuerdo con lo acordado, y por consiguiente se merece al menos un mínimo de solidaridad.

—Puede sonar extraño, pero no me gusta hacerles la pelota a esa panda de rancios, en especial a los Meier, que se la han jugado a Genoveva.

Mi declaración hace que Volker arquee una ceja.

—Vaya, vaya... —murmura en plan cotilla—. ¿A ver si al final una mujer te va a cambiar?

—No te pases. No soy tan buena persona —me defiendo.

—Lo que tú digas. Te vas a Caprice Food International, haces la presentación y consigues que te den unas palmaditas en la espalda como buen chico, y listos.

—Sí, señor —respondo burlón.

—Espero noticias —dice a modo de despedida.

Me doy cuenta de que, me guste o no, voy a tener que ir en persona a presentar el proyecto. Tendré que visionarlo con un poco más de atención para no meter la pata.

Busco el archivo en el ordenador, sin embargo, lo que me ronda por la cabeza es otro asunto. Cojo de nuevo la tableta y me pongo a leer. No sé si Genoveva lo sabe, pero estoy seguro de que se va a poner contenta. Además, su nombre no aparece por ningún lado, lo que la beneficia.

Podría llamarla, hablar con ella y explicárselo, pero nuestra comunicación, desde la noche que pasamos en casa de Volker, es más bien mínima. Si le pregunto algo me responde y viceversa. Y poco más. Nuestra convivencia, si bien nunca ha sido idílica, ha pasado a ser fría. Parecemos compañeros de piso, nada más. Ni siquiera la famosa tarifa plana nos anima.

Sí, hemos vuelto a acostarnos, sí, hemos follado a lo grande, pero no sé, no he sentido la emoción ni la chispa del principio. Incluso creo que me ha resultado rutinario, mecánico.

Ninguno de los dos ha mencionado nada sobre aquella noche. A veces creo que fue un error. Un error compartido, por supuesto. También he llegado a pensar que ella esperaba otra reacción por mi parte, no sé, una especie de arrebato pasional, que me enfadara incluso.

Algo del todo improbable, ninguna mujer merece que pierda los estribos. Sólo una lo consiguió y aprendí muy bien la lección, nadie más va a ejercer ese poder sobre mí. Eso no quita que tenga algún que otro detalle con ella. Sin olvidar que me comprometí a ayudarla.

Juego con el móvil, un tanto indeciso. Por obligación, Genoveva está de vacaciones, hecho que la tiene cabreada. La comprendo, de ahí que sea imperativo ir con tiento.

—Buenos días —me contesta siempre correcta—. ¿Ocurre algo?

Es demasiado perspicaz. A veces no lo tengo en cuenta.

—Nada grave —respondo y aprovecho para enviarle el enlace para que pueda leer la noticia—. Mira el correo electrónico.

Ella no me cuelga, por tanto, aguardo a que lo mire y a conocer su opinión. No será larga la espera.

—Si te soy sincera, no me siento aliviada —murmura.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Noto su hastío en la voz.

—Escucha, olvídate del asunto. Se acabó, ya no puede tocarte la moral. Su carrera política está muerta —declaro, confiando en que sea así, pues por

desgracia nunca se sabe. Hay quienes, como ese gilipollas, tienen más vidas que un gato.

—Gracias. Has cumplido tu parte del trato —afirma y no me gusta nada. Me ha sonado a despedida. Como si hubiésemos cerrado un negocio.

—¿Por qué no nos vamos de vacaciones, juntos, me refiero? —sugiero de forma impulsiva y tuerzo el gesto, ¿desde cuándo tengo estos arrebatos tan estúpidos?

—No hace falta que me recuerdes cuál es mi situación —replica molesta.

—Joder, sólo era una maldita propuesta. Olvídalo —gruño y pienso que mejor estoy calladito. Que cada palo aguante su vela.

—Si no te importa, tengo asuntos que atender...

—Y yo una reunión con el consejo de Caprice Food International —suelto sin consideración alguna.

—Pues que te diviertas —dice y cuelga el teléfono.

No debería haber sido tan cabrón y asestarle un golpe tan bajo, pero, y no es una justificación, me ha jorobado que ni siquiera haya agradecido mi sugerencia. Irnos de vacaciones sólo era una puta idea para pasar unos días sin más.

Lo dicho, calladito mejor, me repito.

Y, sin mucho entusiasmo, llamo a Liese para que me ayude. Diga lo que diga Volker, me la llevo a la presentación y que se encargue ella. Seguro que lo hace mil veces mejor que yo.

Mi ayudante o salvavidas, según se mire, aparece enseguida con los deberes hechos. Juntos visionamos el vídeo y escucho, a medias, las explicaciones de cómo lo han elaborado, sólo lo imprescindible, para que no me pillen fuera de juego.

—Podías disimular un poco —comenta ella riéndose.

—No quiero llevarme ni un solo elogio por este trabajo, de ahí que me niegue a presentarlo —revelo muy serio.

—Gracias, muy pocos jefes son tan honestos.

—No te confundas, Liese, no soy honesto —la corrijo y como no tengo nada mejor que hacer, la invito a comer.

* * *

Cuando regreso de la comida, dejo a Liese en su cubículo y me recuerdo que, en cuanto vea a Volker, le voy a exigir que la ascienda. Me siento a mi escritorio y reviso el correo electrónico. Cuando veo que tengo tres de Héctor me pongo nervioso. Si un abogado te llama, casi nunca es para darte buenas noticias.

Como no quiero cabrearme antes de tiempo, no leo sus correos, sino que lo llamo directamente, a ver qué me cuenta. Con la pasta que le pago en honorarios, lo mínimo que puede hacer es informarme en persona. Enciende el móvil, Héctor ha intentado ponerse en contacto conmigo, pero como siempre procuro llevarlo apagado, no lo he oído.

—Por fin te dignas a llamar —dice Héctor con evidente cabreo—. Desde luego, mandarte a paseo es toda una tentación. Eres, sin duda alguna, el peor cliente que he tenido.

Como intuyo que esto va para largo, me sirvo una copa y me acomodo en el sillón. Le dejo que despatrique. El sermón sobre lo irresponsable, difícil e intratable que soy de siempre. Nada nuevo. Podría pedirle que fuera al grano, pero al chico le gusta ejercer de consejero sensato, así que disfruto de la bebida, reclinado en mi sillón ergonómico.

—Ya sé que te entra por un oído y por otro te sale, no obstante, podrías fingir un mínimo de interés —me recrimina.

—Sí, vale, lo que tú digas. ¿Qué ha pasado ahora?

—Vanesa. —Una sola palabra y al carajo todo. Me tenso de arriba abajo. Mi ex es como una garrapata, las arrancas y crees que están muertas, pero antes han dejado su veneno inoculado.

—Salvo que haya decidido aceptar mi oferta...

—Tu mierda de oferta —me interrumpe con sarcasmo y yo paso por alto su apreciación, me la suda, la verdad.

—No tengo nada que tratar con ella.

—Ha tenido un accidente de tráfico, está muy grave.

Inspiro. Le he deseado todo tipo de desgracias. Si fuera creyente, hasta le habría puesto velas a algún santo para que Vanesa sólo tuviera desgracias, pero

un accidente... quizá sea excesivo.

—No es algo que me incumba —contesto diplomático—. Gracias por la información. ¿Algo más?

—Joder, Mario. No imaginé que fueras tan ruin —me reprende—. Está en la UCI, en coma inducido. Puede que no pase de esta noche.

—No puedo hacer nada —replico en voz baja.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cómo ha ocurrido?

—Mira, te seré franco. Fingir que me importa o que me ha afectado sería un ejercicio de hipocresía sin parangón. Si crees que estoy dando saltos de alegría, no, no soy tan cabrón, pero tampoco lo lamento.

—Tienes que venir. Es urgente.

—No —me niego de forma categórica.

Lo que me faltaba, ir a un hospital a hacer el paripé.

—Me temo que no puedes escaquearte. Vanesa no tiene familia.

Me pellizco el puente de la nariz. Esto tiene visos de ir a peor.

—Ya sé que Vanesa no tiene familia directa, estuve casado con ella —le recuerdo innecesariamente, porque Héctor está al tanto de todo.

—Puede que te parezca incongruente después de cómo acabasteis, pero ha dejado escrito que seas tú, en caso de emergencia, la persona de contacto.

—¿Estás de broma?! —exclamo sin podérmelo creer.

—Me temo que no —afirma con seriedad, lo cual me desconcierta aún más.

¿Qué se le pasaría a Vanesa por la cabeza? Joder, que me odiaba. Jamás me perdonó que la dejara en evidencia y en la miseria. Y aprovechaba cualquier oportunidad para recordármelo.

—Lo siento, no te creo. Seguro que se trata de otra argucia.

—Sabía que dirías eso. Te he enviado la copia del parte médico, es un documento legal, sin posibilidad de falsedad.

—No pongo en duda su estado, Vanesa no podría fingir hasta tal punto; sin embargo, respecto a lo de nombrarme a mí...

—También hay un documento que lo atestigua. Yo lo desconocía, pero tu ex había tomado partido y colaboraba con una asociación que promueve la muerte digna y redactó un testamento vital.

Abro el correo electrónico y sí, en efecto, ahí están las jodidas pruebas. Tal como afirma Héctor. Lo que, lejos de relajarme, me pone aún más nervioso.

—¿Y qué esperas que haga?

—Viajar a Madrid y hablar con los médicos. Debes tomar una decisión. Cuanto antes.

—No me jodas, no me jodas... —gruño.

—Sé que no es plato de gusto, pero aun así has de asumir tus responsabilidades. Te guste o no —concluye Héctor con su tono más profesional, que por cierto aborrezco.

—Déjame unos días que lo medite.

—No hay tiempo. Vanesa está en coma y tú debes hablar con los médicos para tomar una decisión.

—¡Joder, joder, joder! —estallo y estampo el vaso vacío contra la pared, causando un gran estruendo. Aunque, como me conocen, nadie de la oficina se atreve a entrar y preguntar.

—Cálmate, maldita sea —me ruega mi abogado.

—¿Y si me niego? Nadie puede obligarme, ¿verdad?

—Mira, no te culparía por ello, esa mujer te arruinó la vida, pero un último gesto de humanidad no te va a matar. Ella dejó escrito que no deseaba prolongar su existencia de forma artificial y, nadie sabe por qué, te eligió a ti para que actuaras en su nombre.

—No puedes pedirme algo semejante. ¿Te haces una idea del conflicto que representa para mí?

—Lo sé, he estado a tu lado todos estos años.

—Pues entonces comprenderás que no quiera ni siquiera ir a verla.

—Mario...

Cuelgo el teléfono, no quiero escuchar ni una sola palabra más. También lo apago, para que no me dé la murga.

Me sirvo otra copa, doble. No veo otro modo de afrontar este dilema. No sé si con claridad de entendimiento o valor para leer, pero no puedo posponerlo. Mirar hacia otro lado y fingir que no sé nada no es viable, a no ser que empine el codo

hasta perder el conocimiento, aunque mucho me temo que al despertar de la borrachera el problema seguirá ahí.

El primer archivo que me atrevo a leer es el atestado de la Guardia Civil. El coche en el que iba mi ex se salió de la carretera por exceso de velocidad en una curva. No conducía ella, sino un hombre que falleció en el acto. El nombre no me suena de nada, así que supongo que se trataría de algún amigo. Eso ya da igual. Según el informe, el conductor ha dado positivo en drogas y alcohol y Vanesa también.

—Cojonudo —mascullo, mientras sigo leyendo.

Y encima no llevaban el cinturón de seguridad, por lo que ella se estampó contra el parabrisas. Los bomberos tardaron hora y media en poder sacarla... Joder... Vaya forma de acabar, pienso, porque no creo que nadie se merezca un final semejante.

Soy incapaz de afrontar todo esto, me siento superado, nervioso...

Desde hace mucho siempre me las he apañado solo para afrontar cualquier vicisitud; no obstante, no me veo con fuerzas, así que abandono el despacho.

Capítulo 37

Genoveva

No es mi estilo quejarme una y otra vez; sin embargo, es tal el aburrimiento que hasta Ona se ha enfadado conmigo, pues, según su opinión, estoy intratable. No la culpo, ni yo misma me soporto.

Hasta ahora para mí las vacaciones eran esos días en los que me tomaba un respiro, aunque sin desvincularme del todo de mi trabajo. Pero ahora no es más que un castigo por haber sido sincera y competente. Como diría aquél: manda huevos.

Mario me ha enviado un enlace de una noticia que, lejos de gustarme, me ha causado cierta inquietud. ¿Eso detendrá a Diego o le pondrá más rabioso?

He estado tentada de ponerme en contacto con él, sólo para fingir que yo no sabía nada, que nos «pillaron», Esas cosas pasan, pero luego he recapacitado — por desgracia, dispongo de demasiado tiempo para ello— y me he quedado quietecita.

Me cuesta horrores permanecer inactiva y la sugerencia de Ona de cocinar para relajarme me ha parecido demasiado ridícula.

Creo que tengo demasiados frentes abiertos, pues, aunque Baltasar Meier cree que ha ganado, en cuanto pueda, iré a por él. Otra cosa bien distinta es que utilice las armas que Mario me ha proporcionado, si bien no las descarto.

Y, para rematar, tras un ex rabioso y unos socios traidores, me queda un «novio» de pega con el que me acuesto y convivo, y con el que siento que he perdido una oportunidad única, no como pareja, sino como amigo. En estos días no ha fluido la comunicación, nuestro comportamiento ha sido correcto y poco más, sin olvidar que en el dormitorio todo parece transcurrir de forma anodina,

como si estuviésemos desgastados y lo único que nos importase fuese cumplir una función biológica.

Mario se muestra obediente, pero demasiado. Ha perdido ese ápice de rebeldía que dotaba a todo el asunto de mucho más atractivo.

No sé si el factor determinante en este cambio es la noche que pasamos en casa de Volker. Mario no ha mencionado nada y yo tampoco. Como tampoco he hecho caso de los mensajes y la propuesta que he recibido del señor Maihart, que, por cierto, no sé qué pretende invitándome a cenar. Desconozco la idea que se ha hecho de mí, aunque con mi silencio en breve sabrá cómo soy. No admito presiones ni tampoco chantajes y sé que, con sus mensajes, Volker pretende algo. ¿El qué? Aún no lo sé, pero algo me da que sus intenciones son que Mario y yo nunca lleguemos a nada.

Cierto que no me lo he planteado; pese a ello, me joroba bastante que sea por injerencia de un tercero y no por decisión propia si mi relación prospera o no.

Miro de reojo el libro que espera a ser terminado y que por encontrarme desgastada soy incapaz de leer. Siempre me quejo de la falta de tiempo para dedicar a la lectura y ahora que me sobra soy incapaz de disfrutarlo.

Me reclino en el sofá y cierro los ojos. No tengo la menor idea de en qué hora vivo. Oigo el sonido de la puerta, eso quiere decir que Mario ha llegado a casa.

—¿Qué haces a oscuras y en silencio? —me pregunta, encendiendo la luz del salón.

Me encojo de hombros. Ni me molesto en levantarme.

—Meditar —murmuro con ironía.

—Me parece bien —replica, como si le importara un pimiento—. Lee esto.

Me arroja unos papeles arrugados, es evidente que los ha manoseado. No obedezco, los dejo a un lado y cruzo los brazos, a la espera de que me explique de qué va todo esto.

—Hazme un resumen —le pido, sin el menor interés por escuchar.

Mario se va hasta el mueble bar y se sirve una generosa cantidad de licor. Sin contemplaciones, se lo bebe de un trago.

Debe de ser importante.

Empieza a contarme no sé qué de su ex. Se lo ve alterado, lo que no supone

ninguna novedad, pues siempre que habla de esa mujer pierde los nervios. No lo culpo, le jorobó la vida; sin embargo, creo que comete un error al perder la calma.

No para quieto y a medida que desgrana la historia voy prestándole mayor atención, hasta que me quedo con la boca abierta ante la situación a la que se enfrenta.

—Perdón por la expresión, pero vaya marrón que tienes encima —digo.

Sé que debería acercarme, darle mi apoyo o tener algún gesto para que se tranquilizara, pero me siento incapaz y tampoco sé si acogerá de buen grado si lo toco en este momento.

—Elegante manera de expresarlo. Sí, vaya marrón que tengo encima — conviene con una expresión a medio camino entre el asco y la resignación.

—¿Te queda material?

Me mira arqueando una ceja.

—¿Material?

—Tal como están las cosas, creo que fumar otra vez no es ninguna solución, pero supongo que al menos nos relajará.

Mario se acerca hasta el sofá donde yo he permanecido todo el tiempo y se deja caer, dando muestras de abatimiento.

—Dudo que con un par de porros se aclaren mis problemas, pero ya que insistes...

Se marcha en busca de su «cajita mágica» y cuando regresa yo ni me he movido. Dejo que él se encargue de todo, más que nada porque no tengo ni idea de cómo liar un cigarrillo. Mario lo hace con arte y rapidez.

—Mejor no pregunto dónde aprendiste —comento con un deje de humor.

—Baste decir que he sido cocinero antes que fraile y que, bueno, todos tenemos ese período tonto de juventud y el saber no ocupa lugar.

—Buena respuesta.

Mario enciende el porro y da un par de caladas, asegurándose de que ha prendido bien antes de pasármelo.

—No consigo pillarle el gusto a esto —confieso, con una mueca de asco—, no me gusta cómo sabe.

—Trae, anda...

* * *

Ona nos encuentra tumbados en el sofá, con la ropa arrugada y adormilados.

Como si fuéramos dos chiquillos traviesos, nos regaña y obliga a levantarnos para ir a la cocina, donde nos ha preparado la cena. No nos lleva de la oreja de milagro.

No sé por qué, pero nos da la risa floja. Nuestro comportamiento es el de dos gilipollas, aunque, la verdad, me siento bien olvidándome de toda la mierda que me rodea.

—Ona, por favor, puedes retirarte —le pide Mario entre risas.

Comemos con las manos, poniéndonos perdidos, y mi asistenta se siente incómoda, así que asiente y nos deja a solas.

—Pobre Ona —murmuro—, tiene que cuidar de dos idiotas.

—No te preocupes, está curada de espanto —responde él.

—Si te soy sincera, nunca me he comportado de esta forma tan inconsciente —confieso y miro la encimera hecha un desastre.

—Y te sientes de puta madre, no lo niegues —replica Mario y termino asintiendo.

Se pone en pie y se acerca, demasiado. Desconozco sus intenciones, aunque estoy a punto de averiguarlas. Se coloca a mi espalda y aparta a un lado el tirante de la camiseta para morderme el hombro.

—En la cocina, no —susurro, pues me parece una guarrada.

Pero él no parece escucharme y mete las manos por debajo de la camiseta. Me está provocando. Sin pedir permiso, me aprieta los pezones. La pizca justa de dolor para hacerme saltar.

—Aquí y ahora —me contradice—. Te vas a abrir de piernas, yo me voy a arrodillar y voy a comerte el coño hasta que no puedas más.

Miro la puerta con cautela. Ona puede oírnos y entrar. Siempre he sido discreta.

—Prefiero que vayamos al dormitorio.

—No le quites la gracia al asunto y límitate a disfrutar —dice de manera autoritaria, lo que no deja de tener cierta gracia y, no lo niego, me excita.

Llevo unos sencillos pantalones de yoga y Mario se encarga de quitármelos, junto con las bragas. Doy un respingo al sentarme en el taburete metálico.

Verlo arrodillado a mis pies también me produce un cosquilleo entre las piernas que espero que sepa satisfacer.

Comienza a mordisquearme el interior de los muslos, mientras sus manos me mantienen bien abierta y a su disposición. Con Mario dudo de quién lleva la voz cantante y no me importa en absoluto que a veces él quiera someterme, resulta muy estimulante.

Su boca está cerca, muy cerca de mi sexo, y él sabe muy bien cómo mantenerme inquieta. Podría enredar una mano en su pelo y obligarlo a que sea más contundente, pero prefiero provocarlo. Gimo bajito, como si tenerle entre mis piernas no fuera nada del otro mundo, y comienzo a acariciarme los pechos. La maniobra es efectiva, Mario sonrío de medio lado y se me queda observando.

—Me gusta mirarte —susurra.

—¿Sólo quieres mirar?

Niega con la cabeza antes de inclinarse lo suficiente como para que su boca entre en contacto con mi sexo.

—Quiero devorarte —añade, sin apenas despegarse—, una y otra vez.

—Vas por buen camino —musito y me agarro a la encimera para no perder el equilibrio, porque debido al ímpetu con que me está lamiendo, puedo terminar cayéndome del taburete.

Sus dedos hurgan sin piedad, buscando cada terminación nerviosa, dilatándome y logrando que esté cada vez más mojada. Él aprovecha mi propia lubricación para tantearme por detrás.

Me mete un dedo en el culo, despacio, sin dejar de frotar el clítoris, lo que me da una pista de lo que desea.

No pienso ponérselo fácil.

—No sé qué pretendes... —jadeo, porque el muy puñetero ahora presiona con más fuerza sobre mi clítoris para que no me percate de su maniobra.

—Follarte el culo —contesta con brutal sinceridad—. Y, a menos que tengas a

mano un buen lubricante, tendré que apañármelas.

—¿Te he pedido acaso que lo hagas?

—Olvida por un día tu faceta de marimandona y déjate llevar —me exige.

—¿Marimandona? —repito, incrédula ante el tono utilizado.

Con una agilidad desconcertante, se incorpora y me besa, compartiendo conmigo mi propio sabor. Y todo sin dejar de meterme los dedos por donde de momento no estoy convencida de dejar que lo haga.

—Sí, es lo que eres. Y reconozco que me pone muy cachondo; sin embargo, hoy no me apetece dejarme mangonear.

—Hoy por lo visto te apetece follarme el culo —alego y él arquea una ceja.

—Exacto. Y, además, quiero que te guste, que me pidas más, que te duela... —declara y vuelve a besarme.

Me tiene a su merced, lo sabe y se aprovecha de ello. Una de sus manos se interna entre mis piernas y continúa masturbándome. No lo hace de forma rítmica, prefiere mantenerme en tensión tocando aquí y allá. Alterna caricias precisas con otras agresivas y hasta desagradables. Quiere provocarme, comprobar cuánto puedo aguantar antes de tomar el mando.

Pero hoy no va a tener suerte, no quiero hacer nada. Voy a permanecer pasiva, creo que en el fondo es lo que busca, desahogarse, sacar de algún modo la mala leche que ha traído, porque desde luego no me gustaría estar en su pellejo.

De repente se aparta y me mira a los ojos. No sonrío. Sólo respira de forma agitada. No me hace falta posar una mano sobre su bragueta para conocer su estado.

—¿Ocurre algo? —le pregunto en voz baja.

—Estoy más jodido de lo que quiero admitir —confiesa.

—No es por interrumpir tu introspección, pero creía que estábamos en medio de algo relevante.

—Lo sé, sólo quería avisarte de que hoy no me encuentro en mi mejor momento.

—¿Importa? —replico, porque, la verdad, su anuncio no me pilla por sorpresa —. Ninguno de los dos lo estamos.

—Tienes razón, perdona —musita y vuelve a besarme con una delicadeza a la

que no estoy acostumbrada. No voy a analizar los posibles significados de este gesto.

—¿Prefieres estar solo?

Niega con la cabeza.

—O me emborracho hasta perder el conocimiento o follamos hasta caer rendidos.

—Supongo que a nuestra edad ya no nos recuperamos de una resaca con facilidad.

—Eso es justo lo que necesitaba oír.

Esboza una sonrisa un tanto triste antes de ayudarme a bajar del taburete y tira de mí para llevarme al dormitorio.

Una vez cierra la puerta, comienza a desnudarse, mientras yo lo observo sentada en la cama. No lo hace con la energía ni la rapidez de un tipo ansioso por follar. Tampoco con la lentitud y parsimonia de alguien que pretende seducir. A Mario se le nota demasiado su desazón.

Me ocupo de mi ropa y me acuesto boca abajo, dejando mi trasero expuesto. Mantengo una actitud serena y pasiva. Enseguida noto su mano recorriéndome la espalda, lo hace despacio y se detiene en mis nalgas. Se recrea en ellas, acariciando cada centímetro con suavidad. Yo procuro no moverme, dejarle hacer cuanto considere.

Cierro los ojos, me relajo.

—Aprovéchate, no creo que vuelvas a encontrarme tan sumisa.

—Pienso hacerlo, no lo dudes, y pienso tomarme mi tiempo.

Aparta la mano y se inclina para mordisquearme el culo. No duda en clavarme bien los dientes y yo, aunque perpleja, lo disfruto.

Tras el interludio de la cocina, me encuentro muy excitada, no hace falta mencionárselo, sin embargo, Mario actúa como si nada. Me muevo ligeramente sobre la cama, quiero que me toque entre las piernas, pero no puedo exigírselo.

Con un dedo roza la separación de mis nalgas, presionando justo «ahí» y si bien no siento ningún temor, respiro algo más aliviada cuando se interna en mi sexo. Gimo cada vez más, y nada de hacerlo con mesura. No merece la pena contenerse.

Eso aparece animarlo y me obliga a levantar las posaderas, de manera que puede situarse tras ellas. Se frota contra mi piel y me clava las uñas en las caderas. Noto su erección presionando y de repente me penetra.

Percibo su rabia, su mala leche en cada embestida. Sé que me está usando para descargar su frustración. En otras circunstancias, jamás lo hubiese permitido; sin embargo, creo que puedo hacer una excepción con Mario. Él también se ha tragado algún que otro sapo por mí.

Continúa empujando con fuerza. Oigo su respiración, cada vez más errática. Sus manos aferran con fuerza mis caderas.

—Me vas a dejar marcas —jadeo.

En teoría, debería mantener la boca cerrada; no obstante, me resulta cada vez más difícil mantenerme dócil.

—Menos mal que dices algo, creía que me estaba follando a una muñeca hinchable —replica y, por extraño que parezca, termino esbozando una sonrisa ante el comentario.

—Creía que era lo que buscabas esta noche.

Me da un azote y se retira.

—Date la vuelta, tengo una deuda pendiente con tu culo.

Despacio y ronroneando un poco, me coloco boca arriba. Mario me agarra de los tobillos y alza mis piernas hasta colocarlas sobre sus hombros.

—¿Algo más? —pregunto impertinente.

—Sólo relájate...

En esa postura él puede penetrarme como le venga en gana. Yo estoy muy húmeda, pero si desea llevar a cabo sus propósitos tendrá que ser cuidadoso.

—No veo el lubricante por ningún lado —musito y estiro los brazos hasta agarrarme al cabecero.

—No te preocupes por eso.

Utilizando los dedos, se sirve de mis propios fluidos. No niego que me resulta incómodo, aun así, me limito a esperar. Mario no me hará daño, no al menos de forma intencionada. Prefiero no mirar. Inspiro y me quedo a la espera de que siga adelante.

No me hace aguardar mucho. Se posiciona y empuja. En la postura en la que

me ha colocado, no debería resultar complicado, y no puedo evitar tensarme cuando va avanzando.

Coloca una mano en mi sexo y comienza a frotarme el clítoris, de esa forma resulta menos incómodo y más placentero para mí, y entiendo que también para él, pues en cuanto se hunde por completo, lanza un gruñido de pura satisfacción.

Comienza entonces sus envites, profundos, sin dejar de masturbarme. Abro los ojos y lo observo. Mario tiene los suyos entrecerrados, sin duda concentrado. Caigo en la cuenta de que hacía mucho que no alcanzaba una intimidad semejante con ningún hombre. No tiene que significar nada, pero es un dato interesante.

—Joder... —gruñe—, la hostia, qué pasada. Eres la mejor muñeca hinchable.

No respondo, me limito a disfrutar y a sonreír a medias ante ese cuestionable piropo.

Mario jadea, no baja el ritmo hasta que se detiene abruptamente y lanza un último gemido antes de correrse.

Se retira y, como sabe que me ha dejado a punto, se arrodilla ante mí y utiliza su boca para rematar la faena. Ante eso es imposible resistirse y enseguida alcanzo el clímax, abandonando por supuesto mi papel de chica dócil, pues me retuerzo y gimo sin cortapisas.

Tras disfrutar de un intenso orgasmo, me incorporo y, si bien casi nunca me muestro cariñosa con mis amantes, acuno su rostro y lo beso.

Él me estrecha entre sus brazos.

No sé cuál de los dos está más perplejo ante lo que acaba de ocurrir.

Capítulo 38

Mario

—Veo que has tomado una decisión —me dice Genoveva aún somnolienta.

La miro por encima del hombro, mientras termino de meter mis cosas en la maleta.

—No me queda más remedio —contesto en voz baja, pues por mucho que me joda, tengo que viajar a Madrid y solucionar todo el tema de Vanesa en persona —. Si no te importa, utilizaré tu apartamento.

—Puede que esté fuera de lugar, pero ya que por obligación me he tomado unos días de vacaciones...

—Haz lo que quieras —respondo, encogiéndome de hombros.

Genoveva se levanta de la cama. Se pasea por delante de mis narices desnuda y, aunque suponga una gran tentación mandarlo todo a paseo y quedarme con ella, tengo que solucionar este jodido asunto. Y cuanto antes mejor, así podré pasar página.

—Me voy contigo —anuncia ya vestida y con una pequeña bolsa de viaje.

—Muy bien —murmuro indiferente.

Saco el teléfono para llamar a Liese y decirle que se ocupe de los detalles.

En menos de media hora tengo los billetes reservados. Así que nos marchamos al aeropuerto. No hablamos, no nos miramos. Me importa más bien poco qué piensa Genoveva, aunque agradezco el gesto que ha tenido al venir conmigo.

Admito en silencio que me he encariñado de ella, lo que no significa que vaya a plantearme una relación en serio. La noche anterior también fue muy reveladora, pero no, no voy a cambiar de parecer.

El viaje discurre sin incidentes, sin palabras, sin miradas. Nos instalamos en

el apartamento cutre de Genoveva y desde allí llamo a Héctor. Mi abogado se sorprende de que haya viajado tan rápido. Le digo bien claro que no quiero sermones ni consejos, sólo asesoramiento legal.

Quedamos en reunirnos en el hospital. Genoveva insiste en acompañarme. Otro gesto más que no paso por alto, aunque ahora debo concentrarme en mi ex, no en la mujer que me acompaña.

En la puerta del hospital nos espera Héctor. Mira a mi acompañante sin comprender y me veo obligado a hacer las pertinentes presentaciones antes de poder ir al meollo de la cuestión.

—Será mejor que hablemos un instante en privado —me pide Héctor.

Genoveva, que lo ha oído, hace amago de apartarse, pero yo la agarro de la mano para que se quede a mi lado. Ocultarle cualquier detalle sería ridículo.

—Habla, no te andes por las ramas —apremio a Héctor.

—Los médicos te esperan, quieren hablar contigo. Es referente a...

—¿Qué pasa ahora?

—Quieren que firmes la autorización para la donación de órganos.

—¡Joder! —exclamo y me paso una mano por el pelo, nervioso—. Antes quiero verla.

—No es necesario —indica Héctor.

—Déjame en paz —gruño y lo dejo ahí plantado.

Con Genoveva a mi lado, pregunto por la UCI y me dirijo hacia allí.

La enfermera del mostrador se pone quisquillosa sobre las visitas, de ahí que la mande a la mierda, advirtiéndole que, como me toquen los cojones, retraso el papeleo todo lo que me venga en gana y eso a los médicos les jorobaría bastante.

Pese a que las normas indican que sólo puede entrar una persona, Genoveva entra conmigo.

—Por fin vas a conocerla —digo irónico.

—¿Estás seguro?

—No niegues que te mueres de curiosidad por ver a mi ex —comento sarcástico, aunque, la verdad, no tanto como hubiese querido.

—Tranquilo, en YouTube hay unos cuantos vídeos de ella y tuyos.

Esbozo media sonrisa ante su respuesta.

Nos quedamos tras la mampara de cristal. Una enfermera está en el interior, controlando a la paciente. Me gustaría apartar la mirada, mostrarme indiferente, pero no puedo. Ahí está Vanesa, tumbada, rodeada de aparatos que la mantienen viva.

—Mejor te dejo solo —musita Genoveva y, sin esperar mi respuesta, sale de la UCI.

No sé si es la mejor idea, pues, a pesar de verla cómo está, la rabia que siento hace acto de presencia e incluso quiero gritarle, golpear el cristal, lo que sea con tal de dejar a un lado la mala hostia que acumulo en mi interior.

Vanesa no me oiría ni tampoco replicaría, podría desquitarme, pero permanezco en silencio, mirándola, y poco a poco la compasión y la pena van ganándole la batalla a la ira. Quizá sentir lástima por ella también pueda ser un modo de resarcirme.

Despacio, me doy media vuelta y salgo de ese lugar, donde el olor es desagradable, tanto que dan ganas de vomitar.

—Señor Brinell, si me acompaña... —me pide un médico con educación, aunque también con frialdad.

—¿Qué desea?

—Tengo que hablarle sobre la situación de la paciente —dice, señalando con un gesto la puerta por la que acabo de salir.

Por mucho que me desagrada, he de escuchar la opinión médica. Busco con la mirada a Genoveva, que no ha debido de irse muy lejos. Por inexplicable que parezca, me gustaría tenerla a mi lado.

—Espere un instante —le pido al médico.

La encuentro mirando por la ventana. Tranquila. Como siempre, vestida de forma discreta, nadie diría lo ardiente que es en la intimidad.

Nota mi presencia y se acerca a mí.

Le tiendo la mano, no hace falta pedirle nada, lo entiende a la primera.

Una vez en el despacho del médico, éste nos cuenta todos los pormenores del estado de Vanesa. Escucho a medias, pues no sirve de nada conocer los detalles, dado que el desenlace es evidente. Genoveva, a mi lado, formula alguna que otra

pregunta que prácticamente no escucho. Sólo una cosa me llama la atención, cuando el médico dice que le retirarán la respiración asistida.

—¿Estará sedada todo el tiempo?

—Por supuesto —corroboró él.

—No queremos que sufra ni un solo segundo —afirma Genoveva seria, con el mismo tono que utiliza cuando trabaja.

El médico me mira un instante antes de soltar una estupidez:

—¿Es usted la abogada de la paciente?

Me joroba un poco que se refieran así a Vanesa, de manera tan impersonal.

—No —respondo yo por ella—. Y estoy de acuerdo con cada palabra que ha dicho.

—No teman, la mantendremos sedada —repite—. No sufriré. Y ahora, si son tan amables, deben atender a una compañera de la Asociación Nacional de Trasplantes.

Genoveva se pone en pie y repone:

—No creo que sea el momento.

—Me temo que, en estos casos, el tiempo o, mejor dicho, la pérdida de tiempo, es un factor fundamental.

—Sé que están preparados psicológicamente para afrontar estas situaciones, pero nosotros no, así que al menos concédanos veinticuatro horas —exige Genoveva.

—Muy bien —accede el médico, porque ante la seguridad de ella es muy difícil oponerse.

Reconozco que me lo ha facilitado todo. Me ha evitado hablar y tomar decisiones.

Nos despedimos del médico. Genoveva es la primera en estrecharle la mano. Lo hace con firmeza, no como yo, que actúo desganado.

Héctor me mira con mala cara, no he contado con él y sé lo mucho que le gusta a mi abogado husmear en todo. Puede que él lo llame supervisar, pero no deja de ser un cotilla.

—¿Has firmado algo? —inquire preocupado.

—No, tranquilo —replico, incómodo ante su marcaje—. Y ahora, si me

disculpas, tenemos prisa.

Cojo a Genoveva de la mano, ella me sigue en silencio, pese a que Héctor la mira como si fuera una bruja intrigante. No voy a darle explicaciones.

—Deberíamos hablar, nunca se sabe —insiste él, deteniéndome.

—He dicho que no —afirmo, elevando la voz para que no siga dándome la matraca.

Podría dar explicaciones a Genoveva, pero continúo en silencio, ella tampoco pregunta, lo que me facilita mucho seguir adelante.

Diviso la parada de taxis y hacia allí me dirijo, cuando me asaltan un par de fotógrafos.

Genoveva me mira sin comprender, menos aún cuando a esos dos tocapelotas se les unen un par de reporteros, micrófono en mano, que aparto de un manotazo y cabreado.

—¡Señor Brinell, un momento por favor! —me grita uno de los chavales, porque no debe de tener ni veinticinco años, de ahí que lo tengan en la calle.

Lo fulmino con la mirada y aun así no se rinde.

Empiezan a hacerme preguntas sobre Vanesa y no respondo ni una sola.

—Alguien ha debido de ir con el cuento, para que me estén tocando los cojones —murmuro, cuando por fin me subo al taxi y cierro de un portazo.

—O puede que este caso haya despertado el interés de la prensa.

—No me jodas, Genoveva, tú nunca ha sido una ilusa —gruño ante su ingenuidad.

Le doy la dirección al taxista y miro enfadado por la ventanilla.

¿Quién carajo ha mandado a esos imbéciles a la puerta del hospital?

Genoveva opina que he despertado el interés de la prensa, poco probable, pero no imposible. Vanesa, con sus idas y venidas, ha vuelto a sacar a la palestra nuestro pasado y estando ella como está a punto de morir, supongo que a alguien le puede interesar.

—Si quieres mi modesta opinión, deberías haber atendido a los medios.

—Tú nunca eres modesta —repongo.

Ella se encarga de pagar la carrera, porque mi mala leche es tal que me he bajado del taxi en cuanto se ha detenido junto a la acera.

—Gracias por tan extraño cumplido —repone sarcástica.

—De nada. Y ahora, si no te importa, dejemos el tema.

—Creo que estás tan ofuscado que no ves una oportunidad ni aunque te muerda el culo —va y me suelta con su aire más serio, como si yo fuera un subordinado incompetente al que guiar.

—Seamos sinceros. Estás aquí sin que te lo haya pedido. Me ayudas porque te sale de las narices, pero... —la señalo con un dedo— nada más. No te voy a permitir que me organices la vida.

Cruza los brazos y me mira con aire de superioridad.

—Sé cuál es mi lugar, no sufras. Y puedes tener en cuenta mi opinión o no, como te salga de los huevos —me espeta, utilizando un lenguaje vulgar que rara vez usa, lo que me hace sospechar—. No obstante, me vas a escuchar.

—No me jodas, Genoveva, no me jodas —le advierto muy tenso, mientras me deshago de la puta corbata y del traje. Creo que voy a ir a un gimnasio a descargar mi ira a puñetazos con un saco de boxeo.

—Te creía más inteligente —añade, echando más leña al fuego. Yo la fulmino con la mirada, pero ella sigue impertérrita—. Si la prensa estaba allí es porque despiertas interés. ¿Qué importa el motivo? Tú mejor que nadie sabes muy bien que los periódicos de hoy son basura pasado mañana.

—O antes —mascullo ya desnudo, buscando algo de ropa deportiva en la maleta.

—Exacto, así pues, ¿por qué no utilizarlo a tu favor?

Me río sin ganas, porque esto es para mear y no echar gota.

—Sabes que no voy a hablar de mis asuntos personales para captar la atención de los medios. Si lo hubiese querido, hace mucho que lo habría hecho y ganado una pasta con ello —expongo.

—No tienes que hablar de ti, sino de la situación de tu ex.

—¡Joder! ¡Lo que me faltaba!

—Deja de maldecir y escucha —me exige sin perder la calma—. El debate sobre el derecho a morir dignamente está en la calle. Muchas asociaciones lo reclaman, algunos partidos políticos lo plantean, aunque con timidez.

Inspiro hondo y trato de calmarme.

Las palabras de Genoveva no son una sarta de chorradas para cabrearme, aunque debido a mi estado no he sido capaz de analizarlas.

Me jode admitirlo, pero tienen sentido. Vaya si lo tienen.

—Escribe un artículo al respecto, no te quedes ahí cruzado de brazos, refunfuñando como una vieja. ¡Haz algo!

—¿Un artículo? —pregunto suspicaz—. Ya ni me acuerdo de cómo se hace.

—Pues concede una entrevista, algo, lo que sea, hablando del tema. Estoy segura de que aún tienes algún conocido que pueda echarte un cable.

Me siento en la cama, a medio vestir y me froto la cara. Ella permanece de pie, como si fuera una maestra adoctrinando al alumno a la espera de que éste asimile la información.

El problema aquí es que yo ya la he asimilado y no me gusta.

—Sé que es complicado, porque te has acomodado. Te quejas, protestas, pero en el fondo eres un vago redomado, incapaz de dar el callo y volver a ocupar el lugar que te corresponde.

—Contigo da gusto. Primero me regañas y después me arengas —me lamento con ironía—. ¿Qué será lo siguiente?

—Eso depende de ti —me suelta, antes de dejarme solo con mis pensamientos en el dormitorio.

En lugar de ir al gimnasio, me limito a calzarme unas deportivas y salgo a correr. Se nota que estoy desentrenado; sin embargo, durante todo el tiempo aprovecho para reflexionar sobre la conversación que he mantenido con Genoveva.

¿Puedo hacerlo?

Lo más probable, pero como bien ha dicho ella, soy un vago de cojones. Desde hace mucho me limito a lo mínimo y todo porque Volker me paga un buen sueldo por, básicamente, tocarme los cojones. Y también tengo miedo. Sí, es algo que me joroba reconocer. Y creo que ella lo ha omitido en su arenga. Miedo a que me miren con cara de compasión, se limiten a decirme buenas palabras y a rechazar mi trabajo.

Con las ideas no tan claras como debería, regreso al cutre apartamento de Genoveva. A pesar de todo, he hecho un par de llamadas y, la verdad, hasta me

ha sorprendido el hecho de que no me hayan mandado a la mierda. A ella la encuentro relajada en el sofá; apenas me dedica una mirada cuando entro, concentrada en la lectura. Así que, sin decir nada, me voy a la ducha.

A la mierda de ducha, para ser exactos, pues su tamaño es tan reducido, que si se me cae el jabón, tal vez me viole el grifo. Por suerte no se me cae nada.

Cuando estoy a punto de salir, se abre la puerta y veo a Genoveva bajar la tapa del váter y sentarse en ella, supongo que dispuesta a sermonearme de nuevo.

Salgo de la ducha y ni me molesto en secarme. Ella sólo me observa, lo cual me inquieta. No es una mujer con la que puedas dar nada por sentado. Le doy la espalda, bueno, más bien el culo, pues las dimensiones de este aseo no dan para más. Sigo desnudo, que me mire cuanto quiera la retaguardia, mientras no me dé la chapa, por mí perfecto.

Saco mis útiles de afeitarse, no quiero presentarme a mi cita de esta noche desaliñado. Ella continúa observándome y empiezo a ponerme nervioso, no por su mirada, sino por su silencio.

Puedo controlar sus movimientos a través del espejo, por eso, cuando estira la mano y coge la toalla, frunzo el cejo y más aún cuando se pone en pie y empieza a secarme la espalda.

—Me estás poniendo el suelo perdido —dice ante mi silenciosa pregunta.

Bueno, si de repente le han entrado ganas de actuar como una esposa atenta y pesada, allá ella.

Me seca despacio, pasando la toalla por mi cuerpo sin prestar atención a ningún punto en especial. De forma práctica. También se ocupa de mi pelo, algo más largo de lo habitual. Al acabar, tira la toalla al suelo y coge el bote de espuma de afeitarse.

—Date la vuelta —ordena y se vuelve a sentar en el retrete.

Lo hago, no por mostrarme obediente, hoy no tengo ganas de ser dócil, sino por curiosidad.

Agita el envase con energía y se vierte una cantidad considerable en la palma de la mano.

—¿Además de secarme también me vas a afeitarse? —pregunto un tanto burlón

y ella me pide que le pase la maquinilla desechable.

Lo que me deja a cuadros no es que quiera afeitarme, que lo va a hacer, sino que no se pone en pie y eso significa sólo una cosa: me va a rasurar el vello púbico.

—Quédate quieto, por favor —murmura, mirándome un instante a los ojos.

Inspiro y separo un poco las piernas. Me apoyo en el borde del lavabo y fijo la vista en sus manos esparciendo la espuma por toda la zona.

Pedirle que lo haga con cariño y cuidado sería de gilipollas, así que procuro relajarme todo lo posible, sabiendo que hay una cuchilla cerca de mis pelotas, y dejo que me afeite.

A Genoveva no le tiembla el pulso, su juego de muñeca es impecable. Cada pasada de la cuchilla es limpia. Y, claro, reacciono de la única forma posible: me empalmo delante de sus narices (literalmente).

Ella esboza media sonrisa. Yo no me avergüenzo, todo lo contrario. Me parece increíble que, después del día que llevamos, con discusión incluida, haya encontrado el modo de rebajar la tensión con algo en apariencia tan sencillo.

Desliza una mano por la zona, comprobando que la piel ha quedado suave y con una toalla retira los restos de espuma. Soporto a duras penas tanto toqueteo en los bajos sin decir nada, aunque mi erección se mantiene expectante.

—¿Y ahora? —le pregunto en voz baja.

Genoveva mantiene una expresión que no deja entrever nada. Inspiro hondo y, antes de que me dé tiempo a expulsar el aire, se inclina y separa los labios para rodearme con ellos la polla.

—¡La hostia puta! —exclamo y adelanto las caderas para que me la chupe más profundamente.

Ella no se retira, parece animada y se lo está currando. Joder, vaya que sí. Succiona con ganas, al tiempo que me aprieta las pelotas. La combinación perfecta para volverme loco y que acabe corriéndome en su boca. Y todo sin dejar de gemir bien alto.

—No sé si voy a ser capaz de ir a la reunión.

—¿Reunión?

Le cuento mis planes y ella asiente complacida de que por fin haya movido

ficha.

No sólo me ha hecho una mamada, sino que además me ayuda la ropa y, antes de marcharme, me susurra que, cuando regrese, se ocupará de mí.

Salgo por la puerta, convencido de que no se refiere a arroparme en la cama cuando vuelva.

Así da gusto.

Capítulo 39

Genoveva

Mario aún duerme. Volvió muy tarde de esa reunión tan inesperada como prometedora. Y llegó eufórico, lo que tradujo en un uso desmedido de la tarifa plana.

Yo me mostré encantada y participativa, tanto, que yo misma me encuentro cansada. Pero el teléfono de Mario no deja de sonar, algo inusual, pues siempre lo tiene apagado. Supongo que las circunstancias son otras, de ahí que lo haya dejado conectado.

Como él hace caso omiso, estiro el brazo y lo cojo. Respondo sin preocuparme en mirar la pantalla, y me sorprendo al oír la voz de Volker.

—Vaya, vaya. Qué casualidad —se burla.

—Enseguida te paso a Mario.

—Espera, ya que has ignorado mis mensajes, llamadas y demás intentos de contactar contigo, aprovecharé esta bendita coincidencia.

—No es buen momento —comento.

—Empiezo a creer que huyes de mí —dice en claro tono provocativo e incluso se ríe.

—¿Y no puede ser, sencillamente, que te esté ignorando porque puedo?

—Te creía más valiente —sigue desafiándome.

—Y yo a ti menos más perspicaz y menos insistente —replico.

—Joder, a primera hora de la mañana ya utilizas palabras excitantes, lo que confirma mi teoría...

—Teoría que prefiero seguir ignorando —lo interrumpo.

A mi lado, Mario se vuelve y me mira adormilado. Sin duda lo he despertado con la conversación. Tapo el auricular para decirle quién llama y él hace una

mueca de fastidio.

—Pon el altavoz —susurra.

—¿Estás segura? Las mujeres como tú quieren controlarlo todo —aduce Volker con un cierto aire rimbombante.

—Hacerme la pelota no sirve de nada. ¿Esta llamada tiene algún objetivo o sólo pretendías molestar?

Miro a Mario de reojo. No sé lo que piensa, pero no se muestra muy alegre.

—Esta llamada es para decirle al tonto de los cojones de tu amante que ya estoy harto de sus idas y venidas —anuncia algo más serio, aunque enseguida agrega burlón—: Puedes transmitirle tú misma el mensaje.

—¿Algo más? —pregunto indiferente.

—Ya que estamos, podíamos hablar de nuestra próxima cita.

—Cita a la que no tengo intención de asistir.

—Deberías, puede que te resulte interesante y productiva.

—Este tío es imbécil —musita Mario, negando con la cabeza.

Le hago un gesto para que siga callado. Quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar Volker. No tengo nada que ocultar ni de lo que arrepentirme; sin embargo, quiero disfrutar del placer de rechazarle una y otra vez. Ladino, lo sé, pero gratificante.

—¿Productiva?

—Me han llegado rumores sobre tus cuitas en Caprice Food International.

—¿Qué insinúas? —pregunto, porque no pienso entrar al trapo.

—Siempre es bueno tener apoyo y a tu amante le iría bastante mejor.

—Gilipollas —grazna Mario y le doy un manotazo para que se calle.

—¿Me estás diciendo que si me acuesto contigo a Mario le irán mejor las cosas?

—Te mueres por volver a follar conmigo, admítelo, y no, al idiota de Mario le irían mejor las cosas si se esforzara.

—Vaya, pensaba que erais amigos —contesto con ironía.

—Y lo somos, pero tenía que llamar tu atención.

—Pues vas por mal camino —le advierto y, para mi sorpresa, percibo una mano colarse entre mis piernas con evidente intención de llegar a mi sexo—. Y

ahora, dime para qué has llamado en realidad.

—Tengo que hablar con Mario, es urgente —anuncia ya sin rastro de humor—. Ha de presentar el proyecto cuanto antes.

—Está ocupado. Le diré que te llame —respondo, cuando Mario me penetra con un dedo y comienza a moverlo despacio.

—Lo dudo y menos a estas horas de la mañana —dice Volker—. ¿Y en qué si puede saberse?

Gimo, un tanto exagerada, y cuelgo el teléfono. Que se imagine el resto.

Aunque la conversación con Volker debería hacerme pensar, la olvido en cuanto Mario me insta a separar las piernas para arrodillarse entre ellas y no para contemplar el paisaje, sino para utilizar la lengua de una forma bastante perversa, hasta que mis gemidos son lo único que se oye en el dormitorio.

Tras correrme, me quedo tan a gusto que acabo por cerrar los ojos y dormitar. Algo inusual en mí. Hasta que de nuevo el sonido del móvil nos trae de vuelta a la realidad.

Esta vez es Mario quien responde y por sus respuestas escuetas sé quién llama sin necesidad de preguntarlo.

Abandona la cama de un salto. Debe ir al hospital. La noticia que estábamos esperando ya es una realidad. Me mira en silencio mientras se viste. Y, sin que me lo pida, comienzo a arreglarme para acompañarle.

* * *

Un hospital, por moderno que sea, siempre deprime.

Es el pensamiento que pasa por mi cabeza mientras camino junto a Mario en dirección al despacho del médico, el mismo que nos atendió ayer.

Nos espera en la puerta. Mario me mira antes de decir:

—Si quieres, puedes ahorrarte este trance.

Niego con la cabeza y soy la primera en entrar. Mario tendrá mi apoyo, salvo que me pida lo contrario.

Escuchamos al médico. Vanesa acaba de fallecer. Apenas ha sobrevivido unas horas tras desconectar el respirador que la mantenía con vida. Tal como nos

había prometido, no ha sufrido, ya que ha estado sedada todo el tiempo.

Debo admitir que, aunque se trate de un desenlace ya previsto, no por ello dejo de sentir cierta pena. Y, por supuesto, me pregunto si yo debería ocuparme de estos asuntos, ser previsor, tal como lo soy en otros aspectos de mi vida.

Pero ¿quién prevé estos contratiempos?

Yo, por si acaso, tomo nota y hablaré con Catherine para que me asesore legalmente, no quiero meter la pata. Aunque, si lo pienso, en mi caso no existe una persona de confianza en la que delegar esa responsabilidad. Con mi familia apenas tengo trato y a un amigo no se le puede hacer semejante faena.

Ahora entiendo la decisión de Vanesa. Visto desde fuera, podía parecer una forma de darle la puntilla a Mario; no obstante, creo que esa mujer, al verse sola, no tuvo otra salida. Esta reflexión no la comentaré con él, por si acaso.

Cuando el médico nos pregunta si deseamos despedirnos de ella antes de que los empleados de la funeraria se ocupen de los detalles, Mario niega con la cabeza. Le comprendo, no tiene que ser fácil y supongo que lo de despedirse de ella en realidad es una solemne tontería.

Firma sin preguntar cuanto documento le presentan. Yo leo de reojo y veo que acepta la propuesta de la Asociación Nacional de Trasplantes. Nada más hacerlo, el médico avisa para que se inicien los trámites.

Reconozco que a mí me hubiera temblado el pulso de encontrarme en la misma situación, aunque supongo que Mario desea pasar página de una vez por todas.

No hace preguntas, no discute. Vanesa es ya una parte de su pasado. O al menos ésa es la impresión que quiere dar, porque intuyo que, por mucho que lo intente, su exmujer siempre estará presente.

Pasar página, qué ingenuidad tan grande. Nada más poner un pie fuera del despacho del médico, nos aborda un hombre que nos entrega una tarjeta. Mario inspira, todavía queda una etapa más: discutir los detalles del funeral. Los empleados del tanatorio nos han presentado un catálogo que a mi parecer resulta cuando menos rimbombante y excesivo.

Soportar cómo un empleado de la funeraria nos muestra las diversas opciones para el entierro hace que a Mario se le revuelva el estómago, por lo que me pide

que me encargue yo de todo.

No conocía a Vanesa y por tanto ignoro cuáles eran sus deseos, pero imagino que, si dejó un testamento vital, quería huir de boatos, así que, pese a que el tipo de la funeraria insiste en montar un espectáculo, le pido que se limite a los trámites más sencillos y que la incineren; Mario, que ha escuchado la conversación, asiente.

—¿Debería estar presente? —me pregunta una vez a solas, mientras nos dirigimos a una cafetería fuera del complejo hospitalario.

—No lo sé —contesto sincera.

No tenemos mucho más que decir. En estos momentos creo que no necesita una conversación ni hablar de lo que siente. Le comprendo, yo tampoco soy partidaria de escuchar buenas palabras en momentos difíciles.

—¡Puto teléfono! —gruñe cuando le suena y, mirándolo como si le diera asco, me lo entrega.

Respondo y me encuentro con una llamada de Héctor, su abogado.

—Es importante que hable con Mario —me dice serio.

—Me temo que no es el mejor momento.

Moviendo los labios, le indico a Mario de quién se trata. Hace un gesto que interpreto como que lo mande a la mierda. Esto de ser su secretaria empieza a divertirme.

—Pues que mueva el culo y venga al despacho, debemos solucionar los asuntos legales —insiste Héctor.

—Un momento, por favor.

Con el auricular tapado, espero instrucciones de Mario. Por supuesto, no quiere mover un dedo así que, pese a que no me incumbe, termino diciendo:

—¿Quieres que me ocupe yo?

Él asiente y noto cierto alivio.

Cuando se lo transmito a Héctor, éste protesta e intenta disuadirme para me aparte, algo que me joroba. Por lo que me mantengo firme y al final el abogado acepta reunirse conmigo esa misma tarde.

—Gracias —murmura Mario y apaga el móvil antes de guardarlo.

—¿Confías en mí hasta ese punto? —me veo obligada a preguntar.

—Si te soy sincero, tal como están las cosas, creo que eres la única persona cercana a mí con un mínimo de sentido común.

—Como respuesta es ambigua —apunto y él sonrío de medio lado.

—Sí, confío en ti.

—Lo dices porque no hay nadie más que quiera sacarte las castañas del fuego —comento, arqueando una ceja.

—Eso también —me confirma.

No tengo la menor idea de cómo afrontar la reunión con el abogado. No conozco los pormenores, de ahí mi inquietud, pues odio estar desinformada. Mario me cuenta alguna que otra cosilla, pero está tan apagado que si me descuido me contagiara su estado.

Le propongo que se marche a casa, que descanse o que haga lo que le apetezca, pero él se empeña en llevarme en persona hasta el despacho, aunque no entrará. Sin duda una curiosa forma de quedarse al margen.

Me invita a comer en un establecimiento peculiar, un tanto cutre, situado cerca del despacho de su abogado. A Mario lo atienden con cariño, se nota que es un cliente asiduo. Por lo menos durante la comida se ha mostrado más locuaz y animado.

Y luego me veo sola en el bufete.

Para ponerme nerviosa, o para hacerme un desplante, me tienen esperando casi tres cuartos de hora, eso sí, sirviéndome un refrigerio que ni he tocado. Cuando por fin se dignan a atenderme, en vez de mostrarme enfadada opto por fingir que no me importa nada perder el tiempo. No hay como hacer que se confíen.

—Reitero mi desacuerdo con esta reunión —declara a modo de saludo Héctor.

Sonrío y tomo asiento frente a él.

Reconozco en silencio que echaba de menos el tira y afloja propio de una reunión que preveo tensa y, por qué negarlo, emocionante.

—No perdamos más tiempo —replico, señalando el dossier que tiene delante y que no me deja leer.

—Mario debería estar aquí. Estos documentos le atañen a él...

—Empiezo a cansarme de escuchar una y otra vez lo mismo —lo interrumpo con sequedad. Que tenga claro desde el principio que conmigo no se juega—. Vayamos al grano.

—Muy bien —acepta a regañadientes—. Vanesa me pidió, como favor personal, que me encargara de sus asuntos legales.

—¿A espaldas de Mario? —pregunto, dejando implícita la censura.

—Usted no conoce toda la historia —responde—, aunque supongo que Mario le habrá contado la versión que le conviene.

—Al grano —repito cortante y añadido, mirándolo a los ojos—: Héctor.

El abogado se sorprende de la familiaridad con que lo trato y del tono un tanto condescendiente, pero al fin y al cabo es más joven que yo. Una táctica como otra cualquiera de dejarle claro que no soy una maruja aburrida.

—Durante su complicada separación, le llevó el caso otro letrado; sin embargo, cuando tuvo problemas económicos, me pidió como favor personal que redactara su testamento.

—*Pro bono*. Un abogado con espíritu solidario —murmuro sarcástica, aunque él se limita a callar: sabe lo que le conviene.

—Llevé el caso porque en el fondo siempre tuve la esperanza de que Mario perdonara todo lo que ocurrió. O al menos lo intentara.

—«Perdonar» es un término complicado.

—Mario no es sólo un cliente más —se justifica—. Siempre lo he considerado un amigo.

Un amigo muy lucrativo, pienso porque con todo el proceso ha tenido que ganar bastante en minutas.

—Y, como amigo, ¿no debía estar informado?

—No lo hubiera entendido —alega.

—Yo tampoco —agrego y se da cuenta de que seguir justificándose carece de sentido.

Héctor, consciente de que conmigo los juegos de palabras no llevan a ninguna parte, abre el dossier y comienza a explicarme las disposiciones testamentarias. El lenguaje legal no me es desconocido, así que no lo interrumpo ni una sola vez.

Incluso cuando escucho que Vanesa se lo cede todo a Mario, mantengo la

compostura. No deja de ser extraño que esa mujer pensara en él. O puede que fuera una forma de compensarlo por todo el daño que le hizo.

—¿Por qué tanta generosidad? —pregunto cuando termina la lectura.

—¿Le parece mal?

—Suen a disculpa.

—En cierto modo, lo es —me confirma.

—Pero según mis informaciones, le ha cedido a Mario algo que ya le pertenece a él, pues nunca aceptó que ella se quedara con el cincuenta por ciento de la propiedad —le recuerdo.

Héctor disimula una mueca.

—Creo que eso ya carece de sentido. Miremos hacia el futuro. Mario sólo ha de firmar estos documentos. —Me entrega unos papeles, a los que echo un vistazo.

—Hablaré con él —digo sin comprometerme.

—Por desgracia, conozco a Mario y su tozudez, por eso confío y agradecería que le transmitiese el mensaje con...

—Intentando convencerlo, supongo —lo interrumpo, sabiendo muy bien por dónde van los tiros.

—Si Mario no ha acudido a esta cita, entiendo que no quiere conocer los detalles —apostilla.

Sonrío, el tipo sabe lanzar el anzuelo.

—Traducido, que le cuente la parte positiva y oculte la verdad completa.

—Ya no tiene sentido darle más vueltas. Todo ha acabado.

—Lo pensaré —afirmo y me pongo en pie.

Héctor pone una mano sobre los papeles antes de que yo pueda retirarlos y me mira fijamente. Pero va listo si cree que me va a intimidar. Le sostengo la mirada hasta que retira la mano.

—Confío en recibir pronto noticias —me dice, un poco impertinente.

—Las tendrá —asevero y abandono su despacho con paso firme.

Capítulo 40

Mario

Genoveva me cuenta su reunión con Héctor y, la verdad, no me sorprende que él haya intentado adornar la verdad ni que ella haya sido sincera.

Ha sido todo un detalle, desde luego, pues no tiene por qué mostrarse tan franca conmigo. Podría haberse limitado a contarme una milonga y desentenderse.

Puede que me joda ceder, después de tanto tiempo, pero con la muerte de Vanesa se ha de acabar este asunto. Me guste o no.

—Gracias por todo —digo con cariño, el mismo que ella me está demostrando al estar a mi lado todo el tiempo.

Puede que nuestra relación surgiera de forma extraña, llevados, al menos en mi caso, por las ganas de joder a un político cabrón y oportunista, y siempre siendo consciente de que tarde o temprano acabaría, pero es incuestionable que he tenido la oportunidad de conocer a una mujer excepcional.

Sólo deseo que pueda volver a su puesto en Caprice Food International y dé a esos Meier lo que se merecen. Me gustaría ocuparme en persona, no sólo por Genoveva, sino por el placer de hacerlo. No obstante, sé que si intervengo ella se cogerá un cabreo de tres pares de narices.

Firmo los papeles que Héctor ha preparado y, si soy sincero, no siento alivio ni mala leche. Es un trámite más. No sé muy bien por qué Vanesa decidió tales disposiciones. Puede que sólo quisiera compensarme o, conociéndola, sólo fuese una broma de mal gusto incluir en su testamento algo que no le pertenecía. Desde luego, ese cabrón de Héctor podría habérmelo dicho antes. ¿Qué hubiera pasado de no sufrir Vanesa un accidente mortal?

No existe una respuesta y no quiero seguir envenenándome con eso.

Le cuento a Genoveva, ya que valoro mucho su opinión, la propuesta que me han hecho. Yo no lo tengo claro, en cambio a ella le parece estupendo que me hayan llamado para acudir a un debate como tertuliano en televisión. Por lo visto, algunas asociaciones defensoras de una muerte digna se han enterado de mi proceder y quieren que defienda su postura.

—Es una oportunidad de oro —asevera convencida, mientras recoge su ropa.

Pasado mañana vuelve a Zúrich, pues considera que ya ha tenido suficientes vacaciones. Para ser sincero, me hubiera gustado que se quedara unos días más conmigo.

Me siento ridículo admitiéndolo, llevo demasiado tiempo viviendo solo y ya me he acostumbrado, es más, disfruto de mi soledad; no obstante, Genoveva ha logrado, con su forma de ser, su paciencia y su inteligencia que compartir espacio, y a veces uno reducido, que no resulte tan desagradable.

—Una mierda de debate —gruño, porque parece un premio de consolación, como si a un campeón olímpico le diesen una medalla de hojalata comprada en un bazar chino.

—No seas tan egocéntrico —me regaña ella, sin dejar de trajinar por el dormitorio—. ¿Hace cuánto que no pisas un plató de televisión?

—Ni me acuerdo —admito y bien que me duele.

—¡Pues entonces haz el favor de no cagarla!

Hasta doy un respigo ante su exclamación y las palabras que ha elegido.

—Joder, qué vehemencia —replico, esbozando una media sonrisa.

Genoveva sigue a lo suyo. No va a hablar más del tema, deja que yo rumie su opinión. Es lista, sabe que repetir lo mismo es absurdo. Sabe inocular la duda.

Cuando termina de hacer la maleta, coge el móvil y me señala con él.

—¿Me invitas a cenar o pedimos comida a domicilio?

—¿Y por qué no cocinas? —planteo con guasa.

—Sabes perfectamente que las tareas domésticas no están entre mis aptitudes —contesta con humor, arqueando una ceja—. Pero siéntete libre de cocinar tú. Creo que en alguna parte hay un delantal.

—Invito yo —digo y enciendo mi móvil.

* * *

Podría haberme instalado en el ático, ahora que ya no tengo que contar con nadie; sin embargo, continúo viviendo en el cutre apartamento de Genoveva. Ella ha vuelto a Zúrich y no le ha importado que yo siga aquí, incluso le parece bien.

Ni siquiera hemos hablado antes de marcharse. En mi caso, porque no tenía ni puta idea de cómo plantearlo. Supongo que a ella le ocurría igual. Tampoco la he llamado para preguntarle qué tal va todo.

Doy por hecho que ha retomado su rutina, de lo cual me alegro. Sé que su abogada la visitó antes de abandonar Madrid y, por lo poco que me comentó, Diego ya no será un problema, pues debido a la publicación de la conversación, se ha visto obligado a renunciar a su carrera política y, además, a través de su abogada, Genoveva lo amenazó con denunciarlo por hacer pública una conversación privada.

Toda una ironía.

Al final salió bien la jugada y eso que Genoveva no confiaba mucho en ella. Lástima que no haga lo mismo con los Meier.

Pero ésos ya no son mis problemas, ahora tengo que afrontar ciertos cambios en mi vida, empezando por la oferta que me han hecho para colaborar de manera permanente en un programa semanal de debates. No es mucho, aunque sin duda es un comienzo.

Algo con lo que no contaba cuando me propusieron, tras la muerte de Vanesa, participar en un programa de televisión para hablar sobre el derecho a una muerte digna. Entonces no fui consciente de la oportunidad que representaba. Mi intervención gustó, las redes sociales se hicieron eco y la directora del programa se puso en contacto conmigo unos días después, proponiéndome una colaboración fija.

A quien no le hizo demasiada gracia fue al presentador, un tipo que estaba de becario cuando yo dirigía mi propio programa de éxito y al que, la verdad, no traté con demasiada cortesía, pero se la ha tenido que envainar, pues hoy en día,

cuando las redes arden con los comentarios de los espectadores, pocos directivos miran hacia otro lado.

Sin olvidar que las asociaciones que defienden una ley para los que no quieren prolongar su vida de forma artificial, contribuyeron con innumerables agradecimientos. Y me invitaron a participar en charlas de las que muchos medios, llevados por la curiosidad, se hicieron eco.

A quien intuyo que no le va a hacer mucha gracia es a Volker. Llevo días sin hacer caso de sus mensajes y llamadas. He de armarme de valor y ponerme en contacto con él, al fin y al cabo, me ha estado pagando un generoso sueldo por tocarme los cojones en Ausdrücken día sí y día también. Sin olvidar otros favores personales que durante estos años de amistad me ha hecho.

Así que, consciente de que ya no puedo posponerlo más, me preparo mentalmente, porque la conversación no será amigable. Le conozco y él a mí.

—Bueno, bueno, bueno, qué sorpresa —se burla cuando descuelga.

No esperaba menos de él.

—He estado ocupado —me justifico y no miento del todo.

—Eso he oído —contesta burlón— y también sé que ahora eres un hombre libre.

—Siempre he sido un hombre libre —le espeto y oigo su risa.

—Eso es lo que a todos nos gusta creer —se guasea y en cierto modo tiene razón.

—¿Vamos a seguir divagando o prefieres hablar de algún tema serio?

—Muy bien, ¿debo avisar a los de recursos humanos que te preparen el finiquito?

—Tú eres el jefe —alego—. Tú decides si quieres seguir pagándome un sueldo por no hacer nada o cerrar el grifo.

—Ya veo que te lo sigues tomando todo a risa. Bien, además de ser tu jefe, al que por cierto no respetas, soy tu amigo. Así que no me jodas y cuéntame cómo te van las cosas. Si no has vuelto a Zúrich, debes de tener razones de peso.

Qué jodido. Sabe que el único motivo medianamente interesante para regresar no es el trabajo, sino Genoveva. Pero Volker es tan astuto que lanza la piedra y esconde la mano.

No tengo por qué mentirle y le explico en qué ando metido. Admito que sólo es un comienzo, que la remuneración es mísera en comparación con el sueldo de Ausdrücken y que todo se puede ir a la mierda en menos de tres meses, por lo que me quedaría con una mano delante y otra detrás.

—¿Y por qué correr riesgos? —plantea sin aire de burla.

—También me he planteado esa cuestión.

—Te conozco. Vives en una especie de cómodo letargo bien pagado.

—No lo niego, aun así, no sé, creo que esta opción puede ser positiva —digo con poca vehemencia, pues después de tanto tiempo sin dar un palo al agua, a cualquiera le extrañaría mi repentino cambio.

—¿Y qué ocurre con ella?

—¿A quién te refieres? —inquiero haciéndome el tonto.

—No me jodas, Mario, y no te vayas por las ramas. Te creía con un mínimo de inteligencia —me espeta.

Tuerzo el gesto, no me apetece hablar de Genoveva con nadie y menos aún con Volker.

—¿Ahora nos vamos a hacer confidencias? —replico con voz de falsete.

Le oigo reírse al otro lado de la línea.

—Al menos deberías admitir que estás más afectado de lo que te gustaría. Y si yo estuviera en tu pellejo, en vez de tocarme los huevos por enésima vez, movería el culo.

—No me jodas con tus consejos, sabes que nunca te hago ni puto caso.

—Así te va —se guasea—. Pero esta vez creo que la estás cagando más de lo normal.

—Sí, lo que tú digas —murmuro, hastiado de esta conversación.

Ya tengo yo suficientes dudas, como para que encima venga Volker a tocarme la moral. He tomado una decisión, lo mismo que Genoveva tomó la suya. Punto final.

Como intuyo que tiene ganas de darme la tabarra un buen rato, me sirvo una buena cantidad de licor en una copa, que me va a hacer falta. No conozco a otro como Volker a la hora de insistir. Le debo muchos favores, es cierto; sin

embargo, creo que soportarle cuando le da por ejercer de amigo juicioso, es mucho pedir, y más estando sobrio.

—Ya veo que va a ser imposible convencerte para que abandones esa alocada idea de ser tertuliano. Sólo espero que después no me vengas con lamentos.

Y me recuerda una y otra vez que estoy cometiendo una estupidez, como si repetirlo sin descanso fuera a hacer mella en mi decisión.

Lo escucho a medias, como siempre, aunque sé leer entre líneas. Creo que, aparte de aburrirme con su diatriba, está dando muestras de estar interesado en Genoveva. O quizá sólo sea una burda trampa para ver si reacciono. Da igual, no voy a caer ni voy a mover un dedo.

Y en caso de que el interés de Volker por Genoveva fuera genuino, tampoco debería preocuparme. Por varias razones, pero por dos principalmente: la primera, ambos son libres y por tanto no deben dar explicaciones a nadie y la segunda, la que más me tranquiliza, es que Genoveva es de armas tomar y le sabrá parar los pies.

—Por tu silencio deduzco que no has escuchado ni una palabra.

—¿Tanto se me nota? —repongo con sorna.

—No voy a perder más el tiempo. Y, por si te lo estás preguntando, si por casualidad tu proyecto fracasa, puedes volver, no soy tan cabrón como te gustaría.

—Vaya, por fin dices algo coherente —me mofo—, aunque tu ofrecimiento dice muy poco a mi favor. Das por hecho que voy a fracasar.

—O que te vas a aburrir, que nos conocemos.

El puñetero no da puntada sin hilo, pienso, tras escuchar su último comentario.

—Ya se verá —murmuro y apuro el vaso de licor—. Y ahora, si me disculpas, te dejo. Tengo una cita infinitamente más interesante que tú.

O eso espero.

—Joder, ¿tanto necesitas echar un polvo?

—Vete a la mierda.

—Vas a tener suerte. Una buena amiga está de paso por Madrid y seguro que le apetece.

—Una cosita, estoy hasta los huevos de que me hagas sentir un puto gigoló —le suelto, aunque no pierdo la calma.

Nos conocemos desde hace tiempo y casi nada de lo que me diga me cabrea lo suficiente como para perder los nervios.

—En este caso, te aseguro que no sería un favor —replica riéndose—. Ya te he dicho que es una vieja amiga.

—Tranquilo, de momento yo solito me las apaño para tener una cita.

—Como quieras —acepta guasón.

Consigo librarme de Volker, de su maldita manía de ejercer de conciencia y de sus jodidos comentarios. No los necesito. Él bien lo sabe y por eso me fastidia hablando de más.

En fin, no quiero darle más vueltas. Sé que tengo un amigo, tocapelotas, pero al que puedo recurrir en caso de que, otra vez, todo se complique.

En estos momentos no estoy para amigos peculiares ni examantes memorables, por la sencilla razón de que tengo una cita. De acuerdo, hay quien opinaría que es demasiado pronto y me diría que, si tanto me acuerdo de Genoveva, le debería guardar una especie de ausencia, o como cojones se quiera llamar. En cambio, me he metido en la web de contactos y he echado un vistazo. Reconozco que he bajado el listón. Sí, extraño, aunque comprensible, no me puedo poner muy exquisito. Lo que busco es sencillo: un par de horas de sexo decente. ¿A que no es mucho pedir? Pues bien, algo en apariencia tan fácil, me ha llevado media tarde encontrarlo. He rechazado a un sinfín de pedorras calentorras que sólo buscan darle la paliza a alguien antes de follar y además cenar gratis. Creo que voy a escribir a los administradores de la web para que filtren mejor a los socios, pues esto antes no ocurría.

Capítulo 41

Genoveva

Si Baltasar Meier pensaba que me iba a quedar de brazos cruzados, va listo. De acuerdo, las vacaciones forzosas me las he tomado, pero lejos de servirme, como él pretendía, para descansar, las he aprovechado para reorganizar mis ideas.

Recurrir al juego sucio es sin duda tentador, pero he decidido dejarlo como último recurso. Mi secretario me ha mantenido informada de los movimientos que han ido ocurriendo en la empresa, lo que me ha servido para estar al tanto del descontento de algunos accionistas. Y yo, consciente del poder de la información, me he preocupado de hacerles llegar mis informes sobre los tejemanejes de Baltasar.

Así pues, vestida para la ocasión con uno de mis trajes más sobrios, zapatos de tacón y, como único capricho, ropa interior de color rojo, llego a la oficina.

Maurice me sonrío de medio lado. Me conoce, sabe que algo estoy tramando.

—Buenos días, querida jefa —me saluda alegre y, antes de que me haya sentado, ya tengo delante una bandeja con café y algo de picar.

—Buenos días. Aparte de este aperitivo, ¿no tienes nada más para mí?

—¡Cómo te gusta arruinar mis esfuerzos! —exclama burlón y me entrega una carpeta que abro con rapidez.

En ella encuentro un listado de accionistas descontentos con la gestión de Rudolf y que, además, me muestran su apoyo en el hipotético caso que decida tomar las riendas de la empresa.

Un apoyo insuficiente, ya que la familia Meier controla el consejo de administración, no son tan tontos como para dejarlo en manos ajenas. Mi única arma es crear malestar suficiente para que Baltasar recule. A los inversores y a los bancos no les gustan los conflictos y de eso precisamente voy a servirme.

—Maurice, no seas tan quejica —lo reprendo, ocultando mi satisfacción—, sé que disfrutas atendiéndome.

Mi secretario sonrío y me deja sola. En breve recibiré la visita de Baltasar, lo intuyo. No se va a quedar impasible ante las maniobras que estoy llevando a cabo. Hasta el más tonto sabría descubrir de dónde provienen los rumores y yo tampoco me he escondido.

Miro a mi alrededor, el impresionante despacho que me he ganado a pulso. No voy a ser modesta y me pregunto, ahora que puedo, si quiero seguir sin pareja.

Hasta no hace mucho no me planteaba la cuestión. Con mis encuentros esporádicos me sentía satisfecha, pero tras estos últimos meses, lo cierto es que la temida convivencia, de la que siempre he huido, no me ha parecido tan desastrosa.

Quizá porque entre Mario y yo mediaba un acuerdo, sencillo de cumplir, que facilitaba las cosas. No lo sé. Sigo algo confusa al respecto y no me gusta mucho, porque me distrae de mis obligaciones.

Me pongo en pie y me voy a la zona privada. Apenas la he utilizado. Hay que reconocer que la decoradora tenía un gusto excelente, aunque intuyo que Maurice ha tenido que ver con los acabados, porque a la hora de elegir detalles es único.

Me descalzo para disfrutar del suave tacto de la moqueta y entonces reparo en un paquete, no muy grande, sobre la mesita del café. El envoltorio ya es de por sí llamativo. Sin duda, alguien me ha enviado un regalo y, por pueril que pueda parecer, me gustaría que Mario fuera el remitente, pero siendo objetiva, dudo que él hubiera elegido un papel de regalo tan rimbombante. Frunzo el cejo. Conozco la afición de Baltasar por derrochar el dinero de la empresa haciendo regalos a los ejecutivos, con el fin de tenerlos contentos o, dicho de otro modo, predispuestos a escucharle.

Sea como sea, no es mi caso. Los regalos se los puede meter por donde le quepan, ahora bien, siento una malsana curiosidad y lo abro.

Ojiplática me quedo al ver el recargado, estrafalario y hortera reloj que sostengo en las manos. Me lo pongo en la muñeca sólo para asegurarme de que

es horrendo y que jamás me dejaré ver en público con semejante cosa.

Una oda al exceso, no cabe duda. Lo que me lleva a pensar en quién ha podido enviármelo. Baltasar puede que sea un imbécil malcriado, pero tiene buen gusto, así pues, lo descarto.

—¡Qué horror! —exclama Maurice.

Tan concentrada estaba, que no lo he oído llegar.

—No me des estos sustos —lo regaña con cariño.

—Pues aparta eso de mi vista... —Me agarra la muñeca y mira con cara de asco el reloj—. Por Dios, qué ejemplo de mal gusto. Y encima cuesta una fortuna.

—¿Perdón?

Maurice saca su móvil y busca el regalo en la web de una prestigiosa marca de joyería, que me muestra; parpadeo cuando veo la cifra. Entonces caigo en la cuenta de que sólo alguien con el riñón bien cubierto podría desembolsar semejante cantidad. Y no sólo eso, tiene que ser alguien que me conozca lo suficiente como para saber que me horrorizaría.

Sólo se me ocurre un nombre.

* * *

Volker me sonrío cual gato a punto de zamparse al ratón cuando me abre la puerta de su enorme y lujosa residencia. Me deja confundida que sea él y no algún empleado quien me atienda.

—No me digas que has dado la noche libre al servicio —comento burlona.

Accedo al enorme vestíbulo sin esperarlo y del mismo modo me dirijo al salón.

Allí no veo ni rastro de una mesa dispuesta para cenar, tal como me ha prometido por teléfono.

Si lo he llamado no ha sido por gusto, no me apetecía demasiado verlo, pero quería preguntarle a la cara por qué me enviado un regalo de tan pésimo gusto.

—Debo reconocer que me ha sorprendido que te pusieras en contacto conmigo, después de haberme ignorado —me dice, caminando hasta las puertas

correderas que dan acceso a la zona de la piscina.

Entonces veo, bajo el cenador, la mesa dispuesta, aunque sin rastro de camareros. Es evidente que no desea interrupciones.

—He estado ocupada —replico con aire condescendiente.

—Ahora no lo estás —me corrige y, tras hacerme un educado gesto, lo sigo al exterior.

Ambos sabemos que no estamos hablando de trabajo, sino de mi vida personal, pero Volker, lo mismo que yo, sabe utilizar muy bien los eufemismos. Una herramienta muy útil para despistar al adversario.

Camino despacio. Las luces que rodean la piscina crean un ambiente íntimo. Desde luego, el despliegue es digno de mencionar.

—¿Impresionada? —pregunta, situándose a mi espalda.

—No —respondo sin volverme.

—Cenemos —propone sin perder la sonrisa.

Como preveía, no hay servicio, así que él se encarga de servir la mesa. Cuando va a echarme vino en la copa, la cubro con la mano. Volker arquea una ceja, sin duda no está acostumbrado a que sus invitadas le lleven la contraria.

Durante la cena, comentamos asuntos intrascendentes. Yo, lo confieso, tengo unas ganas locas de preguntarle el motivo de que me haya enviado un regalo, el cual, por cierto, llevo en la muñeca. Si lo ha visto, lo ha ignorado.

—¿Más agua con gas? —ofrece con retintín.

—No, gracias. Preferiría un café.

No he de repetirlo dos veces, se levanta de inmediato y acerca hasta mí un carrito con una cafetera ultramoderna y un amplio surtido de cápsulas. Elijo una al azar y la inserto.

—¿Cuándo vamos a dejar de jugar a ser educados? —inquieta Volker.

—En cuanto me des una explicación.

—Primero he de saber de qué se me acusa —señala con humor.

—Según mi secretario, de mal gusto. —Volker arquea una ceja, pues no hay más que mirarlo para ver que su aspecto es impecable—, según mi opinión, de intentar... digamos... contentarme con una baratija.

—¿Desde cuándo enviarle flores a una mujer es de mal gusto?

Sonrí de medio lado mientras me reclino. Volker ni pestaña ni aparta la mirada.

—No me refiero a las flores —lo corrijo y él apura el café sin dejar de mirarme.

Yo le muestro el reloj que llevo en la muñeca, que deseo quitarme cuanto antes, y Volker hace una mueca.

—Muy curioso —murmura con evidente sarcasmo y agrega—: Así, que no te han gustado las flores. Lo tendré en cuenta.

Es mi turno de fruncir el cejo, porque, por sus palabras, deduzco que no tiene nada que ver con esta monstruosidad de reloj.

—¿No has sido tú? —le pregunto directamente.

—Querida, me ofendes. Primero, por pensar que tengo tan pésimo gusto a la hora de agasajar a mis amistades y, segundo, por llevarlo puesto en mi presencia.

Se pone de pie y, con un dedo en los labios, me pide silencio. Coge mi mano, y deposita en ella uno de esos besos de cortesía que me confunden, ya que Volker es, ante todo, un caballero. Otra cosa bien distinta es que aproveche su fachada más elegante para despistar. Sonrí de medio lado y, sin mediar palabra, me quita el reloj, luego lo coge como si fuera una bomba nuclear y lo lanza a la piscina.

—Problema resuelto. ¿Hablamos ahora de asuntos más interesantes?

—Me parece estupendo.

Me aparto de él caminando despacio, como si quisiera admirar el entorno. Entonces pienso que Volker puede ser una pieza que tener en cuenta. Es un hombre que dispone de contactos e información, algo que siempre es importante.

—Hablemos de negocios —propongo y lo miro sin pestañear.

Ha mantenido las distancias, no es un hombre que salte sobre su supuesta presa. Permanece de pie, con aire despreocupado, aunque no se pierde detalle de mis movimientos.

—¿Negocios? —repite en tono burlón—. No creo que la noche sea propicia para tales menesteres.

—Todo depende de cómo se mire. Tu empresa se ha ocupado de la realización del vídeo corporativo, uno bastante bueno, por cierto —afirmo, pese

a que, tras verlo, me ha parecido sensiblero, opinión que, por descontado, no comparto con nadie, a excepción de con mi secretario.

—Un trabajo que supongo que le habrás agradecido a Mario —replica y he aquí la primera mención. Estaba tardando mucho. Supongo que quiere tantear el terreno.

—Ambos sabemos que Mario no ha dado un palo al agua.

Volker sonrío con aire pícaro.

—Cierto. Todo ha sido mérito de Liese. Pero es algo que no debe salir de aquí.

Se me acerca, previo paso por la mesa, donde rellena mi copa de agua y se sirve vino para él. Me entrega la mía.

—Por supuesto. Aunque me parece injusto para ella. Sin embargo, no es de ese proyecto del que quiero hablarte.

Ahora soy yo quien da un paso hacia él. Acorto distancias.

—Presumo que me va a interesar —murmura.

—Eso espero —digo en voz baja y lo miro fijamente—. Como sé que estás al tanto de mis desavenencias con la junta directiva de Caprice Food International, me ahorraré los detalles.

—¿Necesitas información? —pregunta, sabiendo que él tiene muchos más recursos en ese aspecto que yo.

—De momento no, pero sí a alguien que difunda algún que otro rumor.

—Vaya, vaya, la señorita Balaguer quiere jugar sucio.

—No, quiero que otros lo hagan por mí —lo corrijo y Volker se ríe entre dientes.

Antes de que me replique, coloco una mano sobre su pecho y la voy deslizando muy despacio hacia abajo. No es mi intención seducirlo para obtener su colaboración; sin embargo, toda esta conversación cargada de dobles sentidos, me ha excitado.

—¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar? —susurra y me quita la copa, que aún sostengo y la deja a un lado

Ambos sabemos a qué se refiere.

—Hasta donde sea necesario —contestó.

Volker se inclina hacia mí, despacio. Me olisquea, o al menos es la impresión que tengo. Noto su mano en la parte baja de la espalda y me empuja para que quedemos bien pegados. Inspiro hondo. Quizá estoy actuando de forma inconsciente. Muchos no comprenderían mi manera de proceder; no obstante, hace mucho que dejé de dar explicaciones.

—¿Vas a permitir que te bese? —pregunta susurrando—. ¿O pretendes hacerme sufrir?

—Elige —lo provoco.

Consiento en que me vaya arrinconando hasta chocar con la pared acristalada. No hemos dejado de tocarnos cada vez con mayor urgencia. Volker, que no es un tipo manejable, al igual que yo, quiere llevar la voz cantante.

Nos miramos jadeantes, él tiene la camisa desabrochada y yo la falda arrugada en los muslos. No va a ceder, yo tampoco. No sé qué me pasa con este hombre, puede que sea el desafío, o que sabe tocar las teclas adecuadas. Nada importa, sólo el calor que me recorre por dentro y me hace perder los papeles.

Una mano, de lo más atrevida, ya se ha colado por debajo de la falda y no para limitarse a acariciar superficialmente. Separo un poco las piernas, lo justo para que perciba mi interés, al tiempo que lo acaricio por encima del pantalón. Volker gime cuando aprieto y me muerde el labio.

—Te veo impaciente —lo provoco y lo beso hasta que consigue apartarse jadeante.

—Lo mismo que tú y, que conste en acta, me voy a ocupar de follarte aquí mismo.

Sonríe pícaro y, de repente, como por arte de magia, comienza a sonar música. Puede que me confunda, pero es *Future Lovers* de Madonna. Muy apropiada para el entorno que nos rodea, pienso, aunque no sé qué mensaje desea transmitir.

Veo cómo Volker deja caer el móvil sobre el sillón cercano.

Lo debía de tener todo preparado.

Estropeemos entonces sus planes.

—No me opongo a la primera parte. Respecto a la segunda, preferiría un lugar más discreto.

—Ni hablar, aquí y ahora —sentencia.

Y, antes de que pueda reaccionar, me coge de la muñeca y, aprovechando su superioridad física, me arrastra hasta el borde de la piscina. Siento pánico y confío en que sólo se trate de un juego, pero no, me lanza al agua sin contemplaciones, para tirarse él también acto seguido.

Cuando consigo emerger, lleno los pulmones de oxígeno y, antes de que pueda respirar con normalidad, Volker me atrapa y me arrastra hasta el borde, donde podemos hacer pie. Allí comienza a meterme mano, a desnudarme de cintura para abajo. Y yo, recuperada de la sorpresa, me encargo de abrirle el pantalón.

Por debajo del agua el contacto es muy diferente y por supuesto complicado. Volker no parece tenerlo en cuenta y se sitúa entre mis muslos.

Los acordes electrónicos de *Future Lovers* siguen atronando por el sistema de audio, tapando en parte nuestros gemidos, producto de la excitación y del esfuerzo por seguir en el agua.

—Agárrate al borde —me ordena y veo flotar mis bragas en la piscina.

Acato su orden, no por gusto, sino por necesidad, pues montárselo en la piscina conlleva ciertas dificultades logísticas. Volker es joven y con fuerzas, aun así, sin mi colaboración poco puede hacer.

—¿Vas a hacerme esperar? —planteo, sólo para sacarlo de quicio.

Él se ríe y me muerde en el cuello, mientras siento su erección presionar. Sólo ha de dar un empujón, pese a ello, decide demorar lo inevitable y jugar conmigo. Es muy consciente de lo excitada que estoy, pero sabe que aún lo puedo estar mucho más si no accede a mis deseos; de ahí que frote sin piedad la punta de su polla contra mi sexo.

—Tengo intención de hacerte muchas cosas esta noche y si quieres... mañana también.

—¿Es una proposición en firme? —pregunto, pues, aunque no es el momento más adecuado, he creído ver en sus palabras algo un tanto inquietante.

—Sí —me confirma, antes de arremeter con fuerza.

Menos mal que me he agarrado al borde de la piscina.

Cierro los ojos y dejo que todo lo haga él. Que empuje, que me folle, que me

haga pasar un buen rato. Si mañana quiero repetir, se lo haré saber. Ahora no tengo por qué contestar.

Volker, ajeno a mis pensamientos, embiste sin descanso. No sé si es lo más inteligente, pero quiero tocarlo, tirarle del pelo, morderlo o lo que sea, permanecer pasiva tanto tiempo no me gusta.

—Ya era hora de que sacaras las garras —jadea cuando le agarro un buen mechón de pelo y tiro de él.

No me conformo con eso y aprieto cada músculo de mi cuerpo, al tiempo que me arqueo cuanto puedo, para que de esa forma pueda penetrarme con mayor profundidad. Mis gemidos y los suyos se mezclan con el chapoteo de agua.

—Joder... —gruñe y por su tono deduzco que está a punto de correrse—. Joder...

—Lo mismo digo —murmuro, porque siento toda la tensión recorrer mi cuerpo.

Llega igual que una buena descarga eléctrica y después me quedo laxa y con ganas de salir del agua, pues, una vez alcanzado el clímax, pierde toda la gracia.

Volker empuja un par de veces más, me clava los dedos en el culo y esconde la cara en mi cuello, lo que aprovecha para morderme.

—Mañana quiero volver a verte —dice con la voz amortiguada, nada más correrse.

—Ya hablaremos —contesto, apartándolo de forma un tanto desconsiderada, teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir.

Salgo de la piscina con la elegancia justa y me dirijo al interior, con la idea de regresar a mi casa. Ahora ya sé quién me envió el reloj y se lo devolveré. Los cantantes de reguetón tienen tan mal gusto para componer canciones como para hacer regalos.

—El cuarto de invitados está a tu disposición.

Me detengo y lo miro por encima del hombro.

Volker se ha deshecho de su ropa y nada tan pancho.

Debería olvidarme de él.

Capítulo 42

Mario

Es increíble cómo las cosas se pueden joder en menos que canta un gallo. Pasas de ser el rey del cotarro a un apestado al que ni saludan. Bueno, pues también pasa lo contrario. Un día te levantas, te rascas los huevos mientras vas al baño bostezando y, en menos de un año, pasas de ser aquel tío al que han llamado como colaborador en un debate de poca audiencia y al que tratan como a una celebridad de capa caída a disputarle al presentador el puesto.

Y todo sin hacer nada, sólo ser uno mismo.

La ventaja de que todo te resbale es que a la hora de exponer tus opiniones en público, no has de medir demasiado las palabras. No estás atado a una productora que debe mirar primero los ingresos y después la calidad. En mi caso, he actuado cien por cien a mi aire y por lo visto funciona, ya que no he parado de recibir comentarios de apoyo y, además, el beneplácito de la cadena.

El único gilipollas que por detrás critica mi forma de proceder es el niñato del presentador. Un guaperas de turno, muy mono, y que logró el contrato porque su papá famoso lo pidió. Pero a las chicas les gusta y, venga, programa de debate para el crío de veinticinco, que no ha estudiado periodismo (ni ninguna otra cosa), que debe leerse el resumen sobre actualidad el día antes del programa, porque es incapaz de abrir un periódico. Y aun así tienen que soplarle por el pinganillo más de una vez para no quedar el ridículo.

Y de esta manera he estado tirando, con días mejores y días peores, hasta que el escándalo sobre los chanchullos de Diego, el ex de Genoveva, se puso de actualidad. Yo jugaba con ventaja, pues conocía al tipo y expresé mi opinión sin ninguna reserva, lo que hizo que el presentador contuviera a duras penas su enfado en directo. Ni que decir tiene que yo disfruté un montón.

Las consecuencias fueron inmediatas: al día siguiente acudí al despacho del director de la cadena. Escuché, como quien oye llover, las quejas del presentador sobre mi actitud, que el niño definió como poco profesional y falta de compañerismo. Por supuesto, me reí, pues las redes sociales se decantaron a mi favor y pusieron a parir al idiota metido a presentador.

—Si vas a mandarme a la puta calle, ahórrate el discurso —le solté al director nada más entrar en su despacho, porque no iba a aguantar chorradas de nadie.

Tenía y tengo dinero para vivir sin dar un palo al agua, dinero que se incrementó cuando vendí el ático. Al final no quise ni poner un pie en él.

—No, joder, lo que te estoy diciendo es que no puede haber dos gallos en el mismo gallinero —explicó, haciéndome resoplar ante semejante chorrada.

—Déjate de eufemismos —le espeté, dispuesto a largarme.

—Lo que te estoy proponiendo es que abandones el debate para dirigir tu propio espacio —dijo, dejándome ojiplático.

—¡Joder! —exclamé, sin poder contenerme.

—Tienes carta blanca —añadió, dejándome aún más sorprendido.

Así que pasé de colaborador a tener mi propio espacio. Una hora semanal. No era mucho, sólo un comienzo. Fuera del horario estelar, para no arriesgar, aunque yo lo hice y, lo mejor de todo, en la primera emisión tuve la oportunidad de hablar del gilipollas de Diego.

Su caso seguía apareciendo en la prensa, pues cada vez destapaban más chanchullos del tipejo y, joder, cómo lo disfruté. Pensé incluso en llamar a Genoveva e invitarla a participar, si bien, tras meditarlo, descarté la idea. Un hecho sin precedentes, porque, por lo general, tratándose de mi trabajo nunca me ha detenido nada, pero con ella supongo que fue diferente. No sé, puede que hasta sintiera ciertos remordimientos; viví con ella momentos especiales y se puede decir que le cogí cariño.

Así que seguí adelante, procurando no pensar demasiado en Genoveva ni en nadie más, comportándome como un cabrón oportunista. Dejando al margen la excepción de ella, con el resto no he tenido miramientos.

A las mujeres con las que he estado este último año ni siquiera me he molestado en preguntarles el nombre. Cuando me lo decían sin que yo se lo

pidiera, me esforzaba por olvidarlo en menos de cinco minutos, el tiempo exacto que tardaba en ponerme los pantalones y buscar las llaves del coche. No merecía la pena intentar conocerlas y eso que a buen seguro más de una merecía la pena, pero mi particular visión, cinismo y comodidad a partes iguales, hace que sólo me fije en el lado negativo. Cada vez que me topaba con alguna tiparraca que sólo buscaba una cena gratis y alguien a quien aburrir con sus historias de divorciada insatisfecha, para después echar un polvo, que, siendo generoso, calificaría de mediocre, ni siquiera me molestaba en fingir una excusa para largarme. Dejar plantada a una petarda no me ha supuesto nunca ningún cargo de conciencia.

Como tampoco lo ha sido pagar por sexo. Sí, lo he hecho. ¿Y? ¿Algo que objetar? Hay quienes me criticarían sin piedad, en primer lugar, porque, visto desde fuera, pocos entenderían que un hombre como yo recurriera a semejantes servicios, pudiendo tenerlos gratis; no obstante, hay una razón importante, al menos para mí. Ciertas necesidades son muy difíciles de cubrir. Traducido, que no tenía ganas de ir preguntándoles a mis citas si estaban dispuestas a dominarme. Para empezar, algunas no lo entenderían ni haciéndoles un esquema y otras no sabrían ni por dónde empezar. Por desgracia, hay muy pocas mujeres que puedan asumir ese papel. Así que nada mejor que ir a lo seguro.

Podría haber llamado a Genoveva, un viaje rápido, un fin de semana y volver al trabajo; en cambio, no he movido un dedo. He dejado que siga con su vida, de la que por cierto sé ciertas cosas, ya que mantengo una relación más o menos amistosa con Liese. Por increíble que parezca, tengo una amiga. La única, a la que respeto y a la que intenté convencer para que se uniera a mi equipo, aunque sin éxito, pues prefirió seguir en Ausdrücken.

Cuando conocí algunos detalles, reconozco que sentí un cierto malestar, no lo hubiera esperado ni de Volker ni de Genoveva, pero hay que aceptar cada situación, por desagradable que parezca, sin hacer dramas. Aquí todos tenemos pelos en los huevos para comportarnos con madurez.

Yo elegí quedarme en Madrid y retomar mi carrera y habría sido un cabrón egoísta, que lo soy cuando me lo propongo, si le hubiese pedido que continuara a mi lado. Sólo habría logrado que al final me mandara a la mierda.

Sé que le va bien, muy bien, de hecho. No sé si con el apoyo de Volker o por sus propios medios, logró poner firmes a toda la junta directiva de Caprice Food International, de tal modo que Rudolf Meier se retiró y Baltasar Meier es sólo un miembro más del consejo.

Joder, cuando me llegaron las noticias me sentí muy orgulloso y, no lo niego, también me puse cachondo imaginándomela en su despacho, mirándolos a todos por encima del hombro y dando órdenes.

Una imagen que se repite periódicamente en mi cabeza.

Pero ahora no es el momento de pensar en Genoveva dirigiendo una empresa. Me he cogido unos días de vacaciones, una semana para ser exactos. Me voy a Roma. Ya he estado en la Ciudad Eterna más veces, y si la he elegido ha sido porque el imbécil de mi asistente no reservó a tiempo la estancia en la Laguna Azul, un balneario geotermal de Islandia, en el que me gusta perderme.

Y, para más inri, el vuelo va con retraso. Son las nueve y media de la noche, en teoría debíamos despegar sobre las siete y aquí seguimos. Hace poco más de media hora nos han preguntado si, en caso de que sea necesario, tenemos dónde alojarnos y yo, que no voy a pasarles ni una, he mentado con descaro y he dicho que no. Que se jodan y paguen una habitación de hotel, por ineptos.

Veo a la encargada de la aerolínea y me pongo en pie, dispuesto a echarle un buen rapapolvo, pero justo en ese instante veo la espalda de una mujer que camina despacio y firme, arrastrando una maleta con una mano y sujetando un maletín con la otra.

—Joder, no puede ser —mascullo y acelero el paso para situarme a su lado.

Ella sigue adelante y sólo cuando la sujeto del codo se detiene. Mira por encima del hombro con cara inexpresiva, aunque intuyo que no le hace ni puta gracia que alguien la toque.

Por suerte, su expresión cambia y pasa a ser cordial. Lo que no es necesariamente buena señal. Esperaba un poco más de entusiasmo.

—Podemos hacerlo fácil o difícil —digo, mirándola a los ojos.

—Explícate —exige Genoveva.

Tengo que inspirar hondo, porque esa voz, que no he oído desde hace más de un año, me provoca demasiadas sensaciones que no me apetece controlar y que

estando en público no debo mostrar.

—La opción fácil es sencilla, nos tomamos un café, nos comportamos con educación, charlamos un rato y nos despedimos con un apretón de manos o tal vez un beso en la mejilla.

—¿Y la difícil?

—Te vienes conmigo al hotel, follamos toda la noche y mañana por la mañana, antes de que te marches, intentamos hablar.

Esboza una media sonrisa antes de contestar:

—Creía que me conocías mejor.

—¿Eso qué significa? —pregunto y frunzo el cejo.

—Yo nunca escojo el camino fácil.

* * *

No me ha importado exigirle de forma altiva y hasta desagradable a la empleada de la aerolínea que nos trasladasen cuanto antes. Genoveva, a mi lado, se ha mantenido en silencio y con una media sonrisa burlona.

Y ahora, cuando acabo de cerrar, con pestillo, la puerta de la habitación, no sé ni por dónde empezar. Cierto que quisiera preguntarle por qué estos meses ha estado manteniendo una relación con Volker; sin embargo, sé que si lo hago sólo la enfadaré. No tengo motivos para plantear la cuestión, tampoco para cuestionarla y mucho menos para exigirle explicaciones.

Genoveva deja su maleta, se va al mueble bar y saca un botellín de agua.

—Te veo indeciso —murmura tras beber.

Se acomoda en un sillón junto a la ventana, sin dejar de mirarme.

—Lo estoy —confirmo—, aunque mi estado se asemeja más al nerviosismo.

—¿Por qué?

—Supongo que me lo estoy jugando todo a una carta.

—No te juegas nada —me contradice seria y añade exigente—: Ven aquí.

Me controlo para no parecer desesperado y me acerco.

De pie, frente a ella, dispuesto a casi todo, inspiro hondo.

Genoveva se descalza con aire indolente, antes de ponerse en pie y quedar

cara a cara. Me acaricia la mejilla con cierta ternura y, joder, no necesito ternura, necesito que tome la iniciativa, que me diga lo que he de hacer.

—Arrodíllate y empieza —ordena y respiro aliviado.

Tardo bien poco en adoptar la postura, al tiempo que ella vuelve a sentarse. Sin dejar de mirarla a los ojos, meto las manos por debajo de su falda con la intención de localizar su ropa interior y arrancársela si es preciso. Genoveva colabora y, de esa forma, queda expuesta ante mí.

Se reclina en el sillón, separa las piernas.

No son precisas más instrucciones.

* * *

Cuando me despierto, noto de inmediato su presencia en la cama. Sé que Genoveva no es de las que huyen, aun así, me gusta comprobarlo y estiro el brazo para tocarla. Ella duerme relajada y yo, que debería hacer lo mismo tras la noche que hemos pasado, me quedo tumbado boca arriba, con las manos entrelazadas sobre el pecho, intentando averiguar hacia dónde cojones quiero ir.

La primera parte de mi propuesta la he cumplido. Hemos follado como mandriles. O, mejor dicho, ella me ha follado a mí, a lo cual, por supuesto, no tengo nada que objetar. Además de caer de rodillas frente a ella y utilizar mi boca sin descanso hasta que gritó satisfecha, también me tumbó en la cama atado de pies y manos y me masturbó sin que yo pudiera moverme, y cada vez que me tenía a punto, derramaba agua bien fría sobre mi polla para comenzar de nuevo. Y, por supuesto, cuando tras hacerme sufrir lo indecible, sufrimiento que disfruté como un poseso, me ordenó que se la metiese por detrás, cumplí la orden a rajatabla y con rapidez.

También nos dio tiempo a hablar, aunque ambos nos esforzamos por no hacerlo con sinceridad. Evité preguntarle sobre sus decisiones y escuché atento y orgulloso cómo había logrado, junto con Volker, deshacerse de Rudolf Meier. Pensé, no sé si de forma injusta, que la relación entre ambos podía haberse debido a un *quid pro quo* muy especial. Sin embargo, envenenar mi cabeza con

semejante idea únicamente conduciría a encabronarme sin razón, por lo que prefería olvidar esa relación.

Ahora no sólo es miembro del consejo de administración, sino presidenta del mismo. La máxima autoridad en Caprice Food International. Y todo me lo contaba con una sencillez y una humildad increíbles.

Me preguntó por mis logros profesionales y me felicitó por ellos y al final, entre risas y manoseos, me confesó que a veces, cuando llegaba sola a casa, buscaba algunas de mis intervenciones en YouTube como una fan más. Hasta ahí todo normal, sin embargo, que acabase masturbándose al mismo tiempo, ya era la rehostia.

Admitió que cerraba los ojos y que lo que más la excitaba era mi voz.

Por supuesto, le he dicho que, si le apetece, será bien recibida a verme en directo y después, o durante, en el camerino, podrá hacer cuanto quiera.

Semejante propuesta nos ha hecho reír como críos y a mí sentirme como el puto amo. Y, utilizando un tono suave y erótico, le he recitado una lista de las perversiones y deseos más oscuros que me gustaría poner en práctica con ella.

Genoveva ha gemido y, para torturarme, se ha masturbado delante de mis narices, lo que ha desembocado en una consecuencia lógica: no he dejado de recitarle obscenidades. Y llegado a la conclusión de que no es una mujer cualquiera y que debería tomar una decisión sobre nosotros.

Decisión que nunca he querido asumir, siempre he sido una especie de pasota emocional. Incluso me he esforzado en serlo y ahora veo que esa actitud no me sirve de nada.

No sé si estoy confundido y, tras una sesión agotadora de sexo, soy incapaz de discernir lo que siento por ella. Aunque una cosa sí tengo meridianamente clara: esta vez no quiero que se largue.

¿Cómo se lo planteo?

Pues ni puta idea.

Pero digo yo que tendré que esforzarme y encontrar las palabras adecuadas.

Y éstas, refrendarlas con hechos.

Referencias a las canciones

19 días y 500 noches, Copyright: © 1999 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Joaquín Sabina.

Lía, Copyright: © 1994 BMG Ariola, S.A., interpretada por Ana Belén.

Future Lovers, Copyright: © © 2005 Warner Records Inc., interpretada por Madonna.

Biografía

Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo. He publicado más de veinte novelas de diferentes estilos y no tengo intención de parar.

Comencé en el mundo de la escritura con mucha timidez y desde la primera novela, que vio la luz en 2011, hasta hoy, he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, <noe-casado.blogspot.com.es>, donde encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

Seguiré sin ti
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Kela Coto
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21736-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

